

BAJO LA
Luna
DE
Sidney

MÓNICA DE LA TORRE



BAJO LA

luna

DE

Sídney

Mónica De La Torre

© Mónica De La Torre

1ª edición, noviembre de 2019

Corrección: Ramos de Olivo Ediciones

Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Ilustración de cabeceras de capítulo diseñada por starline / Freepik

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Jueves, 2 de noviembre de 2017

¡Por fin! Después de veintiséis horas de viaje y dos escalas estoy aquí. Estoy en Sídney. No me lo puedo creer. ¡Con todo el esfuerzo y el papeleo que tuve que hacer! No es nada fácil venir a vivir a Australia.

Miro hacia todos los lados observando cada rincón, cada detalle de este nuevo lugar.

Camino entre la gente mientras sigo las indicaciones buscando la salida.

Estoy nerviosa y siento algo de miedo. Nunca he vivido lejos de mis padres y en este momento siento el desconcierto de lo que me depara esta etapa de mi vida que está por empezar.

Espero en la cola del control de seguridad. Saco mi pasaporte de la mochila y la visa de trabajo. La cola es muy larga. Hay muchos mostradores; tantos, que no logro ver dónde terminan.

Saco el móvil del bolsillo de mi chaqueta de cuero negra y miro la hora. En la pantalla de mi móvil aparecen tanto la hora actual como la hora peninsular española. Nada más ni nada menos que diez horas de diferencia.

En Madrid todavía son las once y media de la mañana.

Mientras espero la larga cola, aprovecho para enviar un WhatsApp al grupo familiar que tengo con mis padres y mis hermanos. Tengo también varios mensajes de mis amigas con fotos de nuestros viajes y nuestras fiestas, algunas con caras de tristeza.

«He llegado bien. Estoy en la cola del control de seguridad. Cuando llegue a la casa os llamo. Os quiero mucho».

Las respuestas llegan de inmediato. Intento contener las lágrimas, pero no lo consigo. Ya los echo de menos.

«Hija, me alegro mucho de que hayas llegado bien. Ten mucho cuidado y come bien».

Las palabras de mi madre, que normalmente me sacan de quicio, ahora logran sacarme una sutil sonrisa.

Me hago una foto y se la envío a mis amigas.

Al fondo de la sala se oye una discusión entre un policía y un señor que está intentando saltarse el control. Parece que no quiere enseñar lo que lleva en la mochila.

Exigen muchos requisitos para entrar y tengo que firmar unos cuantos documentos declarando lo que llevo y lo que no al igual que el resto de pasajeros que desean entrar en Australia.

Voy hacia la recogida de maletas. Hay muchas cintas en movimiento. Busco entre las múltiples pantallas cuál es la cinta en la que se encuentran las mías.

Cinta número veintitrés.

¡Ahí están! Han llegado sin problemas. Me habían contado tantas cosas acerca de las pérdidas de maletas que venía preocupada por si en algún transbordo se me perdían.

Llevo la mochila a cuestas, el maletín con el portátil en el hombro derecho y una maleta en cada mano. No se puede ir más cargada. Toda mi vida viene en estas maletas. Toda menos él. Menos Hugo.

Saco ese pensamiento de mi cabeza, salgo de la terminal y busco la parada de taxis. Está cerca. Subo en uno de los que están libres.

—Buenas noches. Al ochenta y cinco de Wellington Street, por favor.

—¿Bondi Beach NSW 2026? —pregunta para confirmar la dirección.

—Sí, gracias.

El taxista se pone en marcha sin demora.

Es un chico joven, más o menos de unos treinta. Guapo, alto y rubio como casi todos los australianos. Veo que me mira a través del retrovisor central. Hago como que no me doy cuenta.

Se me enrojecen las mejillas.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —El taxista intenta entablar conversación conmigo.

—No.

—Déjame adivinar... Por tu acento, tal vez... ¿española?

Ha dado en el clavo.

—Sí, de Madrid. ¿Tanto se me nota? —Siento curiosidad.

—No demasiado, pero llevo y traigo muchos turistas al día y sé diferenciar muy bien los distintos acentos.

Cómo no. Parece un experto en la materia.

—¿Has venido por trabajo o de vacaciones?

—He venido por trabajo. Empiezo el lunes.

—¿Y se puede saber a qué te dedicas?

—Soy veterinaria. Me licencié el año pasado. —Me encanta alardear de ello—. Este último año estuve haciendo un máster.

—¡Ah! —Parece sorprendido—. Me encantan los animales —añade.

A lo lejos se ven las luces de la ciudad y algunos edificios al fondo. Ya es de noche. Las calles están casi vacías. Voy por una calle donde solo se ven casas de planta baja y árboles a ambos lados decorando el paisaje.

—Ya estamos llegando —me indica el taxista.

Estoy deseando llegar y conocer a Carol. Es la persona con la que contacté para alquilar la habitación. Hemos estado hablando durante un mes por Skype y me ha parecido una gran persona. Le enví un WhatsApp para avisarle de que estoy en camino.

«Buenas noches, Carol. Estoy llegando».

Su respuesta llega pocos segundos después.

«¡Sí! Ya tengo ganas de verte».

—¡Hemos llegado! —Esas dos palabras llegan a mis oídos como agua de mayo.

—Gracias. ¿Cuánto es?

Saco la cartera de mi mochila, pago al taxista, que sale del vehículo rápidamente y va hacia la parte trasera. Abre el maletero y saca mis maletas.

—Muchas gracias.

—Gracias a usted, señorita... —Y, sin que termine su frase y no sé por qué, le digo mi nombre.

—Daniela.

—¿Qué?

—Que me llamo Daniela, aunque mis amigos me llaman Dani.

El taxista me extiende una tarjeta que ha sacado de su bolsillo. La tarjeta es de color blanca y lleva impreso en color negro y en mayúsculas su nombre, apellido, su número de teléfono y profesión.

—Aquí está mi número por si lo necesita en otra ocasión. —Me lanza una hermosa sonrisa y un guiño—. Espero que su estancia en Sídney sea de su agrado. Espero volver a verla.

—Muchas gracias. Lo intentaré.

—Ah, por cierto. Si necesita un guía turístico, puede llamarme. Estaré encantado de enseñarle los lugares más bonitos de esta ciudad. —Me vuelve a lanzar otra sonrisa.

Me quedo parada sin saber qué decir. Solo digo que sí haciendo un gesto con la cabeza, con una sonrisa incómoda, arqueando una ceja y diciendo adiós levemente con la mano.

Charlie, que así se llama el amable o seductor taxista, desaparece con su taxi entre la oscuridad de la calle. No tengo muy claro lo que ha querido decir con hacer de guía turístico. Eso de interpretar las palabras no es lo mío.

—¡DANIELA! ¡DANIELA! ¡DANIELA!

Oigo mi nombre a gritos. Doy un pequeño salto del susto. Me vuelvo y... Ahí está. Es ella.

Carol viene corriendo por el jardín hacia mí. Es alta, más alta de lo que parecía en las fotos. Con una melena rubia que va hasta bastante más abajo de los hombros y es delgada. Lleva puesto un pijama de camiseta de manga corta y pantalón corto de color rosa con corazoncitos.

Una sonrisa algo burlona me sale sin querer.

Nos damos un abrazo como si nos conociésemos de siempre. Como si fuésemos dos hermanas que llevaban tiempo sin verse. Así será el día que vuelva a ver a mi familia, supongo. No creo que vaya a verlos en bastante tiempo.

—¡Qué ganas tenía de conocerte! —me dice con una enorme sonrisa.

—Yo también —contesto.

—Deja que te ayude con el equipaje. —Y sin que me dé tiempo a contestar, ya tiene una de mis maletas en la mano y va directa a la casa.

¡Guau! La casa es mejor de lo que me esperaba. Las fotos no le hacen justicia. El salón es muy amplio. Tiene una *chaise longue* muy grande y dos sillones individuales tapizados en color chocolate. La mesa del comedor es de cristal, con seis sillas de cuero color hueso alrededor. A la izquierda está la cocina tipo americana con los muebles en color blanco. El suelo es de madera, en un tono oscuro, y brilla con las luces de los halógenos.

—Ven por aquí. Te enseñaré tu habitación. Estarás muy cansada.

—Un poco, sí.

Nos adentramos en un pasillo que hay entre la cocina y el salón. Carol enciende la luz. Hay cuatro puertas. El pasillo tiene las paredes en color crema y unos cuadros muy modernos.

—Esta es mi habitación —dice señalando la primera puerta de la izquierda— y este es el baño —dice abriendo la puerta que se encuentra justo después de su habitación.

Abre la primera puerta de la derecha, justo enfrente de la puerta de su habitación. Es la mía. Es amplia. Con los muebles en color blanco. El armario empotrado tiene dos puertas correderas con dos espejos que cubren todo el largo y ancho de las puertas del armario. La cama es de matrimonio. Tiene un gran ventanal.

No puedo dejar de sonreír. Estoy feliz. De momento, todo lo que he visto me está gustando y Carol es muy amable.

—Desde la ventana se ve el jardín. Mañana lo podrás ver.

—La casa es muy bonita y mi habitación se ve más bonita que en las fotos.

—Gracias —dice halagada por mis comentarios.

Sonrío.

—Esta es la habitación de Luca —dice mientras señala la puerta que está al lado de la mía—. Hoy

no está, vuelve el lunes.

—Ah.

—Bueno, dejaré que te acomodes. Si necesitas cualquier cosa, estaré en el salón. —Cierra la puerta y oigo cómo se aleja de la habitación.

Me tiro encima de la cama. Pienso en él. En Hugo. Otra vez. Y se me borra la sonrisa de la cara de golpe. Intento sacarlo de mi mente, pero está amarrado a mis pensamientos como un koala a su eucalipto.

Esto es más difícil de lo que parece. Ni los miles de kilómetros que nos separan hacen que sea más llevadero.

Mientras intento reprimir ese pensamiento saco un pijama y el neceser de una de mis maletas. Menos mal que ya lo había dejado todo a mano. Me gusta tener todo ordenado.

Voy al baño a darme una ducha. Estoy sudando. Hace demasiado calor. Aquí se acerca el verano mientras que en España se acerca el invierno. Va a ser la primera vez que pase unas Navidades calurosas. Es extraño.

«Familia, he llegado bien. Ahora tengo poca batería en el móvil y estoy muy cansada. Os llamo mañana. Os quiero».

«Vale, hermanita. Me alegro de que llegaras bien. Besos».

Dejo el móvil cargando sobre la mesita de noche y voy al salón.

Carol está en la *chaise longue* con su portátil en las piernas. Lleva puestas unas gafas. Se le ve muy concentrada en lo que sea que esté haciendo.

—Buenas noches —digo casi susurrando. No quiero molestar.

—Buenas noches, Daniela. Siéntate y cuéntame qué tal te ha ido el viaje.

—Pues, salí ayer a las nueve y media de la mañana de Madrid. Hice escala en Barcelona. Allí estuve una hora y media y después salí rumbo a Hong Kong. Unas doce horas de vuelo.

Carol se queda boquiabierta.

—¡Madre mía! —exclama.

Asiento con la cabeza y prosigo con mi *tour*.

—En el aeropuerto de Hong Kong tuve que esperar poco más de una hora y media y luego nueve horas más de avión hasta llegar a Sídney. En total, unas veinticinco horas y media de viaje. No me lo creo ni yo. —Suspiro.

—Pues sí que ha sido un largo viaje. No sé cómo estás aquí y no durmiendo.

—He dormido un poco durante los vuelos. Además, con el cambio de horario es difícil. En España todavía es mediodía.

—¡Cierto! Allí son diez horas menos. Me acuerdo porque era muy difícil cuando intentábamos ponernos en contacto para hablar por Skype.

—Tienes buena memoria —le digo.

Nos da la risa.

—Voy a intentar dormir. Mañana tengo que ir a la clínica a firmar unos documentos porque empiezo el lunes.

—¿No tienes hambre? Tengo algo preparado, por si llegabas con hambre.

—No, gracias. No tengo hambre.

—En la cocina hay de todo. Coge lo que necesites sin ningún problema. El otro chico y yo estamos acostumbrados a compartir lo que compramos. Espero que no te parezca mal.

—¿Mal? Para nada. Hace que me sienta como en casa.

—Me alegra ver que tu primera impresión es buena. Espero que sea así siempre. Luca y yo pasamos poco tiempo en casa.

—Yo espero pasar poco tiempo también, pero por trabajo. Estoy un poco nerviosa por conocer a mi futuro jefe.

—Ya verás como todo te va bien.

Las palabras de Carol me llenan de energía y fuerza para afrontar el día de mañana. De momento me he defendido bien con el inglés. Las clases en la universidad me han sido muy útiles y, sobre todo, el diploma, que me ha ayudado bastante a la hora de enviar currículos.

—Yo también me voy a dormir —dice Carol mientras apaga su ordenador y se levanta del sofá—. Mañana me espera un día duro de trabajo. Te dejo una copia de las llaves sobre la encimera de la cocina. Yo llegaré sobre las cuatro de la tarde.

Me meto en la cama y caigo rendida más rápido de lo que esperaba. Y a mi mente vuelve él. Cierro fuertemente los ojos con la esperanza de que desaparezca, pero es imposible. Lo siento como si estuviera aquí, a mi lado.

Su cara...

Su pelo...

Su olor...

Viernes, 3 de noviembre de 2017

¿Dónde estoy? Me despierto sobresaltada. Esta no es mi habitación. ¡Ah! ¡Sí! Estoy en la casa de Carol, en Sídney. Miro el reloj. Son las diez y diecisiete de la mañana.

Me levanto, abro las cortinas y las ventanas. El sol entra con fuerza. Ya hace calor. Huele a verano y a mar. El jardín trasero se ve muy bonito. El césped tiene un color verde intenso y hay dos árboles al fondo. Es un jardín grande.

Tengo que ordenar la ropa de las maletas en el armario. Lo hago. Me entran ganas de hablar con mi madre, pero allí todavía es la una de la madrugada. La necesito. Dejo toda la ropa colocada y guardo las maletas en el fondo del armario. Voy a darme una ducha.

Está haciendo mucho calor.

Busco unos vaqueros, una camisa sin mangas en color blanco y unas bailarinas negras. Quiero impresionar a mi nuevo jefe. Normalmente voy con *leggings* y camisetas, pero la ocasión merece ir un poco más arreglada de lo habitual.

Me arreglo el pelo. Siempre me levanto con el pelo muy desaliñado. Solo me obedece cuando lo moldeo con las planchas. Termino y voy hacia la cocina. Abro la nevera buscando algo para desayunar. Leche, bien. Un buen vaso de leche con unas tostadas me irá bien. Ahora sí que tengo hambre.

Enciendo la televisión del salón. Me gusta sentirme acompañada con el ruido que hace. Termino de desayunar y dejo todo lavado y recogido.

Voy a la habitación. Cojo un bolso, el de color negro, y meto la cartera, el pasaporte, la visa, el móvil y los auriculares. Cierro la ventana. Me pongo la chaqueta de cuero negro y el bolso en el hombro derecho. Salgo y cierro la puerta con un golpe suave.

¡Oh! ¡Mierda! Se me han quedado las llaves dentro. ¿Y ahora qué? Arqueo una ceja y muevo la cabeza de un lado a otro. Siempre me pasa lo mismo. Resoplo. Intento pensar en una solución. ¡Arg! Soy un desastre con las llaves. Si no recuerdo mal, Carol dijo que llegaría sobre las cuatro de la tarde. Pues nada... Tendré que esperar a que llegue.

Pongo la dirección de la clínica veterinaria en el GPS de mi Samsung y empiezo a caminar. Giro a la derecha en la esquina de la calle y subo por O'Brien Street. El GPS marca treinta minutos por esta ruta.

Busco los auriculares y los conecto a mi móvil.

Empieza a sonar una bachata, *El malo*. Pienso por un segundo en cambiarla. Me recuerda a Hugo. Esta canción lo define como si la hubieran hecho pensando en él. Otra vez estás en mi mente. No puede ser. No quiero pensar en ti, pero me traiciona mi subconsciente.

Camino por las extrañas calles de Sídney que me indica el GPS.

Sin darme apenas cuenta me encuentro frente a la clínica veterinaria. Me tiemblan las piernas. La clínica es una casa grande de dos plantas de ladrillo color marrón. Los marcos de las ventanas son de PVC color blanco. Unos cuantos escalones me separan de la puerta principal.

Respiro profundamente y comienzo a subir los escalones uno a uno con paso firme. Las puertas automáticas se abren solas al detectar mi presencia. Me dirijo a la recepción. La chica que está al otro lado del mostrador se pone de pie para recibirme. Tiene el pelo castaño, es de mi estatura y cuenta con algunos kilos de más. Tiene una amplia sonrisa. Parece muy amable.

—Bueno días. ¿En qué puedo ayudarla? —dice la amable recepcionista.

—Buenos días. Mi nombre es Daniela Duarte. Empiezo a trabajar aquí el lunes. Tengo una cita con el señor Darel Williams.

—Muy bien, señorita Duarte. Mi nombre es Kayla Robinson. Espere que lo compruebo en la agenda. ¡Sí! —afirma—. Tiene una cita a la una menos cuarto. El señor Williams la atenderá enseguida. Puede tomar asiento —me dice muy amablemente mientras me indica los asientos que están a la derecha del mostrador.

Todo el mobiliario es nuevo. El mostrador de la recepción es de madera lacada en blanco y en el medio tiene unas estanterías de cristal con algunos productos para animales y con el nombre de la clínica en color verde chillón.

El suelo es de gres en color gris oscuro y las paredes son de color blanco. Las escaleras que suben al primer piso son de madera. Hay un pasillo largo. «Consultas», indica un cartel suspendido con unos hilos desde el techo.

Del despacho que tengo enfrente sale un hombre alto, de pelo rubio y rizado de unos cuarenta y tantos. Lleva un traje negro y una camisa blanca. Viene hacia mí. Se me acelera el pulso y la respiración. No puedo negar que estoy nerviosa.

—Buenos días, señorita Duarte. Soy Darel Williams, director de esta clínica.

Ya lo sabía porque nos hemos intercambiado varios correos electrónicos. Me pongo de pie de un salto. Me extiende la mano y yo me apresuro a extender la mía. Me da un apretón de manos muy firme, con mucha seguridad.

—Buenos días —contesto casi sin saber qué más decir. Me ha impresionado. No me lo imaginaba tan guapo. Sus ojos azules oscuros son muy intensos y me miran fijamente.

—¿Qué tal le ha ido el viaje? Creo recordar que llegaba usted ayer.

—Sí, he llegado ayer por la noche. Ahora estoy mejor, aunque llegué agotada.

—Si le parece bien, le enseñaré todas las instalaciones y luego firmaremos el contrato.

—Por mí, perfecto. —Asiento con la cabeza.

Nos adentramos en el pasillo.

—Esta es una sala de espera.

Señala la primera puerta cerca de la recepción. Hay dos personas, una de ellas con un perro de raza Golden retriever, y la otra, con un mestizo.

—Estas son las consultas. Están enumeradas. Hay cuatro, pero ahora no puedo enseñárselas porque están ocupadas.

—Entiendo.

Prosigue con su ruta como si se tratase de un guía turístico profesional. Me viene a la mente el taxista de ayer ofreciéndose a ser mi guía turístico.

—Aquí tenemos un quirófano —dice abriendo la puerta que hay final del pasillo.

—¡Todo es nuevo! —digo impresionada.

—Sí, señorita Duarte. Lo hemos renovado todo el año pasado. Venga por aquí y le enseñaré el primer piso. —Hace un gesto con la mano para que pase yo primero. Subimos por unas escaleras estrechas que hay al lado izquierdo de la puerta del quirófano, donde también hay un ascensor—. Aquí tenemos una sala de posoperatorio y también una pequeña sala para descansar cuando hacemos las guardias.

En la sala hay una cocina completa, un sofá grande y hasta una televisión. Todas las paredes y el suelo están decoradas igual que en el piso de abajo.

Bajamos por otras escaleras diferentes, también son de madera. Cuando llegamos abajo me doy

cuenta de que son las mismas escaleras que había al lado de la recepción. Nos dirigimos a su despacho. Es bastante simple. Una mesa de escritorio de cristal, un ordenador y unos cuadros en la pared con el diploma universitario y algunos cuadros más.

Saca unos documentos de un fichero.

—Este es el contrato. Es por un año, renovable. Estarás a prueba un mes. ¿Estás de acuerdo?

Si no recuerdo mal, ya lo habíamos hablado en los correos electrónicos.

¡Guau! Se me abren los ojos como platos cuando veo el salario. Ochocientos ochenta con quince dólares netos a la semana. Eso sí que es más de lo que me esperaba. Hago un cálculo mental a toda prisa. ¡No me lo puedo creer! Unos tres mil ochocientos dólares al mes.

Darel me mira con desconcierto con la cabeza ladeada intentando adivinar qué dice mi cara.

—¿Le parece poco?

¿Cómo me puede preguntar eso? ¿Pero todavía puede ser más? A lo mejor me está tomando el pelo. Niego con la cabeza. No me parece que esté bromeando. Me oigo y me parece estar oyendo a una persona ignorante que no sabe lo que puede o no puede ganar un veterinario en este país y es que realmente no lo sé.

—¿Se siente bien?

Salgo de mi asombro y consigo hablar.

—Sí, no... Perdón. Es que... Es que me quedé un poco desconcertada con el sueldo.

—Sí, lo sé. Es el sueldo base en esta profesión, pero... entiéndame, está usted empezando. No tiene experiencia previa...

—¡Qué va! Está más que bien. En España mi sueldo sería la mitad. —Lo dejo con la boca abierta con lo que acabo de decir.

—Entonces, señorita Duarte. ¿Está de acuerdo en los términos del contrato?

Asiento con la cabeza y firmo antes de que al señor Williams se le dé por cambiar de opinión. Nos estrechamos las manos en calidad de conformidad.

—Muchas gracias por esta oportunidad, señor Williams. Estoy muy contenta.

—Pues no se diga más. La espero el lunes a las ocho de la mañana.

Nos levantamos de las sillas y me sigue hasta la entrada. Las puertas automáticas se abren y me despido del señor Williams y de Kayla.

Miro el reloj del móvil. Son las dos menos cuarto. Pienso en lo que puedo hacer hasta que llegue Carol. ¿Puedo ir hasta la playa? Si no recuerdo mal, está muy cerca de casa. Lo compruebo en el GPS. Treinta y ocho minutos. No es la misma ruta que antes.

Estoy contenta y me encanta la clínica. Espero que haya animales exóticos a los que atender. Tengo ganas de ver un koala o un canguro, aunque creo que será imposible. No me imagino a un señor llegando con un koala amarrado a una correa... Me sale una risa imaginando eso.

Bajo por Bondi Road. Es una calle de doble sentido con dos carriles para cada sentido, pero hay coches aparcados a cada lado ocupando los carriles más próximos a la acera y eso obstaculiza el tráfico. Hay algún que otro edificio, pero la mayoría son casas de dos plantas y muchas tiendas.

Me gusta esta ciudad. En mis oídos resuena Pablo Alborán y unas de mis canciones: *Solo tú*. No puedo evitar ponerme triste y acordarme otra vez de Hugo. ¡Maldito seas! ¿Por qué te has metido tan dentro de mí? ¿Por qué no te vas ya? «No se va a ir», me advierte mi subconsciente. «¡Sí!», le respondo y le saco la lengua. Me fastidia que siempre tenga razón.

Ya veo la playa a lo lejos. Huele a mar. Este olor me da la vida. En Madrid solo hay edificios, atascos, ruidos y contaminación, pero está mi familia allí y me hace falta. Es la primera vez que comparto piso con alguien que no es de mi familia. Alguna vez esporádica me había quedado a

dormir en casa de alguna amiga, pero no era algo habitual. Lo curioso es que nunca dormí en casa de Hugo. Al principio no entendía el porqué. Cuando me enteré de todo solo me quería morir. La humillación fue tan grande que me pasé un mes sin salir a la calle ni quedar con mis amigas. Mi familia llegó a pensar en enviarme a un psicólogo.

Doy paseos por la playa tratando de hacer algo de tiempo hasta las cuatro, que llega Carol a casa. Hay gente haciendo *windsurf*, otros hacen *surf*, y luego hay gente que simplemente está tomando el sol o paseando.

En el Bondi Pavilion hay tiendas y muchas terrazas llenas de gente comiendo. Eso hace que el estómago me dé un toque de atención, y es que es hora de comer. Son casi las tres. Mientras como, saco una libreta del bolso, apunto algunas cosas que tengo que comprar y aprovecho para enviar un WhatsApp a mi grupo familiar.

«Hola, familia. Aquí son las tres de la tarde. Estoy comiendo y mirad qué vistas tengo. Ya firmé el contrato de trabajo».

Envío el mensaje acompañado de un emoticono sonriendo, una foto adjunta de la playa y un emoticono al final de ojos enormes. No tengo respuesta. Claro, todavía son las cinco de la mañana. Ya no sé si mi madre o mi hermana tenían guardia en el hospital o no. Estoy totalmente desorientada.

Voy cargada con dos bolsas del supermercado. Necesitaba comprar algunas cosas. Llamo a la puerta, pero no me abre nadie. Carol todavía no ha llegado. Miro el reloj. Las cuatro y diez. Nada. Pues a esperar.

Me siento en el bordillo de la puerta y aprovecho para revisar mi contrato de trabajo. Sonrío al mirar el sueldo. Está claro que no todo va a ser malo en la vida y que todo tiene su recompensa y esta es la mía.

—¿Qué haces aquí?

Levanto la cabeza. Carol está frente a mí. Lleva puesto un traje de falda en color gris y una camisa blanca. Tiene un maletín en la mano izquierda y, en la mano derecha, las llaves de casa.

—Se me han olvidado las llaves dentro. —Ladeo la cabeza y bajo las cejas.

—No es la primera vez que te pasa, ¿verdad? —dice sonriendo.

¿Tanto se me nota? Seguro que sí. Es la misma cara que pongo siempre que se me olvidan y me toca esperar en el portal de la casa de mis padres. Inconfundible.

Coloco la compra en la bandeja de la nevera y en el mueble que me corresponde. Carol está en su habitación. No sé con quién estará hablando, pero los gritos se oyen desde la cocina. Parece muy enfadada.

—¡No! Eso no es así. Necesito esos documentos para ya. Eso me lo has dicho ayer. ¿Qué? ¿Estás loco? Atente a las consecuencias. Ya hablaremos.

Viene a la cocina. Su cara refleja frustración y enfado, sobre todo enfado. No dice nada. Solo se hace un sándwich y vuelve a su habitación. Prefiero no preguntar no vaya a ser que me lleve yo un grito. Da miedo.

Estoy en la ducha. El agua cae templada por mi espalda. Me relaja. Pienso en Carol y las palabras que decía por teléfono: «Atente a las consecuencias». ¿De qué se tratará? Me mata la curiosidad. Aunque no voy a preguntar. Descarto esa idea. Niego con la cabeza. Suspiro. Madre mía, ¡qué mala leche tiene!

Como tengo tiempo, aprovecho y me seco el pelo con el secador y me lo aliso con las planchas. Con el calor ya se me estaba rizando y estaba muy sudado.

Me voy al salón y conecto la televisión. No sé qué canal poner y zapeo hasta que encuentro un canal donde están emitiendo la serie *Friends*. ¡Qué recuerdos!

—Perdón.

—¿Qué?

Carol está apoyada en la esquina de la pared del pasillo. Lleva puesto el mismo pijama de ayer y tiene el pelo mojado.

—Por los gritos de antes. No era mi intención asustarte.

—No te preocupes.

—Estoy en un caso complicado y mi asistente no está a lo que tiene que estar y me saca de quicio.

Me da explicaciones como si tuviese algún motivo para hacerlo. Está en su casa y puede gritar cuando quiera. Pienso yo.

—¿Qué tal te ha ido en tu futuro nuevo trabajo?

—Muy bien. Ya he firmado el contrato. Empiezo el lunes a las ocho.

—Me alegro mucho por ti. Después de todo lo que hemos hablado durante este tiempo y lo que me has contado, te lo mereces. Tenemos que celebrarlo.

En eso estoy totalmente de acuerdo.

—Por supuesto. Además, tengo ganas de conocer un poco más esta ciudad.

—Eso está hecho. ¿Salimos a cenar y después a bailar?

Me gusta el plan. Son los planes que más me gustan.

—¿Qué prefieres cenar? Podemos ir a un italiano que conozco que está de muerte.

—Por mí, perfecto. Me gusta la comida italiana.

Carol está llamando por teléfono. Está reservando una mesa para tres. ¿Tres? Carol, yo y... levanto una ceja. Cuento con los dedos. No me salen las cuentas. ¿Uno más uno, tres? ¿Quién más? Me puede la curiosidad y no dudo en preguntar.

—Has reservado para tres. Tú, yo y... —Levanto los hombros.

—Y mi asistente.

—¿Eh? ¿No era con el que has discutido antes?

—Ya te contaré. —Me guiña un ojo y se va entre risas por el pasillo.

Ahora sí que no entiendo nada. Hace un rato le estaba gritando y ahora resulta que vamos a cenar los tres. Me paso la mano por la frente.

Mi teléfono vibra.

«Hola, hermanita. ¿Cómo estás? Acabo de ver tu mensaje. ¿Podemos hablar?».

¡Sí, claro! Y antes de terminar de leer el mensaje de mi hermana mayor, ya le estoy haciendo una videollamada. Tengo muchas ganas de verla.

—¡Hermanita! —grita Amelia desde el otro lado del teléfono—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Qué tal la casa? ¿Está bien?

—Sí. La casa es muy bonita y mi habitación muy grande.

—Entonces, dime. ¿Qué tal las condiciones del contrato? Me has dado mucha envidia con las vistas de la foto.

—Claro —me río—. El contrato, bien.

—¿Y el salario?

—Unos ochocientos ochenta dólares a la semana.

—¡Guau! Eso está muy bien. Pregunta cuánto cobran las enfermeras y me voy contigo —se ríe, lo está diciendo en broma. Amelia está muy contenta con su trabajo en el hospital.

—Son unos dos mil cuatrocientos cincuenta euros al mes, pero ya es el doble de lo que cobraría trabajando ahí.

—Eso sí.

—¿Trabajas hoy?

—Sí, tengo turno de tarde.

—¿Y mamá?

—No, mamá hoy tiene el día libre.

—Me vas a tener que enviar tu horario de trabajo. Estoy muy desorientada.

—¿Y tú?

—Yo empiezo el lunes a la ocho.

—¿Nerviosa?

Cómo me conoce.

—Mucho. Bueno... muchísimo, más bien, pero mi futuro jefe se ha portado genial, es muy amable. Me ha enseñado toda la clínica.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cómo es?

—¡Qué cotilla eres! —Le hago muecas—. Es normal.

—¿Normal? Venga ya.

—Vale. Es bastante guapo, alto, con el pelo rubio y rizado. Más o menos unos cuarenta y cinco años, calculo.

—¿Te gusta?

Me enfado. ¿Cómo puede preguntarme eso?

—¿Estás loca? ¡Qué va! Si me saca por lo menos veinte años.

—Vale. Lo siento. Solo era una pregunta.

—¿Y cómo están papá, mamá y nuestro hermanito? —pregunto.

—Bien. Mamá se quedó muy triste. Ya sabes cómo es. Papá sabes que no muestra sus sentimientos, y Jonny pues... —Amelia lanza un suspiro. Mi hermano está en una etapa difícil—. Solo piensa en videojuegos y chicas —prosigue.

Nos reímos a la vez. No lo podemos evitar.

—Bueno, Amelia. Tengo que dejarte. Voy a salir a cenar y luego a bailar.

—¿Con quién?

—Con Carol, la dueña de la casa. Ella me ha invitado.

—¡Diviértete! —Me lanza una mirada con los ojos entreabiertos como tratando de advertirme de algo. No le hago ni caso y cuelgo.

Voy a la habitación y abro el armario buscando qué ponerme para esta noche. Este está bien. Saco un vestido negro, ajustado y corto, de tirantes muy finos. Es uno de mis favoritos. Cojo unos zapatos de tacón bajo a juego.

Me visto mirándome en el espejo del armario. Me vuelvo una y otra vez para comprobar que me queda bien. Me encanta este vestido. No me queda nada mal.

Conecto las planchas de pelo y me hago unos rizos, no demasiado marcados. Tengo el pelo color castaño. Hace tiempo que decidí dejar de teñírmelo. Lo tengo muy largo, ya me llega a la altura de los

codos.

—¿Estás lista? —me pregunta Carol desde la puerta.

—Sí.

—Pues vamos.

—Vamos.

Carol lleva un vestido plateado que le hace una figura envidiable y unos tacones altísimos. Me da vértigo solo de verla. Parece que se va a caer con el primer paso que vaya a dar.

Me siento como una niña pequeña con un juguete nuevo. Tengo ganas de salir, disfrutar, bailar y, sobre todo, olvidarme de él. Siempre es él.

Mi subconsciente siempre me traiciona. Niego con la cabeza. «¡Fuera!», le grito a mi mente para que lo saque de ahí.

Vamos por Ocean Street. Carol conduce rápido, pero muy seguro. A leguas se ve que es una mujer muy segura de sí misma. Me gustaría poder sentirme como ella, no sentir dudas e ir por la vida con la cabeza bien alta.

Llegamos a Pitt Street.

—El restaurante está en esta calle —me dice.

Carol consigue aparcar a la primera. El restaurante está a escasos metros.

Parece un sitio caro. Tiene una gran cristalera en la entrada que deja ver el interior. Está lleno. Ahora entiendo por qué había que reservar mesa.

Entramos.

Miro a todos los lados. Huele tan bien que se me abre el apetito de inmediato. Miro hacia arriba donde hay una media planta llena de gente. Hay mucho ruido y suena de fondo música italiana. La cocina está a la vista, todo de acero. Veo al menos cinco cocineros trabajando a toda prisa por sacar los platos a tiempo y los camareros parecen que vuelan por la sala.

Uno de los camareros nos acompaña hasta nuestra mesa.

Hay unos sofás tapizados en color rojo que están a lo largo de las paredes con mesas para cuatro comensales, y hay otra fila de mesas en el centro del restaurante, también con cuatro sillas. Encima de cada mesa cuelga una lámpara redonda. Las paredes están decoradas con cuadros de diferentes lugares de Italia. Son preciosos.

Carol mira el teléfono y lo apaga. Da un golpe en la mesa y hace que me sobresalte.

—¿Qué pasa? —Al momento me arrepiento de preguntar. No sé cómo me va a contestar.

—Mi asistente me acaba de decir que no viene.

—¡Ah! No sé qué decir.

—No es la primera que lo hace. El lunes se va a enterar.

Intento hacerle sentir mejor cambiando de tema. Creo que el lunes va a ser un día difícil para ese asistente. No sé de qué van. ¿Será solo su asistente o habrá algo más entre ellos? Intento descifrar su mirada y creo que hay algo más entre ellos.

—Bueno, creo que será mejor olvidarnos de este incidente y echar un ojo a la carta. Yo tengo hambre.

—Sí, será mejor. —Está enfadada y no lo disimula.

Abro la carta del menú. Hay mucha variedad. Necesito unos minutos para decidirme.

—Buenas noches. Seré su camarero hoy. ¿Saben ya lo que van a tomar, señoritas?

El camarero es muy joven, quizás sea un estudiante que trabaja los fines de semana para sacarse un dinero extra. Se queda mirando a Carol embobado.

—Sí —contesto—. Raviolis primavera para mí y de beber... —Pienso un momento, tengo dudas.
—Un vino rosado —dice de repente Carol.

Asiento con la cabeza. Estoy de acuerdo.

—Y un *rissoto* de mariscos para mí. Muchas gracias —añade.

Le entregamos las cartas al camarero, que sale de inmediato hacia la cocina.

La comida está exquisita y el vino se me ha subido un poco a la cabeza. Nos reímos recordando nuestras largas charlas por Skype cuando hablábamos de nuestras cosas.

Carol ya tiene otra cara. Parece que se ha olvidado del incidente de antes.

—¿Desean las señoritas algo de postre?

El camarero está frente a nosotras y no le quita el ojo de encima a Carol que sigue sin hacerle ni caso. Estenos recita todos los postres disponibles y yo me decanto por el tiramisú mientras que Carol se decide por la tarta de queso y vainilla.

—¿Te parece si pagamos y vamos a tomar unas copas?

—Sí. Tengo ganas de ver cómo es el ambiente aquí.

Carol le hace señas al camarero, que viene inmediatamente.

—¿Nos puedes traer la cuenta, por favor?

El camarero sale volando hacia la barra donde está la caja registradora y otro camarero le extiende el recibo en un platillo.

—Pago yo —dice Carol.

No me da tiempo a decir que no.

Salimos del restaurante. Carol menciona que hay un local muy cerca, en la calle de atrás, y caminamos hacia nuestro destino.

Llegamos en apenas cuatro minutos. En la puerta del local hay dos guardias de seguridad y una taquilla donde la gente está haciendo cola para entrar. Hay que pagar entrada. Esta vez soy más rápida y pago yo la entrada de las dos.

El local tiene cuatro plantas. Hacemos un recorrido por todas y cada una de ellas. En cada planta suena una música diferente. El local está lleno y nos cuesta movernos entre la multitud. Llegamos a la azotea donde hay una piscina enorme. Hay gente bañándose. Nos acercamos a la barra y Carol pide dos cócteles.

—Tienes que probar este cóctel, Daniela. Está buenísimo.

Doy un sorbo. Sabe a piña y a ron. No lo había probado antes.

—¿Qué es? —pregunto a Carol con curiosidad.

—Se llama Australian Virgin. Lleva ron, vino blanco, zumo de piña y jarabe de cerveza. Se agita con hielo y se sirve pasándolo por una coladora.

Carol parece una experta en esto de los cócteles.

Sábado, 4 de noviembre de 2017

Son más de las cuatro de la madrugada. El tiempo ha pasado sin darnos cuenta.

Bailamos toda la noche y bebemos; bebemos mucho. Más de la cuenta. Los chicos se acercan y nos invitan a copas. Carol no sabe decir no. Ha perdido el control y baila entre los chicos que la rodean. La observo sentada desde un sofá. Me duelen los pies. Carol está desatada, tengo que sacarla de aquí o va a terminar en un coma etílico.

Me levanto y voy directa adonde está Carol pasando a empujones entre la gente.

—Carol, vámonos. Por favor —le digo, mientras la agarro del brazo y tiro de ella hacia mí.

—No me quiero ir. Me lo estoy pasando muy bien.

Eso es evidente. No deja de contonearse entre los chicos.

—No estás bien. Casi no te tienes en pie. Vamos a descansar.

—No. Yo quiero quedarme un poco más. Baila conmigo.

Me coge de las manos e intenta que yo baile con ella. Ya no vocaliza bien y no entiendo la mitad de lo que me dice.

—Por favor, Carol. Vámonos ya —insisto.

—No. —Me aparta de un empujón y se va a bailar con un chico que lleva toda la noche mirándola y haciéndole gestos.

Vuelvo a sentarme en el sofá. Un chico se acerca a mí para invitarme a bailar. Le respondo con una negativa. Mi propósito ahora es convencer a Carol para llevarla a casa y que duerma. La observo boquiabierta. No parece la misma chica que conocí. Se nota que el plantón de su asistente le ha afectado. No para de beber. Una copa tras otra. Los chicos no paran de restregarse y Carol no hace nada para evitarlo. Me da vergüenza ajena.

Me levanto y voy hacia ella, esta vez decidida a sacarla de aquí, y no acepto un no por respuesta.

Después de mucho insistir y pedirle por favor, casi rogando, que nos vayamos, por fin acepta.

—Está bien. Como tú quieras —accede.

¡Bien! Por fin ha entrado en razón. Se despide de los chicos lanzándoles besos. Se quedan con cara de no poder llevarse a una chica a su cama esta noche. ¡Otra vez será! Esta noche no, caballeros. Si se les puede llamar caballeros. Lo dudo.

Salimos entre la multitud de gente casi a empujones. Hay mucha gente y la mayoría están fuera de control.

—Carol, dame las llaves del coche. No estás bien y así no puedes conducir.

—Yo puedo. Estoy bien —balbucea.

—¿Tú? —digo casi gritando—. Si no me das las llaves me voy en taxi —la amenazo sin éxito. Y recuerdo que tengo en la cartera la tarjeta del taxista que me trajo del aeropuerto.

Carol no me hace caso y se sube en el coche. En el asiento del piloto.

—Muy bien. Haz lo que quieras. Yo no me subo contigo.

Saco la tarjeta y el móvil del bolso, y llamo al taxista, que contesta después del primer tono. Le pregunto si puede venir y acepta de inmediato. Dice que llegará enseguida.

Carol se aleja en el coche y yo me quedo esperando al taxi que no tarda en llegar.

—Buenas noches, señorita.

El taxista se baja del coche y me abre la puerta de la parte trasera para que yo entre.

—Buenas noches. Gracias por venir.

Estoy preocupada por Carol.

—¿La dirección del otro día? —pregunta.

—Sí, por favor.

El taxista se pone en marcha. Me mira varias veces por el retrovisor central. Se da cuenta de mi preocupación.

—¿Por qué estaba tan sola una chica tan guapa como usted a estas horas?

—No estaba sola. En realidad, estaba con una amiga, pero ella se fue en su coche y yo no quise ir con ella.

—¿Por qué? Si no es mucho preguntar.

—Ha bebido mucho y, a pesar de pedirle las llaves para que no condujera, no me hizo caso y se fue.

—¡Ah!

—Espero que haya llegado bien.

Tardamos poco más de diez minutos en llegar. No había tráfico en la carretera. El taxista se baja y me abre la puerta.

—Muchas gracias. ¿Cuánto es? —pregunto.

—Nada, señorita. Este viaje corre de mi cuenta.

—No puedo aceptar eso —lo digo mientras saco el dinero del bolso.

—No, no voy a aceptarlo.

—Bueno, pues, por favor, llámeme por mi nombre y no me trate de usted.

—Muy bien, Daniela. Como ordenes. —Me lanza una sonrisa embriagadora—. Lo mismo te digo. Por cierto, mi nombre es Charlie.

—Lo sé. Viene en la tarjeta que me diste. —Pestañeo más rápido de lo normal mostrando mis encantos.

Charlie se despide de mí con un guiño y una amplia sonrisa. ¡Es guapo!

Miro a ambos lados de la calle, pero no logro ver el coche de Carol. ¿Habrá llegado? A lo mejor está aparcado en otra calle. ¿Le habrá pasado algo? Estoy preocupada. Meto la llave en la puerta y entro en casa. Voy hacia la habitación de Carol, llamo a la puerta, pero nadie contesta.

Entro.

Necesito cerciorarme de que está bien. No está. ¿Dónde estará? La llamo. Tampoco contesta. Opto por dejarle un WhatsApp con la esperanza de que los dos vistos se pongan de color azul. Nada. ¿Dónde se habrá metido? Ha sido muy imprudente por su parte coger el coche en su estado. Tenía que haber evitado que cogiera el coche.

Me remuevo en la cama, de un lado a otro. No puedo dormir. Carol no llega y con su ausencia aumenta mi preocupación. Miro el móvil con la esperanza de que haya visto mis mensajes. Me entristezco viendo que los vistos no se han puesto azules.

Al final termino rendida de tanto pensar y de la preocupación, y me quedo dormida.

Me despierto porque el sol me está quemando la cara a través de la ventana. Se me olvidó cerrar las cortinas. No sé qué hora es.

Miro el reloj. Las dos de la tarde.

También miro el WhatsApp que le envié a Carol. Sigue igual. No lo ha visto. Tengo que saber si llegó bien. Me levanto y voy directa a su habitación. Pruebo y llamo a la puerta. Nada. Entro. Sigue vacía. La cama está igual que ayer. No ha pasado aquí la noche. ¿Dónde habrá dormido? ¿Estará bien?

Su habitación es la más grande. Tiene su propio cuarto de baño y los muebles son similares a los de mi habitación.

Tiene una pared en color rosa muy clarito y el resto en blanco. La habitación está muy ordenada. Como el resto de la casa.

—*¡Buongiorno, signorina!*

¡Qué susto! Suelto un grito. Giro la cabeza a toda velocidad. En el umbral de la puerta está un chico joven, de unos veinte años. Alto. Moreno. Tiene ojos verdes enormes y el pelo negro y ondulado. Lleva un pijama corto en colores blanco y negro.

—Me asustaste —logro decir todavía con la mano en el corazón.

—Perdón por asustarte. No era mi intención. Me llamo Luca. —Me extiende el brazo y yo respondo a su acción todavía con el corazón en la garganta.

—Me dijo Carol que llegarías el lunes.

—Sí... Bueno...

Parece que no quiere hablar de ello. Cambio radicalmente de tema.

—Pues ayer, Carol y yo salimos. Se pasó con las copas. Le pedí las llaves del coche y se negó. Yo no quise venir con ella y pedí un taxi. Cuando llegué, pensé que estaría aquí, pero nada. La llamé, le envié un WhatsApp y tampoco me respondió, ni siquiera lo vio. Pensé que estaría ahora... —Suelto un suspiro.

—No te preocupes. No es la primera vez que lo hace. Estará en casa de David —dice con despreocupación. La conoce mejor que yo.

—¿David?

—Sí. Es su asistente.

—¡Ah! Carol no mencionó su nombre.

—Por cierto, puedes hablarme en español. Lo hablo y lo entiendo perfectamente.

—Ah. Bien, mejor para mí. Tanto hablar en inglés me tiene el cerebro colapsado.

—Bueno, voy a estar en mi habitación. No dudes en venir si necesitas algo.

Asiento con la cabeza y, aunque Luca está muy tranquilo, yo no puedo dejar de sentir preocupación pensando en dónde pueda estar Carol.

Voy a mi habitación, cojo una muda limpia, una camiseta de tiras y unos *leggings* cortos y me voy al baño. La ducha me sienta más que bien. El agua está fresca.

Hace calor.

Me dejo el pelo mojado, no tengo ganas de usar el secador. Salgo del baño ya vestida y voy hacia la cocina. Tengo hambre. Me preparo algo de comer.

Oigo la puerta. Carol llega con cara de culpa. Voy corriendo hacia ella.

—¿Dónde estabas? Me tenías muy preocupada.

Sueno igual que mi madre. Ella me decía lo mismo cuando yo llegaba tarde.

Entra descalza. Trae los zapatos en una mano y la chaqueta en el brazo. En el otro brazo lleva el bolso colgando y las llaves de casa en la mano. Tiene cara de no haber dormido en toda la noche.

—Lo siento. He sido muy inconsciente. Hablamos luego, que me duele mucho la cabeza.

Me deja con la duda y se va a su habitación.

Voy con el plato de la comida al salón, conecto la televisión y me siento a comer. Por lo menos mi preocupación ya se fue. Luca se sienta a mi lado con su plato.

—Me peleé con mi novio —confiesa.

Su confesión me pilla por sorpresa. Se me cae el tenedor al suelo. ¿Novio? ¿Me traicionan mis oídos? Trago saliva. Carol podía haberme dicho que nuestro compañero de casa era gay y así ahora

no tendría esta cara de idiota. Luca va a pensar que soy tonta o algo parecido.

—¿Eh? —La expresión de mi cara cambia de repente. Arqueo una ceja.

—Estábamos pasando una semana de vacaciones conociendo Australia y le vi un mensaje en el móvil de su exnovio.

—Pero eso no es nada grave. No significa nada. —Aparento normalidad.

—Los mensajes no eran un simple «Hola» o «¿Cómo estás?». Eran mensajes subidos de tono. Le di la oportunidad de que me lo explicara, pero él simplemente agachó la cabeza y la única palabra que salía de su boca a modo de susurro era un «lo siento».

Luca es incapaz de contener las lágrimas y rompe a llorar. Frente a mí está un niño frágil que lo único que necesita es un abrazo.

Lo único que hago es abrazarlo y repetirle que todo estará bien. Yo agradezco que haya confiado en mí y me haya contado sus problemas sin apenas conocerme.

—*Grazie* —dice entre llantos.

—No hay de qué. No sabes lo bien que te entiendo.

—¿Cuándo llegaste? —pregunta cambiando de tema.

—Hace dos días.

—Supongo que todavía estarás con los horarios cambiados. A mí me pasó.

—Así estaba ayer. Hoy ya estoy mejor.

Terminamos hablando de cómo fue su viaje y yo le explico cómo fue el mío. Han sido prácticamente iguales.

Carol aparece a media tarde. Parece un zombi. Lleva puesto un pijama rosa y zapatillas blancas. Va hacia la cocina. Se prepara un sándwich. Luca y yo la miramos esperando que nos diga algo. Un «hola» estaría bien. Nada. No dice ni hace ningún sonido. Solo se hace el sándwich, lo pone en un plato y desaparece por el pasillo. Luca y yo nos miramos y soltamos unas carcajadas que retumba todo el salón.

—¿Te apetece salir esta noche? —Me espeta Luca sin que venga a cuento. ¿No estaba tan mal después de lo que le hizo su novio?

—Sí —acepto de inmediato—. Solo espero que no hagas lo mismo que Carol —le advierto—. No me gustaría pasar por lo mismo dos veces.

Niega con la cabeza y suelta una sonrisa maliciosa.

—Ya verás lo bien que lo vamos a pasar. ¿Te gusta la música latina?

Eso me suena a gloria bendita. Mi cerebro ya está recordando los pasos de baile que aprendí hace seis años. La noche promete.

—Sí, me encanta.

—Entonces, te voy a llevar a un sitio que te vas a quedar con la boca abierta.

Me propone pedir algo para cenar.

—Podemos pedir unas *pizzas* —dice.

—Sí. Me gustan las *pizzas*.

Luca busca el móvil en su habitación y entra en una aplicación de búsqueda de restaurantes. Mira uno cercano a casa que tengas *pizzas* y hace la compra.

—Pago yo —digo cogiendo mi tarjeta.

—Llegas tarde, cariño. Tengo los datos de mi tarjeta guardados y ya he pagado.

Me mira con cara de «te he ganado».

No me queda más remedio que resignarme a la rapidez de mi italiano favorito.

El repartidor no tarda demasiado en llegar. La *pizza* huele de maravilla.

Luca se sienta en la barra de la cocina y corta la *pizza* en trozos mientras yo preparo la mesa con dos platos pequeños, servilletas y vasos. Cojo en la nevera una botella de Coca-Cola que compré hace días y la sirvo.

Comemos.

Carol sigue encerrada en su habitación y no da señales de vida. Luca y yo nos estamos preparando para la noche que nos espera. Se ha puesto muy guapo. Lleva unos vaqueros gastados y una camiseta negra ajustada que le queda muy bien.

—*Sei bellissima.*

—Mentiroso —le digo con una media sonrisa.

—Es cierto, ese vestido te queda genial.

He optado por un vestido corto en color azul marino, con escote asimétrico con uno solo tirante en el hombro izquierdo.

—Tú también estás muy guapo —digo con sinceridad.

Luca no tiene coche. Me acuerdo de Charlie y lo llamo.

Contesta enseguida.

Llegará en diez minutos. Antes de irme quiero pasar por la habitación de Carol. Quiero saber si está bien.

Llamo a su puerta.

—¿Se puede? —pregunto con cautela.

—Entra.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—No. Gracias. Quiero descansar.

Carol está tirada encima de la cama tecleando en su portátil. La habitación está desordenada. Nada que ver a como la vi esta mañana.

—Luca me ha invitado a salir. ¿Te apuntas?

—No. Tengo dolor de cabeza. Pasadlo bien.

Salgo de la habitación y vuelvo a cerrar la puerta. Luca me espera impaciente en la puerta de la entrada.

—¡Vamos! El taxi ya está aquí.

Charlie está de pie apoyado en un coche negro. No es el taxi. Lleva puesto unos vaqueros gastados, unas zapatillas Nike y una camisa de lino blanco.

—¿Y este coche? —pregunto sorprendida.

—Hoy no trabajo.

—Pero...

—Sí, ya sé lo que vas a decirme. Simplemente no podía decirte que no.

Me mira a los ojos fijamente y sus ojos se oscurecen. Hace que me sonroje. Cambio de tema. Últimamente se me da muy bien.

—Este es Luca. Vive conmigo.

—Encantado. —Charlie le da un apretón de manos a Luca que se queda embobado mirándolo.

Parece que a Luca no le ha sido indiferente el taxista. ¡No vayas por ahí! Creo que te equivocas.

Charlie me abre la puerta del copiloto para que me siente. El asiento es muy confortable. Luca se sienta detrás de mí y le indica la dirección al guapo taxista, que se pone en marcha enseguida.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? —Charlie le pregunta a Luca.

—Llegué en septiembre. Estoy haciendo un máster.

—Ah.

—¿Tú eres de aquí? —Luca siente curiosidad.

—Sí. He nacido y me he criado aquí. Aunque tengo ganas de viajar, pero nunca he podido ni he tenido tiempo.

—Cuando quieras, puedes venir a Italia conmigo.

Luca le está tirando los tejos a Charlie clarísimamente. Creo que se está equivocando. No creo que a Charlie le interese ese tipo de relación. La tensión se puede cortar con un cuchillo. Tengo que pensar qué hacer o decir para cambiar de tema.

Miro hacia atrás. Luca va mirando su móvil.

—¿Queda mucho para llegar? —interrumpo a Luca.

—No. Ya estamos llegando.

—Espero que tengamos sitio para aparcar cerca porque por la zona donde está la discoteca no suele haber demasiado sitio —explica Charlie.

Es casi medianoche. Charlie recorre varias calles en busca de un hueco donde aparcar. Primero va por una; luego por otra. No encuentra ningún lugar disponible. Volvemos a pasar por las mismas calles. Luca sugiere una calle donde suele haber aparcamiento y Charlie le hace caso. A lo lejos veo un coche que sale de un aparcamiento.

—¡Charlie, mira! ¡Ahí! —digo señalando el coche que sale.

Charlie acelera y aparca rápido en el hueco que ha quedado libre.

—Por fin —dice frotándose la frente—. Me estaba empezando a desesperar.

—Sí, lo he notado —respondo riéndome.

Hemos aparcado algo lejos del local. La caminata me va a venir bien para bajar la *pizca* que hemos cenado.

Me agarro del brazo de Luca y caminamos por las calles de Sídney llenas de gente. Charlie viene con nosotros.

Domingo, 5 de noviembre de 2017

El The Cuban Place está a rebosar. Apenas se puede bailar. Luca hace un rato que ha desaparecido y, por más que busco, no logro encontrarlo.

Charlie está a mi lado. Se nota que esta música no es su favorita, pero, a pesar de eso, está aquí, haciéndome compañía.

Nos tomamos unos mojitos que me bajan por la garganta como si fuesen agua.

—¿Bailamos? —Charlie está animado.

—Sí. —Lo estaba deseando—. ¿Sabes bailar? —pregunto levantando una ceja.

—No. Pero tú me enseñas. —Su mirada es divertida y seductora.

Me lleva de la mano al centro de la pista. Suena reguetón. Charlie tira de mí hasta rodearme entre sus brazos. Puedo sentir su respiración agitada en mi cuello. El corazón me va a mil. Parece que se me va a salir por la boca. Nos miramos y nos reímos sin saber muy bien por qué.

¡Que no acabe la noche! No quiero que se termine. Bailamos como si no hubiera nadie más en la pista. Me acaricia la mejilla con suavidad y se me estremece el cuerpo. Sus dedos recorren la comisura de mis labios. Estamos cada vez más cerca y cada vez siento más y más calor. Sus labios se acercan a los míos sin pedir permiso. No me importa porque es lo que deseo ahora.

—¿Qué tal, parejita?

No... puede... ser... ¿En serio? No aparece en toda la noche y tiene que aparecer ahora. Luca nos rodea con sus brazos por encima de nuestros hombros con una sonrisa maliciosa de oreja a oreja. ¡Qué cabrón! Me acaba de arruinar el momento «película» que estaba teniendo con Charlie. Hasta mi cerebro se está riendo de mí.

Luca se ha pasado con las copas y está eufórico. Me agarra del brazo y me separa de un tirón de Charlie, que se queda con cara de póquer.

—¿Qué haces? —pregunto entre enfado y desconcierto.

—Ven a bailar conmigo, Dani.

—¡Luca! ¿Estás loco? —digo entre risas—. No puedo dejar a Charlie solo —digo señalándolo. Lo veo que se va hacia la barra.

Luca insiste y termina por convencerme. Está aparentemente feliz, pero es solo fachada. En el fondo está triste por lo que le ha pasado. Quizás sea su manera de evadirse de la realidad. Aunque para mí no es la mejor. Lo he vivido la noche anterior con Carol y no quiero que se repita otra vez.

Luca se mueve muy bien, se nota que sabe lo que hace. Yo ya casi no me acuerdo de lo que aprendí en mis clases de bailes latinos. Me da vueltas sin parar. Yo intento seguir su ritmo, aunque a veces me pierdo y tropiezo con mis propios pies.

Empieza a sonar una canción de salsa. La gente se hace a un lado y dejan la pista libre. No sé muy bien lo que está pasando.

Miro a través de la gente de puntillas y veo a una pareja que viene caminando hacia la pista agarrados de las manos. La chica va vestida con un minivestido con transparencias de color rojo y negro, y el chico lleva una camisa de manga corta del mismo color que el vestido de la chica y unos pantalones de lino negro.

Me quedo embobada mirando al adonis que está en el centro de la pista. Es un chico guapo, su piel es color chocolate, el pelo corto y muy rizado. Es alto, parece un modelo de Calvin Klein. La

chica es morena, pero no tanto como el chico, y también es alta, tiene una melena negra, rizada y muy larga, casi hasta la cintura.

Se mueven por la pista con mucha soltura. Son increíbles. Los movimientos que hacen son tan simétricos que parecen solo uno.

—Se llama Raúl.

—¿Eh? ¿Quién? —Luca interrumpe mi recorrido visual al adonis.

—No te hagas la tonta, que he visto cómo lo miras.

Intento parecer desinteresada, como si no supiera de lo que me está hablando. En realidad, me he enterado a la primera.

De lejos se parece a Hugo. Es también alto y moreno, pero no tan moreno como este chico tan espectacular.

—Estoy mirando a los dos bailarines. No me he fijado en nadie en particular.

Intento parecer convincente, aunque creo que no lo he conseguido.

Por un momento me he olvidado de Charlie y de lo que estuvo a punto de pasar antes de que nos interrumpiese Luca.

Lo busco entre la gente. Miro de un lado a otro. Lo veo. Está en la barra hablando con un pelirroja exuberante. Ella tiene un escote de vértigo y no se corta un pelo en mostrar sus encantos a Charlie.

Yo sigo bailando con Luca en una esquina de la pista, casi con vergüenza comparándonos con la morena y el adonis. Tengo sed. Hace demasiado calor.

—Voy a por algo de beber —le digo a Luca entre gritos.

—Voy contigo. Yo también tengo sed.

Pasamos entre la gente, que baila sin preocupaciones, haciendo malabares para no llevarnos un golpe. Me acerco a la barra donde está Charlie con la pelirroja exuberante y pido otro mojito mientras los miro de reojo. No estoy celosa. «¿Seguro?», me pregunta mi subconsciente. No le hago ni caso.

Estoy algo mareada. No sé ya cuántos mojitos llevo encima. Cinco. Seis. Quizás siete. No lo sé. Necesito sentarme. Luca me lleva a una zona donde hay sofás. Son muy cómodos.

Charlie viene con una bandeja sobre la que trae unos doce chupitos. Pone la bandeja sobre la mesa.

—A beber —dice Charlie con un chupito en la mano.

—No puedo más.

Es cierto.

Luca coge un chupito y me da otro a mí. Haré un esfuerzo.

Brindamos y bebemos uno tras otro hasta que todos los vasos están vacíos. Estoy muy mareada. Todo me da vueltas. Siento náuseas.

Los chicos no parecen estar mucho mejor que yo. Alguno sugiere irnos a casa, no sé muy bien quién de los dos. Acepto porque necesito meterme en cama y dormir.

Caminamos hacia el coche dando tumbos. Voy cogida del brazo de Luca. Parece que el coche está más lejos de donde lo dejamos aparcado. Se me hace eterno.

Charlie abre el coche dándole a todos los botones del mando hasta que acierta con el botón indicado.

Me subo en la parte de atrás del coche con torpeza y Luca se sienta a mi lado.

Me duele la cabeza y sigo sintiendo náuseas. Se me vienen imágenes a la cabeza de la noche, como si fueran *flashes*.

¡Qué a gusto estoy en cama! Tanto la almohada como el colchón son muy mullidos. No sé cómo he llegado hasta aquí. Lo último que recuerdo es cuando entré en el coche de Charlie.

¡Mierda! Creo que no estoy sola en mi cama. He notado un movimiento a mi lado. Abro tímidamente un ojo. ¡Es Luca! Me susurra mi subconsciente. ¿Qué hace en mi cama? Levanto las sábanas temiéndome lo peor.

No. No. No. Repito para mis adentros una y otra vez. Estamos completamente desnudos. ¡No puede ser! ¿Pero qué he hecho? Me doy la vuelta. No quiero mirar.

¡No! ¡Mierda! Esto debe ser una cámara oculta. Charlie está al otro lado de la cama. Vuelvo a levantar las sábanas. También está desnudo. Frunzo el ceño. Esto tiene que ser un sueño. Peor, una pesadilla. Niego con la cabeza. Resoplo. Me paso la mano por la frente. ¿Qué hago?

Encuentro una camiseta y me la pongo rápidamente. Salgo de la cama gateando hasta la parte inferior. Cojo unas bragas y un pantalón de chándal y salgo hacia el baño.

Doy vueltas en el baño, desde la puerta hasta la ventana y vuelvo. Intento acordarme de algo, pero no lo consigo. Salgo del baño y voy hacia la ventana de la cocina. El coche de Charlie está aparcado enfrente.

¿Qué he hecho? Me repito una y otra vez. No llevo aquí ni una semana y ya he hecho la locura más grande en mis veinticuatro años de vida.

Suspiro.

Seguro que todo tiene una explicación o eso intento hacerle creer a mi pequeño cerebro, que todavía no asimila el estado en el que me he levantado. Niego con la cabeza. Me froto la cara con las manos y me tapo los ojos esperando a que así sea más fácil superar este momento. Miro la cocina. No tengo ganas de comer nada. Tengo el estómago del revés. No sé qué hora es. Miro el reloj que hay en la pared de la cocina. Las dos y cuarto. Solo quiero que este día pase deprisa para poder continuar con mi vida.

Oigo abrirse una puerta. Asomo la cabeza al pasillo desde la esquina de la cocina. Alguien sale de mi habitación. Es Luca. Está saliendo de mi habitación de puntillas, con su ropa colgada en un brazo y las zapatillas en la mano, y se va a su habitación.

No me ha visto, menos mal. Tampoco sabría qué decirle. Nunca me ha pasado nada igual ni parecido. Lo único positivo que saco en conclusión de esta locura es que no me he acordado de Hugo. Bueno... ahora sí. «¡Fuera!», le grito a mi pequeña cabecita. Hoy no. Ya tengo bastante con pensar es este lío.

¡Tierra, trágame!

Alguien viene por el pasillo. Asomo la cabeza de nuevo. Es Carol. Menos mal. Por un segundo pensé que era Charlie.

Respiro hondo.

—Menuda juega la de anoche, ¿no?

Carol pasa por detrás de mí y me da dos pequeñas palmadas en la espalda.

—¿Juega?

Me encojo de hombros.

—Sí. No he podido dormir con vuestras risas.

No me acuerdo absolutamente de nada. Mi cara hace mil gestos distintos.

—¿Con quién te lo has pasado tan bien? —Esboza una ligera sonrisa maliciosa.

—¡Bah! Nadie.

—¿Nadie? Pues no parecía «nadie».

Al final voy a tener que confesar para que no me siga interrogando.

—Un chico que conocí anoche —miento. Lógicamente no le voy a contar la verdad porque ni yo la sé.

—Ah.

Necesito averiguar, pero no me atrevo. Dudo que Luca se acuerde, estaba más borracho que yo o así es como lo recuerdo antes de los chupitos traicioneros.

Carol levanta una ceja y puedo ver una media sonrisa en su cara. Creo que no ha quedado del todo convencida.

—Voy a preparar algo para comer. ¿Quieres? —Su pregunta es sincera.

—No, gracias. No tengo hambre.

Voy al salón. Necesito sentarme y seguir pensando. Me duele la cabeza y no por la bebida, sino por pensar tanto. Oigo a Carol preparando la comida.

Huele bien.

Estoy sentada en el sillón individual que está de espaldas a la cocina. Tengo las piernas encogidas y las rodillas a la altura del pecho. Con los brazos rodeo las piernas y en una de las manos tengo el mando a distancia.

Enciendo la televisión y zapeo en busca de algo interesante para ver. Me dedico a jugar con el mando mientras pienso. No saco nada en conclusión.

Resoplo.

No sé cómo voy a enfrentar este problema. Frunzo el ceño. ¿Cómo se me ha podido complicar la vida en tan poco tiempo? «No es nada mujer», me dice el Pepito Grillo que tengo por subconsciente. «Si tú lo dices...», le respondo con ironía.

—B... Buenas tardes.

Esa voz... ¡Es Charlie! Me acurruco más en el sofá para que no me vea.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarte? —le pregunta Carol.

—Mi nombre es Charlie. ¿Por casualidad no has visto a Daniela?

Hago señas con el dedo índice por encima del respaldo a Carol con la esperanza de que se dé cuenta y le diga que no.

—Mmm... Pues...

Carol titubea. «Dile que no», grito para mis adentros.

—No. No la he visto.

Suspiro. Menos mal. Ha visto mis señales.

—Ah. Yo me tengo que ir. Si la ves, ¿le podrías decir que me llame, por favor?

—Sí. Yo se lo digo.

—Muchas gracias.

Se escucha cerrar la puerta de la entrada. Exhalo. Me levanto y voy directa a mi habitación. Carol viene detrás de mí.

—¿Ese no era el chico del taxi?

Carol está en la puerta con los brazos cruzados, sonriendo y escrutándome con la mirada.

—Sí —digo casi susurrando.

Carol entra, cierra la puerta y se sienta en la cama a mi lado.

—No está nada mal el muchacho —dice mientras me aparta el pelo de la cara.

Se echa a reír y no puedo evitar reír yo también. Tiene razón.

—¡Qué vergüenza! —Me tapo la cara con las manos.

—No es ninguna vergüenza. Por cierto. El guapo taxista me ha dicho que lo llames.

—Sí. Lo escuché desde el sofá. Ya lo haré mañana.

Luca entra a la habitación sin preguntar.

—Menuda noche —dice sin filtros.

No quiero que cuente nada.

—Sí. Lo pasamos bien. Bailamos mucho —le interrumpo para que no siga hablando.

—Si lo sé, me apunto —dice Carol con recelo.

Solo de pensar cómo podríamos haber acabado los cuatro borrachos... Niego con la cabeza y me saco ese pensamiento. Si tres son multitud, no me quiero imaginar cuatro.

—Me voy a la ducha.

Quiero que salgan de la habitación y que no sigan hablando, no vaya a ser que a Luca se le vaya la lengua.

En cuanto salen, vigilo que Luca vaya solo a su habitación y entro sin llamar. Cierro la puerta.

—No cuentes nada —le advierto.

—Sí, tranquila. No tenía pensado hacerlo. Además, no me acuerdo muy bien de lo que pasó. — Parece sincero—. Solo me acuerdo de entrar en el coche de tu amigo y despertarme en tu cama con él a mi lado —añade.

—A mí me pasa lo mismo. Me desperté y estaba en medio de los dos.

Me sonrojo.

Me doy la vuelta y salgo hacia el baño. Una ducha me sentará bien. El agua cae templada por mi cuerpo y me relaja.

Estamos sentados en la barra de la cocina Luca, Carol y yo. La televisión está encendida y hay un programa de humor. Son las nueve de la noche y cenamos pasta que preparó Luca. Está exquisita. Se nota que es italiano.

—¿Nerviosa? —me pregunta Carol.

—Muchísimo —contesto sinceramente.

—Tranquila, mujer. Todo va a ir bien. —Luca me guiña un ojo.

Me siento nerviosa y tranquila al mismo tiempo. Mi jefe parece un tipo muy serio y la clínica está fantástica.

Luca y Carol hablan de cosas de antes de que yo llegara. No entiendo muy bien de qué. Hablamos del fin de semana, del día que pasé con Carol y del que pasé con Luca, claro, sin entrar en detalles.

Estoy en la cama mirando el techo. Cojo el teléfono de la mesita de noche y llamo a mi madre con la esperanza de que me conteste. No he tenido tiempo de hablar con ella, solo con mi hermana. Nos hemos escrito unos pocos mensajes nada más. Tarda en contestar, pero al fin lo hace.

Está en el hospital.

—Hola, mami. ¿Qué tal? No sabía que estabas trabajando.

Necesito ver a mi madre.

—Hola, hija. Yo estoy muy bien. Echándote de menos. —Se le escapa una lágrima—. Hoy me ha tocado turno de mañana, aunque estoy en un pequeño descanso.

Se escucha mucho ruido de fondo.

—Necesitaba verte.

—¿Estás bien?

Cómo me conoce.

—Sí, mami. Es difícil estar tan lejos, pero estoy bien. ¿Cómo están papá y Jonathan?

—Pues... Como siempre, hija. Tu padre muy ocupado en el trabajo y tu hermano entre

videojuegos y chicas... No lo sacas de ahí.

—Ah.

—¿Qué hora es ahí?

Miro el reloj del móvil.

—Son las once de la noche.

—Aquí es la una de la tarde.

—Lo sé, mamá. En el móvil me aparecen las dos horas. La de aquí y la de Madrid.

—Bueno, Dani. Tengo que trabajar. Me están esperando para dar la medicación a los pacientes.

—Vale, mami. Intento llamarte mañana. Aunque no te prometo nada.

—Vale, hija. Suerte en tu primer día de trabajo.

—Gracias, mamá. Te quiero.

—Yo también te quiero, Dani.

Me quedo un poco vacía. La conversación se me hizo muy corta, pero está trabajando. Lo entiendo.

Ha sido un fin de semana de locos. Primero con Carol y después con Luca y Charlie. Espero poder resolverlo pronto, aunque confieso que me da un poco de vergüenza preguntarle a Charlie si él sabe lo que pasó.

Conecto la alarma en el móvil para las siete. Echo un vistazo al Facebook y veo las fotos que mis amigas han puesto. Todas son sin mí. Me entristezco.

Me meto en la cama y me quedo dormida pensando en la locura de la noche anterior.

Lunes, 6 de noviembre de 2017

La alarma del móvil me despierta de un sobresalto —¡cómo lo odio!— y aleja de mí los pensamientos oscuros de la noche. No voy a pensar en eso. Hoy es un nuevo día. Hoy es el día. Empiezo en mi nuevo trabajo. El trabajo de mi vida. Adoro a los animales. Ellos me dan la paz y la tranquilidad que me quitan el resto de los humanos.

Me levanto de la cama y abro las cortinas para dejar que los rayos del sol inunden la habitación. Ya llevaban un rato pidiendo entrar. Miro mi móvil. El reloj marca veinte grados centígrados y todavía son las siete y tres minutos de la mañana.

Voy al baño. Me recojo el pelo con una pinza para no mojarlo en la ducha, lo tengo limpio de ayer. La ducha casi fría me termina de despertar.

Vuelvo a la habitación envuelta en una toalla. Busco en el armario unos *leggings* y una camiseta sin mangas. Me pongo unas bailarinas y voy hacia la cocina. Carol ya está levantada y guapísima, con un traje de falda y chaqueta en color gris oscuro, unos zapatos de tacón bajo negros y ya está peinada y maquillada. Parece una modelo.

Tiene una taza de café en una mano y en la otra tiene el teléfono; está hablando en jerga jurídica. No entiendo nada.

—Buenos días —dice Carol nada más colgar la llamada.

—Buenos días, Carol. Qué ocupada te ves esta mañana.

—Ya ves, desde primera hora no para de sonar el teléfono. ¿Café? —Señala una taza.

—No, gracias. No me apetece. Ya compraré algo por el camino. Quiero llegar temprano al trabajo.

—Si quieres, te puedo llevar en mi coche. Tengo tiempo.

—No. No hace falta. Prefiero ir caminando. Hace un día estupendo. Gracias.

—No hay de qué. Bueno, entonces ya me voy. Tengo mucho trabajo hoy.

Coge su bolso de la barra de la cocina, deja la taza en el fregadero y sale por la puerta a la velocidad de la luz.

Hay fruta en un frutero de cristal verde, cojo un plátano y lo meto en el bolso. Voy al baño, me lavo los dientes, me maquillo y me peino un poco.

Camino por Old South Head Road. Hay mucha gente por la calle. El sol me calienta el cuerpo. No hay ni una nube. El cielo es de un azul claro y huele a mar. Siempre huele a mar aquí. Me encanta.

Tengo que comprarme unas gafas de sol porque me duelen los ojos. Me molesta mucho. Después, cuando termine mi trabajo, pasaré por una óptica.

A mi mente vuelven imágenes de la noche loca. Luca me ha dicho que no se acuerda de nada. ¿Será cierto o estará mintiendo para no hacerme sentir mal? No lo sé. Después de trabajar voy a sacar valor de donde no lo tengo para llamar a Charlie y hablar con él. Espero que se acuerde, porque tengo que salir de esta duda.

Llego a la clínica a las ocho menos diez. Kayla está en la recepción. Me saluda cordialmente y espero sentada en la sala de espera. Darel no tarda ni cinco minutos en llegar. Vamos a su despacho y me da una hoja con el horario y las guardias. Me ofrece también una bata blanca. Me sorprende, porque tiene mi nombre impreso en color negro en el lado derecho: «Señorita D. Duarte». Me hace sentir importante por un momento.

Miro de reojo la hoja del horario. Somos nueve veterinarios. Cuatro en turno de mañana, cuatro en turno de tarde y uno en turno de noche. Siete auxiliares. Tres en turno de mañana, tres en turno de tarde y una en el turno de la noche. Además de dos recepcionistas.

El turno de mañana comprende desde las siete de la mañana hasta las dos de la tarde. El de tarde, desde las dos hasta las nueve de la noche. Además, hay guardias el fin de semana.

Me toca la guardia del próximo fin de semana.

—Espero que estés conforme con el horario.

—Sí. Me parece bien.

No tengo queja.

Esta semana tengo turno de mañana. El fin de semana trabajo desde el viernes a las nueve de la noche hasta el lunes a las siete de la mañana.

—Hoy trabajarás todo el día conmigo para que te vayas familiarizando con la clínica y aprendas dónde están todas las cosas que puedas necesitar.

Asiento con la cabeza. Estoy de acuerdo con todo.

—Tenemos la primera cita a las ocho y media. Si quieres, podemos tomar un café.

—Sí. No he desayunado nada.

Ya estaba necesitando un café.

Subimos a la primera planta. En la zona de la cocina hay varias personas. Darel me los presenta: Jack, el otro veterinario, es joven, no muy guapo, pero parece simpático. Ángela, Rose y Sarah son tres jóvenes auxiliares, rubias y de mediana edad.

Darel me prepara un café solo muy cargado. Me acerca la taza con el café y el azúcar. Me gusta dulce, así que le echo tres cucharadas. Me lo tomo caliente, no me gusta que se enfríe. Me ofrecen galletas que vienen en una caja. Hay mucha variedad. Hablan entre ellos de los animales de la clínica.

Hay dos perros ingresados y recién operados.

—Evolucionan favorablemente —dice Darel—. Estamos tratando una mordedura de serpiente en la pata de un pastor alemán.

Darel va rápidamente al almacén farmacéutico, trae un antídoto y se lo inyecta.

—Necesitará estar en observación —advierte Darel a la dueña del pastor alemán

—Sí, señor Williams.

Darel y Ángela llevan al pastor alemán en una camilla por el ascensor a la primera planta y lo meten en una jaula adaptada para él. Darel vuelve enseguida. Seguimos toda la mañana trabajando casi sin descanso. Ahora entiendo por qué somos tantos veterinarios en la clínica.

Me suena el móvil. Lo miro. Es un WhatsApp... de Charlie.

«Buenos días, Daniela. ¿Cómo estás? ¿Podemos vernos hoy?».

No tengo ganas de contestar ahora. Lo haré más tarde. Cuando acabe mi turno. Tengo que enfrentar ya este problema y pasar página. Bueno, al fin y al cabo, es una experiencia que, por supuesto, no se repetirá. No puedo emborracharme así nunca más.

La mañana pasa muy rápido. Solo queda una hora para terminar el turno.

—Daniela, ¿podrías quedarte hoy hasta las tres? Así conoces a los veterinarios y a las auxiliares del turno de tarde.

Darel está interesado en que conozca a todo el personal.

—Sí. Por mí no hay ningún tipo de problema. Soy consciente de que empecé más tarde.

—Mañana conocerás a los compañeros del turno de noche. Salen cuando llegamos nosotros.

—Vale.

Me gusta conocer gente nueva y, más aún, a mis compañeros. Tengo curiosidad por ver cómo son.

Le escribo a Carol para hacerle saber a la hora que termino y le envío una foto del horario que tengo. Me contesta casi de inmediato con un OK. Debe de estar muy ocupada.

Estoy agotada. Hoy ha sido un duro día de mucho trabajo y alguna que otra urgencia.

Llegan dos hombres y seis mujeres con varios minutos de diferencia. Son los compañeros de la tarde. Liam y Max son dos veterinarios de unos cuarenta años. Emma y Holly son las veterinarias. Emma rozará los cuarenta mientras que Holly es más joven. Grace, Ella y Eva son las auxiliares de mediana edad como las auxiliares de la mañana y Beth es la recepcionista. Es muy joven, creo que no llega a los veinte.

Todos me saludan muy cordialmente. Espero no equivocarme con los nombres. Aunque es difícil no equivocarse, casi todos son rubios de ojos azules y altos.

Ayudo a Emma en su consulta. Parece que no le gusta mucho que yo esté con ella, me mira con recelo. No le hago caso. Miro el reloj cada dos por tres. Los minutos no pasan. No me gusta esta mujer. No me inspira confianza y no sé por qué; yo tampoco le gusto a ella. Los demás son amables y pacientes conmigo.

—Me voy. Ha terminado mi turno. Darel me dijo que me fuera a las tres —informo a Emma.

—¿Y? —me espeta indiferente.

—B... Bueno, Darel me dijo que saliera a esta hora —le explico entre cortada y tímida.

—Vale.

Emma se gira y sigue cortándole las uñas a un siamés. Ni un «Hasta mañana» o «Encantada de conocerte». Nada. Si me extraen sangre ahora seguro que no saldría ni una gota. Me ha dejado helada. ¿Será ella así? A lo mejor la he pillado en un mal día. De ser así, no es mi culpa. Saco el folio del horario de trabajo doblado del bolsillo de mi bata.

Bien. No tenemos el mismo turno ni ninguna guardia juntas. Por ahora. Menos mal. No me imagino trabajar siete horas con ella ni mucho menos cincuenta y ocho. ¡Buf!

Me despido del resto del personal. Dejo la bata en un pequeño cuarto con taquillas que hay al lado de la recepción y cojo mi bolso y mi chaqueta; me despido de Beth.

La tarde es muy calurosa. El móvil marca 32 grados. El calor es tan seco que me reseca la garganta. Entro en una pequeña tienda de ultramarinos. Compró una botella de agua helada y una bolsa de patatas fritas para acallar a mi estómago, que está replicando su derecho a comer.

Las calles están abarrotadas y me cuesta caminar sin tropezar con algún transeúnte. El tráfico está imposible y los conductores tocan el claxon desesperados pensando que así aliviarán un poco la congestión. La verdad es que eso no funciona, lo único que hacen es contaminar acústicamente como si ya no hubiese suficiente ruido.

Recuerdo que tengo los auriculares en el bolso y los conecto al móvil. Necesito aislarme del ruido ambiental, me recuerda a Madrid.

A mis oídos entra directamente Fito y Fitipaldís, y su música pegadiza hace que camine al ritmo de la canción.

No hay nadie en casa. Dejo mis cosas en la habitación y me pongo un pijama corto. Voy a la cocina, me apetece cocinar. Voy a preparar algo para cuando lleguen Carol y Luca. Busco todo lo necesario para hacer una tortilla de patatas. No es por alardear, pero me salen muy bien.

Pelo las patatas y las corto en trozos pequeños y delgados. Corto también la cebolla en trocitos muy pequeños. Los echo en la sartén con el fuego caliente. En cuanto se dora la cebolla, le echo las

patatas. Le doy vueltas con la cuchara de madera y bajo el fuego para que no se queme. Mientras las patatas se hacen, aprovecho para batir los huevos en un bol.

Tengo la tortilla hecha en un plato blanco. Preparo una ensalada. En la barra de la cocina coloco tres platos con sus respectivos vasos y tenedores. Pongo la tortilla y la ensalada en el medio.

Oigo abrir la puerta. Es Carol. Parece agotada. Se queda con la boca abierta cuando ve todo lo que he preparado y esboza una amplia sonrisa.

—¿Lo has hecho tú? —dice señalando la comida.

—Sí —contesto orgullosa, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me cambio de ropa y comemos.

—Vale. ¿Tardará mucho en llegar Luca?

—No, tiene que estar al llegar —dice Carol alejándose por el pasillo.

Luca llega unos pocos minutos después.

Carol y Luca están encantados con la comida. Todo son halagos. Hacen que me sonroje.

—È tutto squisito —dice Luca.

—Gracias.

—¿Qué tal te ha ido en tu primer día?

—Bien. No me puedo quejar. Mi jefe es muy amable.

—Y tú, ¿qué tal? —le pregunto a Luca.

—*Bene*. El máster me va muy bien. Ya tengo ganas de terminar y trabajar.

Carol está ensimismada con su teléfono.

—Carol. ¿Qué tal en el trabajo? —la interrumpo.

—¿Eh?

No se ha enterado de lo que le he preguntado. Le repito la misma pregunta.

—¡Ah! —exclama—. Agotador. No he parado en todo el día. He tenido dos juicios y tres conciliaciones.

—Oh.

Mientras recojo los platos de la mesa, Luca los va fregando. Carol se ha ido a duchar.

La tarde pasa casi sin darme cuenta. Estoy tirada en el sofá, Luca está a mi lado. Parecemos dos perezosos. Nos cuesta hasta movernos para coger el mando a distancia que está en la mesita, a escaso medio metro de nosotros.

—Hacedme un sitio. —Carol reclama un espacio en el sofá.

—Hay sitio de sobra —contesta Luca.

Carol, como siempre, ha venido con su portátil.

—No trabajes tanto —le regaña Luca—. Unas tanto y otros tampoco.

Carol le saca la lengua.

Luca prepara un sándwich y nos trae otro a Carol y a mí.

—Gracias —decimos Carol y yo al mismo tiempo.

—De nada, chicas.

Recibo varios mensajes de mis amigas. Ellas están empezando el día. En Madrid son apenas las nueve de la mañana. Me hacen reír.

Me cuentan sus aventuras del fin de semana y yo les hablo de mis compañeros de trabajo y sobre Carol y Luca.

Echo de menos esas noches donde no parábamos de bailar de discoteca en discoteca, desayunábamos a las siete de la mañana y llegábamos a casa siendo ya de día.

Miro el móvil acostada en mi cama. Entro en los mensajes. Veo el mensaje que me ha enviado

Charlie. Se me ha olvidado contestar. Lo dejaré para mañana, no quiero ponerme a pensar otra vez en lo mismo; además, ya es tarde para estar enviando mensajes.

Intercambio varios mensajes con mis padres y mis hermanos. En Madrid todavía es temprano.

«¿Qué tal tu primer día de trabajo? ¿Ya has matado a algún bicho?».

Mi hermanito siempre tan simpático.

«Hoy no. Quizás mañana. ;-)».

Le sigo el juego.

«Te llamo».

Mi madre me llama por Skype. Están todos y hablan a la vez. Me cuesta entenderlos.

—Uno a uno, por favor —llamo a la calma.

—Hija, ¿cómo estás? —La cara de mi madre es todo dulzura.

—Bien, mamá. Muy contenta. Os echo mucho de menos.

—Dani, ¿cuándo me invitas a conocer Sídney?

Mi hermano está deseando viajar.

—Cuando quieras, Jonny.

—¿Qué tal tus compañeros? ¿Algún chico interesante? —Mi hermana siempre pensando en los mismo.

—Pues... —Me quedo en silencio durante unos segundos.

—¿Te pasa algo? —pregunta mi madre.

—Nada. —Intento no preocuparlos con mis tonterías—. Somos nueve veterinarios. Esta semana tengo turno de mañana y el fin de semana tengo una guardia desde las nueve de la noche del viernes hasta las siete de la mañana del lunes —explico.

Todos se quedan boquiabiertos.

—Nos alegramos mucho por ti, Daniela —dice mi padre muy orgulloso y eso hace que me emocione.

—Después os envió una foto de mi horario.

—Vale —responden todos a la vez.

Me despido de todos. Mi madre, como siempre, con una lágrima de más.

Tengo que dormir temprano porque mañana me levanto a las seis. Conecto la alarma del móvil. Me lavo los dientes y me meto en cama. Me duermo casi de inmediato. ¡Ha sido un día agotador!

Luca también está en su habitación hablando con su familia. Los horarios en Italia y España son los mismos y es normal que coincidamos a la hora de hablar con nuestras familias.

Viernes, 10 de noviembre de 2017

La semana ha pasado en un abrir y cerrar los ojos. Charlie me ha estado escribiendo toda la semana. También tengo varias llamadas perdidas. No me he atrevido a contestar a los mensajes ni a devolver las llamadas.

Ni Luca ni yo hemos vuelto a hablar de lo que pasó el pasado sábado. Solo he estado pensando en el trabajo, en la gente nueva que he conocido en la clínica. Salvo Emma, los demás son increíbles conmigo.

El trabajo ha sido agotador. No estoy acostumbrada a trabajar tantas horas y aún tengo que volver por la noche y quedarme hasta el lunes por la mañana.

Tengo casi seis horas para comer, descansar y volver a la clínica.

Estoy sola en casa porque tanto Luca como Carol me dijeron que llegarían tarde. Carol, por trabajo, y Luca, por la universidad.

Me preparo una tortilla francesa y una ensalada para comer y me siento en el salón mientras veo la televisión y hago una lista con las cosas que voy a llevar para pasar el fin de semana en el trabajo.

Estoy preparando una mochila con algo de ropa para cambiarme si lo necesito. Un neceser con el cepillo de dientes y el dentífrico y algunas cosas más. Nunca he trabajado tantas horas seguidas.

Mientras estudiaba en la universidad, trabajé a media jornada en un supermercado como cajera.

Luca llama a la puerta.

—¿Posso entrare? —dice con cautela.

—Sí. Entra.

Se sienta en la cama. Acaba de llegar de la universidad.

—Qué pena que no puedas estar este fin de semana para salir a bailar —dice en tono de risa.

—No me gustan esas bromas.

Me pongo seria.

—Perdona. No te ofendas.

Me río a carcajadas.

—¿De qué te ríes?

—De la cara que has puesto. Es broma. No me parece mal lo que me has dicho.

—¿En serio?

—Sí. Lo que pasó, pasó. No hay que darle más importancia. Solo tengo la duda de saber lo que pasó en realidad.

—¿No has hablado con Charlie?

—No. Me ha enviado varios mensajes y me ha llamado, pero no he sido capaz de contestar. Quizás lo haga durante la guardia.

—¿Y cuándo vuelves?

—El lunes por la mañana. Entro hoy a la nueve de la noche y salgo el lunes a las siete de la mañana —le explico.

—¡Guau! Casi nada. Llévalo con calma. —Me da palmaditas en la espalda a modo de consuelo.

—Lo intentaré —digo con resignación.

Termino de guardar todo lo que necesito en la mochila y lo dejo en la entrada.

Carol ha llegado hace un rato y está preparando cena para todos. Tiene la mesa puesta y nos sentamos a cenar.

De primero hay cóctel de gambas. Está exquisito. Lo degusto poco a poco para saborear la explosión de sabores. El plato está compuesto por langostinos pelados, hojas de lechuga, una salsa que desconozco y zumo de limón.

—¿Qué es esta salsa? —pregunto con curiosidad.

—Es salsa inglesa. ¿Te gusta?

—Está exquisito. Eres una gran cocinera.

Carol sonríe agradecida y Luca asiente con la cabeza. Está de acuerdo conmigo.

Carol retira los platos de la mesa y trae una bandeja con pescado que ha preparado al horno. No conozco qué tipo de pescado es.

—¿Qué pescado es? —Quiero saber.

—Barramundi. Es un pescado originario de aquí. Su nombre proviene de la lengua aborigen de Queensland y significa *pez de río de escamas grandes*.

¡Guau! Eso sí que es una explicación en toda regla. Me quedo boquiabierta.

Lo pruebo. No está nada mal.

—¿Te gusta? —Carol está impaciente por mi respuesta.

—Sí. Tiene un sabor diferente a lo que estoy acostumbrada.

Estoy llena. No puedo comer nada más y no soy la única. Carol y Luca están igual que yo.

—Tengo que irme ya, si no, llegaré tarde al trabajo —digo mirando el reloj.

—Te llevo yo —dice Carol.

—No te preocupes. Voy dando un paseo.

—No, mujer. Yo te llevo —insiste y yo acepto.

—*Ti acompagno* —Luca se autoinvita.

—Siempre hace lo mismo. —Carol parece conocerlo bien—. Quiere saber dónde trabajas. —Carol se ríe porque sabe que Luca la ha oído.

—*NON SONO COSÌ!* —grita desde la puerta de su habitación.

Voy al baño y me lavo los dientes. Adecento un poco el pelo.

Vamos en el coche escuchando la radio y hablando de la cena. Aún la tengo en el estómago. Llegamos en poco más de cinco minutos. No había tráfico y Carol aparca frente a la clínica.

—Si necesitas cualquier cosa, me lo dices y te lo traigo.

Carol es muy buena conmigo.

—Creo que he traído todo lo que necesito —digo revisando la mochila—. Si necesito algo, te avisaré.

Me despido de Carol y de Luca con un beso. Salgo del coche. Jack viene caminando por la acera. Subimos juntos las escaleras de la clínica. Miro hacia atrás y todavía están en el coche Luca y Carol. ¡Qué cotillas! Están sonriendo maliciosamente. Los miro arrugando la frente y moviendo la cabeza de derecha a izquierda varias veces.

Como hemos llegado temprano, Jack sugiere que subamos a tomarnos algo. Ha traído refrescos.

—¿Quieres uno? —Me extiende una lata de Coca-Cola.

—Sí. Gracias.

Los compañeros del turno de la tarde se despiden de nosotros en la entrada y Jack cierra la puerta con llave.

—Ahora, por la noche, cerramos la puerta por seguridad —me explica.

—Mejor. Nunca se sabe.

—Ahora solo atendemos urgencias y vigilamos el estado de los animales que tenemos ingresados.

—Ah.

—No te preocupes. Aunque sean muchas horas, el trabajo no es muy pesado.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Pues... —piensa—. Dentro de dos meses haré cuatro años.

—Yo nunca he trabajado en una clínica, solo estuve de prácticas.

—Bueno. Tú no te preocupes, que yo te voy a ayudar en todo lo que necesites.

Eso me tranquiliza.

Subimos a la cocina y nos preparamos un café. Jack enciende la televisión. Comprobamos cómo se encuentran los animales. Están durmiendo.

La medicación hace que estén la mayoría del tiempo dormidos o muy relajados.

Estamos sentados en el sofá, tomando la tercera taza de café y viendo una serie típica de aquí. No la conozco. Jack se ríe mirando la serie mientras yo echo un vistazo al móvil. Pienso en responder los mensajes de Charlie, pero todavía no estoy preparada para afrontar la verdad.

Suspiro.

—¿Estás bien?

Levanto la cabeza y veo a Jack observándome.

—Sí. Un poco nerviosa.

—¿Por la guardia?

—Sí —miento. La verdad es que estoy nerviosa por lo que me pueda contar Charlie.

—Tranquila —Me rodea con los brazos—. Ya verás como todo va a ir bien.

Me incomoda que me haya tocado y me aparto inmediatamente con la excusa de prepararme un té.

Llaman al timbre. Bajamos.

En la entrada hay un señor con un perro mestizo. Está nervioso. Charlie abre enseguida la puerta.

—Bu... Buenas noches. Mi pe... Mi perro. Bueno... está... herido. —El señor no puede dejar de tartamudear.

—Tranquilo. No se preocupe —dice Jack intentado tranquilizarlo.

—Pase por aquí —le digo señalando el pasillo donde están las consultas.

Subimos al perro a la mesa metálica.

—¿Cómo se llama el perro? —le pregunto al señor.

—Se llama Darko.

Estoy sentada frente al ordenador para cubrir los datos tanto del perro como los del señor. Es obligatorio.

—¿Es nuevo o tiene ficha?

—No. Es la primera vez que vengo. Me acabo de mudar aquí.

Le pido todos los datos necesarios: nombre, dirección, teléfono, nombre de la mascota, edad... Cuando termino, ayudo a Jack, que ya le ha rasurado la zona de la herida que está situada en la pata trasera izquierda y la ha limpiado.

—No es demasiado profunda, así que no harán falta puntos —Jack se explica con mucha claridad.

Abro un armario donde hay toda clase de desinfectantes y opto por una solución yodada. Jack se la aplica con mucho cuidado con la ayuda de unas gasas.

Cuando termina, dejo la solución en el armario y cojo una pomada cicatrizante.

—Debe tener cuidado de que no se lama la herida. De todas formas, se la taparemos con unas gasas y se la vendaremos. Además, también le pondremos un collar isabelino.

Le paso a Jack las gasas y la venda.

—El collar está en la habitación de los medicamentos —me indica Jack.

Voy corriendo. Lo encuentro enseguida y se lo doy. Le ayudo a colocarlo.

—Muchas gracias. —El señor ha quedado muy agradecido con nuestro trabajo. Mejor dicho, con el trabajo de Jack. Yo solo he hecho el trabajo de una auxiliar.

Subimos y revisamos a los animales que están ingresados. Siguen durmiendo. Volvemos al sofá y Jack sugiere poner una película. Ha traído varias. Él ya está acostumbrado a estas guardias.

—¿Cuál te apetece ver?

Jack ha traído un arsenal de películas. No sé cuál elegir.

—¿Te apetece si vemos la de *Piratas del Caribe*? Tengo todas.

Asiento con la cabeza.

—También tengo palomitas —dice zarandeando la caja—. Por cierto. Me has ayudado muy bien —Jack me felicita mientras pone la película en el DVD y pone las palomitas en el microondas.

—Gracias. Solo hice mi trabajo.

—El hombre venía muy nervioso, pero la herida finalmente no era profunda —comenta.

—Es normal. La sangre siempre impresiona.

—Sí. Es verdad.

—¿Y cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —me pregunta.

—Casi nada. Llegué el jueves de la semana pasada.

—¡Ah! ¿Y por qué decidiste venir?

Me quedo callada.

—Bueno. Si no quieres hablar de eso, no pasa nada.

—Gracias. La verdad es que no tengo ganas de hablar de ese tema. Cuéntame algo sobre ti. ¿Naciste aquí? —Quiero saber.

—Soy de Perth, de la zona de Australia más occidental. La región se llama Western Australia. Es la zona con más horas de sol.

—¿Y por qué has venido a Sídney?

—Mi madre y yo nos mudamos aquí cuando tenía seis años. Después de separarse de mi padre.

—Lo siento.

—No tienes nada que sentir. Esas cosas son muy comunes.

—¿Y no echas de menos Perth?

—No. Allí no tengo a nadie excepto a mi padre. Nos llevamos bien. Lo visito siempre que puedo.

—¿Está muy lejos?

—Un poco. Voy siempre en avión porque en coche son más de cuarenta horas.

—¿Tanto? —Estoy impresionada.

—Sí —afirma—. En avión son cinco horas de ida y algo más de cuatro horas de vuelta —añade.

—¡Guau! Son muchas horas.

—No tantas.

—Bueno, si lo comparamos con mi viaje... Sí, no son tantas.

—¿Cuántas horas son desde España a Sídney?

Le explico todo el trayecto. Se queda boquiabierto y sin parpadear.

—Eso sí que es un gran viaje.

Asiento con la cabeza. Tiene razón.

—Nunca había hecho un viaje tan grande.

—Nada más y nada menos que un viaje alrededor del mundo. ¿Tienes algún familiar o amigo

aquí?

—No. A mi compañera de casa la conocí por una página de búsqueda de habitaciones y empezamos a hablar por Skype. Somos tres en la casa. Carol es la dueña y Luca es un inquilino al igual que yo.

—Ah.

—Yo vivo con mi madre. No quiero dejarla sola. Ella siempre ha trabajado mucho para sacarme adelante y es muy buena.

—Yo echo mucho de menos a mis padres y a mis hermanos.

Una lágrima sale tímidamente de mi ojo izquierdo sin pedir permiso.

—No llores. Ya verás cómo pronto podrás estar con ellos.

—Eso espero. Acabo de empezar aquí y no sé cuándo tendré vacaciones.

—En cuanto lleves tres meses podrás pedir vacaciones cuando tú quieras siempre y cuando no estén ya pedidas. Darel es muy buen jefe.

Eso me reconforta. Quizás en tres meses podré ir a visitar a mi familia.

La película termina sin darnos cuenta. Ya es tarde. Jack trae una cama plegable, la monta al lado del sofá y trae unas mantas y unas almohadas.

—¿Dónde prefieres dormir? —me pregunta Jack señalando la cama y el sofá.

—Donde sea más cómodo —respondo sonriendo—. Me da igual, no tengo preferencias.

—Entonces, duerme tú en la cama y yo lo haré en el sofá. Si llega cualquier urgencia, lo oiremos.

—Perfecto.

Doy vueltas y tardo un poco en coger el sueño. Jack lleva un rato dormido. A mi mente vuelve él. Vuelve Hugo. Lo echo de menos a pesar de ser tan cobarde y tan mentiroso conmigo.

Me sumerjo en un sueño profundo.

Lunes, 13 de noviembre de 2017

El fin de semana ha sido muy tranquilo. Apenas unas cuantas urgencias sin importancia. Hoy ya se van los animales que estaban ingresados en observación. Jack y yo hacemos el informe de alta de los animales para restarle trabajo a los compañeros del turno de la mañana.

Tengo llamadas perdidas de Charlie. En algún momento le tendré que escribir. También tengo un mensaje de Carol.

«Charlie ha estado aquí. Le dije que estabas trabajando. Me ha dicho que le llames, que tiene que hablar contigo».

Le contesto con un simple OK y guardo el teléfono en la bata. Los primeros rayos de la mañana entran sin pedir permiso por la ventana anunciando que un nuevo día ya está aquí.

Tengo ganas de llegar a casa, meterme en mi cama y descansar de verdad. La cama plegable no está mal, pero no es un colchón de látex.

Jack abre la puerta y los primeros compañeros llegan y nos saludan. Emma entra y ni me mira. Ya viene amargada de mañana. ¡Qué horror! Siento pena por los que trabajan con ella. Esta mujer la ha tomado conmigo.

Ya es hora de salir. Dejo la bata y cojo mis cosas. Me despido de todos y salgo. Jack sale detrás de mí.

—Daniela, ¿en qué vas a tu casa?

—Voy andando.

—Si quieres, te llevo.

Accedo porque estoy muy cansada. Las calles ya están llenas de gente y de coches.

—Ya te irás acostumbrando a los turnos de trabajo. Hay guardias en las que no hay ninguna urgencia y hay otras guardias que parecen una locura, pero todas se llevan bien, ya lo verás.

—Eso espero. —Bostezo—. ¿Vienen animales exóticos a la clínica? —Tengo curiosidad.

—Si te refieres a koalas o canguros, mi respuesta es no, aunque a veces nos llaman para ir a las reservas donde están para curarles alguna herida o algo similar. Pero alguna serpiente o tarántula, sí.

—Pues ahí quizás tenga algún problemilla...

—¿Por qué?

—Tengo fobia a las arañas. —Pongo cara de terror.

—Pues has venido al país equivocado. Aquí las arañas son enormes, parecen cangrejos de río.

—Espero no encontrarme ninguna. —Cruzo los dedos.

—Viviendo en una casa, lo dudo —Jack se ríe.

—Es aquí —digo cuando estamos delante de mi casa—. Gracias de nuevo.

—No hay de qué. ¡Que descanses!

—Igualmente.

Entro en casa. Carol está terminando de arreglarse para ir a su trabajo.

—Buenos días, trabajadora. ¿Qué tal te ha ido? —Carol está muy sonriente.

—Bien. Mejor de lo que me esperaba.

—Me alegro. Bueno, me voy a trabajar. Nos vemos después.

Luca todavía duerme. Me voy directa a la habitación. Me pongo un pijama corto y me meto en cama. Está blandita y suave. Huele bien.

Me duermo enseguida.

Suena el timbre y me despierta de sopetón. ¡Qué susto! Se me ha acelerado el pulso. No contaba con esto ahora. ¿Quién será? A lo mejor es el cartero, no sé a qué hora viene porque nunca he coincidido con él o ella.

Me levanto y me visto con una chaqueta de punto de color blanco y unas zapatillas. Recorro el pequeño pasillo, cruzo por el medio del salón y la cocina y llego hasta la puerta. La abro sin preguntar.

¡Oh, mierda! Tenía que haber preguntado. Es Charlie. Está apoyado en el marco de la puerta con cara de pocos amigos. Levanto una ceja. Lo sé, le tenía que haber llamado o por lo menos haber contestado a sus mensajes, pero fue pasando un día y otro día y al final ni me acordé. Mejor dicho, me ha faltado valor.

Mi subconsciente me mira con cara de decir «tonta». Algo de razón sí que tiene. Lo ignoro. Ha venido a por una explicación y no estoy preparada para hacerlo. Inspiro hondo y le invito a pasar.

—Por favor, entra y siéntate —le digo señalando los sofás.

Asiente con la cabeza.

—Voy a vestirme. Vengo ahora.

Salgo disparada a la habitación. Cojo el primer chándal que veo en el armario y me visto. No sé qué le voy a decir, no sé si quiero saber lo que pasó o seguir con mi ignorancia. A veces, vivir en la ignorancia es lo mejor.

Recuerdo cuando era niña; era tan feliz pensando que todo era perfecto... Bueno, no me voy a poner a pensar ahora en cuando era pequeña. Inspiro hondo. Me falta el aliento.

Voy al baño y me miro en el espejo. Qué cara tengo y qué pelos... Me lavo la cara con jabón, me peino como puedo y me lavo los dientes.

Odio la gente que me habla a primera hora de la mañana y tienen la típica halitosis de la noche.

Saco valor de donde no lo tengo y vuelvo al salón. Charlie está sentado en la *chaise longue*. Me siento en uno de los sillones individuales.

—Mmm... —No sé qué decir—. Bu... Bueno... —tartamudeo.

Pues sí que empezamos bien.

—No pasó nada. —Charlie me interrumpe.

Frunzo el ceño.

—¿Eh? —No entiendo nada.

—Que no pasó nada —repite para que lo entienda—. Estábamos muy bebidos. Cuando llegamos aquí, Luca me invitó a pasar y fuimos a tu habitación. Luca trajo más bebida y, bueno..., hacía mucho calor, nos desnudamos y nos quedamos dormidos —me explica.

—¿En serio?

—Sí. —Parece sincero—. No entiendo por qué no me has devuelto las llamadas o los mensajes.

—Pues... Bueno... Me daba vergüenza. —Me ruborizo.

—¿Por qué?

—Porque pensé que había pasado algo entre nosotros.

—Podía haber pasado algo.

—¿Cómo?

No sé a qué se refiere.

—En el The Cuban Place. Tu amigo nos interrumpió, ¿recuerdas?

Claro que me acuerdo. Estábamos a punto de besarnos cuando llegó Luca.

Aprieto los labios y agacho la cabeza. Me da mucha vergüenza. Charlie se acerca a mí, me sujeta la barbilla con una de sus manos y tira hacia arriba para levantarme la cabeza. La expresión de su cara es todo dulzura, nada que ver con la cara que tenía en la puerta hace un rato.

—No te preocupes. No pasa nada —dice.

—Cuando me desperté y me vi en la cama con vosotros a ambos lados, me temí lo peor.

Me cubro la cara con las manos.

—No te tapes la cara.

Me agarra las manos y me las separa de la cara. Sus manos son suaves y grandes.

—Te invito a comer. Bueno... Si tú quieres...

No me lo esperaba. Me acaba de dejar en blanco.

Acepto.

—Me tengo que cambiar de ropa.

—No te preocupes. Aquí te espero.

Vuelvo a la habitación y busco un vestido en el armario. Me decido por uno en color blanco de tiras y corto. Hace calor. Siempre hace calor.

Me calzo unas bailarinas del mismo color que el vestido y voy al baño a peinarme y maquillarme. Quiero verme guapa. Estoy ilusionada por primera vez desde hace mucho tiempo.

Vamos por la M1, hay bastante tráfico. Es muy parecido a Madrid. Son casi las dos. Charlie ha conectado el climatizador porque hace mucho calor en el coche. Ha estado al sol mientras estábamos en casa. En la pantalla de led del salpicadero marca 26 grados en el exterior.

—¿A dónde vamos? —Me pica la curiosidad.

Esta parte de la ciudad no la conozco. En realidad, no conozco casi nada. No he tenido mucho tiempo.

—Es una sorpresa —dice levantando las cejas y con una media sonrisa.

Me quedo igual que estaba. Con la misma curiosidad. Estoy intrigada. El estómago me avisa de que tiene hambre. No he comido nada desde ayer por la noche, cuando Jack pidió unas *pizzas* para cenar.

Llegamos a un puerto, hay muchos barcos y yates. Hay un restaurante con una gran cristalera y una terraza inmensa con mesas de metal y sillas de madera.

Un letrero grande dice: Chiosco by Ormeggio, en color negro.

—¿Te gusta? —me pregunta Charlie.

—¡Y cómo no me va a gustar! Es un lugar increíble.

Entramos y nos sentamos en una mesa de la zona de la terraza. Una gran pérgola en color crema nos protege del sol. Tiene unas plantas colgadas en cada esquina. De vez en cuando, un nebulizador colocado en la parte central de la pérgola dispersa agua pulverizada.

La camarera viene con dos cartas de menú. La abro y la miro de arriba abajo. La comida que ofrecen es principalmente italiana, aunque también hay platos típicos de aquí. Tienen mucha variedad.

Los precios son muy asequibles.

—Estoy indecisa. No sé qué pedir —digo.

—Podemos pedir de primero un *grill* de langosta —sugiere Charlie.

—Lo que pidas estará bien. No conozco ninguno de estos platos ni este restaurante.

—No te preocupes. Todo está muy rico.

Asiento con la cabeza.

—De segundo podemos pedir salmón a la plancha con tomates cherry y una ensalada de canónigos para acompañar.

—Sí. ¡Me encanta el salmón!

—¿Qué quieres para beber?

Esto lo tengo claro. Alcohol no.

—Agua para mí. Gracias.

La camarera viene y toma nota de todo lo que Charlie le dice sin apartar su mirada de él. La miro con recelo y se va con mala cara.

A los pocos minutos, la camarera vuelve con la bebida. Nos sirve y se va casi sin mirarnos.

—¿Qué tal te ha ido en el trabajo? Tu amiga me dijo que estabas de guardia todo el fin de semana.

—Pues han sido muchas horas pero, la verdad, no me quejo. Mi compañero me ha enseñado muy bien. Ha sido muy amable y paciente conmigo.

La cara de Charlie cambia de inmediato. Refleja tristeza o quizás sean celos. No lo sé.

—Me alegro mucho por ti —termina diciendo.

—Gracias.

—¿Qué turnos tienes esta semana?

Quiere saber.

—Esta semana solo trabajo el miércoles, jueves y viernes desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche. ¿Y tú?

—Yo soy mi propio jefe. Tengo una empresa de taxis y, la verdad, no me va nada mal. Tengo a varias personas trabajando para mí.

—Ah.

La camarera viene con el primer plato e interrumpe nuestra conversación.

—Aquí tienen su *grill* de langosta. Espero que les guste.

¡Huele que alimenta!

Las langostas vienen en un plato grande blanco rectangular encima de unas hojas de lechuga. Charlie me sirve una.

—Espero que te guste.

Charlie espera impaciente a que la pruebe.

Pruebo con delicadeza un poco de langosta. Todavía viene muy caliente. Sabe delicioso, tiene un sabor suave. Está al punto de sal y también lleva especias.

—Tiene un sabor exquisito.

—Me alegro de que te guste. Tenía ganas de verte y poder aclarar el mal entendido que tuvimos.

Me sonrojo recordando ese momento.

—Prefiero pasar página. Ya está todo olvidado. Perdóname que no te haya llamado.

—No te preocupes. Por mi parte también está todo olvidado.

Nos miramos fijamente durante unos segundos. Su mirada es seductora. Siento calor en mis adentros.

La camarera llega y retira los platos vacíos y enseguida vuelve con el segundo plato.

El salmón viene acompañado con tomates cherry como decía la carta. Los platos en los que viene son cuadrados y de color azul marino.

Huele bien. Es mi pescado favorito.

Saboreo la explosión de sabores lenta y deliciosamente. Disfruto de cada bocado y de los distintos sabores que me ofrece este delicioso plato.

La ensalada está perfectamente aliñada. Charlie, que ha sido quien lo ha hecho, ha acertado con la sal, el aceite y el vinagre.

—Es el mejor salmón que he probado en mi vida —digo con sinceridad.

—No sabes lo feliz que me hace verte así.

—¿Cómo?

No sé muy bien a qué se refiere.

—Así. Comiendo juntos. Feliz. Alegre. Pensé que no te volvería a ver.

Hace que me sonroje con cada palabra que me dice. ¿Cómo lo hace?

—Ya te expliqué el porqué. Lo siento.

—No, no, no, discúlpame tú a mí. No quise hacerte sentir mal. Solo era un comentario.

—Creo que antes nos interrumpió la camarera —intento cambiar de conversación.

—¿Eh?

—Me estabas hablando de tu empresa.

—Ah. Sí. Pero mejor háblame de ti, de tu trabajo, de los turnos que tienes.

Saco la hoja de papel que me dio Darel del bolso.

—Trabajo una semana de mañana y una de tarde. Cada cuatro semanas tengo guardia de fin de semana y, cuando hago guardia, descanso lunes y martes o miércoles y jueves. Es algo complicado de explicar.

—Para nada. Lo he entendido a la primera. Lo apuntaré en mi agenda para saber cuándo puedo verte.

Y otra vez esa sensación recorre mi cuerpo.

—¿Van a querer postre?

La camarera nos pilla por sorpresa. Ha llegado tan sigilosa que no nos habíamos dado cuenta.

—Para mí, un café solo y un tiramisú.

Charlie pide lo mismo que yo.

La camarera, muy atenta, recoge los utensilios de la mesa y nos trae la cuenta. Charlie saca su tarjeta de la cartera y se la da.

La camarera regresa enseguida con la tarjeta y el recibo y abandonamos el restaurante.

Aparcamos frente a mi casa. Charlie se baja del coche, lo rodea y me abre la puerta para que salga yo. Todo un caballero. Las cortinas de la cocina se mueven ligeramente. No me extrañaría que Luca y Carol estuvieran detrás. Están hechos unos cotillas.

Charlie abre la puerta trasera del coche, coge mi chaqueta y mi bolso y me los da. Eso es todo un detalle por su parte.

—Una comida deliciosa —le confieso.

—Espero que no sea la última vez. —Me guiña un ojo—. No quiero que vuelvas a desaparecer.

Aprieto los labios y muevo la cabeza de lado a lado.

—No lo haré, lo prometo —digo levantando la mano derecha como si estuviera en un juicio—. Fue un malentendido. Perdón.

—No tengo nada que perdonar, pero me gustaría que, a partir de ahora, pudieras decirme cualquier cosa sin esconderte.

—Lo haré.

Charlie me acompaña hasta la puerta.

Busco las llaves en el bolso. Me distraigo buscándolas y Charlie aprovecha mi despiste para abalanzarse sobre mí y me dar un beso en los labios a traición.

El bolso y la chaqueta se me caen al suelo. Me ha cogido por sorpresa. Me rodea con sus fuertes brazos y yo me dejo llevar. Le correspondo y nos besamos durante varios segundos. Es un momento extraño. Le rodeo con mis brazos por encima de sus hombros.

Nos separamos.

Tengo el corazón a mil por hora. Mi respiración se ha acelerado y es irregular. Me falta el aliento. Veo que Charlie está igual que yo. Pero no es él quien ocupa mi mente. Está todavía presente en mi interior. Lo que acabo de sentir me ha pasado porque estaba pensando en Hugo, no en Charlie. Tengo que irme.

Nos miramos fijamente sin saber qué decir. Tengo calor. Más del habitual. Sus ojos arden en deseo al igual que los míos. Intento normalizar la respiración. No puedo.

Cojo el bolso y la chaqueta del suelo. Entro rápidamente en casa. Me despido de Charlie con un adiós y cierro la puerta.

Tengo sentimientos encontrados. De repente, vino él a mi mente como si me estuviera llamado por telepatía. Quiero seguir adelante con mi vida y dejarlo atrás, pero me resulta imposible.

En la barra de la cocina están sentados Carol y Luca con una aparente normalidad. Mentira. Sus caras les delatan. Han estado espiándome por la ventana.

—¡Cotillas! —les digo sin pelos en la lengua—. Os he visto a través de la ventana.

Se quedan con la boca abierta como si se indignasen por la acusación que les estoy haciendo.

—Ahora no os ofendáis. Os he visto —insisto.

—¿Y? —pregunta Luca.

—¿Cómo que «y»? —pregunta Carol con total normalidad.

—¿Qué tal? —pregunta Luca.

No puedo reprimir las ganas de contar lo sucedido.

—Bien. Realmente bien. Hemos hablado. Nos hemos reído. Me ha llevado a comer a un restaurante italiano en Mosman. En el puerto.

—¿Chiosco by Ormeggio? —pregunta Carol.

—Sí. Ese mismo

—¡Guau! A ese chico le gustas de verdad.

—No creo. —Me hago la desinteresada, aunque mi yo interior repite: «Sí, sí», dando saltitos.

—Te ha venido a buscar el fin de semana. Eso significa algo —dice Luca en tono burlón.

Carol no sabe cómo amanecí aquella mañana ni quiero que se entere, aunque ahora sé que no pasó nada.

A Luca se lo tengo que contar cuando estemos a solas. No puedo morderme la lengua con esta noticia. Aunque me toca esperar a que esté solo.

Me doy una ducha de agua templada mientras Pablo Alborán inunda con su dulce voz todo el baño con sus nuevas canciones. ¡Ay! Qué razón tienes en todo lo que dices.

Vuelves.

En cada sueño que tengo caigo de nuevo en tu red.

Sé que tarda un tiempo curarme de ti de una vez.

*Tuve tantos momentos felices que olvido lo triste que fue darte de mi alma,
lo que tú echaste a perder...*

«¿Por qué lo echaste todo a perder?», mi mente repite esa pregunta una y otra vez sin obtener respuesta. Siento rabia, enfado y amor. Todavía sigo enamorada de él y pienso en el beso de Charlie. ¿Podrá hacer que me olvide de Hugo? Eso es lo que más feliz me haría en este momento, pero...

Me visto y voy directa a la habitación de Luca. Quiero contarle lo que me dijo Charlie y quitarme ya este peso de encima y pasar página.

Llamo a la puerta.

Luca me abre la puerta. Lleva puesto un pijama corto azul y negro. Me hace pasar y me indica la cama para que me siente. Todavía no conocía su habitación. Está muy ordenada. No estoy acostumbrada a ver una habitación de hombre tan ordenada. Sinceramente, me sorprende.

Tiene una pila de libros y apuntes encima de su escritorio. Supongo que estaba estudiando.

—¿Molesto? —pregunto con cautela.

—Para nada. Tú siempre eres bienvenida en mi humilde guarida.

Hace una reverencia como si yo fuese una princesa mientras esboza una sonrisa.

—Tienes una habitación muy bonita. Deberías ver la de mi hermano —digo mirando todo alrededor.

—¿Tan desordenada la tengo? —pregunta, desconcertado.

—Para nada. Todo lo contrario. Me ha sorprendido ver la habitación tan ordenada.

—*Grazie*. —Está halagado por mis comentarios—. Por cierto, ¿qué necesitas?

—Ah, sí. Será solo un momento.

—Tú dirás.

—No pasó nada.

—¿Eh? No entiendo. ¿Nada de qué?

No he sabido explicarme y está claro que Luca no sabe de qué estoy hablando.

—El otro día, cuando salimos Charlie, tú y yo y acabamos en mi cama... —Ese recuerdo hace que me sonroje—. No pasó nada. —No puedo ocultar mi felicidad y mi alivio.

Luca me abraza.

—Me alegro mucho por ti. Sé lo preocupada que has estado por esto.

—Sí. Mucho.

—¿Te lo ha dicho el taxista?

—Sí. Llegó hoy mientras estaba durmiendo. Yo abrí la puerta sin preguntar. Al principio tenía miedo de lo que me pudiera decir, pero cuando me lo aclaró todo... —Cojo aire—. Todo está aclarado.

—Le gustas y lo sabes.

—¿Yo? No puede ser. Eso es imposible.

—*Perché?*

—Porque estoy enamorada de un cabrón que no se lo merece.

—*Ma... lui non è qui!* ¿Verdad?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues... Que estando tan lejos, es fácil que lo olvides. Nadie se muere de amor.

Ahí tiene razón. Eso es verdad.

—Lo sé. Pero han pasado más de dos meses y todavía pienso en él.

—Tengo una idea.

¿Una idea? Los ojos se me abren como dos platos porque sé que detrás de esa carita de niño bueno se esconde un chico travieso y muy pícaro.

—¿Por qué no vienes conmigo a las clases de baile?

—¿A baile?

—*Se, salsa e bachata*. —Los ojos se le llenan de esperanza.

—Hace seis años que no bailo. Ya ni me acuerdo.

—Venga... *Prego*... —Me ruega casi de rodillas.

Dudo durante varios segundos mientras la cara de Luca se va apagando, pensando en que le voy a dar una respuesta negativa.

—¡Sí! —exclamo.

Tengo que empezar a pensar en mí y disfrutar de la vida.

—¿Sí? —pregunta Luca en tono de duda.

Asiento con la cabeza y Luca da saltos de alegría por la habitación como si fuese un niño pequeño.

—Las clases son en Bondi Dance Company los martes y jueves, de nueve y media a diez y media de la noche.

Lo ha dicho tan rápido que mi cerebro tarda unos segundos en asimilarlo.

—Bueno, te dejo que sigas estudiando. Apuntaré en la agenda los días de las clases de baile para que no se me olviden —digo saliendo de la habitación mientras que Luca se queda con una sonrisa de oreja a oreja.

Estoy en mi habitación, tirada encima de la cama, como acostumbro a hacer últimamente. Mirando el techo blanco e insulso y los halógenos.

Carol se ha ido a dormir temprano porque estaba muy cansada y Luca dijo que se quedaría estudiando toda la noche. El pobre tiene mucho que estudiar. Todavía recuerdo el montón de libros que tenía encima del escritorio.

Mañana voy a probar mis pocas habilidades con el baile. Espero acordarme de algo. No me gustaría hacer el ridículo. Me moriría de la vergüenza. Saco esa idea absurda de mi cabeza y la tiro en el cubo de la basura que tiene mi pequeño cerebro reservado para estas cosas.

Mente positiva. Eso.

Mañana también tengo el día libre e intentaré descansar lo que no he descansado hoy por la inesperada visita de Charlie. Recuerdo su mirada en el umbral de la puerta. Me dan escalofríos.

¿Qué estarás haciendo? Esa pregunta se repite en mi subconsciente una y otra vez atormentándome. Tengo que olvidarte y seguir con mi vida como seguramente habrás hecho tú.

Tengo curiosidad.

Le podría preguntar a mi hermana o a mi madre, no sería difícil. Trabajan juntos. Se ven casi a diario en el hospital.

Descarto esa idea de inmediato.

Martes, 14 noviembre de 2017

Hoy me he despertado muy optimista, pensando que será un gran día y con un nuevo reto que superar.

El reloj marca las 11:06.

Carol está en el trabajo y Luca, en la universidad. Tengo toda la casa para mí sola. Por fin un poco de paz y tranquilidad después de mi estrepitosa llegada a este país y con todas las cosas que he vivido estos días.

Hoy me apetece desayunar sin prisas y algo que no sea solo un café. Estoy exprimiendo unas naranjas con el exprimidor eléctrico que tiene Carol y también preparo café. Pelo una manzana y un plátano y también hago tostadas con mantequilla y mermelada.

Me siento en la barra de la cocina. Desayuno viendo una serie española en mi portátil. Añoro esas noches en las que, después de cenar, me sentaba en el salón con mi hermano pequeño a ver nuestra serie favorita. Aunque soy ocho años mayor que él, tenemos muchas cosas en común y disfrutábamos haciendo los que nos gustaba juntos.

En Luca veo algo parecido a un hermano pequeño.

Aprovecho la mañana también para hacer limpieza. Primero con la cocina, luego con el baño y, por último, limpio el polvo en mi habitación y en el salón y paso la aspiradora.

Preparo la comida para los tres mientras envío unos mensajes a mi madre. Está trabajando de noche así que supongo que los verá en breve.

Dejo la mesa puesta y voy a mi habitación. Reviso los correos electrónicos que tengo pendientes. Casi todo es correo no deseado. Miro vuelos para febrero esperando con un poco de suerte poder ir a España.

Miro varias combinaciones diferentes. Hay un vuelo de mil cien dólares. Saldría de aquí el día trece de febrero y llegaría el catorce, mi cumpleaños. La vuelta podría ser el día veintisiete, llegando aquí dos días después. Soñar es gratis. Pero me gustaría poder celebrar mi cumpleaños con mi familia y mis amigos.

Entro en mi perfil de Facebook y veo todas las fotos que ponen mis amigas de sus fiestas nocturnas. Falto yo en esas fotos. De repente, siento nostalgia y las lágrimas brotan de mis ojos sin poder evitarlo.

Por un momento siento ganas de entrar en el perfil de Hugo y ver si ha escrito algo o ha subido alguna foto. Quizás lo hayan etiquetado en alguna. No. No puedo hacerlo, eso solo me haría más daño y aflorarían esos sentimientos que con tanto esfuerzo estoy intentando eliminar.

Entra un mensaje en mi móvil. Es mi madre. Me dice que todo está bien. Como siempre. Apenas le queda una hora para terminar su turno. Me gustaría que estuviera ahora aquí y que me diera un abrazo de esos que da ella con tanto amor.

Carol y Luca llegan. Yo salgo de la habitación secándome las lágrimas y voy hacia la cocina.

—¿Comemos? —les digo intentando disimular mi tristeza.

—Mmm... ¡Qué bien huele! —dicen Carol y Luca al unísono.

Mientras comemos, Luca cuenta todo lo que ha hecho en la universidad y Carol habla de sus juicios y sus casos pendientes.

—Hoy he tenido dos juicios y varias citas en el despacho —comenta Carol.

—Eso significa que eres muy buena en tu trabajo —resalto.

—Gracias. Eso intento.

Luca termina de comer y se va a su habitación para seguir estudiando. Me pide disculpas por no quedarse a recoger la mesa. No me importa. Entiendo que tiene mucho que estudiar. Recuerdo esa época en la que me pasaba el día en la habitación o en la biblioteca estudiando.

—Yo te ayudo a recoger la mesa —dice Carol.

—De eso nada. Lo hago yo. Tú vete a descansar.

Carol se ha ido a regañadientes a su habitación. Insistía en ayudarme, pero estaba muy cansada y yo puedo hacerlo sola.

Acabo enseguida de fregar y de recoger la cocina. Me desplomo en el sofá a disfrutar de un rato de relax. Zapeo buscando algún programa interesante para ver.

Luca ha salido a comprar unas cosas que necesita y Carol sigue en su habitación.

Llaman a la puerta.

Me levanto. Voy a la entrada y, como siempre, abro sin preguntar.

—Buenas tardes. ¿Está Luca?

Frente a mí está un chico alto, ancho de hombros, moreno, con el pelo despeinado, ojos castaños y va vestido con unos vaqueros rotos, una camiseta blanca y unas sandalias.

—No. Ha salido hace un momento. Si quieres le dejo un recado.

La cara del chico misterioso refleja frustración.

—No. Gracias.

Se da la vuelta y se va por donde ha venido. Arqueo una ceja sorprendida y a la vez un tanto desconcertada con esta inesperada visita. Se monta en un coche azul marino y sale muy rápido, tan rápido que le chillan las ruedas.

No había visto nunca al chico misterioso, pero algo me hace pensar que es el mismo chico con el que estaba Luca. Aquel por el que vino antes de lo esperado cuando lo conocí. No tiene mal gusto el chaval. El chico misterioso está de muy buen ver.

Carol sale de su habitación muy bien arreglada. Está espectacular. Aunque en ella no es muy difícil. Está siempre guapa con lo que se ponga.

Lleva puesto un vestido blanco y largo hasta las rodillas que le queda muy bien con su color de piel. Lleva unos zapatos a juego con un tacón de escándalo, y el pelo con unos mechones recogidos y el resto cayéndole en ondas por los hombros. Lleva un bolso de mano a juego con el vestido y los zapatos.

—Voy a salir a cenar. No me esperes despierta —dice en tono burlón guiñándome un ojo y con una amplia sonrisa.

—Buena suerte en tu cena. Sea de lo que sea —contesto con picardía.

Carol sale por la puerta contoneándose como si fuese una modelo de Victoria Secret.

Le escribo un mensaje a Luca, que todavía no ha llegado.

«Hola. ¿Qué te parece si cenamos en algún sitio?».

Luca contesta un par de minutos después.

«Sí. Va bene. Si quieres, podemos vernos cerca de la escuela de baile».

«Vale. Pero yo no sé dónde queda».

«Las clases son en el Seagull Room, en Bondi Pavilion. ¿Sabes dónde es? Está junto a la playa».

«Sí. Sé dónde queda. Estuve comiendo allí hace unos días».

«Baja por O'Brien Street y luego, Roscoe Street. Cuando llegues a Campbell Parade espérame allí».

«De acuerdo. ¿A qué hora?».

«¿Te parece bien a las 20:30?».

«Perfecto».

Miro la hora y todavía me queda media hora. Compruebo la ruta en el GPS de mi móvil. Apenas me llevará diez minutos llegar, así que tengo tiempo de sobra para darme una ducha y arreglarme un poco.

Estoy esperando puntual en el lugar que me dijo Luca. Miro a ambos lados de la calle, pero no lo veo. Alguien me tapa los ojos.

—¿Quién soy? —dice

—Eres tú, Luca. Tu acento es inconfundible

Me vuelvo y ahí está, tan guapo como siempre. Con su camiseta apretada; esta vez ha cambiado los vaqueros por un pantalón deportivo. Yo vengo vestida más o menos igual que él.

—¡Merda! La próxima vez intentaré poner acento australiano —dice decepcionado.

No puedo evitar reírme.

Luca me mira confuso.

—Posso farlo.

—No dudo de tus habilidades. —Intento reprimir una sonrisa, pero es casi inevitable.

Podemos cenar en el McDonald's que hay aquí al lado —dice cambiando de tema. A lo mejor no le ha gustado mi broma.

Asiento con la cabeza.

Esperamos en la cola del McDonald's. Hay mucha gente. Miro la diversidad de hamburguesas. No sé cuál pedir. Me decanto por un Chicken Big Mac y una Coca-Cola. Luca pide una McFeast y otra Coca-Cola.

Nos sentamos en una de las pocas mesas libres que hay junto a la ventana. Se ve el mar a lo lejos. Está muy calmado. Esperamos que nuestro pedido esté listo y hablamos de las clases de baile.

—Te van a encantar. Hoy tenemos salsa y el jueves toca bachata.

—Espero acordarme de algo de lo que aprendí en mi juventud.

Luca suelta una carcajada.

—Ni que fueras muy mayor.

—Cumpliré veinticinco en febrero.

—¿Qué día?

—El peor día del mes de febrero.

—¿El 30? —dice bromeando clarísimamente.

—Ya sabes a cuál me refiero —le aclaro poniendo los ojos en blanco y ladeando la cabeza.

—Y como supongo que lo dices por el día 14, te preguntaré por qué dices que es el peor día de todos. Aunque supongo que será por lo que me contaste.

—Pues por eso mismo. El amor es una mierda. Y, aún por encima, he tenido que nacer el Día de San Valentín. —No me gusta para nada ese día—. Por cierto, hoy ha venido alguien a buscarte. —Casi se me olvida decírselo.

—*Chi?* —Está intrigado, casi tanto como yo.

—No me ha querido decir su nombre. Lo único que te puedo decir es que era alto, ancho de hombros, venía despeinado y los ojos castaños.

A Luca le cambia radicalmente la cara. Como si le estuviese contando que se le ha muerto un familiar.

—¿Quién es? Está claro que por la cara que has puesto es alguien que te afecta mucho.

Una chica rubia grita nuestro número de pedido y Luca sale disparado a buscarlo. A lo mejor no quiere contarme nada. Eso tengo que respetarlo. A lo mejor la pregunta que le he hecho no le ha gustado. Quizás no le tenía que haber contado que vino ese chico misterioso preguntando por él.

—Es Víctor, mi exnovio. De quien te hablé el otro día. Ese al que le encontré los mensajes subiditos de tono y el que no fue capaz de explicarme nada.

Luca se sienta y me entrega lo que he pedido mientras me cuenta sus penas de amor. Somos tan parecidos...

—No sabes lo bien que te entiendo. Algún día te contaré mi drama. Pero ahora solo quiero pensar en ir a bailar y disfrutar.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Devoramos nuestras hamburguesas como si no hubiésemos comido en días. De vez en cuando apetece comer *comida basura*. No sé qué salsa le añaden, pero es casi adictiva. Me comería otra, pero eso ya no sería bueno para mis arterias.

Tardamos apenas unos pocos minutos en llegar a Bondi Pavilion, donde se imparten las clases.

Pronto? —me pregunta Luca.

¿Eh? No te entiendo.

Perdono. ¿Preparada?

Suelto un suspiro y asiento con la cabeza con bastante poca seguridad.

—Ahora nos toca bajar las calorías de más que nos acabamos de comer —añade.

Cierto es.

A mi mente vienen los recuerdos de mi primer año en la facultad y las primeras amigas que tuve allí. No recuerdo quién tuvo la idea de ir a clases de bailes latinos, pero ese año fue el mejor de mi vida. Porque no todo iba a ser estudiar. Nos corríamos nuestras juergas y más de una vez fuimos a clases sin dormir. Aún recuerdo la bronca que nos echó el profesor porque éramos incapaces de parar de reír.

El profesor que nos daba clases de ritmos latinos no estaba nada mal. Aún recuerdo que, cuando descubrimos que no tenía novia, hicimos una apuesta para ver quién se lo ligaba primero. Ganó Alicia. Todavía siguen juntos. Se casan el próximo año.

La sala está llena de gente, parecen bailarines profesionales. No sé qué hago aquí. Cada vez estoy más nerviosa. Me sudan las manos.

Luca está hablando con dos chicas. Se ve muy integrado en este lugar. Pienso en salir corriendo. Luca me agarra del brazo. Creo que se ha dado cuenta de mis intenciones. ¿Me habrá leído la mente? Imposible, eso no existe. Se le ocurre cada cosa a mi subconsciente... Menos mal que nadie puede oír lo que pienso. Creerían que estoy loca.

El aula es grande, en color blanco y una pared en naranja. Tiene un gran espejo que ocupa toda una pared y en el lado opuesto al espejo hay tres ventanales desde los cuales se puede ver la playa.

Va llegando más gente. Ya casi es la hora. Cuento por encima y, más o menos, somos unas treinta personas.

No... puede... ser... Acaba de entrar el profesor de baile. Nada más ni nada menos que el adonis del The Cuban Place. Ha llegado agarrado de la mano de la chica que estaba con él la otra noche. Me quedo con la boca abierta y unos sudores fríos recorren mi espalda.

—Buenas noches. Soy Raúl. Aunque muchos ya me conocéis, veo caras nuevas. Hoy vengo acompañado de Elizabeth. Ayudará a las chicas con los pasos de baile.

Me mira directamente a los ojos o quizás sea yo que ya me empiezo a imaginar lo que no hay. Creo que estoy empezando a desvariar. Además, está claro que la chica con la que ha llegado es su novia, venían cogidos de la mano.

—Para los que no me conocéis todavía, soy el profesor de salsa. Espero que os guste la clase. La membresía por tres meses cuesta 39 dólares a la semana. Por seis meses son 35 dólares y por un año son 29 dólares. Fuera, en recepción, tenéis más información acerca de lo que está incluido con cada tarifa.

No sé ni lo que ha dicho el adonis. Solo pienso en ese cuerpo de escándalo y esos ojos negros intensos que tiene. Me tiene hipnotizada. No solo a mí, también a media clase. Miro a los lados y las otras chicas están igual que yo, babeando por el guapísimo profesor.

—Bueno. Vamos a empezar la clase. Primero repasaremos los pasos aprendidos para que los nuevos se pongan al día, y luego aprenderemos dos nuevos pasos.

Agarro a Luca del brazo un poco más fuerte de lo normal y lo acerco a mí.

—¿Por qué no me dijiste que el chico del The Cuban Place era el profesor? —le susurro al oído.

—Porque seguro que no aceptarías venir —me contesta con un guiño.

Lo miro cerrando ligeramente los ojos con ganas de cogerlo por el cuello. No puedo. Me río para mis adentros pensando en las caras tan graciosas que pone Luca cuando se comporta de esa forma tan pícaro.

Raúl explica los pasos uno a uno, despacio. Todavía recuerdo algunos. Los practico con Luca. Es todo un profesional. Yo me dejo llevar.

—Venga, chicos. Uno, dos, tres. Cinco, seis, siete.

Raúl nos anima y repite los pasos una y otra vez.

—Con alegría, que son muy facilitos. Ahora las chicas os quedáis donde estáis siguiendo el paso y los chicos cambiáis de pareja.

Luca se va con la chica que tengo a mi izquierda y el chico de la derecha se agarra a mí y seguimos bailando. Se presenta. Se llama John. La chica con la que ha venido es su pareja. Llevan dos años juntos. Él es de Camberra y ella, de aquí.

El adonis también se intercambia de pareja. Cada vez siento más escalofríos por la espalda. Está a solo dos chicas de mí.

Veo a Luca a lo lejos. Al otro lado de la sala. Sonríe y charla con cada chica con la que baila. Me gustaría ser como él. Después de todo, siempre está feliz. No puedo decir lo mismo de mí. Sonreír me parece una tarea un tanto complicada.

—Ahora vamos a practicar un nuevo paso —dice el adonis.

Primero explica el paso para los chicos. La chica que está ahora con él está encantada. Tiene una sonrisa que no le cabe en la cara.

Después, Elizabeth nos explica el paso a las chicas.

—Venga, ahora os toca a vosotros. Las chicas tenéis que estirar el brazo. Muy sensual. Como os ha explicado mi compañera.

Casi sin darme cuenta tengo a Raúl frente a mí. Mirándome con esos ojos negros. Es todavía más guapo de cerca. Siento calor en mis adentros. Me voy a derretir como un helado a pleno sol. Me agarra de la cintura con fuerza mientras hacemos el paso básico. Ahora me doy cuenta de que lo que siento por Charlie no es nada comparado con lo que me hace sentir este adonis.

—¿Te gusta la clase?

¿Eh? Me habla a mí. Se me dispara el corazón.

—Sí. Mucho —logro decir casi sin aliento.

—Espero verte el jueves.

¿Cómo? Mi cara no puede ser más expresiva. Los ojos se me abren más de lo normal. Trago saliva. Tengo la boca seca.

—La clase de bachata.

Estoy empezando a tener instintos asesinos hacia Luca. Lo miro por encima del hombro de Raúl, pero me tuerce la cara. «Te ha hecho el lío», me dice mi yo interior. Qué razón tiene.

—Eh... m... creo... —tartamudeo. Parezco tonta.

—Lo digo porque te he visto venir con Luca y supongo que vendrás porque él viene los martes y los jueves.

Al adonis no se le pasa ni una. Arqueo una ceja. Mi respiración aumenta y no solo por el baile, sino también por el guapo chico que me mira fijamente. Cierro los ojos unos instantes pensando que así dejará de mirarme, pero no funciona.

—¿Estás bien?

¿Cómo lo ha notado?

—Sí. —Disimulo—. Solo un poco cansada. Nada más.

Siento en algunas miradas de la sala cierta envidia. Si las miradas matasen estaría muerta. Este adonis atrae a más chicas que los caramelos en la puerta de un colegio.

Raúl me da vueltas y hace pasos diferentes a los que hemos estado practicando. Yo le sigo el ritmo como puedo. Se ríe. Tiene una sonrisa perfecta. No tiene defectos. Por lo menos, no a simple vista.

Cambio de pareja y el adonis se va alejando dejando en mí su olor y sus penetrantes ojos negros.

Hacemos dos pasos más y entrelazamos todos los pasos que hemos hecho hoy. Menos mal que yo me dejo llevar, porque no soy capaz de pensar con claridad.

—¿Qué te pasa? —me susurra Luca que ha llegado a mí sin darme cuenta.

—Nada. Solo es cansancio.

Me mira con los ojos entreabiertos sin terminar de creérselo. Yo miro para otro lado. Técnica Luca. Siempre funciona. Sonrío.

—Por hoy ya hemos terminado. Espero que os haya gustado lo que hemos aprendido y, a las nuevas caras, espero volver a veros.

Raúl me mira directamente. No se corta un pelo.

Me sonrojo.

—Voy a la recepción a preguntar por las diferentes tarifas que ha comentado el profesor —le digo a Luca—. Espérame fuera si quieres.

Luca sale charlando con algunas personas de la clase y yo me quedo hablando con la recepcionista.

—Sí. El bono de 29 dólares a la semana está bien. ¿Aceptáis tarjeta?

Le doy la tarjeta a la recepcionista y, mientras espero a que la recepcionista me devuelva la tarjeta, alguien me agarra de la cintura y me sube la bilirrubina como a Juan Luis Guerra en la canción.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Te apetece venir a tomar algo conmigo?

Las palabras de Raúl resuenan en mi cabeza. ¿Tomar algo con el adonis? Seguro que les dirá lo mismo a todas otras chicas. Debe de ser un donjuán. No puedo creer que me pregunte eso teniendo a su novia todavía dentro del aula.

—No puedo. Mañana trabajo temprano.

«¡Mentirosa! —me grita mi subconsciente—, si tienes turno de tarde en la clínica». Lo sé. Me da miedo quedarme a solas con este chico.

—Bueno, otra vez será. Es que normalmente quedamos algunos alumnos y algunos profesores después de las clases.

La decepción y la tristeza se apoderan de mí en un instante. Me acababa de hacer ilusiones con que este adonis me estuviera invitando a salir, pero no. Solo estaba intentando quedar bien conmigo al igual que con el resto de la gente.

Me guiña un ojo y se va. Yo me quedo ahí, con la típica cara de perro abandonado, mirando cómo se aleja contorneando ese cuerpo de modelo de revista.

Suspiro.

La recepcionista me hace volver a la realidad.

—Su tarjeta, señorita.

—Gracias.

Caminamos despacio de vuelta a casa. Estoy decepcionada. No puedo ir por la vida haciéndome ilusiones y menos con un hombre de ese calibre. Estaba claro que semejante adonis no se iba a fijar en mí. «¿Qué tengo yo? Nada», me contesto.

—Algo te pasa. —Luca lleva un rato observándome sin que me diera cuenta.

—Nada importante —miento descaradamente.

—A mí no me puedes mentir. Esa cara no es de nada importante, es de decepción.

Así es. Ha dado en el clavo.

—Una tontería. Raúl me dijo de quedar y yo, tonta de mí, pensé que era una cita. Claramente, no era así.

—*Calmati!* —Me reconforta pasando su brazo por encima de mis hombros y acercándose a él.

Luca es un amor. Lo quiero como si lo conociese de siempre.

Llegamos a casa. Está vacía. Carol todavía no ha llegado de su cena.

—¿Y Carol? —pregunta Luca.

—¡Ah! —exclamo—. Se me ha olvidado contarte que se fue a cenar. Salió muy guapa y muy bien arreglada con una sonrisa de oreja a oreja.

—Seguro que ha quedado con su asistente —sonríe con malicia.

—Tú sabes más de lo que dices —le digo con recelo.

—*Un po'* —dice haciendo el gesto con el dedo índice y pulgar.

—Cuéntame, por favor —le ruego entrelazando los dedos.

Hace muecas con la boca y se hace de rogar.

—*¡Va bene!* —exclama resignado—. Carol lleva tiempo enredada con su asistente. Más o menos desde que se lo asignaron. Hará un mes y medio. Creo. Pero están en un tira y afloja. Un día bien, dos días mal. No hay quien los entienda.

—¿Lo conoces? —Estoy intrigada.

—Lo vi una vez. Es un chico joven. Yo creo que algo más joven que ella. Y guapo, muy guapo. Pelo rubio y ojos verdes.

—¡Guau! Por cierto. ¿Cuántos años tiene Carol?

—Ha cumplido 27 el mes pasado.

—¿Y su asistente? —Me invade la curiosidad.

—Yo cumplo 23 en marzo... —Piensa—. No sabría decirte, pero creo que es más joven que yo. Creo que es estudiante de derecho.

—Ah.

Luca se ducha mientras yo me lavo los dientes. Hemos llegado a ese punto de confianza en la que podemos estar en el baño al mismo tiempo. Es lo bueno de que sea gay.

Hablamos de la clase de hoy y de la próxima clase. A pesar de la desilusión, me lo he pasado muy bien.

Me duermo pensando en él. Esta vez no es Hugo. Por primera vez en mucho tiempo es otra persona la que acapara mis pensamientos. Esta vez es Raúl quien ocupa todo mi subconsciente y siento frustración y tristeza por haberme hecho ilusiones.

Miércoles, 15 de noviembre de 2017

Voy andando de camino al trabajo. El sol está radiante. No hay ni una sola nube en el cielo. La mañana ha pasado más rápido de lo que me esperaba. He enviado unos correos, unos cuantos mensajes a mis amigos y a mi familia, he ordenado mi habitación y he comido.

Llego temprano. Faltan quince minutos para las dos de la tarde. Saludo a Kayla. Ella siempre trabaja de mañanas porque Beth, la recepcionista de las tardes, está estudiando por la mañana en la universidad y solo puede trabajar de tardes.

Subo a la cocina y me preparo un café. Darel y Henry ya llegaron, Jack descansa hoy y mañana. Las auxiliares Ángela, Rose y Sarah llegan poco tiempo después al igual que Beth.

—Buenas tardes a todos. Ángela, estarás hoy con Henry, Rose con Daniela y Sarah, tú estarás conmigo.

Darel nos da instrucciones.

—Si no hay ningún inconveniente, mañana trabajaremos de igual modo que hoy —añade.

Rose y yo hablamos entre consulta y consulta. Es la primera vez que trabajamos juntas y no habíamos pasado de un «Hola» o un «Buenos días». Es muy agradable. La tarde pasa rápido.

—Pues yo llevo aquí trabajando un año. Estoy muy contenta. Darel es muy buen jefe —alardea Rose.

—Yo, de momento, también estoy muy contenta. En España no hay las mismas oportunidades que hay aquí. El único problema para entrar en Australia es tener que solicitar la visa y todos los documentos que piden.

—¿Es tan difícil entrar aquí? —pregunta con curiosidad.

—Bastante. Sobre todo, hay que rellenar muchos formularios.

—Yo nací en Filadelfia, en Estados Unidos, pero vine a vivir aquí con mi familia con tan solo 3 años.

—Yo siempre viví en Madrid, con mis padres y mis hermanos. Mi hermana hace dos años que se fue a vivir con su novio. Es dos años mayor que yo. Mi hermano todavía tiene 16 años.

—Yo tengo dos hermanas mayores. Están casadas y tienen dos hijos cada una. ¿Vives sola aquí o tienes algún familiar? —me pregunta.

—Vivo con una chica que conocí en una página web de búsqueda de habitación y con otro chico que vive en la casa. No tengo ningún familiar aquí. Todos viven en España.

—Seguro que los echas mucho de menos, ¿verdad?

Ahí me ha tocado la fibra sensible.

—Muchísimo. Todos los días. Pero ahora ya lo voy llevando mejor. Lo bueno es que podemos hablar por Skype o por WhatsApp. El único inconveniente es el cambio de hora. En España hay diez horas menos. —Rose mira su reloj—. Aquí son las siete y diez de la tarde y allí las nueve y diez de la mañana.

—Exacto.

Rose me ayuda a sujetar a un pastor belga para que yo le pueda poner una inyección. La dueña le sujeta la cabeza.

—Si no se deja, vamos a tener que dormirlo —le advierto a la dueña del perro.

—No hay ningún problema. Lo que sea necesario.

Logro ponerle la inyección después de mucho esfuerzo.

Rose le está cortando las uñas a un gato mientras yo relleno los datos del perro de la inyección y algunas cosas más que me han quedado pendientes.

Me vibra el móvil. Es un mensaje de Luca.

«Ciao bella. ¿Come stai? ¿A que no sabes quién me pidió tu número de teléfono?».

Viniendo de Luca, cualquier cosa puede pasar. Me tiene intrigada con su pregunta. Termino de escribir la información en el ordenador y le contesto.

«¿Quién?».

«Tu galán de anoche».

«¿Cómo? Te estás riendo de mí, ¿verdad? Eso es imposible».

«È vero. Me ha escrito hace un rato y me ha preguntado por ti y si le podía dar tu número».

«¿Se lo diste?»

«¡Claro que no! Le dije que primero tenía que preguntarte a ti».

Si le digo que no, estaré perdiendo la oportunidad de tener su número. Pero tampoco quiero hacerme falsas expectativas como anoche. Quizás no eran falsas expectativas. Quizás quiso quedar conmigo para poder hablar y conocernos mejor. Se me escapa una risita tonta y Rose me mira desconcertada. Tengo que disimular. Parezco una quinceañera. Tengo las hormonas disparadas y el corazón a mil. No sé qué contestar a Luca.

«Ciaooooo. ¿Estás ahí?».

Me pregunta Luca.

«Estás en línea y no me contestas. ¿Qué le digo a Raúl?».

«Mmm... No sé. ¿Qué harías tú en mi lugar?».

Al momento ya me estoy arrepintiendo de haberle preguntado eso. La respuesta ya me la sé.

«Venga. Me tiro a la piscina. Dile que sí».

Los nervios afloran y ya no soy capaz de sujetar el móvil con firmeza. Tengo que seguir trabajando con normalidad. Lo primero es el trabajo. Sigo desarrollando mi labor con total normalidad. He dejado el teléfono encima del escritorio para no tener la tentación de cogerlo de mi bolsillo cada cinco segundos.

Rose se ha dado cuenta de algo porque me mira intentando adivinar lo que estoy pensando. Todavía no tengo la suficiente confianza con ella como para contarle mi mal de amores.

Ya casi es hora de salir. Estamos sentados en la sala. Hablando del día y de las diferentes anécdotas que nos han sucedido hoy. Me acuerdo de que me he dejado el teléfono en el escritorio de la consulta y bajo a buscarlo con la ilusión de que el adonis me haya escrito.

Entro en la consulta tan rápido que resbalo, y si no es porque me agarro a un mueble que hay al lado de la puerta, me hubiera caído. Menos mal que no me ha visto nadie. ¡Menuda vergüenza!

Cojo el móvil y miro si hay alguna notificación.

Sí.

El icono del WhatsApp aparece en la parte superior de la pantalla. Lo abro con el corazón en un puño pensando que me habrá escrito Raúl. Mi mente divaga con las diferentes citas que podemos tener. A lo mejor me invita a comer, a cenar o algo mejor. Quizás a bailar.

Mi ilusión desaparece en el momento en el que veo que el mensaje es de Charlie.

«Hola, preciosa. ¿Te apetece cenar conmigo?».

Siento una enorme tristeza en mi interior porque hubiera preferido que el mensaje viniese de parte del adonis. Charlie me cae muy bien y nos hemos besado. Además, es muy guapo, no puedo negarlo, pero Raúl tiene algo que me estremece con solo una mirada y hace que me olvide de todo lo que hay a mi alrededor.

«Sí. Salgo en diez minutos».

No quiero ser descortés con Charlie. Se ha portado muy bien conmigo.

«Sí, lo sé. Estoy fuera esperándote».

No me esperaba esta respuesta. Pensé que a lo mejor me diría que vendría a buscarme a casa.

Se ha acordado del horario de mi trabajo.

Me despido de mis compañeros y me dirijo al coche de Charlie. Está esperándome con una sonrisa. Es un galán. De eso no hay duda. Me abre la puerta del coche para que entre.

—Buenas noches, Dani. Ya tenía ganas de volver a verte.

—Buenas noches. ¿Cómo te ha ido el día? —No sé si decir lo mismo. Ahora mismo no es precisamente a él a quien quiero ver.

—Muy bien. Ha sido un buen día. ¿Y tú?

—No tengo queja. Los compañeros son muy agradables. —Intento disimular mi desilusión.

—Te noto un poco triste. ¿Te ha pasado algo? —Se ha dado cuenta. Soy muy expresiva.

—No. Para nada. Echo de menos a mi familia. Nada más —disimulo.

—¿Te apetece cenar en un mexicano? —Intenta animarme. Tiene ilusión en la mirada.

Asiento con la cabeza. Me rugen las tripas. No he comido nada desde el mediodía.

Tardamos unos diez minutos en llegar. No había demasiado tráfico. Charlie aparca delante del restaurante. El mexicano está al lado del restaurante italiano al que vine con Carol.

Subimos unas escaleras y entramos.

—Buenas noches. ¿Mesa para dos? —Nos recibe un camarero en la entrada.

—Sí —contesta Charlie.

Un camarero nos lleva hasta una mesa.

A leguas se nota que es un lugar elegante. Es amplio. Tiene una gran lámpara en la entrada.

Hay lámparas con grandes tulipas negras encima de las mesas. Están sujetas por vigas de color gris.

Las paredes están pintadas en diferentes colores. Una pared está pintada en color rosa intenso con unas líneas negras anchas en diagonal y horizontal. Otra pared está pintada en un color grisáceo por

encima del ladrillo, también con unas líneas negras en formas curvadas, y otra pared tiene unos grandes azulejos rectangulares en color gris con las mismas curvas negras de la pared de ladrillo.

Hay una larga tabla en el centro del restaurante apoyada sobre unos bloques de hormigón divididos en tramos de dos sillas entre bloque y bloque separando así cada tramo de la mesa para cuatro comensales.

El suelo también está pintado con un gran círculo con unos rombos y otras figuras que desconozco.

La barra es de madera y está sujeta sobre un panel iluminado.

En el fondo hay unas mesas pequeñas redondas con tres butacas también redondas a juego con la mesa.

El camarero nos trae la carta de menú. La hojearé de arriba abajo. Los precios no son baratos, pero tampoco son demasiado caros.

El camarero vuelve para tomar nota. Pedimos una degustación de diferentes tipos de tacos y agua para beber.

El camarero viene pocos minutos después con una gran jarra de agua, pan y guacamole de entrante.

—¿Qué vas a hacer el próximo fin de semana? —la pregunta de Charlie me pilla desprevenida.

—Pues todavía no sé. No lo he pensado.

—Si quieres, podemos ir a algún lugar el fin de semana.

¿Solos? ¿Todo un fin de semana? Imposible. No quiero que Charlie se ilusione conmigo. Me mira con desconcierto con los codos apoyados en la mesa y los brazos cruzados. Espera que le dé un sí, pero tengo que aprender a decir más veces que no. Al final Charlie se va a hacer más ilusiones.

El camarero regresa con la cena y no ha podido ser más oportuno porque no soy capaz de darle una respuesta ahora.

Los tacos vienen servidos en platos de pizarra. Todo está muy bien presentado. Son varios platos con dos tacos en cada uno y de diferentes sabores.

Me arden las mejillas y no de un piropo que me pueda decir un chico, sino por el picante. Bebo varios vasos de agua seguidos para paliar un poco el ardor que tengo en la garganta. De sabor están exquisitos. Intento darle aire a mi garganta con las manos. Charlie se ríe de mí. Él come los tacos como si no le afectara el picante.

—Todavía no me has contestado a la pregunta que te he hecho antes. —Charlie está ansioso.

Dudo durante unos instantes.

—Mira... Es que... —No sé muy bien qué excusa usar—. Tengo que hacer limpieza general en casa junto a Carol y Luca. —Parezco creíble.

—Bueno. —Charlie se siente algo decepcionado.

—Si quieres, podemos ir otro fin de semana. —No me gusta ser tan cortante y le doy un mínimo de esperanza.

Sus ojos se iluminan con la oportunidad que le acabo de ofrecer. Aunque solo lo hice por no verlo triste.

—Podemos volver a cenar mañana si quieres.

—Mañana no puedo. Voy a clases de baile.

—¿Baile? ¿Desde cuándo? —Sus ojos se oscurecen. No le ha gustado para nada mi nueva afición.

—Empecé ayer. Luca insistió. En España ya fui a clases de bailes latinos hace seis años.

Sus ojos se suavizan al mencionar el nombre de Luca. No sabe que existe Raúl y que me atrae tanto. Si le ha molestado lo de ir a bailar, no me imagino si supiera que el instructor es un profesor

que parece un modelo.

—¡Ah! —exclama—. ¿Y qué tipo de clases son? —Quiere saber.

—Los martes son clases de salsa y los jueves de bachata, de nueve y media a diez y media de la noche en el Bondi Pavilion. —Y ahora siento que es uno de esos momentos en los que he hablado de más.

No sé, pero siento que no se va a quedar tan tranquilo. Va a querer saber más.

—Quizás vaya a ver a mi familia en febrero, por mi cumpleaños. —Cambio de tema radicalmente para que no me siga preguntando más cosas acerca de las clases de baile.

—Me encantaría conocer España —espeta.

¿Es una indirecta? A lo mejor así piensa que lo voy a invitar a venir conmigo. Nos hemos dado un simple beso, pero yo creo que Charlie se piensa que estamos saliendo o algo parecido. Tengo que intentar quitarle esa idea de la cabeza.

—Pues... —No tengo ni idea de qué decir—. Yo también tengo ganas de conocer otros países. Siempre he querido conocer Latinoamérica. —¡Uf! Creo que ha sido una buena salida.

—Has dicho tu cumpleaños. ¿Qué día es? —No se le escapa ni una.

—El 14.

—¡Qué coincidencia! Es el Día de San Valentín.

—Sí —digo con resignación—. Todo el mundo me dice lo mismo. ¿Cuándo es el tuyo?

—El próximo cinco de agosto cumpliré treinta. ¿Cuántos cumplés tú?

—Unos pocos menos —digo con una sonrisa maliciosa—. Veinticinco —añado.

Charlie levanta la mano y mueve los dedos de la mano indicándome que solo hay cinco años de diferencia. Nos reímos.

El camarero viene y retira nuestros platos.

—¿Desean algo de postre los señores? —pregunta cordialmente el joven.

Miro la carta de postres.

—Una tarta de queso margarita para mí, por favor. —El camarero toma nota de mi pedido.

—Yo quiero un granizado de pepino y jalapeño —dice Charlie.

El camarero vuelve con nuestros postres. Yo le doy a probar a Charlie un trozo de mi tarta y él me da a probar su granizado. Están realmente buenos.

Se nos echa la noche encima hablando y el restaurante va quedando vacío. El camarero amablemente nos indica que van a cerrar.

Son casi las once y media de la noche.

La cena ha sido divertida, aunque en algunos momentos hubo algo de tensión.

—Nos echan —dice Charlie levantando los hombros y con una amplia sonrisa—. Te confieso que es la primera vez que pierdo así la noción del tiempo y me tienen que avisar para abandonar un local.

—Te confieso que yo también. —Levanto las cejas y me río.

—Te llevo a casa. Es muy tarde y yo mañana madrugo.

—Si quieres, vuelvo en un taxi. —Lo he dicho sin pensar.

Charlie me mira con desconcierto.

—¿Y qué soy yo? —pregunta.

—Sí, lo sé. Solo lo dije por si te querías ir ya a tu casa.

—Venga. No perdamos más tiempo.

Nos despedimos con vergüenza del personal que ya están levantando las sillas y barriendo el restaurante.

Como siempre, Charlie me abre la puerta del coche para que entre. Las calles están vacías.

Llegamos enseguida.

Charlie aparca el coche y se desabrocha el cinturón. Se abalanza sobre mí sin darme tiempo a reaccionar y me besa mientras me sujeta la cara con las manos para que no pueda escaparme.

Una de sus manos desciende hasta mi muslo y empieza a subir hasta llegar a la parte elástica de mis bragas. Hace un esfuerzo por bajármelas.

Forcejeo e intento apartarlo de mí, pero es más fuerte que yo. Su beso es muy apasionado, pero a la vez es muy agresivo, como si intentara reclamar que soy de su propiedad.

Intento deshacerme de él, pero es imposible. Está literalmente encima de mí. Tengo el cinturón puesto y eso dificulta que pueda salir del coche.

Intento quitármelo.

—¡No! —grito.

Charlie para su acción de inmediato.

—P... Perdón —dice jadeando—. No quise forzarte a nada. Lo siento. No volverá a ocurrir.

—Eso espero —contesto casi sin aliento.

Charlie me pide perdón una y otra vez avergonzado. No me imaginaba que pudiera hacerme esto. Estoy realmente enfadada. No lo puedo disimular. Lo miro con odio.

Intenta calmarme cogiéndome de la mano, pero yo la retiro de inmediato. No quiero ni siquiera sentir su piel.

Me quito el cinturón, cojo mi bolso y salgo del coche corriendo. Charlie sale del coche y me sigue hasta la puerta de casa y, como no me ha dado tiempo a sacar las llaves del interior del bolso, Charlie me alcanza.

—Por favor, no me toques —le digo antes de que lo intente.

—Solo escúchame, por favor —dice en tono suplicante.

Asiento.

—Me puse muy celoso por lo que me has dicho en el restaurante. —Se pasa la mano por el pelo, nervioso. Suspira—. Sé que no hay nada entre nosotros, pero me gustas mucho —confiesa.

—Tú lo has dicho. No hay nada entre nosotros —digo recalcando cada palabra—. No quiero que te confundas conmigo. Nos hemos besado una vez. Bueno... dos con la de esta noche. —Gesticulo con las manos más de lo normal. Estoy nerviosa.

—Lo siento. Pensé que habíamos conectado. Que tú sentías lo mismo que yo, pero me equivoqué. Me quedé fascinado con tus ojos desde que los vi a través del retrovisor de mi taxi. Perdóname. —De su boca no salen más que palabras de disculpa.

Busco en el bolso las llaves. No aparecen. Parece un bolso sin fondo. Remuevo la mano una y otra vez buscando. No quiero seguir aquí hablando con Charlie. Solo quiero entrar ya en casa y olvidarme de este momento.

Al fin las encuentro escondidas en uno de los bolsillos internos. Levanto la mirada. Charlie está de rodillas delante de mí. Esto es una pesadilla. Me pellizco el brazo izquierdo.

No.

No es una pesadilla. Es real.

—Levántate —le ordeno.

—Perdóname —suplica.

Lo miro, parece sincero.

—Te perdono, pero levántate.

Finalmente se levanta al escuchar mi perdón. Está mirando al suelo. No es capaz de levantar la mirada.

—Vete, por favor. —Necesito descansar—. Hablamos mañana.

Me despido con un leve gesto con la mano. Abro la puerta, entro en casa y cierro sin mirar atrás.

Apoyo la espalda en la puerta y dejo caer el bolso. Me paso ambas manos por el pelo. Inspiro hondo mientras muevo la cabeza de izquierda a derecha repetidas veces.

Todavía estoy en *shock* por lo que acaba de pasar hace unos minutos. El caballero dejó de serlo y no me gustan nada esos celos sin fundamento.

Cojo el bolso y al mirar hacia el salón veo a Luca y a Carol observándome sin parpadear con ganas de saber. No quiero hablar del final de mi noche. Ha sido un verdadero desastre.

—¿Qué hacéis despiertos tan tarde? Es casi medianoche.

—Estábamos preocupados por ti —contesta Luca.

—Nos podías haber avisado de que llegarías tarde —Carol me regaña.

—Tienes razón. Me voy a dormir. —Desaparezco por el pasillo antes de que Luca o Carol empiecen con preguntas.

Me meto en la habitación y cierro con llave.

Saco el móvil del bolso. Tengo diez mensajes. Dos son de mi hermana preguntándome qué tal me ha ido el día. No se imaginaría nunca por lo que acabo de pasar. Le contesto diciendo que todo ha ido bien.

Los otros ocho mensajes son de Charlie. Me pide perdón en cada uno de ellos. Los ha escrito en español. Habrá pensado que no le he entendido cuando me lo dijo en el coche y en la puerta de casa.

No le contesto.

Me remuevo en la cama. No me quito de la cabeza lo que me ha hecho el caballero oscuro. Jamás me había pasado nada parecido. Termino rendida y me duermo con esa pesadilla en mi cabeza.

Jueves, 16 de noviembre de 2017

Salgo de casa hacia el trabajo temprano. No tengo ganas de caminar. Voy a la parada del autobús. He pensado en comer algo en algún sitio. No tengo ganas de cocinar ni de hacer nada en general. Ya no siento odio por Charlie, siento decepción. Sí. Estoy decepcionada. Un sentimiento que me acompaña más veces de lo que quisiera.

El autobús va lleno y no me queda más remedio que ir de pie.

Miro en el móvil algún restaurante cercano a la clínica que tengan servicio a domicilio y así como en la cocina del trabajo sin prisas y tranquila.

Ordeno comida en un restaurante chino. Espero en la recepción de la clínica. Kayla está ocupada mirando la pantalla del ordenador mientras teclea a gran velocidad.

—Buenas tardes, Daniela. ¡Qué temprano has llegado hoy!

Kayla ha dejado de hacer sus tareas. Se ha levantado de su silla y está a mi lado. Yo estoy en la puerta esperando al repartidor.

—No tenía ganas de cocinar. Estoy esperando por el repartidor que me va a traer la comida.

—¿Dónde has pedido la comida? —pregunta.

—En el Bambusia. ¿Lo conoces?

—Sí. Está aquí muy cerca. Yo también he pedido comida allí alguna vez.

Darel aparca frente a la clínica. También llega pronto. Detrás de él llega el repartidor. Le pago y me da la bolsa con comida.

—¡Qué bien huele! —me dice Darel.

—Es comida china. Voy a probar cómo sabe —digo levantando la bolsa.

Subo por las escaleras y me siento en el sofá de la salita. He pedido un entrante mixto que trae rollitos de primavera, tostada de gambas tigre y dim sum de carne de cerdo. También he pedido pollo agridulce, viene acompañado de arroz y ensalada.

Para beber tengo una botella de agua en la nevera.

Darel viene. Enciende la televisión y se prepara un café.

—¿Quieres? —pregunta sosteniendo el bote del café y agitándolo.

—No. Gracias. Quizás más tarde.

—Tengo algo que decirte. —Darel se sienta a mi lado y yo trago saliva. No tengo ni idea de qué quiere hablar. Quizás está descontento con mi trabajo, aunque yo creo que lo estoy haciendo bastante bien.

—Verás. Hoy Rose estará contigo y con Emma.

—¿Emma? —pregunto desconcertada.

Repaso mentalmente la hoja de los turnos y el horario y creo recordar que Emma y yo no coincidíamos en ningún turno.

—Ha tenido que cambiar el turno. Tenía cosas que hacer esta mañana. No te importa, ¿verdad?

¿Qué me va a importar?, Darel es el jefe. Si él dice que tenemos que compartir auxiliar pues habrá que compartirla. Espero que Emma esté de mejor humor y tengamos una tarde pacífica.

Asiento con la cabeza con resignación mientras me levanto y tiro los envoltorios y los restos de comida a la basura.

La comida estaba excelente.

Darel y yo estamos hablando de trabajo sentados en el sofá cuando llegan Rose, Ángela, Sarah, Henry y Beth. Se sientan con nosotros. Darel nos habla de la evolución de dos mastines que llegaron esta mañana y que están ingresados por un ataque de un pitbull.

—Evolucionan favorablemente. Ahora hay que vigilar que no se infecten las mordeduras del cuello. Están sedados, así que no hay problemas para hacerles las curas. Los tendremos aquí todo el fin de semana y, si evolucionan favorablemente, el lunes les daremos de alta. ¿Te puedes encargar de eso, Henry? —Darel se explica muy bien. Es muy profesional.

—Sí —contesta Henry satisfecho.

Emma llega y saluda a todos, pero a mí ni me mira. Esta chica la ha tomado conmigo. No sé por qué. Es muy rara. La miro de reojo. Anda de un lado para otro. Parece nerviosa. Se prepara un café con las manos temblorosas.

—Emma, hoy tú y Daniela tendréis que compartir a Rose. —Darel le comunica a Emma su decisión y ella ni se inmuta.

—Espero que no me hagáis trabajar mucho —dice Rose entre risas.

—Por mi parte solo te llamaré para lo imprescindible —contesto guiñándole un ojo.

Emma se gira y me mira de arriba abajo lanzándome una mirada de lo más extraña. No le ha gustado para nada lo que le dije a Rose. Pensará que lo he dicho pensando en ella. En ningún momento la he nombrado. Además, lo que le dije a Rose fue en broma.

Darel me pasa el brazo por encima de los hombros.

—Espero que tengas buena tarde. Si tienes algún problema, llámame. —Darel me acaricia la mejilla y se va para su consulta.

Emma me mira. Esta vez con odio, con la boca abierta, mientras sujeta la taza con una mano y con la otra remueve el café una y otra vez. Da miedo. Su mirada se ha oscurecido.

Esto pinta mal.

—Rose, ¿vienes? —digo mientras la agarro por el brazo y tiro de ella.

—Sí. Vamos —responde. Creo que se ha dado cuenta de la forma en la que me ha mirado Emma.

Paso por recepción y Beth me pasa la lista de las citas que tengo hoy. Rose y yo entramos en la consulta, ultimamos detalles y revisamos que haya de todo en el mueble.

—Rose, por favor. Ya puedes hacer pasar al primer paciente. Gracias.

Rose obedece y sale por la puerta a llamar al primer paciente. Yo aprovecho a encender el ordenador y entrar en mi sesión.

—No te creas que te vas a quedar con Darel.

Alzo la vista. Emma está apoyada en la puerta de brazos cruzados escrutándome con la mirada.

—¿Perdón? —No entiendo qué quiere decir.

—Ya me has oído. Él es mío.

Rose irrumpe en la consulta con mi primer paciente y su dueño. No me gusta la mirada de esa mujer. Temo que intente hacerme la vida imposible.

No tengo nada que temer. Yo no le estoy haciendo nada a la bruja esa.

Le inyecto las vacunas al caniche.

—La próxima semana tiene que venir a por la última vacuna. En recepción le darán la cita.

—Muchas gracias, señorita.

Rose acompaña al señor hasta recepción y regresa casi corriendo. Entra y cierra la puerta.

—Ten cuidado con la bruja —me advierte.

—¿Eh? —La miro levantando las dos cejas.

Estoy sentada en el escritorio terminando de escribir las vacunas del caniche en su historial. Rose

se sienta frente a mí. Se recuesta en el respaldo de la silla y se cruza de brazos. Yo apoyo los codos en la mesa y la escucho con atención.

—A ver... Te explico. Emma es mala. Muy mala. Debes tener cuidado. Lleva enamorada de Darel desde que yo estoy aquí y es capaz de hacerle la vida imposible a cualquiera que ponga sus ojos en él.

—¿Tanto poder tiene?

—No es poder. Es que busca la manera de que dimita la que se fija en Darel o él en ella.

—Gracias por el consejo. Tendré cuidado.

—Si necesitas algo, solo tienes que decírmelo. Yo te ayudo con gusto. Mi consejo es que no dejes que Darel te toque ni que te mire.

—A mí no me gusta Darel.

—Lo sé. Pero parece que a él sí le gustas tú. Es un seductor nato. Cuando llega una chica nueva, joven y guapa, a la clínica, se lanza en plancha y eso Emma no lo soporta.

—No creo. Creo que solo quiere ser amable conmigo.

—Así empieza con todas. Cuídate.

Las palabras de Rose se me clavan en el cerebro. Debo tener mucho cuidado con esa mujer. Sé que va a intentar buscar la manera de que me vaya de aquí, pero no lo va a lograr.

Este es el trabajo de mis sueños. Me encanta lo que hago y ninguna bruja enferma mental va a hacer que eso cambie.

Oigo que gritan el nombre de Rose. Es Emma. Qué desagradable es. Debe de pensar que es su criada o algo así. Nadie tiene culpa de que tenga una vida tan vacía. ¿Qué le cuesta salir de su consulta y pedirle amablemente que la ayude? Vaya mujer.

Necesito ayuda con un gran danés, pero Rose está ocupada con Emma y no la voy a llamar a gritos como lo hizo ella antes. La dueña me ayuda mientras voy al armario y saco todo lo necesario para hacerle la cura al perro. Rose viene a ayudarme. Ha pasado por el pasillo y me ha visto en la situación tan apurada en la que estoy y entra.

Emma viene en busca de Rose y le grita para que salga de mi consulta y vaya a la suya. Eso hace que me enfade muchísimo. Dejo la cura del perro a medias, voy hacia ella y la saco de mi consulta agarrándola del brazo. La arrastro hasta su consulta y cierro la puerta.

—Que sea la última vez que irrumpes de esa manera en mi consulta —le advierto.

—¿Quién te crees que eres para sacarme de la consulta de esa manera? —Su cara es todo enfado.

—No se trata de quién soy o dejo de ser. Se trata de que no tienes educación. No sé por qué eres así conmigo. Yo no te he hecho nada y Rose, menos. No vuelvas a entrar en mi consulta nunca más. Vamos a llevar la fiesta en paz.

Me doy la vuelta y me dispongo a salir por la puerta cuando Emma me agarra del brazo fuertemente.

—No sabes lo que acabas de hacer —me susurra al oído.

Me estremezco.

—No te tengo miedo —digo desafiante.

—Deberías. No sabes de lo que soy capaz.

—¿Es una amenaza?

—No. Es una advertencia.

Logro zafarme de ella y salgo dando un portazo. Entro en mi consulta donde tanto Rose como la dueña del perro están con la boca abierta. Solo tengo palabras de disculpa hacia ellas. Espero que solo sea algo puntual, aunque por la advertencia de Emma creo que esto no se va a quedar así.

La tarde pasa muy lenta, parece que el tiempo se hubiera detenido. Saco el móvil de la bata.

Las 17:02.

Todavía me quedan cuatro horas más aguantando a la bruja. Espero que sea la primera y la última vez que coincidamos trabajando. Siento pánico solo de pensar en que puedo perder el trabajo por culpa de Emma.

«Ciao, Luca. Llegaré tarde a las clases más o menos unos 10 minutos. El autobús no sale hasta las 21:12 y no puedo salir antes del trabajo».

Le dejo el mensaje a Luca para que no me espere en casa. Al salir de aquí ya voy directamente a clases de bachata.

Su respuesta no tarda en llegar.

«¿Cuándo vas a cenar?».

«Tranquilo. No te preocupes. Cenaré al terminar las clases».

«Te espero y cenamos juntos».

«No hace falta. Por mí puedes cenar antes».

«Quiero cenar contigo y así hablamos».

«¿Te pasa algo?».

Estoy intrigada con eso de hablar. ¿Habría vuelto con el chico misterioso? ¿O un nuevo amor? Sea lo que sea, lo sabré después de las clases.

Sonrío.

Estos mensajes me han hecho olvidar por un momento el encontronazo con la bruja malvada. Menos mal que no sabe cómo la llamo. No me quiero imaginar cómo se pondría si lo supiera. Me paso la mano por la frente.

«¡Ya te contaré!».

Vuelvo a meter el móvil en el bolsillo de la bata y sigo trabajando. Intento no pensar en lo malo. Pienso en las clases, en divertirme y disfrutar. Y en Raúl.

Me sonrojo y el calor se apodera de mis adentros.

Darel entra en mi consulta y le pide amablemente a Rose que salga. Me temo que no ha venido para nada bueno. Me remuevo en la silla. Su mirada es intimidante. Se sienta frente a mí y apoya los codos en la mesa.

Entrelaza los dedos a la altura de la barbilla.

—Perdona que te interrumpa de esta manera, pero he escuchado la conversación calurosa entre Emma y tú. Te advierto que no me gusta este tipo de altercados y menos cuando hay gente en las consultas.

—Lo... lo siento. —Casi no puedo hablar. Siento una presión en el pecho.

Me froto la cara con las manos y unas lágrimas traicioneras salen de mis ojos. Estoy en *shock*. Es la segunda vez en menos de 24 horas.

—Bueno, mujer. No te pongas así. —Me coge de las manos y suaviza la mirada. No está tan enfadado como cuando llegó.

—Emma vino gritando porque Rose me estaba ayudando y lo único que hice fue defenderla.

Darel asiente con la cabeza mientras le explico con detalles todo lo que ha pasado y lo que me ha dicho Emma. No me importa lo que piense. No me importa parecerme a esos niños que en el colegio le tienen que contar al profesor lo que le hacen los compañeros con tal de no perder mi trabajo.

Llamo a Rose para que corrobore mi versión de los hechos. Ella le dice lo mismo que le he dicho yo.

—Perfecto. Todo aclarado. Gracias, Daniela. Perdóname por la forma en la que te hablé antes. — Me abraza y me da un beso en la mejilla. Me acaricia el pelo—. Puedes salir ya si quieres. Solo queda un cuarto de hora para las nueve.

—Gracias. Lo necesito.

—Rose. Tú también.

Salimos juntas mientras Emma nos mira desde el final del pasillo. La veo desde la recepción entrando en el despacho de Darel. Hoy no creo que termine bien el día para ella.

—¿Hacia dónde vas? —pregunta Rose.

—Voy a Bondi Pavilion.

—Si quieres, te acerco. Yo vivo en Brighton Bulevar.

—Todavía no conozco bien Sídney.

—Vivo en un apartamento cerca del acantilado que se ve desde la playa de Bondi.

—Ah.

—Cuando quieras, puedes venir a mi casa y comemos juntas.

—No estaría mal. Yo vivo en Wellington Street.

Rose me da su número de teléfono mientras arranca el coche y nos ponemos en camino.

«Hola. Ya he salido del trabajo. Llegaré a tiempo. Nos vemos en la entrada».

«E quello?».

A este hombre se le olvida que no entiendo el italiano.

«Ya te cuento luego. Voy en el coche de una compañera del trabajo».

«OK. ¿Cuánto tardas?».

Le pregunto a Rose.

«Rose me dice que a las nueve y cuarto más o menos».

«Va bene. Nos vemos en la entrada. Voy saliendo ya de casa».

Rose para en doble fila en Campbell Parade.

—Muchas gracias por traerme. Gracias a ti no llegaré tarde a clases. Mañana nos vemos.

—No hay de qué. Mañana nos vemos. —Rose se despide de mí y sigue con su ruta.

A lo lejos veo a Luca. Inconfundible. Es guapo hasta de lejos. Qué pena que sea gay. Viene corriendo y me da un fuerte abrazo que me cruje la espalda.

—¿Qué tienes que contarme? Me has dejado intrigada —pregunto mientras busco la respuesta en su mirada.

—Te lo cuento después en la cena. Ahora solo vamos a disfrutar de la bachata.

Vamos cogidos del brazo. Me río con las aventuras que me cuenta de la universidad. Me recuerda a mí cuando estudiaba. Cada día era una aventura.

Hoy tiene luz en la mirada y la sonrisa más bonita. Me alegra mucho verlo así. Ojalá yo llegue a verme así algún día. Cuando parece que mi vida no puede ir a peor, siempre pasa algo. A veces me pregunto por qué no puedo encontrar a alguien con quien compartir mi vida. Que sea sincero, amable y detallista. ¿Es mucho pedir?

Luca me da una palmadita en la espalda y me saca de mi mente divagante.

—Ya hemos llegado.

—¿Ya? —pregunto.

—Sí. ¿Dónde tienes la cabeza?

—Venía pensando en mis cosas. Nada importante —disimulo.

Raúl está ya en la clase. Está frente al espejo practicando algunos pasos de bachata con Elizabeth. Se le ve tan profesional y tan guapo... Hay algunas alumnas en un rincón del aula susurrando mientras lo señalan disimuladamente. Es un bombón. Eso no hay más que verlo.

Hay parejas que ya conozco del martes y también parejas nuevas.

Raúl se pone delante de nosotros y nos da instrucciones para estirar los músculos antes de bailar.

—Buenas noches, chicos y chicas. Hoy, primero repasaremos los pasos que hemos aprendido hasta ahora para que las nuevas caras se pongan al día y después seguiremos con pasos nuevos.

Raúl me mira y me sorprende observándolo. Aparto la mirada de inmediato. Me muero de vergüenza. Me arden las mejillas. La respiración se me ha acelerado sin poder evitarlo.

—¿Te sientes bien? —me pregunta Luca.

—Sí.

—*Mamma mia!* Ardes en llamas —dice tocándome las mejillas.

—Simplemente, es que hace calor.

Luca va corriendo donde tiene su mochila y me trae agua. Bebo sin parar terminando casi la botella de medio litro.

Estamos en pareja bailando los pasos básicos de la bachata. Qué buenos recuerdos tengo de esto. Luca está pletórico, más de lo habitual. Me gustaría tener su misma energía, ver la vida como la ve él.

Raúl se acerca a nosotros. Lo tengo justo detrás de mí con sus manos en mi cintura y su respiración en mi cuello mientras corrige mi postura. No puedo evitar ponerme colorada.

Se me estremece todo el cuerpo, la temperatura de mi cuerpo sube automáticamente y pierdo el control de lo que estaba haciendo.

—Te has perdido en el paso —Luca me regaña.

—Perdón, ha sido sin querer. —Lo miro con cara de niña buena.

—Que no se vuelva a repetir. —Me guiña un ojo y vuelve a poner esa sonrisa traviesa.

Agacho la mirada.

Luca suelta la mano de mi cintura, me coge la barbilla y tira de ella hacia arriba para que lo mire.

—Que no te dé vergüenza. Esa reacción es normal.

—¿Eh?

—Mira a las chicas de nuestro alrededor. Están igual que tú.

Miramos alrededor y lo compruebo.

—Solo falta ponerles unos baberos —digo sonriendo.

—Cambiamos de parejas... Las chicas quedaos donde estáis y los chicos cogéis a la chica de vuestra derecha. Venga. Un, dos tres, cuatro.

Siento una sensación de ahogo cuando miro a mi alrededor y veo que Raúl está cerca. La temperatura de mi cuerpo vuelve a subir inexplicablemente y se me vuelve a secar la garganta cuando veo que nuestras miradas se cruzan.

Solo había tenido una sensación similar cuando vi por primera vez a Hugo. Con su pijama del hospital de color azul, sus ojos, su pelo, su voz...

—¿Estás aquí?

Levanto la mirada y es Raúl el que me acaba de hacer esa pregunta. Últimamente estoy más en Babia que en la Tierra.

El adonis está frente a mí, esperando a que regrese de donde esté para seguir bailando.

Pongo mi mano en su hombro y con la otra mano agarro la suya, que está esperando impaciente. Siento electricidad entre nosotros. Me mira y siento calor en su mirada.

Trago saliva.

—Le he pedido tu número de teléfono a Luca. Espero que no te haya molestado.

Sus palabras me llenan de alivio, y a la vez de frustración.

—No —respondo.

—Te he querido llamar, pero no he tenido tiempo.

Esas palabras me consuelan y hacen que un rayo de esperanza se cuele por una esquinita de mi corazón. Mi yo interior baila bachata mientras que no aparto la mirada del adonis que tengo delante, aunque no me puedo creer que teniendo novia se atreva a coquetear así conmigo.

Lo observo de cerca y puedo fijarme en cada rincón de su cuerpo. Tiene unos brazos fuertes y su cuerpo es escultural. Se nota que se cuida y que va al gimnasio.

—Cambio de pareja.

Raúl se va con la chica de mi izquierda que está más que contenta y se lleva con él un trocito de mí.

Estamos saliendo de clases. Luca y yo hablamos de dónde cenar. Algunas chicas se han quedado hablando con el adonis. Lo observo de reojo y, aunque las chicas están muy dispuestas a intentar ligar con Raúl, él me sigue con la mirada. En ese momento me siento importante, el ego se me eleva a un nivel que nunca había sentido. Las chicas me miran con envidia y lo único que sale de mí es una sonrisa.

Vamos hacia Campbell Parade cuando Raúl viene corriendo hacia nosotros. El corazón me da un vuelco. Está aquí y solo. ¿Dónde habrá dejado a Elizabeth?

—¿Habéis cenado? —pregunta.

—Todavía no —contesta Luca.

He perdido la capacidad de hablar y no me sale ni un sonido.

—Os acompaño —dice

Mi yo interior da saltos de alegría. «Este sí, este sí», repite. Lo hago callar. No quiero hacerme ilusiones, aunque creo que ya hace un rato que me las he hecho. Tiene novia. Eso hace que mi yo interior deje de dar saltos.

—Podemos comprar unos kebabs y comerlos en la playa. ¿Os apetece?

Luca y yo nos miramos y no nos hace falta decir nada para saber que los dos estamos de acuerdo.

—Sí —logro decir.

—Yo invito.

Estamos en el *bite box* esperando que nos sirvan la cena.

—¿De dónde sois? —nos pregunta Raúl.

—Yo de Italia y Daniela de España. —Luca se adelanta a mí y contesta por los dos.

—¿Y qué hacemos hablando en inglés?

—¿Eh?

—Soy de Cuba. Hablo español perfectamente.

Lo intuía por el color de su piel, los rasgos de su cara, su pelo rizado y lo bien que se mueve bailando.

—¿Hace mucho que vives aquí? —Me pica la curiosidad.

—Vine cuando tenía diez años con mis padres y mis hermanos —comenta—. ¿Y vosotros? —añade.

—Yo llevo apenas dos semanas —contesto.

—*Io, un po 'di più*. Llegué a finales de agosto —comenta Luca.

—Su comida. —Nos comunica el amable dependiente.

Le entrega a Raúl la bolsa con la comida y la bebida que ha pedido.

Vamos caminando hacia la playa. La comida de la bolsa huele muy bien. Raúl me pasa el brazo por encima del hombro. Yo me dejo. Me siento como en un cuento de hadas.

Luca me lanza una sonrisa maliciosa.

Nos sentamos en la arena, frente al mar. Estamos a diecinueve grados. El viento sopla con debilidad.

Raúl saca la comida de la bolsa y la coloca encima de unos platos de plástico que nos han facilitado en el restaurante.

Comemos.

—Está delicioso —digo.

—Me alegro de que te guste. ¿A ti? —le pregunta a Luca.

—Sí —contesta con la boca llena.

Miro al cielo en busca de la luna. Una línea muy fina se deja ver en el negro y estrellado cielo. Es luna menguante. Las estrellas se ven muy grandes. Diría que más grandes que en Madrid.

—Es un cielo muy bonito, ¿verdad? —comenta el adonis.

—Sí, es precioso —contesto sin poder apartar la mirada del cielo.

—Si te gustan las estrellas, tienes que ir al Observatorio. Ahora es un museo interactivo donde la gente va por la noche a observar las estrellas y planetas a través de un telescopio muy moderno o también con uno antiguo, que creo que es el más antiguo que se sigue usando.

—Me tengo que ir —dice Luca interrumpiendo la explicación de Raúl—. Mañana tengo que madrugar.

Con la mirada le digo que no se vaya. No creo que esté preparada para quedarme con este monumento de hombre.

—Quédate —le suplico.

—Vete si quieres —le dice Raúl—. Yo cuido de ella —dice arrimando su cuerpo a mí.

Me estremezco.

—Quedas en buenas manos. *Buona notte!* —Luca me guiña un ojo.

Yo entrecierro los ojos y muevo la cabeza de un lado a otro mientras Luca se aleja de nosotros.

—No te voy a comer.

Raúl me mira y su cara es todo lujuria.

Me deja sin palabras.

—¿Te han gustado las clases?

—Sí. Mucho —contesto sinceramente.

—Espero que vengas más veces. Me gusta verte bailar.

Me vuelve a subir la temperatura corporal como si estuviera expuesta al sol.

—Mmm... Supongo... Sí —digo entrecortadamente—. Siempre que el trabajo me lo permita —

prosigo.

—¿De qué trabajas?

—Soy veterinaria en una clínica. ¿Y tú? ¿Trabajas solo dando clases o tienes otro trabajo?

—Por la mañana trabajo en un colegio como profesor de Educación Física.

—Ah.

—¿Por qué te has venido a vivir a Sídney?

—Porque tiene más salida laboral que España. Por el mismo trabajo en España se cobra la mitad. Raúl me mira desconcertado.

—¿Te vas a quedar aquí mucho tiempo?

—No lo sé todavía. Tengo contrato de un año en el trabajo.

—Eso quiere decir que podré verte por lo menos todo un año.

Una sonrisa tonta me ilumina la cara.

Raúl se acerca a mí lentamente. Con una mano me acaricia la mejilla, con la otra me rodea por la cintura.

—Me encantan esos ojos azules que tienes. Son tan grandes y expresivos...

No sé qué decir. Siento los latidos del corazón en la garganta. Laten muy rápido y se me ha acelerado la respiración.

—Tengo que irme.

Me levanto de un salto. Esto está yendo demasiado deprisa. No quiero que pase lo mismo que me pasó con Charlie.

—¿Por qué te vas? Todavía no es tarde. —Raúl se ha puesto en pie y me rodea con sus brazos.

Estamos solos. La poca gente que paseaba ya se ha ido. Es una noche muy bonita. Pero no quiero estropear este momento. Prefiero irme ahora y que esto no pase a mayores.

Raúl tira de mí hacia él.

—Eres preciosa. ¿Lo sabías? Me has gustado desde el momento en el que te vi.

—Tú... Yo... Bueno... —Solo sé decir monosílabos. No soy capaz de decir una frase en condiciones.

Estoy a merced de este adonis. Quiero decirle lo guapo que es. Que me gusta desde que lo vi en el The Cuban Place.

Me contengo. Tiene novia, me repito para mí misma. Aunque ahora mismo él controla mi respiración, mis latidos y hasta mi temperatura. Solo necesita rozar un centímetro de mi piel para que la temperatura se me dispare.

Tengo que irme y tengo que hacerlo ya, si no esto va acabar en algo más que una cena en la playa.

Respiro hondo.

—Yo ya te conocía —confieso.

Raúl levanta las cejas.

—¿Dónde? ¿En qué momento?

—En el The Cuban Place hace poco más de una semana.

—Voy allí todos los fines de semana.

—Ah.

—Te he visto bailar a ti y a tu... —Me quedo callada.

—Es mi hermana.

—¿Elizabeth? ¿Ella es tu hermana?

—Sí —afirma Raúl. Ahora sí que acabo de hacer el ridículo más grande de mi vida. Su hermana, repite mi yo interior dando saltos de alegría. No es su novia. Me repito para mis adentros. Una

sonrisa se dibuja en mi boca sin poder evitarlo.

—¿Creías que era mi novia? —pregunta entre risas.

Asiento con la cabeza con muchísima vergüenza. Miro al suelo. Soy incapaz de mirarlo a la cara.

Se ríe a carcajadas y acabo riéndome yo también.

Me sujeta por la cintura con fuerza y tira de mí todavía más hacia él, haciendo que sienta sus latidos. Son casi tan fuertes como los míos.

Me pide permiso para besarme con su mirada. Sus ojos arden en deseo y yo no puedo evitarlo.

Me besa dulcemente en los labios mientras siento que su corazón late al compás con el mío. Sabe a kebab y Coca-Cola. Sus labios son suaves y tiernos. Su lengua explora dentro de mi boca buscando la mía hasta que se encuentran. Me pongo de puntillas y le rodeo con mis brazos a la altura de sus hombros. Es un momento mágico.

Me vienen imágenes a la cabeza de la noche de ayer y de Hugo. Él vuelve a mi mente para atormentarme este delicioso momento.

Aparto a Raúl de mí casi de un empujón.

—¿Qué te pasa? —pregunta, extrañado.

—Lo siento. No puedo. Tengo que irme.

Salgo corriendo sin mirar atrás y lo dejo allí solo, en la playa.

Camino por Roscoe Street. Pienso en lo que acabo de hacer. Quizás acabe de perder la última oportunidad de encontrar al amor de mi vida. Quizás nunca lo encuentre. Las calles están vacías. Muchos locales de comida rápida están cerrando. Tengo ganas de llorar.

Intento reprimirme.

Sábado, 18 de noviembre de 2017

Estoy en la cama. El sol entra por la ventana. Calienta la habitación y estoy muy cómoda aquí, entre las sábanas. Me pongo a pensar en Raúl y el beso en la playa, en Charlie y el forcejeo del coche, y en Hugo y su traición. Todo esto ha pasado en tan poco tiempo... Suspiro.

Estoy confundida. No sé qué hacer. En estos momentos es cuando más necesito el abrazo de mi madre y esas tardes de chicas sentadas en el sofá tomando café, con ella y con mi hermana, en la casa del pueblo, al calor de la chimenea y rodeadas de mantas.

Miro el reloj. Las 12:22.

Ayer Jack me invitó a cenar, pero lo rechacé. No me gustaría que se confundiera conmigo. Solo me gusta como amigo, nada más.

Darel estuvo muy diferente conmigo, casi no me ha hablado. Todos en la clínica se dieron cuenta de ello. A lo mejor Emma le ha dicho algo que lo ha puesto en mi contra.

Eso me preocupa porque no quiero perder mi trabajo y menos por culpa esa bruja piruja. Es mala.

Rose ha estado conmigo toda la tarde y eso ha hecho que pasara rápido, ya que me habla y me cuenta historias que me hacen reír. Es muy simpática y amena.

Pienso en levantarme, pero se está tan bien en la cama sin hacer nada... La verdad es que no tengo nada que hacer. Podría quedarme todo el día aquí, entre las sábanas y con el olor a mar que entra por la ventada e inunda la habitación con su fresco aroma. Es como tener la playa dentro del cuarto.

Ayer no pude ver a Luca. Cuando llegué de trabajar, él ya se había ido a cenar con un «amigo».

Me río.

Supongo con qué amigo ha sido. Al final no hablamos de lo que me quería contar el pasado jueves porque Raúl se apuntó a nuestra cena. Me he quedado intrigada con eso.

Por la noche no le oí llegar y eso que me dormí tarde viendo mi serie favorita en mi portátil. También puede ser que se haya quedado a dormir fuera.

En mi teléfono hay varios mensajes y llamadas perdidas. Son de Raúl y de Charlie.

«Buenos días, preciosa. ¿Cómo estás? Aunque tal y como saliste corriendo la otra noche... Estás en forma».

Raúl tiene razón. He sido una cobarde. No he sabido afrontar la situación por la que estaba pasando en ese momento.

«Buenas tardes. Estoy bien. Disfrutando del día libre».

Está en línea, pero no ha visto mi mensaje. Aprovecho para mirar el mensaje de Charlie, aunque me imagino qué habrá escrito. Serán todo palabras de disculpa.

«Hola. Espero que no estés enfadada conmigo. Me puse celoso sin razón alguna y me propasé contigo. Perdóname. Me duele mucho esta situación».

Creo en su arrepentimiento, aunque todavía me cuesta perdonarlo. No puedo creer cómo hemos podido llegar a esto. Era todo un caballero, pero decidió pasarse al lado oscuro como en *La Guerra de las Galaxias*. Por otra parte, no soy una persona rencorosa.

Contesto.

«Bueno, te perdono. Pero no esperes que volvamos a tener la relación que teníamos hace unos días. Tardaré mucho en volver a confiar en ti».

Contesta al instante, como si hubiera estado esperando mi mensaje pegado al teléfono.

«Mil gracias. Necesitaba tanto que me perdonaras... No te he llamado ni te he enviado ningún mensaje antes para no agobiarte».

«Te lo agradezco. Tampoco estaba preparada para hablarte. No entiendo tus celos. Si solo éramos amigos...».

«Me gustas y me confundí. Lo siento. No volverá a pasar».

Claro que no volverá a pasar porque va a pasar mucho tiempo hasta que yo vuelva a confiar en él. No volveré a quedarme sola con el caballero oscuro.

«Solo espero que no te vuelvas a confundir».

«Te lo prometo».

Entra un mensaje del adonis. Me pongo nerviosa pensando en qué me habrá escrito. Lo abro.

«Espero que disfrutes de tu día libre. Todavía tengo esos ojos azules clavados en mi mente».

Me sonrío.

Dejo el móvil en la mesita que tengo al lado de la cama, me levanto y me voy al baño a darme una ducha.

Mientras el agua recorre mi cuerpo, pienso en Raúl y se me ponen los pelos de punta.

Es guapísimo. No creo que sea para mí. Pienso en esas chicas que hay en las clases de baile: tan altas, tan rubias, tan delgadas y tan guapas que me deprimen.

Me miro en el espejo del baño empañado por el vapor del agua caliente. ¿Qué tengo yo que no tenga otra? Tengo que aprender a ser más optimista, como Carol. Ella desprende esa seguridad que a mí me falta.

Dejo mi habitación limpia y ordenada. Miro el móvil por si Raúl me ha escrito. Nada. Echo un vistazo a mi perfil de Facebook. Entro en la página del The Cuban Place, hay fotos de la noche en la que estuve.

Las reviso una por una.

En algunas fotos salgo de lejos junto a Charlie. Hay muchas del adonis y su hermana. Suelto una tonta sonrisa. Y yo pensando que era su novia. No tiene novia. Eso me alivia y a la vez me preocupa. Hay muchas candidatas interesadas a ese puesto. Yo no puedo competir con todas esas chicas.

Hay una foto que me llama especialmente la atención. Es Raúl. Está apoyado en una de las columnas observando algo, pero no sé bien lo que. Amplio la foto. ¿Eh? En una esquina de la foto estamos Charlie, Luca y yo bebiendo. Por un momento pienso que podría estar observándome a mí.

No creo. Pero miro una y otra vez la foto y eso es lo que parece. No sé si me traicionan los ojos o es que ya estoy delirando.

Me levanto de la cama y voy hacia la puerta. Tengo que preguntarle a Luca. Quiero que él me dé una opinión imparcial de esta foto.

¡Qué susto! Al abrir la puerta me encuentro con Luca.

—Tenemos telepatía —le digo sorprendida.

—*Perché?*

—Ahora mismo iba a buscarte.

—Pues ya estoy aquí —dice señalándose a sí mismo.

—Entra y siéntate. Necesito que me des tu opinión sobre una cosa.

—¿Qué es? —Está intrigado.

—Mira —le digo mostrándole la foto—. Dime si Raúl está mirándome o no en esta foto.

Luca observa la foto detenidamente. La amplía y reduce varias veces.

—Sí. Te está mirando a ti —dice con un tono muy tranquilo.

—Lo has dicho como si no te extrañase.

—No me extraña porque esa noche tú y él bailasteis juntos.

—¿Eh? —No puedo creer lo que oyen mis oídos—. Eso es imposible.

—*Vero!* Él se acercó a ti y te invitó a bailar —me explica.

—¿Cuándo? Yo recuerdo que después de beber en aquel sofá nos fuimos.

—Estás equivocada. Antes de marcharnos bailaste con él y muy agarraditos, por cierto. Has sido la envidia de muchas chicas y de quizás algún otro chico.

Me acaba de subir la temperatura unos cuantos grados de golpe. Yo no recuerdo nada de eso. Me paso la mano por el pelo y lo aparto de la cara. Cierro los ojos e intento recordar. Los aprieto con fuerza.

Nada.

—No me acuerdo de nada —confieso.

—No te atormentes con eso. Ya pasó. Mejor cuéntame. ¿Qué tal con Raúl?

—Bien. —Inspiro profundo—. Estoy furiosa.

—¿Por qué? Si acabas de decir que bien.

—Porque le confesé que lo había conocido en el The Cuban Place y no me contó que ya habíamos bailado juntos. Tengo ganas de... —Me muerdo la lengua.

—Quizás no quiso que te sintieras mal, porque hay que aceptar que estabas muy borracha. Mejor dicho, los tres estábamos muy borrachos aquella noche.

—Eso es verdad. A lo mejor le dije algo fuera de lugar. —Me tapo la boca con la mano. Me muero de vergüenza.

Luca me pasa su brazo por encima de mis hombros.

—Bueno. No pienses más en eso. Venga, cuéntame qué hiciste con Raúl la otra noche. —Quiere saber.

—Pues... Terminamos de cenar. Hablamos. Por cierto, ¿sabías que es profesor de Educación Física en un colegio?

—No.

Luca parece tan sorprendido como lo estaba yo.

—¿Y? —Luca insiste.

—Y me besó.

—¿Te besó? *Mamma mia!* —Sus ojos se abren como platos.

—Sí.

Me sonrojo al recordar ese momento.

—¿Qué tal besa?

—Pues para que te voy a engañar. Besa de muerte, pero no me quiero hacer ilusiones. No quiero que me pase lo mismo que con Hugo.

—Todavía no me has contado quién es ese tal Hugo.

Inhalo y exhalo un par de veces antes de empezar a contar la historia que me trajo hasta aquí. Me paso la mano por el pelo.

—Hace un año y medio conocí a un chico. Es médico y trabaja en el mismo hospital que mi madre y mi hermana. Ellas son enfermeras. Empezamos a salir. Vino a mi graduación de fin de carrera. Éramos muy felices, o eso pensaba yo.

Empiezo a llorar sin poder evitarlo y Luca me da un fuerte abrazo.

—Si no puedes seguir, no pasa nada.

—Sí. Quiero contarlo. Le propuse irnos a vivir juntos varias veces, pero todo eran evasivas. Cuando pasábamos la noche juntos era en un hotel, como cuando íbamos a algún sitio de vacaciones. Siempre cortas. Dos o tres días. Sospechaba que me ocultaba algo, porque nunca quería que fuésemos a su casa. Entonces indagué por sus redes sociales, pero lo tenía todo privatizado. Estuvimos juntos unos quince meses.

No puedo seguir hablando. Estoy llorando tanto que no puedo articular ni una palabra más.

—Tranquila. Ya pasó.

Luca no deja de abrazarme, acariciarme las mejillas y limpiarme las lágrimas con la camiseta de su pijama.

La impotencia se apodera de mí. Ese traidor no se merece mis lágrimas. Me prometió el cielo y las estrellas. Le creí. Fui una tonta. Me engañó como si fuese una niña.

—Me engañó —digo en un arranque de voz.

—No hables más. Quédate tranquila. —Luca me acuesta en la cama y me tapa con una pequeña manta que tengo en una silla. —Te voy a traer un vaso de agua.

Luca sale de la habitación y cierra la puerta. Miro a mi alrededor. Lo extraño. Por más que intento odiarlo, no puedo. Extraño sus besos, sus caricias y la forma en la que me hacía el amor. Era todo como en un cuento, pero sin un final feliz.

El resultado ha sido estar a más de 17 mil kilómetros. Y, aun así, con esta distancia tan grande que nos separa, soy incapaz de olvidarme de ti.

¿Qué me has hecho? Tengo tus ojos clavados en mi mente. Cada vez que cierro los ojos, veo los tuyos. Recuerdo tu piel rozando la mía. Tu calor, tu respiración y tus palabras. Esas palabras que han sido tan alentadoras y tan destructivas al mismo tiempo.

Luca vuelve con el vaso de agua. Quiero cambiar de tema. Le preguntaré por aquello que me quería contar el otro día. ¡Ay, Raúl! Has llegado a mi vida con esa energía tan positiva que desprendes. Me gustaría no compartirme en mis pensamientos, pero no se manda ni en el corazón ni en los pensamientos.

Me incorporo y me siento al lado de Luca. Bebo todo el vaso de agua de un trago.

—Por cierto, Luca. ¿Qué me querías contar el otro día?

—¡Ah! Ya ni me acordaba. ¿Te acuerdas del chico que vino preguntando por mí?

Asiento con la cabeza mientras termino de secarme las lágrimas.

—Es el mismo chico del que te hablé. El jueves me llamó y me pidió una oportunidad. Ayer fuimos a cenar y ya te imaginas cómo acabamos. —Suelta una risita tonta como una colegiala.

Está enamorado. Se le ve en los ojos.

Carol llama a la puerta, entra y se sienta en la silla que hay junto al escritorio.

—No vale contarse cosas a escondidas, ¿eh? —Carol se queja.

—Solo le estaba contando lo que ya hablamos tú y yo ayer —contesta Luca.

—¿Tu novio? —pregunta Carol.

Luca dice que sí con la cabeza.

—¿Comemos?

—¡Sí! —exclamamos Luca y yo al unísono.

Carol ha preparado comida. Todo huele bien. Tengo hambre. Ayer no cené y hoy tampoco he desayunado.

Luca tiene una sonrisa de oreja a oreja. Le ha dado una segunda oportunidad a su novio. Solo espero que no le vuelva a fallar y termine igual que cuando lo conocí.

Carol ha admitido que tiene una relación con su asistente.

Yo me quedo callada. Pienso en que podría volver a España. Dejarlo todo aquí y volver con Hugo.

Luca y yo recogemos la mesa y fregamos los platos. Carol ha cocinado y nos parece justo repartirnos las tareas de este modo. Dejamos todo limpio.

Estoy tirada en la cama, mirando por la ventana el maravilloso día que hace hoy. Mientras Carol hablaba de su asistente y Luca de su novio, a mí se me han olvidado por un momento las lágrimas que he derramado hablando de Hugo.

¿Qué estará haciendo? ¿Seguirá con la loca de su novia o ya la habrá dejado definitivamente? Me prometió que la dejaría tantas veces que me cansé de esperar a que llegase ese momento.

Aún recuerdo la vez que coincidimos en la misma discoteca. Yo estaba con unas amigas y él llegó con ella. Yo me quería morir al descubrir que una de mis amigas era muy amiga de su novia.

Hugo intentó deshacerse de ella usando a mi amiga para estar conmigo un rato. Ese día fue el más humillante de mi vida.

No creo que merezca ser el segundo plato de nadie y menos tener que escondernos para poder vernos.

Luca entra sin llamar.

—*Migliore?* —pregunta con preocupación.

—Sí —miento.

—Has estado muy callada durante la comida.

—No tenía ganas de hablar. ¿Sabes? El día más triste de mi vida fue cuando lo seguí para saber dónde vivía y lo vi cogido de la mano de aquella loca. Aquel día mi mundo se derrumbó, aquel día todos mis sueños se vinieron abajo. Quería que me tragase la tierra.

—Oh. —Luca se acuesta a mi lado—. A mí me ha pasado lo mismo. Tuve un novio en Italia, estaba conmigo y con otra al mismo tiempo.

—¿Con otra? —Arqueo una ceja.

—Sí, con otra. Me cabré tanto que se lo dije a la chica. Obviamente, ella no sabía nada.

—Yo quería haber hecho lo mismo, pero no tuve valor. Hugo me dijo tantas veces que la iba a dejar que me lo creí. Me decía que ella no estaba bien. Que era una chica trastornada y que por más que le decía que se fuera de su casa, ella no se iba.

Suspiro.

—Al final me cansé y este es el resultado —añado.

—¿Por qué crees que yo vivo aquí?

Su pregunta es muy obvia. Por lo mismo que lo estoy haciendo yo.

—Ah.

Al final, la historia de Luca y la mía no son tan distintas. Los dos estamos aquí por un desamor e intentando rehacer nuestras vidas. Luca parece que lo ha conseguido.

Ojalá yo llegue a ser como él y olvide a Hugo para siempre. No se merece ni que recuerde su nombre.

—¿Salimos esta noche?

—Yo no tengo ganas. Gracias, Luca. He quedado por la noche para hablar con mi familia.

—Oh.

Luca se ha ido un poco disgustado con mi respuesta.

Estoy pensando en enviarle un mensaje a Raúl y enfrentarlo. Ya me conocía desde la noche del The Cuban Place y no me dijo nada. A lo mejor dije alguna tontería y por eso no quiso decírmelo. Suelto una pequeña sonrisa. Me pongo colorada pensando en que ya hemos bailado juntos. Me hubiera gustado acordarme de ese momento.

Cojo el móvil de la mesita y sigo revisando las fotos de aquella noche con la esperanza de ver alguna en la que se nos vea juntos.

Hay demasiadas fotos.

¡Ahí está! La tan esperada foto. Estamos muy juntos. Yo le estoy rodeando con los brazos por encima de sus hombros, mientras Raúl me tiene agarrada por la cintura. ¿Por qué tuve que beber tanto? Me hubiese gustado acordarme de ese maravilloso momento.

¡Qué guapo es! Es uno de los hombres más guapos que he conocido. Lo observo con detenimiento.

Decido escribirle.

«Ya me conocías y no me dijiste nada».

Le envío el mensaje y también la foto de aquella noche. Espero su respuesta. No está en línea. Me temo que tendré que esperar.

Aprovecho y me etiqueto en todas las fotos en las que aparezco para que mis amigas vean que no solo nos sabemos divertir en España.

Me llega un mensaje.

«Sí. Es cierto. Bailamos una bachata, pero estabas un poco... No estabas precisamente para bailar. No lo estabas para nada, sinceramente. Tus amigos te llevaron enseguida».

¡Qué vergüenza!

«¿Dije algo fuera de lugar?».

Está en línea, aunque tarda en contestar. Seguro que le dije alguna barbaridad. Si lo sé, no le pregunto nada.

«Solo te contesto si aceptas quedar conmigo».

Me acaba de subir la temperatura como si estuviera dentro de una olla exprés. Resoplo. ¿Acepto? ¿Quiero saber si dije algo absurdo o no? No sé qué hacer. Me levanto de la cama y voy corriendo a la habitación de Luca. Necesito su consejo.

—¡Luca! —exclamo su nombre mientras entro en su habitación sin llamar a la puerta.

—¡Ah! —grita. Le acabo de dar el susto de su vida. Se ha llevado la mano al pecho—. Dime — dice intentado recuperar la respiración.

—Le envié un mensaje a Raúl para aclarar lo de la foto de otro día. Me dijo que me contaría lo que le dije esa noche si acepto quedar con él. ¿Qué hago? —le pregunto zarandeándolo por los hombros. Estoy muy nerviosa.

—*Aspetta, Rallenta, non ti capisco...*

He hablado tan rápido por los nervios que Luca no me ha entendido.

—Perdón —me disculpo mientras escribo en el traductor de mi móvil todo lo que le acabo de decir y lo traduzco al italiano para que lo entienda.

—*Buono!* Acepta. Así sales de dudas. —Luca me anima.

—¿Y si he dicho algo que no debía?

—Si no vas, nunca lo sabrás. Lánzate a la piscina. No tienes nada que perder.

—Tienes razón. Gracias.

Le doy un beso en la mejilla y salgo de la habitación dando saltos de alegría mientras le envío un mensaje al adonis.

«*Vale. Acepto. ¿Dónde quedamos?*».

«*En la playa de la otra noche en media hora. ¿Te va bien?*».

«*Sí. Vivo cerca.*».

«*Trae el biquini y nos damos un baño, que hace muy buen día.*».

Me viene a la mente una imagen del adonis en bañador. Sin camiseta. Juntos en la playa. Mi imaginación se dispara. Me sube la temperatura corporal rápidamente.

Dejo el móvil encima de la cama y busco un biquini. Tengo dudas. No sé cuál ponerme. Me decido por uno azul cielo. Cojo un vestido blanco de lino y unas sandalias. Meto en el bolso de playa crema solar y una toalla.

Salgo de la habitación e informo a Luca de mis planes. Me da un abrazo y me desea que todo me salga bien. Estoy ilusionada por ver al guapo cubano en bañador. Me muerdo los labios.

Voy hacia la playa con pasos firmes y decididos. Una sonrisa me ilumina la cara. Escucho música con los auriculares.

Estoy en el paseo marítimo. Busco a Raúl. Hay demasiada gente y por más que lo busco no lo veo. El sol brilla con mucha fuerza y hace mucho calor. De vez en cuando, una ligera brisa me refresca.

Llamo a Raúl por teléfono. Me contesta enseguida. Me dice que está frente a Bondi Pavilion. Voy hacia allí.

Raúl está rodeado de unas mujeres que se contonean alrededor de él como si fueran moscas.

Me acerco con cierta timidez.

—Ho... Hola —digo tartamudeando mientras toco a Raúl por la espalda.

—¡Hola! —exclama—. ¿Cómo estás? —Raúl se da la vuelta y me da un gran abrazo y un beso en la mejilla ignorando a las moscas que tiene alrededor.

Me rodea con su brazo por encima de mis hombros y nos alejamos de esas arpías que me miran frunciendo el ceño. Se quedan murmurando.

—Estás muy guapa —dice.

—Gracias —me sonrojo—. Tú también.

Saco la toalla del bolso y la coloco en la arena. Me quito el vestido y lo guardo junto a las sandalias. Saco la crema solar y empiezo a echarme crema por los brazos y la barriga.

Raúl me quita la crema de las manos.

—Acuéstate bocabajo. Te voy a echar crema por la espalda.

Hago lo que me dice sin mediar ni una palabra. Estoy encantada.

Me echa la crema directamente en la espalda. Está fría y empieza a extenderla con sus manos, masajeándome toda la espalda.

Vuelvo a sentir esa electricidad entre su piel y la mía.

Termina con su dulce masaje y yo me incorporo y me siento en la toalla.

—¿Te ha gustado? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Ven. Vamos a bañarnos.

Me coge de la mano y me levanta de la toalla de un tirón. Nos metemos en el agua. Está caliente. Es la primera vez que me baño en el mar desde que llegué. Las olas son algo más grandes que en el Mediterráneo.

Raúl me sostiene para que no me desequilibre con el balanceo de las olas.

—¿Y qué es lo que dije? —pregunto sin rodeos.

—Nada.

—¿Nada?

—No. Nada.

—Me dijiste que si vendría me lo dirías. —Me siento defraudada.

—Te mentí. Quería que vinieras y necesitaba una excusa para ello. Me lo has puesto bastante fácil.

Me quedo boquiabierta.

Este adonis me ha visto la cara de tonta. Estoy enfadada. Mentira. Estoy genial en brazos de este hombre.

Me acerca a él de un tirón. Siento su piel rozando la mía. Lo abrazo a la altura de su cuello. Tengo que ponerme de puntillas. Me acaricia la mejilla suavemente y yo espero impaciente un dulce beso de sus labios. De cerca es todavía más guapo. Le acaricio el pelo, los brazos, la cara...

Me besa. Es un beso apasionado y dulce. Las olas nos balancean y nos caemos.

Nos reímos y una nueva ola nos alcanza la cara. Raúl se levanta y me ayuda para que me levante también y vamos a nuestras toallas.

—Eres un mentiroso —le digo entre risas.

—Un poco. Pero ha sido por una buena causa.

—¿Echas de menos Cuba?

—Bastante. Hace tres años que no voy. La vida allí es totalmente diferente a la de aquí.

—¿De qué parte de Cuba eres?

—De La Habana. ¿Y tú?

—Yo soy de Madrid. Allí no hay playa. Todo es ruido y atascos. Aunque hay mucho que visitar. Lo que más echo de menos es a mi familia y a mis amigos.

—Yo tengo aquí a todos mis amigos porque era muy pequeño cuando vine. En Cuba tengo a mis abuelos, primos y tíos. Hablamos por Skype de vez en cuando.

—Yo también hablo con mi familia por Skype. El único inconveniente es el cambio de horario. Hoy he quedado para hablar con ellos a las 10 de la noche porque en Madrid serán las 12 del mediodía.

—Pues ahora son las seis de la tarde aquí —dice mirando su móvil—. En La Habana es la una de

la madrugada todavía. Para poder hablar con ellos lo tengo que hacer de madrugada para que allí sea de día.

—Lo tienes peor que yo —digo levantando los dos hombros.

Asiente con la cabeza.

Nos tumbamos en las toallas y tomamos el sol. Raúl está de lado hacia mí. Tiene los ojos cerrados. No sé si está durmiendo, pero yo aprovecho a observarlo detenidamente. Tiene un cuerpo de escándalo.

Me quedo dormida.

Raúl me despierta con un beso.

—Dormilona. Si sigues más tiempo en esta posición, te vas a quemar.

Está incorporado y casi encima de mí.

—Gracias. —Me doy la vuelta y me coloco bocabajo.

—Si quieres, podemos tomar un refresco más tarde —sugiere.

—Sí.

Sigo con mi afán de coger un poco de color. Estoy algo blanca.

Estamos en una de las terrazas del Bondi Pavilion. Está a rebosar. Tiene las sombrillas desplegadas y los pulverizadores de agua a máxima velocidad.

Hemos pedido Coca-Cola.

—Podemos salir esta noche, ¿qué te parece? —El adonis me está invitando a salir.

—No —digo casi arrepintiéndome. Le he dicho lo mismo que a Luca. —Esta noche me apetece descansar. Además, voy a hablar con mi familia.

—Bueno... —Frunce el ceño.

—Podemos quedar otra noche si quieres. —Trato de cambiarle esa cara que ha puesto.

—Sí. El próximo viernes. Vamos al The Cuban Place.

—Bu... Bueno. —Dudo porque todavía me da vergüenza recordar cómo acabó aquella noche y después de saber que bailé con el galán que tengo a mi lado—. Vale —acepto.

—¿Vas a venir a las clases la próxima semana?

—Sí. Trabajo de mañana.

—¿Trabajas los fines de semana?

—Trabajo un fin de semana al mes. Mejor dicho, cada cuatro semanas. Trabajé el fin de semana del diez al doce.

—Pero ¿cuántas horas trabajas?

—Cuando tengo turno de mañana, entro a las siete y salgo a las dos. El turno de tarde es desde las dos a las nueve, y cuando hago guardias, entro el viernes a las nueve de la noche y salgo el lunes a las siete de la mañana. Y libro ese lunes y martes o miércoles y jueves. Nos turnamos.

—Así que, cuando haces guardia y no libras hasta el miércoles, trabajas desde el viernes anterior hasta el lunes siguiente por la mañana y luego vuelves por la tarde.

—Sí —digo sin que casi se lo crea—. Parece mucho trabajo, pero no es para tanto. En las guardias solo atendemos urgencias y vigilamos a los animales que están ingresados, si los hay —aclaro.

—Lo mío es más sencillo. Doy clases de Educación Física a niños de primaria y secundaria. Lo más temprano que entro es a las ocho de la mañana y salgo normalmente a las tres de la tarde.

—Ah.

Si yo tuviera este profesor en secundaria seguro que no hubiera faltado ni un solo día al colegio. Me imagino cómo estarán las niñas viendo a Raúl haciendo estiramientos.

—Me tengo que ir —informo.

—¿Ya? —pregunta Raúl con tristeza.

—Es que quiero ducharme, cenar y luego hablar con mi familia.

—Te acompaño. Si no te molesta.

—Para nada.

Caminamos por la calle. Raúl me ha pasado el brazo por encima de los hombros. Yo voy en una nube. Las chicas me miran. Pensarán qué hace ese adonis con esa mujer tan simple. Yo, simplemente, sonrío.

Me habla de las clases con los niños de primaria. Me encanta escucharlo hablar. Yo le digo que prefiero los animales. Son más cariñosos y agradecidos. En eso está de acuerdo conmigo.

Y vuelve él a mi mente. Y aquellos paseos por la playa en Valencia en una de las escapadas que hicimos. Saco ese pensamiento enseguida de mi cabeza. Ahora estoy con el adonis.

—Aquí vivo —digo señalando la casa.

—Muy bonita.

—Gracias. La casa no es mía —me río—. Es de Carol, una chica que también vive en la casa aparte de Luca.

—Ah.

—Bueno. Entro ya, que tengo cosas que hacer.

—¿No te vas a despedir de mí?

¿Eh? Me deja petrificada. Me pongo de puntillas y le voy a dar un beso en la mejilla. Raúl se gira y nuestros labios se juntan otra vez. Nos besamos apasionadamente. Su lengua y la mía entran en contacto de nuevo y recuerdo el primer beso que nos dimos en la playa. Sus manos recorren mi cintura y me abraza con fuerza. Yo le acaricio la mejilla con suavidad. Nos separamos y nos miramos fijamente.

Ardo en deseo. Raúl tiene una mirada intensa y hace que me estremezca.

—Tengo que entrar —le digo mientras abro la puerta.

—Espero volver a verte pronto.

Asiento con la cabeza mientras que una sonrisa se dibuja en mi cara.

Me estoy dando una ducha con agua casi fría. Tengo que bajar la temperatura de mi cuerpo. Pienso en el beso de hace un rato en la puerta. Se me vuelve a estremecer el cuerpo. Sigo con esa sonrisa tonta que tenía hace un momento. Parece que esta vez sí va a ser posible que olvide a Hugo.

Todavía tengo en mente lo que pasó con Charlie. Lo he perdonado, pero no lo he olvidado.

Me preparo una ensalada. Luca y Carol van a salir esta noche. Yo prefiero quedarme y descansar. Vuelvo a la habitación y enciendo el portátil, lo pongo en el escritorio y llamo a mi madre.

Estoy sentada, cenando la ensalada mientras mi familia me cuenta qué tal le ha ido la semana. Mi madre está haciendo planes para mi cumpleaños, por si al final voy en febrero. Mi padre está un poco agobiado por el trabajo. Ser director en un banco no es nada fácil. Mi hermano está preparando los exámenes de la primera evaluación. Mi hermana no está, se ha ido de fin de semana con su novio.

Yo les cuento que he empezado a ir a clases de baile. Mi madre se alegra mucho. Me anima para que siga. Con el guapo profesor que tengo, como para no ir. Aunque eso no se lo digo. Prefiero guardármelo para mí. No quiero que se ilusionen con algo que a lo mejor se queda en nada.

Se despiden de mí. Mi madre va a empezar a hacer la comida, mi padre va a salir a recoger el pan y mi hermano seguro que se pondrá a jugar a la PlayStation, como de costumbre.

Estoy en cama. Recibo un mensaje. Es de Raúl.

«Buenas noches, ojazos. Espero verte antes de las clases».

«Buenas noches. Te llamaré. Que descanses».

«Qué pena que no hayas querido salir esta noche. Me hubiera gustado volver a bailar contigo, pero esta vez estando consciente».

Me ruborizo.

«Quizás el próximo fin de semana».

Y me duermo pensando en el guapo profesor de baile. Pronostico que esta noche tendré unos sueños extremadamente apasionados. Espero que no se empañen con la sombra del traidor.

Lunes, 20 de noviembre de 2017

Voy corriendo al trabajo. Me he quedado dormida. Ayer estuve hablando hasta muy tarde con Raúl. Me llamó por teléfono y se me pasaron las horas como si fueran segundos. Y cuando por fin empezaba a dormir, Luca estuvo toda la madrugada hablando con su familia y no en un tono bajo, sino todo lo contrario. Normal que hoy no vaya a la universidad, estará rendido.

Llego dos minutos antes de las siete. Están todos con sus batas puestas. Voy rápidamente a mi taquilla. Dejo allí mi chaqueta y mi bolso, y me pongo la bata.

Darel me asigna la consulta número dos. Kayla me da la lista de pacientes y Rose vuelve a ser mi auxiliar y también la de Jack. Él hoy tiene asignada la consulta número tres. Darel está en la consulta uno y Henry en la cuatro. Ángela es la auxiliar de Darel y Sarah la auxiliar de Henry.

Hay mucho trabajo. Son las doce y todavía no he podido ni tomarme un café. Los demás están igual que yo. Parece que hoy se han puesto de acuerdo los dueños de los animales para traerlos a consulta.

Rose no para de ir de consulta en consulta. Yo intento no molestarla demasiado. Jack también hace parte del trabajo sin su ayuda.

—Si quieres, puedes ir a tomar un café. Hasta dentro de media hora no tienes más consultas —me dice Rose desde la puerta.

—Gracias. Ya estaba necesitando uno. ¿Y tú, vienes conmigo? —le pregunto.

—Termino unas cosas y voy.

—Muy bien.

Me levanto de la silla y subo a la cocina. Jack está preparándose un café.

—¿Quieres uno? —me pregunta señalando la lata del café.

—Sí, por favor.

—¿Qué tal lo llevas?

—Bien. Algo cansada.

—Hoy casi llegas tarde.

—¿Eh? ¿Está controlándome?

—Me acosté tarde ayer.

—Quizás no te dejaron dormir.

No creo lo que están escuchando mis oídos. Parece un reclamo. Su tono de voz no tiene nada que ver con el tono de cuando nos conocimos. Quizás tenga algo que ver con que nunca haya querido quedar con él a cenar. Recuerdo que me invitó en una ocasión y la rechacé.

—Me dejaron dormir perfectamente, gracias. —Estoy siendo sarcástica.

Deja la taza del café que me ha preparado en la mesa, dando un pequeño golpe. Me levanto, cojo el azúcar, leche y una cuchara. Jack se va con la taza del café en la mano sin decir adiós. No le ha gustado mi respuesta.

No sé qué le pasa. El viernes me habló de lo más normal. El fin de semana no le debió de sentar nada bien. Hago caso omiso. Nada de lo que me diga me puede afectar.

Rose llega y se prepara un té.

—¿Tú sabes lo que le pasa a Jack? Está rarísimo —le pregunto.

—Ni idea. Llegó por la mañana un poco alterado. Si quieres, le pregunto.

—¡No! —exclamo casi con un grito—. No quiero que piense que yo te mandé.

—No te preocupes. Yo sé cómo hacer. —Me guiña un ojo y suelta una risa maliciosa.

Estoy en mi consulta sentada en la silla y con la taza del café encima del escritorio. Aprovecho el rato que me queda libre para revisar si tengo alguna novedad en mi móvil.

Tengo un mensaje nuevo. Lo abro.

«Hola, preciosa. ¿Cómo has empezado el lunes?».

Me encanta que Raúl me piropeé. Me sube la autoestima.

«Hola. Tengo mucho sueño. No me has dejado dormir por la noche».

Parece que hubiéramos pasado la noche juntos. Me arrepiento de haber escrito eso al momento de enviarlo.

«Me hubiera gustado que no fuera por haber estado hablando, sino por haber estado juntos».

Me sonrojo instantáneamente. No se me ocurre qué contestarle. Me ha desarmado con su mensaje.

«Tengo que trabajar. Hablamos más tarde».

«Yo también trabajo, señorita. Tenga por seguro que hablaremos más tarde».

Exhalo.

Rose llega para avisarme de que ya tengo otro paciente esperando. Le indico que lo haga pasar ya. Tengo ganas de que lleguen las dos.

Vacuno al caniche. La dueña es la típica señora mayor. Habla tanto que ya no sé qué vacuna tengo que ponerle al pobre animal y casi le inyecto la que no es.

Menos mal que Rose me ha hecho una señal. Nos miramos. Levanto una ceja y digo que no con la cabeza.

Termino mi jornada laboral haciéndole la cura a un gato.

—Ya es hora de salir —dice felizmente Rose.

—Sí. Menos mal. Estoy agotada.

—¿Te llevo a casa?

—Pues no te voy a decir que no. La verdad, no tengo ganas de caminar. Voy a tener que ir pensando en comprarme un coche.

—Si tienes pensado quedarte un largo periodo de tiempo aquí, puedes sacarte el permiso de circulación australiano.

—¿Es muy difícil?

A lo mejor me interesa. Así no dependería de nadie y podría moverme por Sídney libremente. Lo difícil será conducir por la izquierda.

—No. Solamente necesitas tener el permiso de conducir de tu país de origen.

—Sí, lo tengo.

—También necesitas tener el pasaporte en regla, tarjeta de débito o crédito, rellenar un impreso, certificado del banco de aquí donde estés de titular y te costará aproximadamente 80 dólares.

—Ah. ¿Y dónde puedo hacer eso?

—En Internet. Te lo busco y te digo.

—Gracias. ¿Son muy caros los coches?

—Hay de todos los precios.

Rose y yo salimos y vamos hacia su coche. Jack sale detrás, dice adiós entre dientes y se sube a su coche.

Rose conduce con mucha calma. El tráfico está imposible.

—Le he sonsacado a Jack por qué ha estado esta mañana tan extraño.

—¿Y? —Estoy intrigada.

—Piensa que tienes algo con Darel. Alguien le contó lo que sucedió el pasado jueves y se ve que está celoso el chaval. Además de que no quisiste cenar con él el viernes.

—¿Y por qué habría de estar celoso? Él y yo solo hemos compartido una guardia, aparte de ti, claro —digo señalándola—. No quise cenar con él precisamente para evitar esto.

Rose se ríe y me contagia su alegría. Siempre se lo toma todo con esa positividad que hace que todo lo malo parezca menos malo.

Entro en casa. Todavía vacía. Carol todavía estará en sus quehaceres y Luca seguramente al final fue a la universidad.

Voy directa a mi habitación. Dejo el bolso y la chaqueta encima de la silla del escritorio y me cambio de ropa.

Me siento en el sofá, conecto la televisión y reviso los mensajes de mi móvil. Entro en los de Charlie. No hemos vuelto a hablar ni a vernos desde que me pidió perdón. Espero que esté bien. No soy capaz de guardar rencor por mucho tiempo. Me duele que pensara que yo era de su propiedad o incluso que entre nosotros había algún tipo de relación, pero eso solo ha pasado en su cabeza.

Me gustaría escribirle y preguntarle cómo le va el día, pero igual se vuelve a ilusionar y sería volver atrás.

Entro en el perfil de Facebook de Hugo. Me pica la curiosidad. Llevo mucho tiempo reprimiéndome.

Tiene muchas fotos nuevas. Está igual de guapo en todas. Está con ella. Con la loca obsesa que no lo deja en paz. Podría haber sido yo la que estuviera en esas fotos con él y no esa tipa. No sé si lo odio más a él o a ella.

Hugo no ha sabido ponerla en su lugar y echarla de su casa. Quizás no ha querido y todo lo que me ha dicho fue solo un invento para que yo lo esperara. Me da mucha rabia. Tengo ganas de ir y darle un buen bofetón. Eso es lo que se merece.

A mi familia nunca les he contado la causa de la ruptura y tanto mi madre como mi hermana lo tratan como si fuese la mejor de las personas. A lo mejor debería contárselo. Descarto esa idea de inmediato. No quiero que tengan problemas en el trabajo por mi culpa.

Mi madre sería la primera en hablar con él.

Tengo hambre, pero no sé qué hacer. Busco en la nevera algo que me inspire. Nada. Otra ensalada. No tengo ganas de ponerme a cocinar. Hace calor.

Hago bastante ensalada por si les apetece a Luca o a Carol. Cuzo unos huevos. Le echo maíz, atún, jamón cocido, queso fresco, tomate y una lechuga. Preparo todo en un bol y la aliño.

Cojo un plato, me echo un poco y vuelvo al sofá. Como sin ganas.

«Guapa, ¿qué tal te ha ido hoy en el trabajo?»

El mensaje de Raúl me alegra el día y, como siempre, me sube la autoestima.

«Hola. Bien. Comiendo una ensalada y tirada en el sofá».

No le voy a contar lo que me ha pasado con mi compañero. No voy a hacer de un grano de arena, una montaña. Le resto importancia.

«Eso está bien. Yo acabo de salir del trabajo. ¿Nos vemos hoy?».

Me apetece verlo, pero no quiero ir a toda prisa con el adonis, a ver si me voy a caer de bruces.

«Me apetece mucho, pero necesito descansar».

«Qué pena. Tenía ganas de invitarte al cine».

La oferta no está nada mal. Todavía no he ido al cine aquí. Raúl me gusta mucho, pero no me quito de la cabeza a Hugo y su traición. Tengo miedo de que me pase lo mismo otra vez. No podría soportarlo.

«Vamos a tener que dejar el cine para el fin de semana».

«No me digas eso. Tenía muchas ganas de verte sin ser en las clases. Allí no puedo estar a solas contigo».

Suelto una risita tonta. Menos mal que estoy sola.

«Pues tendrá que ser así».

Le envío el mensaje con un emoticono de una amplia sonrisa con un guiño.

«Te ofrezco un plan que no podrás rechazar».

«Dime».

«Cena, cine y baile. El viernes por la noche. Un pack completo. No puedes decirme que no».

«Suena bien».

«Si me dices que no, voy a tener que raptarte».

Supongo que eso lo dice de broma.

«¿No serás un asesino en serie o algo así?».

«Qué graciosa eres. Todavía me falta mucho para llegar a ese nivel».

Su mensaje va acompañado con un emoticono riéndose a carcajadas. Me quedo más tranquila.

«Vale. Me gusta el plan».

«Perfecto. Hablamos mañana. Besos».

Me quedo embobada mirando los mensajes de Raúl mientras pincho con el tenedor un trozo de lechuga.

Luca se sienta a mi lado con otro plato de ensalada. Viene cansado y sin ganas de cocinar. Ya somos dos. Los lunes siempre son los peores.

—¿Qué tal te ha ido la mañana? —me pregunta.

—Bien, salvo por un compañero, que estaba rarísimo.

—¿Y qué le pasaba?

—Me dijo mi compañera Rose que era porque estaba celoso. Pensaba que Darel, mi jefe, y yo estamos juntos. Pero eso es mentira —aclaro.

—Y si fuera así, ¿por qué debería de estar celoso?

—Lo mismo me pregunto yo. Salvo eso, el resto bien. Con mucho trabajo. ¿Y tú?

—Bien. He tenido un examen.

—Supongo que te habrá salido bien. He visto que has estudiado muchísimo.

—Sí. Estaba nervioso, pero creo que me ha salido bastante bien.

—Me ha escrito Raúl y me ha invitado a cenar, al cine y a bailar.

—*Quando?* —Luca se queda con la boca abierta.

—El viernes.

—¿Sabes que vas a ser la envidia de todas?

Un escalofrío recorre mi cuerpo. No me gustaría tener más problemas con nadie. Bastante tengo con Emma, con Charlie y ahora con Jack.

—Será mejor que le diga que no.

—¡Ni se te ocurra hacer eso! —exclama.

—¿Por qué? —digo con el móvil en la mano.

Luca me quita el móvil de las manos de un tirón. Me quedo mirándolo incrédula.

—¿Qué quieres? ¿Perder la oportunidad de tu vida?

—No quiero meterme en problemas.

—¿Problemas?

—Sí. Mi compañera de trabajo, Emma, me odia y no sé muy bien por qué. Jack está rarísimo conmigo porque piensa que estoy liada con el jefe, y Charlie... —me quedo callada.

—¿Qué pasa con Charlie?

Acabo de meter la pata. Mejor dicho, el cuerpo entero.

—Mmm... Pues hemos tenido un roce.

—¿Qué clase de roce?

Hasta que no se lo cuente, no va a parar de preguntar.

—Se hizo ideas falsas conmigo. —No entro en detalles.

—Bueno, ya se le pasará. Céntrate en lo que hay ahora. Un guapísimo profesor de baile y de Educación Física te está invitando a ti, entre muchas candidatas, a pasar una noche espectacular a su lado. ¿Cuál es el problema? Yo no veo dónde está.

Luca es siempre muy expresivo hablando. Me hace reír.

—Quizás tengas razón.

—¿Quizás? Siempre tengo razón —dice con aires de grandeza.

Nos reímos a carcajadas.

—Qué vanidoso eres —afirmo.

—*Un po'* —contesta sonriendo.

Luca se ha ido a su habitación. Tiene que seguir estudiando porque tiene exámenes toda la semana.

Carol ha llegado, se ha duchado, cambiado de ropa y se ha ido porque tenía unos acuerdos que

cerrar. Se la veía un poco agobiada. No ha comido.

Estoy aburrida zapeando sin saber qué hacer. A lo mejor tenía que haber aceptado la cita de Raúl. En España todavía es de noche y no puedo hablar ni con mi familia ni con mis amigos. ¿Qué hago? Ir a la playa. ¿Sola? ¡No! No me gusta ir sola. Podría llamar a Rose. Quizás no esté haciendo nada y pueda quedar conmigo.

La llamo.

Rose me ha dicho que está libre. Estaba aburrida en su casa al igual que yo. Vamos a ir a la playa y luego me ha invitado a cenar a su casa. Me ha dicho que me puedo duchar allí para no tener que volver a la mía, otra vez. Cojo una muda y lo meto en el bolso, también una toalla y crema solar.

Quedamos frente a Bondi Pavilion. Rose está acostada en la toalla tomando el sol. Lleva puestas unas grandes gafas de sol. No me ve llegar, así que aprovecho y le doy un susto.

—¡Me has asustado! —grita Rose.

Me río a carcajadas por la cara que ha puesto.

—¿Llevas mucho tiempo esperándome? —pregunto.

—No mucho —contesta todavía un poco enfadada.

—Venga, no te enfades. Solo ha sido una pequeña broma. Te invito a un helado.

Rose acepta. Voy al bar que hay en el Pavilion y pido dos tarrinas grandes con dos bolas de chocolate y una de vainilla.

Estamos sentadas y miramos al mar mientras nos comemos los helados. Me encanta el chocolate. Pienso en la noche en que cené aquí con Raúl y Luca o la tarde en la que me invitó Raúl a venir. Hace pocos días de eso y parece que fue hace mucho tiempo.

No puedo dejar de recordar la primera vez que Hugo y yo fuimos a la playa. Ya no quiero acordarme de eso, pero no controlo lo que pienso.

—¿En qué piensas? —Rose me saca de ese mal recuerdo.

—Pues... En recuerdos que tengo de hace mucho tiempo. —No puedo evitar que la tristeza se refleje en mi cara.

—Venga, ya no estés tristes. Estás aquí, en Sídney —me pasa su brazo por detrás de mi espalda—. Con una superamiga. —Se señala a sí misma mientras se ríe. Me hace reír a mí también.

—Tienes razón —confirmo.

—Y mira la cantidad de chicos que hay —me dice mientras mira por encima de las gafas a todos los chicos que hay en la playa.

Nos reímos a carcajadas y las personas que están a nuestro lado nos miran, pero no nos importa.

Jack llega por sorpresa, o por lo menos para mí, porque Rose parece no sorprenderse en absoluto. Mis carcajadas se convierten en una gran cara seria.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Dani, no te pongas así. Yo le dije que viniera.

No sé si me molesta más que Jack esté aquí o que Rose lo haya invitado.

—Creo que tenéis que hablar —dice Rose mientras se levanta de su toalla.

No me da tiempo a decirle nada porque se ha levantado muy rápido y se va a pasos agigantados. Jack se sienta a mi lado.

—Rose no tiene la culpa. Yo solo quería pedirte perdón. —Parece sincero—. Esta mañana he sido muy grosero contigo —prosigue.

—Da igual. Ya está todo olvidado.

—No es cierto. Tu cara no dice lo mismo.

¿Ahora es psicólogo? Yo que pensaba que era veterinario.

—No es cierto. Estaba recordando cosas de mi pasado.

—Entonces, ¿amigos? —Me extiende su brazo.

Asiento con la cabeza mientras nos estrechamos las manos en señal de cordialidad.

Rose viene con tres refrescos. No ha podido llegar en mejor momento, ya se me estaba secando la garganta. Bebo. Está muy frío. Me refresca todo el cuerpo.

—Por cierto, Jack, ¿quién te dijo que Dani y Darel estaban juntos? —pregunta Rose.

—Me lo dijo Emma el viernes en el cambio de turno. Estaba muy furiosa —explica.

Dentro de mí se despiertan sentimientos de odio. Si tuviera a Emma ahora delante, la cogería del pelo y la arrastraría por toda la playa. Es muy odiosa. Se lo ha inventado para que los compañeros me odien y así forzarne a que me vaya. No lo va a lograr.

—No le digáis nada, por favor —suplica Jack.

—Por mí, no sabrá nada —dice Rose.

—Yo tampoco diré nada —digo.

Lo que sí está claro es que algo haré para que sepa que conmigo no va a poder.

Me tumbo a tomar el sol. Pienso qué podría hacer para asustar a Emma, aunque no se me ocurre nada.

Suspiro.

La odio. Sí. La odio muchísimo, igual o más que a Hugo. «¡Mentirosa! —me replica mi subconsciente—. A Hugo no lo odias, ya te gustaría». Mi subconsciente siempre tiene razón. Le saco la lengua.

Rose ha invitado a Jack a cenar. Tiene un apartamento de una sola habitación. Es bastante amplio. La cocina es tipo americana, muy parecida a la de Carol. El baño tiene una gran bañera.

Ha preparado para cenar espaguetis a la carbonara.

Recibo un mensaje de Luca.

«¿Vienes a cenar?».

Se me ha olvidado avisarle de que no cenaba en casa. Siempre nos avisamos de todo.

«Voy a cenar con una amiga del trabajo».

«Estaba preocupado por ti».

«Lo sé. Perdón. Tenía que haberte avisado, pero se me olvidó».

«Va bene. Te perdono porque eres tú».

«Te quiero».

«Yo también».

Dejo el teléfono en el bolso y me siento a cenar. Pruebo los espaguetis de Rose. No están nada mal. Están al dente, como me gustan.

Jack felicita a la cocinera.

Hablamos del trabajo, de Emma y de Darel. Jack nos explica que Emma lleva al menos ocho años trabajando con Darel. Tuvieron una relación hace más de cuatro años.

—Darel dejó a Emma por una chica nueva que entró a trabajar y desde entonces ella se cela de todas las chicas guapas que entran a trabajar. Hace lo posible para que renuncien.

—¿Y por qué Darel no la echa? —Siento curiosidad.

—Eso sí que no lo sé.

—Yo sabía que ella se celaba de todas las nuevas que llegaban, pero lo que no sabía es que entre ella y Darel había habido una relación —dice Rose incrédula.

Terminamos de cenar y Rose retira los platos. Vuelve y trae con ella una gran bandeja con una gran variedad de fruta.

—Bueno, chicos. Me voy ya —les hago saber.

—Yo te llevo —se ofrece Jack. Lo pienso durante unos instantes porque no quiero que se haga falsas ilusiones, pero también estoy muy cansada y no tengo ganas de andar hasta casa a esta hora.

Acepto.

Me despido de Rose que se queda fregando los platos en la cocina. Cojo mi bolso que está en el sofá del salón. Jack me abre la puerta de la entrada para que pase yo primero y bajamos en el ascensor hasta el portal.

El coche de Jack está a escasos metros. Como ya se sabe la dirección de mi casa no le hace falta introducirla en el GPS. Se pone en camino enseguida.

—Una vez más te pido perdón. Esta mañana he estado muy grosero contigo —me explica Jack.

—No pasa nada. Ya está olvidado. —Soy sincera—. Es que alguien me ha dicho que estabas celoso.

—¿Y por qué iba a estar celoso? —pregunta con el ceño fruncido.

—Te va a sonar un poco egocéntrico, pero piensan que es porque yo te gusto. Jack se ríe mientras yo lo miro desconcertada.

—¿Por qué te ríes? ¿Te parece que eso puede ser imposible?

—No, no es por eso. Algún día te lo contaré.

Jack me deja igual que estaba.

—Puedes dejarme aquí —digo al pasar por la calle que está al lado de la mía.

—Como quieras. A mí no me importa dejarte en tu casa.

—Está muy cerca. No te preocupes.

—Vale —dice resignado.

Aparca en O'Brien Street donde hace esquina con mi calle. Me despido de Jack y me bajo del coche.

Jack arranca cuando ya no me ve. Estoy a escasos metros de mi casa.

Luca está en su habitación, estudiando. Lo saludo y me voy a descansar. Ha sido un día largo y algo extraño, pero al final todo ha ido bien. Jack me ha pedido disculpas y confío en que ya no habrá más problemas. Sigo dándole vueltas a la cabeza al problema con Emma y cómo solucionarlo.

Ya se me ocurrirá algo.

Martes, 21 de noviembre de 2017

Hoy el día en el trabajo ha sido más calmado. Jack y yo hemos trabajado mano a mano. Rose se ha sentido mal y no ha venido a trabajar.

Darel se ha mostrado indiferente con todos nosotros. Según nos ha contado Kayla, ha tenido problemas personales. No ha querido entrar en detalles.

La mañana ha pasado relativamente rápida.

Hemos tenido una operación de urgencia por un atropello a un perro y Darel me ha puesto a prueba haciendo que fuera yo quien dirigiera la operación. He de confesar que, por unos instantes, estuve bastante nerviosa porque era la primera vez que tenía que hacerlo, pero fue un éxito y Darel me felicitó por ello.

Jack me trajo a casa. Últimamente se ha convertido en una rutina lo de venir en coche y no andando y, como siempre, en casa no había nadie.

No tenía ganas de comer, cada día tengo menos ganas. Me da mucha pereza prepararla después de trabajar y, con este calor, solo me apetece comer ensaladas, así que me he preparado una y he dejado de sobra para Carol y Luca.

He hablado con mi madre porque tenía turno de noche y estaba bastante desocupada. Me ha dicho que mi abuelo se ha puesto enfermo y eso me ha preocupado bastante. Ya no es la primera vez que le pasa, pero antes yo estaba allí para cuidarlo y ahora desde aquí me siento impotente.

Me he pasado casi toda la tarde revisando las redes sociales y mordiéndome las uñas de la rabia de ver lo bien que llevan mis amigas el que yo no esté allí con ellas. Se las ve tan felices que parece que ya no les hago falta. Eso me entristece.

Otra de mis nuevas rutinas es cenar fuera cuando vamos Luca y yo a bailar.

Estamos en una pizzería y, mientras Luca me cuenta cómo le ha ido el día, yo divago por mi mente buscando los recuerdos más felices de cuando vivía en España. No logro encontrarlos.

Todos han seguido con su vida y yo me quedé estancada en los malos recuerdos, en él. En Hugo. Y aunque ahora esos recuerdos se comparten con los que tengo de Raúl, todavía son más los que tengo del ingrato, malcriado y mentiroso.

Asiento con la cabeza para que Luca piense que le estoy escuchando, pero no tengo ni idea de lo que está hablando.

No tengo hambre. Últimamente me pasa mucho.

—¿Qué tal te ha ido el día? ¿Hola? Daniela, ¿estás ahí? —Luca pasa la mano por delante de mi cara y vuelvo en mí.

—¡Perdón! ¿Qué decías?

—Estás en las nubes. Te preguntaba que qué tal te había ido el día, pero, a juzgar por tu distracción, diría que regular. —Luca me mira con preocupación.

—El día me ha ido más que bien.

—Entonces ¿qué te pasa?

—Estaba pensando en España, en mis amigas, en mi familia. En un poco de todo.

—Ah.

—El jefe me ha felicitado por una operación con éxito que tuve que dirigir de urgencia.

—Me alegro mucho por ti. —Luca se levanta de su silla y me da un abrazo y un beso en la mejilla.

—Gracias —digo mientras Luca me aplasta entre sus brazos.

Caminamos hacia Bondi Pavilion. Hoy, quizás con menos ganas que otros días.

—Anímate, Dani. Por favor —me suplica Luca.

—Lo intento.

En el aula están las del club de fans de Raúl que me miran cuando entro como si tuviera monos en la cara. Les hago un gesto de asco para que dejen de mirar.

—No les hagas caso. Están celosas —me susurra Luca.

Raúl entra e, ignorando a todas las babosas que se le acercan, viene directo a mí, me coge de la mano y me da un beso en la mejilla.

—Hola, preciosa. ¿Cómo ha ido tu día?

—B... Bien —digo casi sin aliento.

El adonis cada día me sorprende más con estos gestos. Es todo un galán de telenovela. No me extraña. Tiene los genes para serlo. Estoy despertando mucha envidia entre las alumnas del sexo femenino y quizás de alguno que otro masculino.

Raúl se pone frente a nosotros, dando la espalda al gran espejo. Nos indica los pasos a seguir para calentar los músculos. Hoy su hermana, Elizabeth, no ha venido.

Hacemos todo lo que nos dice al unísono.

Nos colocamos en parejas. Luca y yo, como siempre, juntos.

—¿Estás mejor? —me pregunta Luca sabiendo la respuesta, porque desde que entró el adonis se me ha puesto una sonrisa de oreja a oreja que todavía no he podido quitar.

Asiento con la cabeza.

—Me alegra mucho verte así. No quiero verte triste nunca más —me dice al oído.

Raúl me sigue con la mirada y yo lo sigo a él. Es como si no pudiéramos evitarlo, como una atracción. Me sonrío y yo le correspondo de la misma manera.

Aprendemos varios pasos nuevos y los enlazamos con los que ya sabemos. Nos quedan unos pasos muy bonitos.

Raúl nos pide permiso para grabar nuestros movimientos con el fin de ayudarnos individualmente donde nos equivoquemos.

Se acerca a nosotros con la cámara y no puedo evitar enrojecerme.

—Me encanta el color de tus mejillas —dice cuando pasa a mi lado.

Otra vez se me estremece el cuerpo entero. Luca me mira y sonrío.

—Parece que vais en serio —me dice Luca.

—No quiero hacerme ilusiones —respondo.

—*Buono*. Tú vive el día a día y no pienses en el futuro.

—Sí.

—Tú déjate llevar y olvida el pasado.

—Eso intento, pero no es tan fácil.

—*Ti capisco!* Pero tienes que hacer un esfuerzo.

Me agarra con fuerza y me da vueltas.

—Cambio de pareja —dice Raúl casi gritando.

Y, como siempre, mientras las chicas seguimos haciendo el paso base en el sitio, el chico de mi derecha viene y Luca se aleja con la chica que tengo a mi izquierda.

Un chico menos para estar con el adonis.

Hoy estamos aprendiendo muchos pasos nuevos y eso me gusta. Raúl es muy buen profesor y nos

explica cómo colocar los brazos tanto a los chicos como a las chicas.

Las chicas están encantadas cuando Raúl se acerca a ellas para explicarles bien cómo colocar alguna parte de su cuerpo.

Ahora soy yo quien las mira con recelo.

Volvemos a cambiar de pareja. Miro por encima del hombro de mi pareja para ver dónde está mi Raúl. Cuento mentalmente. Cinco más y me toca. Mi yo interior da palmadas de alegría al mismo tiempo que da saltitos.

El chico que tengo de pareja no deja de intentar ligar conmigo. No deja de lanzarme piropos. No me gusta nada. Demasiado blanco y rubio.

Tengo que subir su mano de mi espalda varias veces porque ha intentado ponerla un poco más abajo de mi cintura. Si sigue así, voy a tener que pedir cambio de pareja.

—Por favor, la mano en la cintura —le advierto con mala cara.

Asiente con la cabeza, pero no dice nada.

Estoy ansiosa por que llegue Raúl. Solo quiero bailar con él. Lo miro de reojo y lo sorprendo mirándome. Me sonríe. Puede iluminar toda la sala con su sonrisa.

Quiero que llegue ya. El tiempo se ha detenido y yo tengo que bailar con este tipo que no deja de hablarme de tonterías. No lo escucho. Parece que llevemos horas aquí.

Lentamente van pasando las cinco parejas que había entre el adonis y yo. Es una tortura china. Quiero tenerlo ya para mí.

Raúl para la música, me coge de la mano y me lleva frente a todos. Habla sobre un paso nuevo. Primero lo explica. Yo estoy muy nerviosa y no dejo de mirar el suelo y con las mejillas de color rojo.

Me rodea con su musculoso brazo por mi cintura y me coge la mano, con la que le queda libre. Hacemos el paso lentamente, mientras el resto de los alumnos nos graban con su teléfono móvil. Estoy muerta de vergüenza.

No me gusta llamar la atención y esto es todo lo contrario.

—Tranquila, cariño —me susurra al oído.

¿Me ha llamado cariño? Debo de estar soñando. Estoy en una nube. Tengo al adonis para mí. Me ha elegido para practicar uno de sus pasos. La chica con la que normalmente hace esto me mira celosa.

La ignoro.

Nos ponemos en el lugar que estábamos. Raúl vuelve a pedir cambio de pareja y por fin ya estamos juntos.

—Por fin —dice.

Me sonrojo.

Yo estaba pensando exactamente lo mismo.

—Cada día bailas mejor —me halaga.

—Eso es gracias a ti, que eres un fantástico profesor.

—Porque tú eres una buena alumna.

—Cuando llegué, estabas triste. ¿Se puede saber por qué?

—Estaba recordando cosas del pasado.

—¿Estás mejor?

—¿Cómo no voy a estar mejor en los brazos de este hombre?

—Sí.

Raúl me da tantas vueltas que acabo mareada. Solo él tiene la capacidad de hacer que me olvide de lo malo. Nos miramos a los ojos y saltan chispas entre nosotros. Tiene una sonrisa hipnótica que hace

que no pueda dejar de sonreír cuando lo miro.

Terminamos la clase.

—Espérame. —Raúl me tiene agarrada por el brazo para que no salga.

Le digo que sí con la cabeza.

—Yo me voy. Te dejo con tu chico. *Ciao signorina!* —Luca se aleja con una gran sonrisa pícara.

Estoy en la entrada del Pavilion esperando a Raúl. Echo un vistazo a mi móvil. No tengo mensajes nuevos ni llamadas. En uno de los bancos están sentadas unas cuantas compañeras de baile. Me están mirando de reojo y murmuran.

Me está molestando y mucho.

Me acerco.

—¿Por qué habláis de mí? —pregunto sin tapujos.

Se quedan boquiabiertas. Una de ellas se pone en pie. Con las dos manos se echa el pelo hacia atrás y me mira con rabia.

—Eres una zorra —me dice mientras las otras que están sentadas asienten con la cabeza.

—¿Qué? —Estoy frente a la rubia con los brazos cruzados, con los ojos abiertos más de lo normal y una de las cejas levantada.

—Has estado detrás de Raúl desde que llegaste.

No puedo creer lo que acaban de oír mis oídos. Estas chicas están buscando guerra.

Inspiro.

Expiro.

Lo hago varias veces con los ojos cerrados, antes de contestar a la rubia teñida. Pienso bien qué le voy a decir.

—Hola, preciosa.

Raúl está detrás de mí. Ha llegado justo a tiempo. Me abraza a la altura de la cintura y me da un beso en la mejilla. Me aprieta fuerte contra él. Las chicas odiosas me miran con celos, con los ojos entreabiertos.

Es lo mejor que ha podido pasar porque estaba a punto de coger por el pelo a la odiosa que está frente a mí y arrastrarla por todo el paseo marítimo.

—Hola —digo.

Me doy la vuelta y lo abrazo fuertemente y le doy un dulce beso en los labios. Tengo que ponerme de puntillas para hacerlo.

Las odiosas miran babeando a mi adonis y yo suelto una sonrisa sarcástica en señal de triunfadora.

Nos alejamos a través del pequeño parque que hay alrededor del Pavilion. Por una vez en la vida me siento la ganadora. Es un sentimiento muy enriquecedor, me siento incluso más grande.

—¿Y Luca? —pregunta Raúl.

—Se ha ido hace un rato.

—¡Ah! —Su sonrisa es claramente seductora.

—¿Cómo te ha ido el día? —Quiero saber.

—Muy bien. Los alumnos de primaria todavía son bastante manejables. Los de secundaria son más rebeldes. Pero yo me llevo bien con todos. ¿Y tú? Me ha parecido que no has tenido un buen día. Como ya te dije antes, te he visto muy distinta al principio de la clase.

—Ya te dije que estaba pensando en el pasado.

—¿Algún antiguo amor?

Exactamente eso. Has dado en el clavo. No quiero recordar otra vez lo mismo.

Asiento con la cabeza.

—Nada que un buen helado no pueda curar —sugiere y yo acepto—. Si nos damos prisa aún llegamos a una heladería que hay muy cerca de aquí —dice mirando el reloj.

Me agarra de la mano y tira de mí para que apure mi paso.

—Hoy no has venido con Elizabeth —cambio de tema.

—No se siente bien. Está un poco resfriada —me explica.

—Ah! Pobrecilla, que se mejore.

—Se lo diré de tu parte.

—¿Le has hablado de mí? —Lo miro con recelo.

—Sí, claro. Con mi hermana hablo de todo, no tenemos secretos. Por cierto, le pareces una buena chica y muy guapa. —Raúl me aprieta la mano mientras me lanza una fugaz sonrisa.

Llegamos casi corriendo a Gelato Messina Bondi. Todavía me cuesta respirar. Hemos llegado a tiempo.

—¿Cuál te apetece?

—Mmm... —Pienso, aunque la respuesta siempre es la misma—. Chocolate —respondo.

—Ya ha escuchado a la señorita —le dice Raúl al chico que está detrás del mostrador—. Y para mí, uno de nata. Gracias.

El chico nos sirve los cucuruchos los más rápido que puede, será porque son casi las once de la noche y es la hora en la que el cartel pone que es la hora del cierre.

Nos comemos los helados de camino a mi casa. Raúl ha insistido en acompañarme. Dice que vive cerca de donde yo vivo, pero todavía no sé exactamente dónde. Eso me hace desconfiar. Con Hugo me pasó lo mismo. Y al final tenía una razón de peso para no decirme dónde vivía. Tanto como que tenía novia.

Niego con la cabeza y alejo ese momento de mi vida de mi mente. No quiero pensar que Raúl pueda ser igual de mentiroso.

—¿En qué piensas? —Raúl me mira intentando descifrar lo que estoy pensando.

No me había dado cuenta de eso.

—Me has dicho que vives cerca, pero todavía no sé dónde —digo encogiéndome de hombros.

—¿Es por eso por lo que estás así?

—Sí —digo casi susurrando.

Se para frente a mí, me levanta la cara con la mano que tiene libre y me mira fijamente a los ojos.

Estoy temblando.

—¿Tienes frío? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—¿Y por qué estas temblando?

—Es por la forma en la que me miras. Me pone nerviosa.

Se ríe. No sé si de mí o quizás por lo que he dicho. Me desconcierta.

Saca el móvil del bolsillo de su pantalón, entra en el menú y abre la aplicación Maps.

Inserta su dirección y la mía.

—Mira —me dice enseñándome la pantalla.

Vive a escasos 10 minutos caminando desde mi casa. En Beach Road esquina con Glenayr Avenue. Exactamente en un apartamento de un edificio que se llama Bondi Steel, el número 57.

Me sonrojo por la vergüenza que siento. He llegado a pensar que no me lo había dicho porque me ocultaba algo al igual que lo hizo el otro.

—Vivimos cerca —digo señalando mi casa en el mapa.

—Sí.

—Gracias por decírmelo.

—¿Por qué no habría de decírtelo?

—Es que... Hace algún tiempo, estuve con un chico, en España. Y por más que le preguntaba dónde vivía, siempre se las ingeniaba para cambiar de tema. Hasta que descubrí el porqué.

—Déjame adivinar. Tenía novia y pensaste que yo te estaba haciendo lo mismo.

—Sí —digo avergonzada.

Me da un abrazo. Siento el latir de su corazón. Levanto la mirada, me pongo de puntillas y le beso. Es un beso tierno y apasionado. Lo rodeo con los brazos a la altura de su cuello mientras sus brazos rodean mi cintura.

Siento cómo sube la temperatura entre nosotros. Me besa cada vez con más pasión. Su lengua recorre mi cavidad bucal y yo le sigo rítmicamente.

—Tengo que irme ya. Mañana madrugo.

—Ven a mi casa —me ruega Raúl.

Me quedo callada.

—Por favor —suplica.

—Todavía no estoy preparada —me sincero.

—Perdón, no quería incomodarte.

Me acaricia la mejilla, me coge de la mano y me acompaña hasta la puerta de mi casa.

—Que duermas bien, preciosa. —Me da un dulce y casto beso en los labios.

—Tú también. Envíame un mensaje para saber que llegas bien a casa.

—Sí, mamá. —Me guiña un ojo, me besa en la mejilla y se va.

Entro en casa. Luca y Carol deben de estar ya durmiendo.

Hoy, a pesar del día tan raro, ha tenido un final feliz. Estoy contenta y eso se refleja en mi cara y la sonrisa que tengo frente al espejo de mi armario, de oreja a oreja.

Miro el reloj.

Es casi medianoche. Con las pocas horas que voy a dormir, mañana voy a tener unas ojeras casi tan grandes como mi cara.

Me duermo pensando en los dulces besos de Raúl.

Jueves, 23 de noviembre de 2017

Me he quedado dormida, de nuevo. Apuro para terminar de arreglarme.

—¿Todavía en casa? —dice Carol mirando la hora.

—Me he quedado dormida. Voy a llegar tarde a trabajar.

—Yo te llevo. Tranquila. Hoy no tengo demasiado trabajo.

Cojo mi bolso y espero a Carol en la puerta de la entrada.

Carol aparca a unos metros de la entrada de la clínica. Todavía faltan ocho minutos para las siete.

—Hoy terminaré temprano. ¿Te apetece si comemos juntas y nos ponemos al día? —propone Carol.

—Sí. Me apetece muchísimo. Últimamente casi no hemos pasado tiempo juntas.

Bajo del coche y entro a trabajar.

¡Qué asco! Lo primero que veo al entrar es a la bruja de Emma. ¿Otra vez? No puede ser. Le ha cambiado el turno a Henry. Parece que lo hace a propósito para atormentarme la vida.

—Buenos días, Kayla. ¿Tengo muchas consultas hoy?

—No, Daniela. Hoy será un día bastante relajado.

—Mejor —sonrío.

Kayla me da la hoja con todas las consultas del día.

—Buenos días, chicas.

Me giro y veo a Darel entrando por la puerta con una gran sonrisa. Nada que ver con el Darel del martes pasado.

—Buenos días —contestamos Kayla y yo al mismo tiempo. Emma no dice nada. Es más, ni lo ha mirado.

—¿Cómo estás? —me pregunta Darel pasándome la mano por la espalda.

No me gusta nada ese gesto.

—Muy bien. Gracias —contesto educadamente.

—Me alegro.

Se aleja y va directo a su oficina. Emma me mira y yo la ignoro.

Voy a mi taquilla, dejo allí el bolso y cojo mi bata.

Estoy en la misma consulta que todos estos días. Emma está en la cuarta, en la de Henry. Rose es mi auxiliar y la de Jack de nuevo.

Estoy sentada en el escritorio encendiendo el ordenador. Rose está sentada frente a mí.

—¿Has visto que hoy está Emma? —me pregunta.

—Sí —digo con cara de asco—. Ha sido lo primero que he visto al llegar.

—¡Qué desagradable! —dice entre risas.

La miro e, instantáneamente, ya me ha contagiado su risa.

—¿Lista para un nuevo día?

—Sí —respondo con resignación.

Rose entra con el primer paciente del día.

—Buenos días —digo.

—Buenos días. Mi perro lleva unos días que no quiere comer y no sé qué le pasa.

—Bueno. Vamos a echarle un vistazo y a hacerle unos análisis.

—Muy bien.

Rose me ayuda a subir el perro a la mesa. Lo exploro con detenimiento.

—Rose, por favor, tráeme todo lo necesario para extraerle sangre. ¿El perro se deja extraerle sangre o prefiere que lo sedemos? —le pregunto al chico que está de pie a mi lado.

—Normalmente lo sedan porque se mueve mucho.

—Muy bien. Rose, tráeme también el material de sedación, por favor.

Rose hace lo que le pido con mucha profesionalidad.

Sedamos al animal, que se queda quieto pocos minutos después.

Empiezo por rasurar la pata donde le voy a extraer la sangre. Le pongo la goma alrededor de la pata y procedo a sacarle sangre.

Poco después de terminar, el perro se despierta, aturdido.

—Analizaremos la sangre y le daré los resultados en una media hora. Puede esperar en la sala de espera si quiere.

—Gracias. —El chico sale de la consulta con el perro todavía dando tumbos. Rose apura a ayudarlo.

Rose regresa y se lleva la sangre del perro a un analizador automático que tenemos en una zona del quirófano.

Mientras no está listo el análisis, sigo pasando consulta.

Emma pasa varias veces por delante de mi consulta y me mira con desprecio. Rose va detrás de ella haciéndole la burla. Tengo que reprimir las ganas de reírme a carcajadas.

Ya tengo los resultados de la analítica.

—Su perro tiene un poco de anemia y algo de deshidratación, pero en la analítica no se observan alteraciones de ningún otro tipo. Le voy a hacer una radiografía del estómago por si hubiese ingerido algo extraño.

El dueño asiente con la cabeza.

Observo la radiografía con detenimiento. No hay nada en el estómago.

—¿Ha vivido su perro algún cambio en estos días que le haya podido afectar?

—Acabamos de mudarnos de casa y he tenido un hijo hace una semana.

—A veces, los perros sufren estrés por alguna situación extraña y, en su caso, entre el cambio de casa y la llegada de un nuevo miembro, el perro se ha estresado y quizás tenga celos.

—Ah.

—Lo que tiene que hacer es no descuidar a su perro y hacerle el mismo caso que al bebé. Deje que su perro lo huela y lo lama. No va a pasar absolutamente nada. El perro, por lo que veo, tiene todas las vacunas.

—Sí.

—Si persiste en no comer, entonces tendremos que ingresarle y ponerle suero.

—Vale. Muchas gracias.

—No hay de qué.

Tenemos un hueco libre. Jack, Rose y yo subimos a la cocina y tomamos café mientras charlamos del trabajo.

—Me quedan apenas unas pocas consultas. Vacunas y revisiones de curas básicamente —dice Jack.

—A mí también. Solo me quedan vacunas y creo que cortarles las uñas a dos gatos —digo.

—Yo estoy contentísima como auxiliar vuestra, no me gustaría tener que volver a ayudar a Emma. La última vez lo pasé mal, menos mal que estabas tú para ayudarme —dice Rose mirándome con una sonrisa entrañable.

Sonrío.

—Darel me ha mandado llamarte. Me ha dicho que te espera en su despacho. —Kayla me da el recado y vuelve a la recepción.

—Bueno, chicos. Nos vemos abajo —me despido de Jack y Rose.

Bajo con la taza del café en la mano.

Me acerco a Kayla.

—¿Sabes qué es lo que quiere Darel? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—Gracias —digo alejándome de la recepción.

Llamo a la puerta del despacho.

—Entra —dice Darel.

Está sentado en el escritorio.

—Siéntate —dice señalando la silla que hay libre.

No logro descifrar su cara. No sé si está contento o enfadado.

—Te preguntará por qué te he mandado llamar.

Asiento con la cabeza.

—El martes me has demostrado que puedes trabajar bajo presión con mucha profesionalidad.

—Gracias.

—Gracias a ti. Veo que he hecho un buen fichaje contigo.

Se levanta y coge unos documentos de un fichero. Es mi contrato. Estoy un poco desorientada. Me ha dicho que está contento, pero a lo mejor, por lo que pasó el otro día con Emma, decide restringir mi contrato.

Me muerdo las uñas.

—Actualmente cobras alrededor de ochocientos ochenta dólares a la semana más una semana extra por la guardia del fin de semana.

—Sí.

—Ya sé que te dije que cobrarías el mínimo porque estabas empezando, pero te voy a subir el sueldo. Siempre y cuando no se repita lo que pasó con Emma.

—Sí. Ese tema está ya olvidado —apresuro a decir.

Me enseña un nuevo contrato. La fecha de fin es igual que el anterior, pero tiene una subida de salario.

—Puedes ver que es igual que el anterior solo que el salario semanal ha subido 67 dólares más por semana.

Estoy más que contenta, pero no quiero que se note demasiado, no vaya a pensar que trabajo por dinero.

—Como el sueldo es semanal, si te parece he puesto que se haga efectivo la semana del cuatro de diciembre, lunes. ¿Te parece bien? —pregunta.

—Sí. Muy bien. Muchas gracias por confiar en mí.

Tengo las manos encima del escritorio, sujetando el contrato que estoy leyendo. Darel extiende sus brazos y pone sus manos encima de las mías.

La expresión de su cara ha cambiado y no me gusta. No quiero tener ningún roce con este señor.

Aparto las manos lo más rápido que puedo y sonrío con sarcasmo.

—Cualquier día podemos salir a comer o cenar tú y yo.

Si le digo que no, quizás me eche del trabajo y no me gustaría. Si le digo que sí, parece que me estoy vendiendo. ¡Qué situación!

Respiro profundo.

—Quizás un día de estos. —Dejo la puerta entreabierta.

—Muy bien. —Se levanta de la silla y me da la mano para que yo me levante.

Salimos del despacho y Darel tiene la mano en mi espalda. Por las escaleras baja Emma, que nos mira con esa mirada que no me gusta nada, yo me despido de Darel y me voy hacia mi consulta dando grandes zancadas.

Aviso a Rose para que haga pasar al paciente que está en la sala de espera.

Miro la cartilla de vacunación de la cobaya. Tengo que ponerle una vacuna de recuerdo.

Rose está ocupada, así que yo misma me encargo de cogerla del armario.

Abro el frasco diminuto. De repente, me viene un mal olor, como a hipoclorito de sodio. Acercó más el frasco a la nariz. Esto no está bien. No debería oler así.

Saco otra. Huele igual.

—¿Algún problema? —pregunta la dueña del animal.

—No, ninguno. —No la quiero alarmar—. Salgo un momento. Espere aquí, por favor.

Salgo de mi consulta y voy a la consulta de Jack.

—¿Se puede? —pregunto.

—Sí, entra. ¿Qué pasa?

—Huele esto —le digo acercándole el frasco a la nariz.

—¡Esto es lejía! —exclama.

—Eso mismo me ha parecido a mí. Cojo una vacuna de tu armario.

—Sí. Lo que necesites.

Abro la vacuna que he cogido del armario de la consulta de Jack. Claramente en su interior no tiene el mismo líquido, aunque sean del mismo color.

Alguien ha querido boicotear mi trabajo.

—Voy a ponerle la vacuna a la cobaya que he dejado en mi consulta y vuelvo.

—Vale.

Le pongo la vacuna. Afortunadamente, la buena. Abro todos los frascos de vacunas y en todas hay lo mismo: lejía. Me llevo la mano a la boca y pienso quién ha querido hacerme daño de esta magnitud.

—Solo ha podido ser una persona —me dice Rose que está apoyada en la esquina del escritorio.

—Me cuesta pensar que haya intentado llegar tan lejos.

—Tienes que ponerle un alto. No va a parar hasta que te vayas.

—Si guerra quiere, guerra tendrá.

Jack entra sin llamar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta frustrado.

—Que alguien ha cambiado todos los frascos de vacunas por frascos con lejía.

—¿Todos? —pregunta, sorprendido.

Rose y yo decimos que sí con la cabeza al mismo tiempo.

—Eso ha sido Emma —dice sin tapujos.

—Eso mismo pensamos nosotras —ratifica Rose.

Ahora sí que empiezo a tener miedo de la bruja. Si ha intentado que matase a los animales, no sé hasta dónde puede llegar. Tengo que pensar en qué puedo hacer.

No puedo decírselo a Darel. Le he prometido que no volvería a tener ningún problema con Emma.

Por fin he terminado. Tuve que reponer todas las vacunas que tenía en el armario por vacunas que

hay en el almacén de farmacia. Podría haberle llevado los frascos a la consulta de la bruja y hacerle lo mismo, pero soy incapaz de que un animal muera por mi culpa. No es ético.

Rose se ha ido. Hoy no he ido con ella porque he quedado con Carol. La llamo.

Tengo que hacerlo dos veces para que me conteste.

—Hola, Dani. ¿Ya terminaste el trabajo?

—Sí. Habíamos quedado para comer.

—Sí. No me he olvidado.

—¿Dónde comemos? —pregunto.

—¿Te parece bien en el Jamie's Italian? El mismo al que fuimos cuando llegaste.

—Vale. Voy a mirar los autobuses. Cuando llegue, te aviso.

—Yo estoy cerca. Entro y reservo una mesa —dice Carol.

—Perfecto.

Miro la ruta de los autobuses. Subo a la parada de Oxford Street, esquina con Denison Street. Me subo en el autobús número 440. Va lleno.

Me bajo en Oxford Street, esquina con Palmer Street y allí cojo el siguiente autobús.

El 373 llega enseguida.

Camino hasta el restaurante. Son casi las tres. Llamo a Carol y le informo de que ya estoy llegando. Ella ya está en el restaurante. No he podido dejar de pensar en qué hubiera pasado si le llego a inyectar la vacuna con lejía a la pobre cobaya.

Entro en el restaurante y busco a Carol. Está al fondo. Me hace señas con el brazo para que la vea. Hay alguien sentado con ella, pero no sé quién es. Está de espaldas.

Me acerco.

—Buenas tardes. He tardado un poco porque vine en autobús y tuve que hacer transbordo en Oxford Street —explico.

Carol y su acompañante se ponen de pie. Ella me da un beso en la mejilla y me presenta a su acompañante. Es David, su asistente. Por fin lo conozco.

Me siento al lado de Carol frente a David.

Es muy joven, como me había contado Luca. Y también muy guapo. Está vestido con un traje negro y camisa blanca, sin corbata. Es alto y rubio con ojos verdes. Hace muy buena pareja con Carol.

El camarero viene y toma nota de todo lo que le pedimos. Nos avisa de que la cocina cierra a las cuatro, pero todavía nos da tiempo a comer.

—Me ha dicho Carol que eres su asistente —le pregunto a David.

—Sí, ya hace unos meses que empecé.

—¿Estudias Derecho?

—Sí, este año termino la carrera y después haré un máster —me explica.

—Carol también me ha hablado de ti. Eres de España, ¿verdad?

—Sí. Llegué hace poco y trabajo como veterinaria en una clínica.

Estamos casi terminando. David se adelanta, saca su tarjeta y paga. Me siento mal, he intentado pagar mi parte. Él se niega rotundamente. No me parece justo, porque David todavía es un estudiante, tendrá muchos gastos y no creo que tenga un gran sueldo como asistente de Carol.

Se despiden en la puerta del restaurante con un beso en la mejilla.

Carol y yo vamos a buscar el coche. Lo ha aparcado en un *parking* cercano al restaurante.

—¿Qué tal en el trabajo? —me pregunta.

—Pues... —Dudo qué contarle—. Bien —miento.

—Me alegro de que te hayas adaptado bien.

—Gracias. Y tú, ¿qué tal? Ha sido raro comer temprano contigo.

—La verdad es que sí. Hoy solo he tenido un juicio y una reunión con los jefes. Llevo desde el mediodía paseando por el centro y haciendo algunas compras.

—Ah. Eso está bien.

Llegamos a casa, hemos tardado casi media hora en llegar. Luca está en la cocina preparándose un sándwich. Nos saluda y se va con el plato directamente a la habitación. Tiene que seguir estudiando.

Me acuesto a dormir la siesta. Algo que hace mucho tiempo que no hago. Pienso en lo que ha pasado por la mañana. Tengo que seguir pensando en cómo buscar una solución. No puedo dejar eso así. Hoy han sido las vacunas, pero mañana puede ser la anestesia o cualquier solución para hacer las curas.

Me despierta el teléfono. He recibido un mensaje. Es de Raúl.

«Hola, preciosa. ¿Qué tal te ha ido el día?».

Puedo acostumbrarme a esto. «Sí», afirma mi yo interior. Me encanta recibir sus mensajes y más con piropo incluido.

«Hola, príncipe. Estaba durmiendo. Hoy he tenido un día normal».

«Perdone, usted, princesa. No era mi intención despertarla. Si durmiese aquí, no le tendría que estar enviando mensajes».

¿Eh? Eso sí que es un directa. Me deja sin palabras.

«Me gusta mi cama».

«Yo podría ser tu almohada».

«No descarto tu proposición. Si necesito una almohada, te llamaré».

«¿Vienes hoy a clases?».

«Sí».

«Mañana hemos quedado, espero que no se te haya olvidado».

«No. Lo tengo presente y apuntado en mi agenda».

«Así me gusta. Una chica ordenada».

No lo sabes bien. En mi casa me llaman la maniática. Aunque creo que exageran. Soy ordenada, simplemente.

«Nos vemos después. Un beso».

Me despido cordialmente. Dejo el teléfono encima de la cama y me doy una ducha. Me he despertado sudando, y los mensajes de Raúl y la proposición de ser mi almohada, no ha sido de ayuda.

Regreso a la habitación. Tengo un mensaje en el teléfono. Es de Raúl, es un emoticono de un beso. También tengo varios mensajes nuevos de mi hermana.

«Hola, hermanita. Tengo algo importante que contarte».

«Es algo importante».

«Espero que me contestes rápido».

¿Qué será?

«Hola. Estaba en la ducha. ¿Qué tienes que decirme? Me has dejado a medias».

Pocos segundos después, recibo una nota de voz.

«—Carlos me ha pedido que me case con él y mi respuesta ha sido que sí. Me llevó a una casa rural el fin de semana pasado y me lo pidió allí. Te envió una foto del anillo». —Se ha quedado sin aliento con esa nota de voz.

«Me alegro mucho por ti, hermanita. Ya iba siendo hora. Te lo mereces. Ya lleváis el tiempo suficiente como para dar ese paso. Me acabas de alegrar el día con esta noticia. Supongo que mamá estará ansiosa porque llegue ese día».

«Mamá está impaciente, pero todavía no tenemos fecha, aunque me imagino que será en agosto o a principios de septiembre».

«Avísame con tiempo. Bueno, ahora voy a terminar de arreglarme para ir a clases. Un beso y un abrazo».

«Serás la primera en saber la fecha de la boda. Muchos besos y no te canses mucho bailando».

Luca está ansioso porque salgamos ya.

—¿Estás lista? —dice desde el pasillo.

—Ya termino. Un momento, impaciente —me río.

Estamos esperando a que nos sirvan los kebabs que hemos pedido. Es el mismo lugar donde pedimos la comida la vez que cenamos con Raúl en la playa.

No tardan mucho en darnos nuestra comida.

Estamos sentados en uno de los bancos que hay a la entrada del Bondi Pavilion. Los kebabs están deliciosos. Luca habla de su relación con Víctor. No voy a empañar este momento de felicidad para Luca contándole lo que me ha hecho la bruja de Emma.

Llegan las del club de fans de mi adonis. Susurran cuando pasan a nuestro lado. Tengo que mordirme la lengua para no decirles nada. Luca se da cuenta.

—Tranquila, Dani. No les hagas ni caso. Están muertas de la envidia.

—*Grazje*, Luca. Tus palabras siempre me ayudan.

Raúl llega antes de que entremos al aula. Me agarra de la cintura, me da un beso en la mejilla y entramos en la clase.

—Preciosa, te echaba de menos —me susurra.

Me sonrojo.

Hoy Elizabeth toma las riendas de la clase y Raúl parece muy feliz y muy orgulloso de su hermana.

Empezamos la clase. Raúl está guapísimo con esa camiseta ajustada y esos pantalones que le hacen un culo perfecto. Me suben las pulsaciones solo de observarlo.

Me molesta cómo lo miran las arpías que están a mi derecha. Parece que se lo van a comer con los ojos. Les echo una mirada fulminante y ellas agachan la cabeza.

Hoy repasamos los pasos de baile de la semana pasada. Esta vez yo soy la primera en bailar con el adonis. Estoy feliz. En este momento nadie puede hacer que la sonrisa de mi cara cambie. Ni las miradas de las arpías ni lo que pasó con Emma ni nada.

Raúl me mira fijamente, sus ojos arden en deseo. Yo intento disimular, pero estoy igual que él.

—Tengo ganas de tenerte entre mis brazos —me dice susurrando, y mi cuerpo se estremece respondiendo a sus palabras.

—Técnicamente estoy entre tus brazos ahora.

—Sabes a qué me refiero —dice con una media sonrisa.

De momento, Raúl no ha pedido cambio de pareja y la clase ya está por terminar. Es la primera vez que lo hace y no sé si es por mí, pero yo pienso que sí y eso hace que suba mi autoestima todavía más.

—Espérame fuera, que voy un momento al cuarto de baño.

Luca asiente con la cabeza y sale de la clase.

—¿Te espero? —me pregunta Raúl.

—No hace falta. Puedes esperarme fuera con Luca. Gracias —contesto.

Salgo del baño y en la puerta de la clase todavía están las del club de fans de Raúl. Cojo mi bolso y salgo sin mediar palabra. Una de ellas me hace la zancadilla y caigo al suelo sin tiempo a reaccionar.

Raúl me ve en el suelo desde fuera y entra corriendo para ayudarme.

—¿Qué te ha pasado?

Se agacha y me levanta del suelo. Me duele la mano izquierda. Miro a las arpías de reojo que se están riendo en silencio.

—He tropezado.

—¿Seguro? —pregunta desconfiando.

—Sí, sí. Soy un poco torpe.

—¿Te duele algo? ¿Estás bien?

—La mano izquierda.

Raúl me toca en la mano y suelto un grito cuando me mueve el dedo meñique.

—Tienes que ir al médico. Vamos, te llevo.

Elizabeth viene corriendo hacia mí.

¿Estás bien? He visto lo que ha pasado.

—Sí, no ha sido nada. Solo me duele un poco la mano.

Le hago muecas y le digo que no con la cabeza para que no le diga nada a Raúl. No quiero emponzoñar el ambiente.

Elizabeth se resigna y no le dice nada, pero de reojo veo que va hacia la chica que me hizo la zancadilla. No sé lo que le dice, pero gesticulan demasiado.

Luca está fuera esperándome. Se preocupa cuando ve que Raúl me tiene que ayudar a caminar.

—¿Qué te ha pasado?

—Me tropecé al salir de la clase —le explico a Luca.

—¿Estás segura? —pregunta mientras mira a las arpías que salen triunfantes del Pavilion.

—Segura.

—Voy a llevarla al hospital —le dice Raúl.

—Os acompaño.

—No te preocupes, Luca. Vete a casa y avisa a Carol de que llegaré más tarde, pero no le digas la razón para no preocuparla. Tienes que descansar.

Luca acepta a regañadientes.

Hemos ido hasta la casa de Raúl a buscar su coche que estaba en el garaje. Activa el GPS de su coche y se pone en camino rumbo a Saint Vincent's Hospital.

—Esperemos que no nos hagan esperar mucho en Urgencias.

—Eso espero. Estoy agotada y tengo ganas de dormir.

Si supiera el día que he tenido hoy... lo entendería.

Estamos en la sala de espera. No hay nadie. Enseguida paso a la consulta del médico que ordena que me hagan una radiografía.

Un celador me acompaña hasta la sala de RX. Me hacen dos radiografías en distintas posiciones y otro celador me acompaña de vuelta a la consulta del médico donde está también Raúl, esperándome.

—Efectivamente y como pensaba, tienes una fisura entre la falange distal y la falange media de tu dedo meñique. Esto llevará al menos tres semanas de recuperación.

No puede ser. Yo tengo que seguir trabajando. No puedo dejar de hacerlo. ¡Si acabo de empezar!

—Mire, doctor. Soy veterinaria y tengo que trabajar. No me puedo permitir el lujo de estar de baja. ¿Podré seguir trabajando? —pregunto todavía desconcertada por el diagnóstico.

—Bueno, señorita Duarte. Lo mejor sería que se recuperara en su casa, pero ya que veo que está ansiosa por seguir trabajando, le diré que puede hacerlo, pero con mucho cuidado. ¿Cuál es la mano con la que suele trabajar o con la que escribe?

—La derecha —digo con la mano que tengo buena.

—Pues le aconsejo que tenga mucho cuidado a la hora de trabajar. Cualquier movimiento puede provocar que se agrave la lesión.

—Lo tendré.

El médico me venda el dedo. Lo hace juntando el dedo meñique con el dedo anular. Me molesta un poco, pero todo sea por recuperarme. ¡Vaya día! Qué desastre.

Raúl me lleva a casa y nos despedimos en el coche.

—Que descanses, preciosa.

—Que descanses, mi príncipe.

Me da un dulce beso mientras me acaricia la mejilla. Se baja del coche, rodea, me abre la puerta y me ayuda a salir.

—Gracias.

—No hay de qué, preciosa. Por ti, lo que sea.

Le doy un beso en la mejilla.

Entro en casa. Luca estaba esperando mi llegada y está con Carol. Obviamente, no se ha podido estar callado.

—¿Qué te han dicho? —pregunta Carol con cara de preocupación.

Le enseño el parte médico.

—Te quedarás en casa, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Necesitas descansar —me regaña Luca.

—No os preocupéis. El médico dijo que podía trabajar siempre y cuando tenga cuidado. Además, soy diestra y la izquierda la utilizo poco, y Rose seguro que me ayuda en lo que necesite.

—Bueno, como tú quieras —me dice Carol.

—Voy a descansar. Hoy el día ha sido muy largo.
Dejo a Carol y Luca en el salón y me voy a dormir. Efectivamente, hoy no ha sido mi mejor día.
Recibo un mensaje.

«Descansa, mi princesa. Mañana será otro día y haré que sea mejor que este».

Las palabras de Raúl me alientan.

«Gracias por ayudarme. Nos vemos mañana. Besos».

Raúl se despide de mí con un emoticono sonriente y otro con corazones en los ojos. Hacen que me ría.

Me duermo pensando en la cita que tendré mañana con Raúl. Estoy ansiosa porque llegue mañana por la noche y disfrutar con mi adonis de una noche increíble.

Mi Raúl...

Viernes, 24 de noviembre de 2017

Me duele el dedo. Me tomo un ibuprofeno. Como siempre, el día está excelente. Hace sol, no hay ni una nube y hace calor. El verano llegará en un mes aproximadamente.

Es lo único que no echo de menos de España, el frío invierno que está por llegar con sus lluvias, sus heladas y hasta con sus nevadas.

Recuerdo cuando Hugo y yo fuimos a esquiar. Una pequeña lágrima se escapa de mi ojo derecho. Me la seco enseguida. No quiero que ese recuerdo afecte a mi día.

Hoy por lo menos no me he quedado dormida a pesar de acostarme tarde.

Estamos en la cocina y Carol me pregunta por mi dedo. Le explico la misma mentira que le conté a Raúl, que me tropecé y me caí. Va a pensar que no sé ni caminar, pero más humillante es decir que una arpía me ha puesto la zancadilla.

Llego al trabajo temprano, todavía faltan 15 minutos para las siete. Me gusta tomarme un café antes de empezar.

Estoy esperando a Darel en la recepción para enseñarle el diagnóstico que me dio ayer el médico. Me dice que tenga cuidado y que, si necesito algún día de descanso, que lo pida sin problema.

Le respondo que prefiero trabajar.

Rose me ha dicho que me ayudaría en todo lo que necesite. Que no dude en llamarla por muy pequeña que sea la ayuda.

Hoy ha venido Henry. Me preocupaba la idea de que pudiese volver Emma y sus vacunas contaminadas. Eso me recuerda comprobar todos los líquidos de mi consulta en busca de alguno contaminado.

Rose me ayuda a hacerlo.

—Todo está bien —anuncia Rose.

—Gracias.

—Voy un momento a ayudar a Jack. Vuelvo enseguida.

—Vale.

—Si me necesitas, por favor, avísame.

—Lo haré. Muchas gracias.

Rose es muy buena compañera. Cada vez estoy más contenta de tener a Rose siempre a mi lado. Me siento más protegida con ella. Jack también es muy buen compañero, quitando la pequeña enajenación mental del lunes.

Van pasando las horas y los pacientes. Hoy nada puede salir mal. Hoy es el gran día en el que tendré una cita formal con el adonis. Parece mentira, pero estoy nerviosa. No debería, ya no tengo quince años. Recuerdo cuando fui al cine con mi primer novio de juventud. Teníamos dieciséis años. Éramos tan inocentes... A veces echo de menos esa época, cuando parecía que la vida era color de rosa, pero después descubres que, a veces, puede ser negra.

Estoy tomando un café en la cocina y de paso reviso cómo están los animales ingresados. Hay un gato que lo han castrado ayer por la tarde y el perro al que operé yo. Ya está mucho mejor. Eso me llena como veterinaria y como profesional.

Recibo un mensaje de mi madre. ¡Qué raro! En Madrid todavía son las dos de la mañana y es muy extraño que ella me escriba a esas horas.

Lo abro impaciente.

«Hija, el abuelo se ha puesto muy enfermo. El médico dice que no cree que llegue a la próxima semana. Siento darte esta noticia, pero creo que deberías venir».

¿Cómo? No puede ser. Sabía que estaba delicado de salud. Cuando vine aquí tenía miedo de no volver a verlo y parece que mis miedos se han hecho realidad.

«¿Qué le ha pasado?».

«Anoche se puso peor. No podía respirar bien y tuvimos que llamar a una ambulancia».

«Voy a hablar con mi jefe y mirar vuelos e intentaré ir esta misma noche».

«Vale, cariño. Avisame si puedes venir y a qué hora para ir a buscarte al aeropuerto. Siento que tengas que venir en estas condiciones. Te quiero, mi niña».

«Sí, mamá. Te escribo dentro de un rato. Yo también os quiero a todos. Dale un beso al abuelo de mi parte».

Dejo la taza del café en la mesa de la cocina y bajo las escaleras tan rápido que tropiezo en varios escalones. Entro en el despacho de Darel sin llamar. No está. Le pregunto a Kayla.

Me pregunta qué me pasa, pero no soy capaz de darle explicaciones en este momento. Solo quiero encontrar a Darel. Me dice que está en la consulta.

Entro sin llamar otra vez.

Está con un paciente y tengo que esperar en el pasillo a que termine para explicarle lo que me ha pasado.

Darel está apoyado en el escritorio con los brazos cruzados, mientras yo le explico mi situación. Él no dice nada. Solo se dedica a escucharme y decir que sí con la cabeza.

—Sí. No hay ningún problema. Tómate los días que necesites. Espero que tu abuelo se recupere pronto.

Me da un abrazo y un beso en la mejilla.

—Gracias.

Vuelvo a mi consulta y Rose entra detrás.

—¿Qué ha pasado?

—Mi abuelo se ha puesto enfermo y está ingresado en el hospital. El médico no cree que pase de esta semana. Tengo que ir.

—Oh. Lo siento muchísimo —lamenta Rose mientras me abraza.

—Gracias. ¿Tengo alguna consulta ahora?

—No.

—Vale. Voy a mirar si encuentro algún vuelo para hoy.

Rose asiente, sale de la consulta y cierra la puerta.

Entro en Internet desde el ordenador del trabajo y busco vuelos para hoy. Tengo que ir cuanto antes a España.

Bien, hay uno que sale esta noche a las diez menos cuarto. Busco mi bolso, que está en mi taquilla, y saco la tarjeta de la cartera. Vuelvo a la oficina y compro el vuelo, solo de ida. No sé cuándo voy a

volver.

Pago la friolera cantidad de 801 dólares. Aunque no me importa tratándose de ir a ver a mi abuelo.

Tengo ganas de que sea la hora de salir para preparar la maleta. Imprimo el billete y voy a buscarlo a la impresora que está en la recepción. Todo lo que se imprime sale allí. Kayla me da el papel y me mira con desconcierto.

—¿Te vas a España? —pregunta extrañada con el ceño fruncido.

—Sí. Mi abuelo se ha puesto enfermo.

—Pero volverás, ¿no?

Digo que sí con la cabeza mientras vuelvo a mi consulta.

Miro el reloj de la pared varias veces, pero el tiempo parece haberse detenido. Me da la sensación de que me ha cogido manía. Cuando quiero que el tiempo pase rápido, no hay manera de que las agujas se muevan.

Suspiro.

Estoy en casa. Rose me ha traído, algo que le agradezco porque tenía ganas de llegar pronto.

Carol y Luca no han llegado todavía y ahora mismo me encantaría que estuvieran aquí. Los necesito. Les envió un mensaje informándoles de que me tengo que ir a España.

Carol me dice que vendrá lo más rápido que pueda y Luca me ha dejado un emoticono de una cara con las manos en la mejilla y la boca abierta.

Preparo la maleta. No he facturado. Llevaré una maleta pequeña. Además, en casa de mi madre tengo casi toda la ropa de invierno. Solo traje la de verano y alguna chaqueta por si acaso, aunque aquí el invierno no es frío; o eso me ha dicho Carol.

Voy a un cajero a sacar dinero. Quiero dejar pagado el alquiler de la habitación de esta semana y la próxima. Pienso en cambiar dólares a euros, pero todavía tengo una cuenta bancaria abierta en España con algo de dinero y tengo aquí la tarjeta.

Carol llega y está casi tan preocupada como yo. Le doy el dinero en un sobre.

—Toma —digo dándole el dinero.

—¿Por qué me das el alquiler del próximo viernes? —dice contando lo que hay en el sobre.

—Por si no llego a tiempo para el próximo pago.

—Pero no hacía falta. Ya me lo darías al volver. No me importa si llegas el próximo viernes o no.

Carol se muestra tan comprensiva conmigo que hace que se me salten las lágrimas. Me da un gran abrazo.

Luca llega y se suma al abrazo. Me siento bien con ellos. Le explico a Luca que la cuota de las clases de baile me lo cobran directamente en mi cuenta corriente. Quiero dejar todo zanjado aquí.

Carol ha traído unas *pizzas* para comer. Estamos sentados en el sofá viendo la televisión, mejor dicho, la televisión nos mira a nosotros, pues no le estamos haciendo caso. Hablamos de mi viaje y de la situación de mi abuelo.

No tengo hambre, pero hago un gran esfuerzo para comer. Después me esperan veintiséis horas de viaje por delante y necesito estar bien.

Dejo a Carol y a Luca en el salón y me voy a la habitación para terminar de prepararlo todo. Voy al baño, me doy una ducha y me lavo también el pelo. Me lo seco y lo aliso con las planchas.

Vuelvo a la habitación ya vestida y peinada. Mi móvil está encima de la cama y tiene una luz azul parpadeante. Me indica que tengo mensajes pendientes.

«Preciosa, ¿preparada para esta noche?»

¡Mierda! Se me había olvidado la cita con Raúl. He estado ocupada preparando el viaje y no me había acordado en ningún momento del adonis. Tengo que avisarle de que no voy a poder ir.

«Hola. No puedo quedar esta noche. Lo siento».

«¿Por qué has cambiado de opinión?»

Su pregunta me duele. Me duele que piense que no quiero quedar con él. Pero es por una causa de fuerza mayor.

«No es que no quiera. Es que no puedo. En serio».

«¿Qué te pasa?»

«He recibido un mensaje de mi madre diciéndome que mi abuelo está muy enfermo y tengo que ir a España. El vuelo sale hoy a las 21:45».

«Oh. Lo siento mucho. Te llevo yo al aeropuerto».

«No te preocupes. Carol se ha ofrecido a llevarme».

«Deja que te lleve yo, por favor».

No puedo decirle que no al guapo adonis. Me imagino la cara que tendrá con lo que le acabo de decir.

Acepto.

«Te paso a buscar sobre las ocho. ¿Te va bien?»

«Sí. Perfecto. No tengo que facturar, así que me llega el tiempo».

Cierro la maleta y meto el portátil en su funda y lo dejo todo en la entrada, al lado de la puerta. Busco la chaqueta que más abriga de todas y la dejo junto a la maleta.

—¿A qué hora llegas a Madrid? —pregunta Luca. Está preparándose un café en la cocina—. ¿Quieres uno?

—Sí, por favor —digo alejándome por el pasillo—. Voy a buscar el itinerario.

Vuelvo a la cocina. Luca está sentado en la barra de la cocina con su taza de café en la mano y mi taza enfrente.

Me siento.

—La hora de salida es a las 21:45 y hago escala en Doha. Llego a Madrid a las dos menos cinco de la tarde. Aquí serán casi las doce de la noche.

—Como si llegas a las tres de la mañana. Tú escíbeme en cuanto aterrices y mantenme informado de todo.

—Sí. No te preocupes.

Me extiende las manos por encima del mesado y yo hago lo mismo. Me las agarra fuertemente y me mira con cariño.

Las horas siguen pasando lentas.

Miro el reloj.

Las 19:03.

Aviso a Carol de que Raúl me va a llevar al aeropuerto.

—Vale, pero me hubiera gustado llevarte yo.

—Gracias, pero no he sido capaz de decirle que no a Raúl.

—Pues espero que tengas un buen viaje y avísame cuando llegues —dice con resignación.

—Sí.

Raúl está en la entrada. Luca le ha abierto la puerta. Está muy guapo, con unos vaqueros ajustados y una camisa de lino.

Me coge la maleta y el maletín del portátil. Me despido de Carol y de Luca con lágrimas en los ojos, y Raúl y yo salimos.

—Nos vemos pronto —les digo.

—Te vamos a echar de menos —contesta Luca.

Vamos camino al aeropuerto. El GPS dice que nos quedan diez minutos para llegar a nuestro destino. Estoy muy nerviosa. Tengo ganas de llegar a Madrid y darle un beso a mi abuelo.

Miro el móvil cada dos por tres esperando recibir algún mensaje de mi familia. Decido escribirle a mi madre para avisarle de la hora a la que llegaré a la terminal.

«Estaremos esperando tu llegada. Te quiero, mi pequeña».

Miro la respuesta de mi madre y me doy cuenta de que la necesito mucho. Necesito sus abrazos, sus palabras de aliento y sus mimos, y añoro cuando estaba enferma y me llevaba la comida a la cama, o cuando me peinaba, aun sabiendo que lo odiaba.

La oscuridad de la noche inunda el coche. Raúl se ve muy concentrado conduciendo. Puedo ver su cara por el reflejo de las luces del cuentakilómetros. Tiene un perfil perfecto.

Quita la mano izquierda del volante y la pone encima de la mía y aprieta con fuerza.

—Te voy a echar mucho de menos —dice sin apartar la mirada de la carretera.

—Y yo a ti —respondo.

—Tenemos pendiente una cita.

—No me olvidaré.

Le aprieto más fuerte la mano.

—¿Cuántos días vas a estar fuera?

—Todavía no lo sé —digo con tristeza—. Solo he comprado billete de ida.

—¿Cómo? —Por un momento Raúl ha dejado de mirar la carretera para mirarme a mí.

—¡Mira a la carretera! —le riño—. Es que quiero estar unos días con mi familia y no sé cuántos días estará mi abuelo en el hospital.

—¡Ah! —Los músculos de su cara se han relajado y su expresión es más dulce—. Lo entiendo —añade.

Estamos en la terminal 1. Son las ocho y media. Falta poco más de una hora para que salga mi avión. Raúl está a mi lado, con su brazo por encima de mis hombros y con mi maleta en la otra mano.

Miro en las pantallas de la sala y busco mi vuelo.

—Es la puerta 31 —dice Raúl—. ¿Quieres comer algo antes de irte?

—No, gracias. No tengo hambre. He comido tarde.

Nos acercamos al control de pasaportes. No podemos reprimir la tristeza que sentimos.

—Que tengas un buen viaje. —Raúl no deja de abrazarme y yo le respondo de la misma manera.

—Gracias. —Las lágrimas brotan de mis ojos sin pedir permiso.

—No llores, princesa. —Raúl me seca las lágrimas con un pañuelo que se ha sacado del bolsillo de su pantalón.

Me acaricia dulcemente las mejillas y me da un beso apasionado en los labios. Es un beso diferente. Más que un beso, parece una despedida. Me da la sensación de que este es el final para nosotros.

Yo le correspondo de la misma manera.

—Nos vemos pronto —digo guiñando un ojo a mi adonis.

Se queda mirándome mientras yo paso el control. Es más fácil salir del país que entrar.

Nos miramos una última vez hasta que desaparece entre la multitud. Ya lo echo de menos y no hace ni cinco minutos que he estado con él. Me temo que me va a olvidar en estos días.

Recibo un mensaje.

«Te voy a estar esperando».

El mensaje de Raúl me da fuerzas para hacer este viaje y volver lo más pronto que pueda.

«Te voy a echar de menos. Intentaré volver lo más rápido que pueda».

Me siento frente a la puerta de embarque. Espero impaciente a que se abra. Significa que estaré más cerca de Madrid. El aeropuerto está lleno de gente que va y viene de un lado a otro y de trabajadores tanto de la terminal como pilotos y azafatas. Casi me mareo mirando.

Abren la puerta de embarque y una azafata muy amable nos indica que hagamos dos filas. En una están los pasajeros que han pagado embarque prioritario y en la otra estamos todos los demás. La cola es larguísima y estoy casi al final.

Subo al avión y busco mi asiento. Fila 36 asiento A. Dejo la maleta en el compartimento superior y me siento. Estoy al lado de la ventanilla.

Me preparo para pasar en el avión más de quince horas. He traído algunos dulces y películas en el portátil.

Aviso a mi familia, a Raúl, a Carol y a Luca de que ya estoy en el avión y de que voy a desconectar el teléfono.

Lo apago y me pongo cómoda en mi asiento.

Las azafatas hacen las demostraciones de seguridad antes del despegue mientras los pilotos hacen las comprobaciones en los motores.

Todavía tengo que esperar un rato para poder encender el portátil. Hasta que el avión esté estable en el aire, no se puede, así que aprovecho ese tiempo para mirar los últimos mensajes que tengo en el móvil y algunas fotos.

Sábado, 25 de noviembre de 2017

Miro el reloj. No sé qué hora es porque el móvil no se ha actualizado y tiene la hora de Sídney. Ya he visto tres películas, así que calculo que habrán pasado unas cinco horas desde que despegamos.

Apago el portátil. Voy a intentar dormir un poco. Las luces del avión están apagadas y desde la ventanilla no se ve nada, todo es oscuridad.

Apoyo la chaqueta en la ventanilla y la uso a modo de almohada. Me duermo pensando en Raúl. De repente, su cara se transforma en Hugo. «¡No!», grita mi subconsciente. Tengo miedo de volverlo a ver. No sé cómo voy a hacer para evitarlo en el hospital. Espero que no esté trabajando.

Me despierto sobresaltada y despierto al señor que está a mi lado. Le pido perdón y aprovecho para preguntarle si sabe cuánto tiempo queda para aterrizar.

El hombre hace cuentas con los dedos. Me dice que estaremos a unas cuatro horas de Doha aproximadamente, eso quiere decir que he dormido más de seis horas.

No soy capaz de volver a dormir. Enciendo el portátil de nuevo, conecto los auriculares y hago doble clic en la siguiente película de la lista. Así una tras otra hasta que nos informan de que aterrizaremos en veinte minutos.

La azafata me pide amablemente que apague el portátil y yo obedezco. Ya estoy un poco más cerca de casa.

Han llegado muchos vuelos casi al mismo tiempo. Eso retrasa la entrada en el aeropuerto y en el control de pasaportes hay unas grandes colas.

Busco el wifi del aeropuerto para poder actualizar la hora de mi móvil y así saber qué hora es y si tengo mensajes nuevos.

Entran más de diez mensajes. Los contesto uno a uno. Son casi las seis y el próximo avión sale a las ocho.

En Sídney son las dos de la tarde. Intercambio varios mensajes con Luca. Me cuenta que por la noche va a salir con Víctor, Carol y David a cenar y a bailar. «¡Cena de parejitas!», me dice.

En Madrid son dos horas menos que aquí. Mi familia estará todavía durmiendo.

Son las siete. Vuelvo a pasar el control de pasaportes. Entro en una de las tiendas de comestibles y compro un cruasán y un chocolate caliente. En el avión va a ser más caro.

Busco la puerta de embarque. Esta vez es la B3. Me adentro por uno de los pasillos que indican por dónde se va a mi puerta. Me siento enfrente de esta y como lo que he comprado.

Estoy nerviosa. No tener noticias de mi abuelo me desespera. Tampoco quiero volverme loca enviando mensajes a mi familia. Estarán durmiendo y no los quiero molestar. Quiero llegar ya a Madrid y verlo.

Subo al avión y busco, otra vez, mi asiento. Esta vez son casi ocho horas de vuelo. Menos mal que tengo bastantes películas y series para ver y estar entretenida, aunque intentaré dormir otro rato.

El vuelo se me está haciendo eterno. Me levanto varias veces para ir al baño. Tengo las piernas entumecidas. Esta vez voy al lado del pasillo y no molesto a nadie cuando me tengo que levantar.

Me he quedado traspuesta un rato, lo que ha ayudado a que las horas pasen un poco más rápido.

Ya falta poco para llegar. El piloto ha anunciado que en diez minutos tomaremos tierra. Parece que han pasado muchos años desde que dejé Madrid, y apenas han pasado tres semanas. Espero que

al volver a Sídney mi jefe no me despida.

Tengo el portátil guardado y todo preparado para cuando abran las puertas. Me remuevo en el asiento, nerviosa.

Me muerdo las uñas.

Paso el control de pasaportes. Por fin aquí. En mi casa. Cruzo los largos pasillos hasta llegar a las puertas automáticas.

Se abren.

Mi madre está braceando para que la vea. Está muy graciosa. Hace que me ría sola.

Voy corriendo hacia ella y nos fundimos en un fuerte abrazo. No quiero separarme de ella. Es un abrazo cálido. Me da besos en la mejilla de esos que suenan, como cuando era niña. ¡Qué recuerdos! Mi padre espera impaciente su turno.

Lo abrazo.

—Me alegro mucho de verte, hija —dice mi padre.

—Y yo, a vosotros.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —Mi madre me coge la mano con sumo cuidado.

—Hace dos días tropecé y me caí. Apoyé mal la mano. Nada más —explico restándole importancia. Si se enterase de la verdad, seguramente ya no me dejaría volver. Vamos al *parking*. Mi padre saca las llaves del coche del bolsillo del pantalón y lo abre pulsando el botón del mando. Mete mi maleta en el maletero mientras yo me siento en el asiento trasero.

Pregunto por mis hermanos.

—Tu hermana está con tu abuelo y tu hermano se ha quedado en casa esperándote.

—¿Y cómo está la abuela?

—Preocupada, hija. Ya sabes cómo es.

—¿Y el abuelo? —pregunto con claros signos de preocupación. Mi madre se ha dado cuenta.

—Sigue igual. No nos dan esperanzas.

Intento reprimir las lágrimas. Me hago la fuerte.

Vamos por las bulliciosas calles de Madrid. El tráfico es muy denso y es casi imposible avanzar con normalidad.

—¿Qué tal te ha ido el viaje? —pregunta mi padre. Me ha mirado por el retrovisor central e intenta cambiar de tema.

—Bien, pero han sido muchas horas y, aunque he dormido un poco, no he descansado lo suficiente.

—Al llegar a casa puedes dormir. Tu habitación está igual que cuando te fuiste —dice mi madre.

Mi hermano viene corriendo por el pasillo al oír la puerta y me da un abrazo tan fuerte que me crujen los huesos.

—¡Qué ganas tenía de verte! La casa no es lo mismo sin ti.

—Yo también tenía ganas de verte, hermanito.

Mi hermano me pregunta por la mano al igual que mi madre y me toca volver a explicarle con la misma mentira que le he contado a ella. Me temo que va a ser la pregunta de la semana.

Nos sentamos en la mesa de la cocina. Mi madre prepara una ensalada y unos filetes de ternera para comer; mientras, me tomo un té caliente.

Al contrario que Sídney, aquí hace frío.

Mi hermano ayuda a poner los platos en la mesa. Es la primera vez que lo veo ayudando en casa y me quedo con la boca abierta.

—¿Y esa novedad? —le pregunto levantando una ceja.

—Desde que no estás tú me tienen esclavizado —dice riendo y señalando a mi madre.

—¡Qué exagerado eres! No será para tanto.

Mi madre le echa una mirada fulminante y nos reímos todos a carcajadas.

Todo lo que prepara mi madre siempre está muy rico. Lo echaba de menos. Últimamente siempre como fuera o simplemente ensalada.

—Tengo ganas de ir ya a ver al abuelo —digo comiendo apresuradamente.

—¿No quieres descansar un poco? —pregunta mi madre.

—No. Ya dormiré por la noche. Ahora solo quiero estar con el abuelo.

Termino de comer y voy al cuarto de baño. Me doy una ducha, me visto y me lavo los dientes. Adecento un poco el pelo y ya estoy lista para salir de casa.

Estoy esperando por mis padres, que están terminando de arreglarse, mientras mi hermano me cuenta sus batallas en el instituto. Me habla de videojuegos que ni sé que existían. Menos mal que tenemos en común nuestra serie favorita.

—¿Ya te has echado alguna novia?

Mi hermano se pone nervioso y empieza a resoplar.

—Bueno... Algo hay —dice en voz baja.

No puedo evitar reírme por las caras que está poniendo.

Estamos de camino al hospital. Mi padre evita el tráfico atajando por pequeñas calles. Mi madre tiene el pase para el *parking* gratuito. Mi padre aparca sin problema. En la calle es imposible encontrar sitio para aparcar.

Mi madre se para a hablar con toda la gente que trabaja en el hospital. Mi padre espera con ella. Jonathan y yo subimos en el ascensor. Mi abuelo está en la quinta planta.

Mi hermana, al verme, se levanta corriendo de la silla que está al lado de mi abuelo y me da un abrazo y muchos besos en ambas mejillas.

Mi abuela está sentada en otro sillón con los ojos llenos de lágrimas. Voy hacia ella y, sin que le dé tiempo a levantarse, ya la estoy abrazando.

Miro hacia la cama. Mi abuelo está durmiendo. Le han puesto una mascarilla de oxígeno y una vía con suero. Parece muy frágil.

No puedo reprimir las ganas de llorar. Me siento a su lado y le hablo. Tengo la esperanza de que me pueda escuchar. Le hablo sobre mi trabajo. Sé que él está muy orgulloso de mí, me lo ha dicho en muchas ocasiones.

Recuerdo que mis abuelos se quedaron muy tristes cuando los fui a visitar el día antes de irme a Australia.

Le agarro de la mano y él me la aprieta levemente en señal de que me está escuchando. Abre los ojos lentamente y dice mi nombre. Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos a borbotones.

Sonrío.

—Daniela, ¿eres tú?

—Sí, abuelo. Aquí estoy.

—Tenía... muchas... de... verte... —dice entrecortadamente.

Su respiración es cortante. Intenta quitarse la mascarilla, pero mi madre le dice que no puede.

—Tranquilo, abuelo. No hace falta que digas nada.

Me acaricia la mano. Verlo así es muy duro. Él siempre ha sido un hombre fuerte. Siempre ha sido mi ejemplo.

Tengo que salir de aquí. No puedo verlo más en estas condiciones. Necesito un café.

Mi hermana me acompaña. Recorremos el pasillo y yo miro hacia todos los lados buscando a Hugo sin darme apenas cuenta.

—No está —dice mi hermana. Se ha dado cuenta de mis intenciones.

—¿Eh?

—Hugo no está. Hoy tiene el día libre.

Suspiro de alivio. No me gustaría tener que verlo ahora que lo estoy empezando a superar.

—¿Lo echas de menos? —me pregunta.

—Antes sí. Ahora cada vez menos.

—¿Será que hay un nuevo Hugo en tu vida? —Después de mi madre, mi hermana es quien más me conoce.

—Algo hay. Pero no quiero hacerme ilusiones.

Me encojo de hombros.

—¿Cómo se llama el afortunado?

—Se llama Raúl. Es cubano y profesor de baile de la escuela a donde voy.

—Ah.

—También es profesor de Educación Física en un colegio.

Le enseño una de las fotos del The Cuban Place.

—Es muy guapo. Se parece a... —Mi hermana se queda callada. Sé a quién se refiere porque yo también sé a quién se parece.

—Sí, lo sé, a Hugo —termino la frase que no ha sido capaz de terminar Amelia.

Nos sentamos en la cafetería del hospital, en la zona de los trabajadores. Amelia tiene descuento de empleada.

—Para mí, un café con leche, por favor —digo a la camarera.

La camarera saluda a mi hermana. Amelia pide un té y la camarera se aleja de nosotros para preparar lo que hemos pedido.

Vuelve unos minutos después. En la bandeja trae el té, el café con leche y unos dulces para acompañar.

—¿Tienes fecha para la boda? —pregunto.

—Todavía no.

—A finales de agosto se casa Alicia y estaría bien que la fecha fuera cercana a la de ella porque así no tendría que hacer dos viajes —sugiero.

—Es verdad. Además, yo también estoy invitada a la boda de Alicia.

Amelia y yo casi siempre hemos tenido las mismas amigas. Nos llevamos apenas dos años y siempre hemos ido juntas a todos los lados. Tenemos una relación muy buena, quitando alguna pelea tonta cuando éramos pequeñas, pero sin importancia.

Durante muchos años fuimos ella y yo solas hasta que llegó el enano de la casa. ¡Cuántas bromas le hacíamos y cuánto nos reíamos de él!

Mi madre se reúne con nosotras. Pide un café y se sienta a mi lado. Echaba de menos estar solas las tres. Me gustaría contarles todo lo que me ha pasado, pero siempre he sido un poco reservada para contar mis cosas.

—El médico me ha dicho que el corazón de vuestro abuelo cada día está más débil y que es cuestión de pocos días que se nos vaya —dice mi madre con lágrimas en los ojos.

—Nos tenemos que resignar —contesta mi hermana.

Tiene razón. Mi abuelo ya está cerca de los noventa años y, por mucho que nos duela, es ley de vida. Todos los días muere gente.

—Me da mucha pena verlo así —digo.

Mi madre me agarra la mano y me la aprieta con fuerza.

—Tenemos que ser fuertes —me dice.

—Me gustaría quedarme esta noche con él.

—¡Me quedo yo! —exclama mi hermana—. Tú tienes que descansar.

Acepto a regañadientes porque sé que, tratándose de mi hermana, tengo las de perder. Mi hermana es más terca que yo.

Terminamos y nos levantamos de la mesa. Mi hermana y mi madre se despiden del personal que está trabajando en la cafetería y de algunos de sus compañeros que están sentados en otras mesas.

Volvemos a la habitación y le hacemos el relevo a mi hermano, a mi padre y a mi abuela, que siguen acompañando a mi abuelo. Ellos salen de la habitación y yo me siento al lado de él. Está despierto, aunque un poco desorientado.

No sabe dónde está y no sabe quién soy yo. Está diferente a cuando llegué y eso me desconcierta. Lo miro con mucha tristeza. Niego con la cabeza.

Mi madre se levanta de su silla y se acerca a mí para consolarme.

—Es normal, Dani —me dice mi madre acariciándome la mejilla.

—No puede ser. Cuando llegué dijo mi nombre —digo sin poder resignarme.

—Es por la medicación que le están suministrando. Él está bien.

—¡No lo está! —digo casi gritando.

Una enfermera que pasaba por el pasillo entra y me hace señales para que baje la voz.

—Cálmate, Dani. Eso le pasa a mucha gente. —Mi hermana intenta calmarme, pero ver a mi abuelo desvariar hace que me enfurezca.

Cojo mi bolso y mi chaqueta y salgo de la habitación. Me siento en una silla en la zona de los ascensores.

Saco el teléfono del bolso. Tengo muchos mensajes nuevos. Todos son de mis amigos de Sídney. Se me ha olvidado escribirles cuando llegué.

Abro primero los mensajes de Raúl.

«Preciosa. ¿Has llegado bien? No he sabido nada de ti en muchas horas».

«He visto en Internet que tu vuelo ya ha llegado a Madrid. Por favor, contesta».

«Hola, princesa. Si no me contestas, tendré que poner una denuncia por desaparición».

«Holaaaaaaa. Contéstame, por favor».

Me siento realmente mal. Debería haberle enviado un mensaje al aterrizar, pero me olvidé por completo. Espero que no se haya enfadado mucho, aunque por sus mensajes es más preocupación que otra cosa.

«Hola, mi príncipe. Me olvidé por completo de escribirte. Llegué bien. Han ido mis padres a recogerme al aeropuerto y después ya fui a comer. Ahora estoy en el hospital. Lo siento mucho. Espero que no estés enfadado conmigo».

Luca me ha enviado un mensaje de voz.

«—Ciao, Dani. Espero que hayas llegado bien. Carol está conmigo y estamos deseando tener noticias tuyas. Por favor, escríbenos en cuanto puedas».

De fondo se escuchaba a Carol resoplar. Qué mal me siento.

«Hola, chicos. He llegado bien, pero he estado ocupada. De hecho, ahora estoy en el hospital. Mi abuelo está muy enfermo. Os echo de menos».

No obtengo respuesta. En Sídney son las cuatro y veinte de la madrugada y recuerdo que Luca me dijo que iban a salir a cenar y luego a bailar.

Raúl quizás esté durmiendo o con... No quiero pensar en que puede estar con otra chica. Me dolería mucho, aunque sería bastante lógico. Descarto esa idea de la cabeza de inmediato.

Entro en la conversación de Raúl con la esperanza de que el doble visto se ponga azul. No tengo éxito.

Entro y salgo de la conversación varias veces, desesperada.

Nada.

Mi padre sale del ascensor junto con mi hermano y mi abuela.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Hace mucho calor en la habitación —miento.

En realidad, he salido porque me duele ver a mi abuelo así, tan frágil, tan indefenso, y me siento impotente por no poder ayudarlo.

Mi padre le dice a mi abuela y mi hermano que vayan a la habitación, y él se sienta a mi lado.

—Hija, te conozco bien. No has salido porque haga calor en la habitación. ¿O me equivoco?

Niego con la cabeza. Mi padre me conoce más de lo que yo pensaba.

—Ver así al abuelo me duele mucho.

—Lo sé, Dani. Pero tienes que ser fuerte. Tú siempre has sido muy valiente.

Las palabras de mi padre junto con su abrazo hacen que me sienta ligeramente mejor, aunque no hace que se cure este dolor que tengo en el corazón.

—Venga, hija. Vamos a la habitación.

Mi padre se levanta de la silla y me coge de la mano para que yo también me levante. Me pasa el brazo por encima de los hombros y caminamos por el pasillo hasta llegar a la habitación.

Son las ocho y el celador nos avisa de que se ha terminado la hora de visitas y que solo se puede quedar uno acompañando a mi abuelo. Me encantaría quedarme, pero ese puesto ya se lo ha adjudicado Amelia.

Le doy un beso en la frente a mi abuelo. Está sumergido en un profundo sueño. Se ve muy tranquilo. No quiero despertarlo.

Mi abuela lo abraza con lágrimas en los ojos, no quiere dejarlo. Discute con mi hermana, pero finalmente Amelia vuelve a ganar.

Nos despedimos de mi hermana y salimos de la habitación sin saber si mañana volveremos a ver al abuelo con vida, aunque nadie dice nada. Yo me doy cuenta de ello porque yo pienso lo mismo. Voy a estar pendiente del teléfono toda la noche por si mi hermana llama para dar alguna noticia.

Estamos todos en casa, incluida mi abuela, que se ha quedado con mis padres y mi hermano para no estar sola en su casa. Eso la deprime más. No hay problema de espacio porque la habitación de Amelia está libre.

Ayudo a mi madre a preparar la cena. Mi hermano y mi padre ponen los platos en la mesa.

Cenamos.

—Yo recojo la mesa —dice mi madre cuando ve que me levanto de la silla para recoger los platos—. Vete a descansar.

—Sí, hija. No has descansado nada desde que llegaste —dice mi padre.

Les doy un beso a mis padres y a mi abuela. A mi hermano le doy una colleja. Es una costumbre nuestra. Y me voy a la habitación. El cansancio se apodera de mi cuerpo y de mi mente.

Estoy en la cama, mirando las sombras que se forman en la pared, con la luz que entra a través de los agujeros de la persiana y pienso en mi abuelo, en mi trabajo y en Raúl.

En Sídney es ya de día. Miro el móvil con la esperanza de que haya algún mensaje nuevo. Me siento egoísta, porque el único mensaje que me interesa que llegue es el del adonis.

Intento dormir rápido. Mañana vamos a ir todos temprano al hospital. Me remuevo varias veces hasta que me sumerjo en un sueño profundo.

Domingo, 26 de noviembre de 2017

Mi madre me tiene que despertar casi a gritos. Tengo la boca abierta y me cae la baba. Estaba durmiendo muy profundamente. Me he quedado dormidísima. No he oído la alarma.

—Venga, dormilona. Ya es hora de levantarse.

—Sí, mamá —digo a regañadientes mientras me remuevo en la cama como una niña pequeña.

—Los demás ya están vestidos y desayunando.

—Me visto enseguida y ya voy.

Mi madre sale de la habitación y cierra la puerta a su paso. Yo me levanto de la cama, desganada. Todavía con mucho sueño, cojo una muda de la maleta y voy al cuarto de baño a darme una ducha.

En la cocina está mi abuela y mi madre. Las oigo hablar de mi abuelo y decido esperar en el pasillo para escuchar la conversación sin que me vean. Estoy apoyada en la pared al lado de la puerta.

—A Daniela no le quise decir la verdad para no preocuparla —dice mi madre.

—Es mejor así. Sufriría mucho si lo supiera.

—Eso es verdad. Nunca se hubiera marchado y todos sabemos que necesitaba marcharse.

No puedo creer lo que oyen mis oídos. No puedo seguir escuchando y abro la puerta con un empujón que casi la hago giratoria.

Las dos se quedan boquiabiertas.

—¿Qué es lo que no puedo saber? —pregunto con un tono de enfado.

—Cálmate, hija. —Mi madre se acerca a mí y me coge del brazo para que me siente en una silla.

—¡Suéltame! —exclamo con un grito.

—Siéntate, por favor. Te lo explicaré todo. Pero tienes que calmarte.

Recobro la compostura y me siento en la silla. Inspiro profundo para intentar calmarme. Estoy enfadada, no porque mi abuelo pueda estar peor o mejor, sino porque me ocultan información como cuando tenía 10 años.

—Hija. No te quería decir nada, pero el abuelo empeoró desde que te fuiste.

—¿Eh?

—El mismo día que te fuiste, tuvo una insuficiencia cardíaca y tuvo que ser ingresado. Desde entonces debe tener oxígeno las 24 horas del día.

—¿Cómo? ¿Me quieres decir que está así por mi culpa? ¿Por qué no me dijiste nada? Hubiera vuelto en el mismo avión.

—Pues por eso no te dijimos nada —aclara mi abuela—. Sabíamos la ilusión que tenías en este viaje.

—No me importa el viaje ni el trabajo ni nada. Lo hubiera dado todo porque el abuelo estuviera bien.

Se quedan calladas. Mi madre está a mi lado con los codos apoyados en la mesa y las manos a la altura de la cara. Mi abuela está de brazos cruzados con la mirada agachada.

—No es justo —digo dando un golpe en la mesa.

Me levanto y regreso a mi habitación. Se me ha quitado el hambre de repente. No puedo dejar de sentirme culpable por el estado de salud de mi abuelo. Estoy muy enfadada con mi familia. No puedo creer que me lo hayan ocultado.

Doy vueltas en la habitación, desde la puerta a la ventana y vuelvo. Así una y otra vez intentando reprimir mi ira. Con gusto me iría en este mismo momento y no regresaría jamás. Si no lo hago, es por mi abuelo. Sé que me necesita a su lado.

Cojo un abrigo del armario y el bolso. Camino por el pasillo evitando que me vean. Mi madre y mi abuela siguen en la cocina. Miro a escondidas y veo que están de espaldas, así que paso sin que me vean.

Mi hermano tenía la puerta de su habitación cerrada y tampoco me ha visto.

En el salón está mi padre, leyendo el periódico. Está tan absorto en las noticias que no me ve.

Abro la puerta con la habilidad suficiente para que no me oiga nadie y salgo. Cierro la puerta con un leve tirón. ¡Bien! No me han oído.

Salgo a la calle y pongo rumbo al hospital.

Mientras camino por las atropelladas calles de Madrid, pienso en la conversación que escuché en la cocina. Niego con la cabeza con solo pensar que mi marcha fue lo que provocó el empeoramiento de mi abuelo. Me gustaría dar marcha atrás en el tiempo y volver a aquel 2 de noviembre.

Camino más de media hora hasta llegar al hospital. Voy decidida a pedirle explicaciones a mi hermana, ella también lo sabía y no me ha dicho nada. Siempre nos hemos contado todo y ahora, cuando más necesitaba su confianza, es cuando la traiciona.

Por el camino hacia la quinta planta me encuentro con varios conocidos. Son trabajadores del hospital, los cuales conozco por mi madre y mi hermana. Me saludan y yo solo les hago un gesto con la mano porque tengo prisa por llegar a la habitación donde está mi abuelo.

Entro en la habitación, pero no hay nadie. Mi abuelo sigue sumergido en un profundo sueño. Mi hermana no debe de estar muy lejos. Sus cosas están aquí.

Me acerco a mi abuelo, le doy un beso en la mejilla, me siento a su lado y le cojo la mano inmóvil. Le hablo para que sepa que estoy aquí. Deseo por todos los medios que se recupere.

Su color de piel ha cambiado. Está muy pálido.

—Abuelito, sé que estás así desde que me marché, pero ya estoy aquí. Te prometo que si te recuperas lo dejo todo y me quedo aquí, con vosotros. No me importa nada más.

No reacciona. Sigue inmóvil. Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Por favor, despierta. Nos tenemos que ir a casa.

—Dani, no se va a despertar —dice Amelia que me ha escuchado desde la puerta.

—¿Cómo estás tan segura de eso? —le pregunto con rabia.

—Esta noche ha empeorado y el médico asegura que de hoy no cree que pase.

—¿Cómo que el médico cree? ¿Quién es ese médico que asegura eso? Dime su nombre y voy a hablar con él. ¿Acaso es adivino el tipo ese?

—Cálmate. No creo que te guste saber quién es el médico.

—¿Qué quieres decir? —pregunto desconcertada, pero en una fracción de segundo me doy cuenta de qué es lo que ha querido decir.

—¿Está aquí?

Mi hermana asiente con la cabeza y de repente me empieza a faltar la respiración.

Amelia coge una silla que hay libre y la acerca para sentarse a mi lado. Me coge de la mano y me tranquiliza, pero aparto mi mano de inmediato. Sigo enfadada por la información que me ha ocultado durante todo este tiempo.

—Así que sabías que el abuelo se había puesto mal por mi partida y no me has dicho nada. ¿Quién te crees que eres para jugar con algo así?

Amelia se remueve en la silla y tarda en dar una contestación, como si estuviera pensando bien lo

que me va a decir.

—Primero, cálmate. El abuelo está aquí y no sabemos si nos puede oír o no —dice en un tono bajo—. Mamá me prohibió decírtelo porque sabía que te afectaría mucho y no quería que dejaras tus sueños por nada en el mundo.

Me cuesta asimilar esa información. En estos momentos no soy capaz de pensar ni decidir.

Miro a mi pobre abuelo con detenimiento.

—¿Crees que él hubiera querido que volvieres? —pregunta mi hermana.

Niego con la cabeza. Odio decirlo, pero tiene razón.

—Tienes que resignarte a que esto iba a pasar tarde o temprano —añade—. Por cierto, ¿dónde está el resto de la familia?

—He venido sola. Nadie sabe que estoy aquí.

Amelia coge el teléfono de dentro de su bolso y llama a mi madre, que estaba histérica porque no sabía dónde estaba yo. Me estaba buscando por todos los lados y mi hermana me dice que me han llamado varias veces.

Miro mi móvil. Tengo varias llamadas perdidas.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque estaba muy enfadada. Escuché una conversación entre la abuela y mamá sobre el estado de salud del abuelo.

—Todo lo hemos hecho por ti, para que estuvieras tranquila.

—Insisto en que deberíais habérmelo contado.

Mis padres entran en la habitación. Están ligeramente enfadados. Los miro igual que cuando era niña y hacía alguna trastada. Al final siempre me perdonaban.

—¿Por qué te has ido? —La cara de mi madre pasa de enfado a preocupación.

—Per... Perdón —digo tartamudeando.

Mi madre se acerca a mí y me da un abrazo.

Una de las máquinas que están conectadas a mi abuelo empieza a sonar. Me levanto de la silla angustiada. Los ojos se me abren como platos. Mi madre se acerca a la máquina y le da a varios botones.

Toca el timbre que conecta la habitación con el control de enfermería para que venga alguien enseguida.

A mi abuelo se le han bajado las pulsaciones y su respiración es entrecortada. Comienza a convulsionar. Me echo las manos a la cara. No puedo verlo. Pienso en lo peor. No, no, no. Este no puede ser el final.

—Mamá, haz algo, por favor —suplico.

—Hija, tranquila. —Mi padre me agarra de los hombros y me saca de la habitación.

Salgo con mi padre y, como voy con la cabeza agachada mirando el suelo, tropiezo con alguien que entra en eso momento.

Levanto la cabeza. ¡No! Es Hugo. Cierro los ojos con la esperanza de que haya sido una pesadilla y que, al abrirlos, sea otro médico el que entra.

Nada. Es él. Está igual que siempre. Me mira durante unos segundos con esos ojos tan hechizantes. Lo miro unos instantes y enseguida giro la cara para no seguir viéndolo.

Me saluda con un simple hola y entra corriendo.

Se me remueven sentimientos contradictorios dentro de mí. ¿Por qué ahora? Vuelvo a cerrar los ojos para pensar en Raúl. ¡Sí! Él me estará esperando.

El corazón me ha dado un vuelco extraño. Un escalofrío ha recorrido mi cuerpo.

Lo miro mientras está atendiendo a mi abuelo. Empieza con las maniobras de reanimación porque entra en parada y mi madre se queda con él mientras mi abuela, mis hermanos, mi padre y yo tenemos que esperar en el pasillo.

Han cerrado la puerta y todos tenemos la incertidumbre de qué estará pasando.

Tras varios minutos de angustia, mi madre sale acompañada de Hugo con lágrimas en los ojos y sé que mi abuelo no volverá a decir mi nombre nunca más ni a darme consejos. Muchos recuerdos se vienen a mi memoria.

Lloro sin consuelo. Hugo se acerca a mí.

—Ahora no —digo antes de que pueda mediar palabra.

Se aleja y se va al control de enfermería. Se sienta en una de las sillas y teclea en el ordenador. Me mira de reojo de vez en cuando, aunque ahora eso es lo que menos me importa.

Entramos en la habitación para poder estar con mi abuelo. Mi madre está en el pasillo hablando con la funeraria.

Las enfermeras entran en la habitación y nos piden amablemente que esperemos en el pasillo mientras le quitan todos los aparatos a los que estaba conectado.

Hugo va de habitación en habitación visitando a los pacientes de la planta. Lo miro sin demasiado interés, como a otro médico más que está haciendo su trabajo. En estos momentos no tengo cabeza para pensar en nadie que no sea mi abuelo y mi familia.

La funeraria ha llegado y se ha llevado a mi abuelo para prepararlo para el tanatorio. Por una parte, estoy tranquila porque por lo menos he podido estar con él en sus últimos momentos.

—Vamos a casa a comer —dice mi madre.

—Yo prefiero ir dando un paseo —contesto.

—Voy contigo —dice mi hermano.

Mientras mis padres, mi abuela y mi hermana se han ido en coche, mi hermano y yo vamos a casa dando un paseo por las calles de esta ciudad. Mi hermano me pregunta cosas acerca de Sídney mientras voy agarrada a su brazo. Nos contamos anécdotas de nuestro abuelo.

Nos reímos, aunque con lágrimas en los ojos.

En casa ya tienen la comida hecha. En la mesa del comedor están Amelia y Carlos, mis padres y mi abuela.

—Ya era hora, chicos —replica mi madre.

Nos sentamos en las sillas que hay libres. Comemos en silencio. Nadie dice nada. Yo apenas he probado bocado. Mi madre me regaña.

—Come algo, hija. No has desayunado y ahora no comes.

—Mamá, no insistas. No tengo hambre.

Me levanto de la mesa y recojo mi plato.

—Me voy a sentar en el sofá —aviso.

Mi padre asiente con la cabeza en señal de conformidad. Desde siempre en mi casa ha sido costumbre pedir permiso para levantarse de la mesa y hoy no va a ser la excepción.

Estoy en el sofá mirando fotos antiguas de un álbum que tiene mi madre. Mi abuelo cuando era joven, mi madre de niña y sus hermanos. Mis hermanos y yo en la playa. Son muchas, y muchos recuerdos agradables.

Tengo varios mensajes en mi móvil.

«Hola, Dani. Espero que estés bien y que tu abuelo esté mejor».

Luca me envió el mensaje a las tres de la tarde de Sídney. Aquí todavía eran las cinco de la mañana, pero no había visto el móvil hasta ahora.

Le contesto con lágrimas en los ojos.

«Hola, Luca. Yo estoy bien, dentro de lo que cabe. Mi abuelo ahora está en un lugar mejor. Ha muerto hace cuatro horas».

Ahora es de madrugada y estará durmiendo. En unas horas se tiene que levantar para ir a la universidad.

Tengo también un mensaje de audio de Raúl. Voy a por los auriculares que tengo en el bolso en la habitación. Me siento en la cama y escucho el mensaje.

«—Hola, princesa. Estaba durmiendo cuando me escribiste. El cambio de horario es un fastidio. Me encantaría hablar contigo en tiempo real y no tener que estar esperando a que me contestes. Espero que todo esté bien».

Le respondo enseguida.

«Hola. Me encantaría que estuvieras ahora aquí. Te necesito más que nunca. Mi abuelo ha muerto hace cuatro horas».

Sé que Raúl no responderá tampoco, porque también madruga y estará ya durmiendo. Supongo que lo leerá en seis o siete horas.

Vamos de camino al tanatorio. Me he cambiado de ropa y me he vestido con la ropa más oscura que tengo, pero no tengo nada de color negro. Aunque me da igual. No me importa lo que puedan decir.

Al tanatorio llega mucha gente. Hace rato que han llegado mis tíos y primos por parte de mi madre. Hacía mucho que no los veía. Cada uno hace su vida y ya no coincidíamos ni en las Navidades, como era costumbre cuando éramos pequeños y la familia estaba más unida.

Estoy en la entrada tomando el aire, sola. Pensando. Son muchas cosas las que se me pasan por la cabeza. Por una parte, quisiera quedarme aquí, pero por otra parte quiero volver ya a Sídney.

Saco el móvil del bolso y echo un vistazo a las redes sociales.

—Hola.

Alguien me habla, es una voz de hombre. Me doy la vuelta para saber quién lo ha hecho.

Me quedo paralizada. Es Hugo. Está aquí, frente a mí. Es como si el tiempo se hubiera detenido.

—H... Hola —digo tartamudeando.

Quisiera salir corriendo en este instante. El corazón me late tan fuerte que parece que se me va a salir por la boca.

—¿Cómo estás? No he sabido nada de ti. Le he preguntado a tu madre y a Amelia, pero no me han querido decir nada.

Mi familia no le ha contado nada porque yo se lo pedí, pero eso no se lo voy a decir. Mis amigas también tienen prohibido decirle nada.

—Bien; bueno, ahora no.

—Normal. Siento mucho lo de tu abuelo. Lo he intentado todo, pero ha sido imposible.

—Sí, lo sé. Gracias.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —pregunta.

—Un accidente sin importancia.

—Si vienes por el hospital, le puedo echar un vistazo.

—Gracias, pero no hace falta. Ya me lo revisará mi médico.

—¿Por qué no has venido a ver a tu abuelo antes? —Está empeñado en saber qué es lo que he estado haciendo.

Desde que lo dejamos el pasado mes de agosto, habíamos coincidido en algún local, o cuando iba a buscar a mi hermana o a mi madre al hospital.

—He tenido mucho trabajo —contesto.

—¿Dónde trabajas? —quiere saber.

—En una clínica veterinaria a las afueras.

Mentir, lo que se dice mentir, no lo estoy haciendo. En realidad, trabajo en una clínica a las afueras, lo que no he indicado es a qué distancia.

—Ah.

Se ha dado cuenta de que quiero evitar cualquier pregunta de mi vida privada por su parte.

—Bueno, tengo que entrar.

Me doy la vuelta, pero no puedo avanzar. Hugo me agarra por un brazo y tira hacia él para que no me vaya. Nos quedamos uno frente al otro.

—No te vayas. Tenemos que hablar.

—¿De qué quieres que hablemos? —pregunto mientras muevo el brazo para que me suelte—. Todavía tienes la poca vergüenza de hablarme después de jugar con mis sentimientos.

Se queda callado y agacha la cabeza.

—Ahora, dime tú a mí, ¿por qué has sido capaz de engañarme durante tanto tiempo?

Me enfrento por primera vez a mis miedos.

—Sabes que he intentado dejarla, pero ha sido imposible. No está bien de los nervios.

—Siempre con la misma excusa. Ya la he oído muchas veces.

—Pero es cierto.

—Cierto es que me has tenido engañada. Con haber sido sincero desde el primer día nos hubiéramos ahorrado muchas lágrimas.

—Pero yo te quiero.

¿Eh? ¿Todavía es capaz de decirme eso? Esto ya es el colmo.

—¿Qué? —digo con un grito.

La gente que está aquí se vuelve y nos mira.

—Por favor, baja la voz. Nos está mirando todo el mundo.

—Me da igual eso. Me voy. No quiero seguir escuchándote.

Entro corriendo en la sala del tanatorio donde está mi abuelo. Todos se vuelven y me miran porque jadeo intentando recuperar mi normal respiración después de la carrera desde la calle hasta aquí.

Hugo entra poco tiempo después. Le da el pésame a toda mi familia. Pasa por delante de mí, pero yo le tuerzo la cara. Volver a verlo y volver a escuchar la misma excusa me ha hecho retroceder al pasado. Ha sido un momento realmente desagradable.

Estoy deseando que pase ya este amargo trance y seguir con mi vida. Miro el ataúd. Está abierto y mi abuelo está con las manos encima del pecho. Está en paz. Está descansando después de todos los achaques que ha sufrido.

Son ya las nueve de la noche y los trabajadores del tanatorio anuncian su cierre. Nos dicen que mañana las puertas estarán abiertas desde las 10 de la mañana.

Pienso en que mi pobre abuelo estará toda la noche solo. En este lugar tan frío. En el hospital

podíamos estar con él.

Voy sentada en el asiento trasero del coche de mis padres. Mi padre va conduciendo y yo voy detrás de él, mirando por la ventanilla. Observo a la gente que camina por las calles. Algunos van a toda prisa, otros con el teléfono en la mano. Otras personas charlan tranquilamente en las terrazas de las cafeterías.

Mi móvil vibra dentro de mi bolso.

«Buenos días, preciosa. Acabo de levantarme y he visto tu mensaje. Que tu mensaje sea lo primero que veo hace que el lunes sea un día mejor».

Raúl se acaba de levantar. Allí son algo más de las siete de la mañana del lunes. Su mensaje hace que sonría.

«Hola. Acaban de cerrar el tanatorio y estoy en el coche de mi padre de camino a casa».

«¿Qué tal? ¿Estás mejor? Aunque me imagino cómo estarás. Te entiendo perfectamente. Yo he pasado por eso hace unos años».

«Pues más o menos, asimilándolo. Son momentos muy difíciles. Mañana por la tarde será el entierro».

«Ahora me tengo que arreglar para ir a trabajar, pero cada vez que te sientas mal puedes escribirme y, en cuanto vea los mensajes, te contesto. Te quiero, mi princesa».

Me ha dicho la palabra mágica. «Te quiero». Vuelvo a leer el final del mensaje. Todavía no me lo creo. Me lo ha dicho. El corazón se me sale por la boca. Mi yo interior baila de alegría en medio de tanta tristeza.

«Gracias. Me encantaría que pudieras estar aquí, aunque eso ya lo sabes. Yo también te quiero».

Le doy a enviar y espero a que se ponga el doble visto azul. Sí, lo ha leído, pero no me responde. Recibo otro mensaje. Esta vez el que me ha escrito es Charlie. Hacía tiempo que no hablaba con él.

«Hola. ¿Cómo estás? Espero que todo te vaya bien».

«Hola. Estoy en España».

«¿Te has ido de Sídney?».

«Solo es temporal. Problemas de familia».

«¿Qué ha pasado?».

«Mi abuelo ha fallecido esta mañana».

«Lo siento muchísimo. No sabía nada».

«Gracias».

En lo que he estado intercambiando mensajes, hemos llegado al garaje y mi padre ha aparcado en su plaza. Carlos aparca en la plaza de al lado. Mis padres son dueños de varias plazas de garaje.

Nos bajamos del coche. La tristeza está reflejada en nuestras caras y nadie dice nada. Es una sensación de vacío muy grande.

Si mi abuelo estuviera aquí, estaría hablando de cuando hizo la mili, o del hambre que pasó en la posguerra. Fueron tiempos difíciles para muchos. Pero, simplemente, no está. No volveremos a escuchar sus historias.

Cenamos, hablamos del día de mañana y organizamos todo. Amelia y Carlos cenan y se van porque él trabaja mañana muy temprano.

Yo solo quiero dormir y pensar en que nada de eso ha pasado. Hoy ha sido un día muy largo y me temo que mañana será mucho peor.

Quiero que el tiempo pase lo más rápido posible, pero desde que llegué aquí parece que se haya detenido. Los días son lentos y agónicos.

Me duermo pensando en el mensaje de Raúl. Es lo que me mantiene firme en estos penosos momentos.

Lunes, 27 de noviembre de 2017

Vamos camino al tanatorio. Auguro que hoy el día va a ser el más largo de mi vida y el más agónico. Casi no he dormido. Tengo unas ojeras casi más grandes que mi cara. Las he tenido que disimular con maquillaje.

En Sídney son casi las ocho de la tarde. Aprovecho el trayecto en coche para enviar un mensaje a Darel, a Kayla, a Rose y a Jack. Les explico cómo está aquí la situación.

Darel me contesta casi de inmediato. Ha hecho la guardia de este fin de semana con Henry y le toca trabajar hoy y mañana. Me ha dado una buena noticia, y es que estos días que no voy a trabajar me los pagará como vacaciones.

«Tómate los días que necesites y siento mucho la situación que estás viviendo. Un saludo».

Darel se ha portado muy bien, aunque algunos gestos suyos no me gustan.

Jack también está trabajando con Rose y me envían un audio. Kayla ha estado trabajando de mañanas, como siempre, y me envía saludos y condolencias.

Todos se han mostrado muy amables conmigo en estos momentos. Tengo buenos compañeros de trabajo, de eso puedo estar orgullosa.

En el tanatorio hay mucha gente que entra y sale de la sala donde está mi abuelo. Yo estoy sentada en uno de los sillones individuales y me dan sus condolencias, pero a muchos no los conozco. Saludo a todos cordialmente.

La mañana es insufrible. Me duele la cabeza del bullicio de la gente al hablar. No tienen respeto por nada ni por nadie. No les cuesta nada salir a hablar fuera.

Mi madre parece molesta por el mismo motivo por el que lo estoy yo. Nos miramos y ladeamos la cabeza de derecha a izquierda con discreción.

—Vamos a ir a comer por turnos. ¿Quieres ir tú ahora? —pregunta mi padre.

—No, gracias, papá. No tengo hambre.

—Llevas sin probar bocado desde el sábado por la noche. Si sigues así, te vas a marear.

—Tranquilo, papá. Estoy bien. Si más tarde tengo hambre, iré a comer.

Mi padre va a comer con Jonathan y mis abuelos paternos, que se han alegrado mucho de verme. Yo me quedo con mi madre, con mi abuela y con mi hermana.

Hugo llega de sopetón e irrumpe en mis pensamientos.

—Hola, te invito a comer.

—¿Eh?

—Te invito a comer. Por favor, ven conmigo. Solo para hablar.

Mi madre está detrás de Hugo y asiente con la cabeza para que yo acceda.

—Vale, está bien. Iré a comer contigo.

Salimos del tanatorio y nos subimos al coche. Hugo busca en el GPS un restaurante cercano.

—Podemos ir al centro comercial Islazul, que está aquí cerca —sugiere.

—Por mí, perfecto. Allí hay un restaurante italiano que me gusta.

Hugo pone rumbo al centro comercial. Tardamos apenas diez minutos, en esta zona hay menos tráfico.

Mete el coche en una de las plazas libres del *parking*, salimos del coche y caminamos hacia La Tagliatella.

Todavía estoy pensando qué me ha llevado a acceder a comer con este traidor. No sé en qué estaba pensando. No debí venir. ¿Qué pensará Raúl de todo esto? Mejor no le digo nada, porque no quiero estropear lo que estamos empezando a construir.

Entramos en el restaurante. El camarero nos acompaña a una de las pocas mesas libres que hay. Es un restaurante muy acogedor. Las mesas y las sillas son de madera y los manteles que visten las mesas son blancos.

Hugo está sentado frente a mí y me observa sin parpadear. Me tapo la cara con la carta del menú para que no vea que tengo las mejillas coloradas.

Miro la carta con detenimiento. Todo lo que ofrecen aquí está muy bueno, pero no tengo hambre. El estómago se me cerró desde la conversación que escuché entre mi madre y mi abuela, y todavía sigo dándole vueltas a ese asunto.

—Buenas tardes. ¿Qué van a tomar? —pregunta el camarero.

—Para mí, una *pizza* cuatro estaciones y de beber, agua. Gracias —responde Hugo.

—Yo... Un tartar de salmón y agua también. Gracias. —Haré un esfuerzo por comer, aunque sea un poco.

El camarero se aleja con nuestro pedido y vuelve poco tiempo después con la bebida y una bandeja de pan.

—Tenía muchas ganas de verte —dice Hugo con una dulce sonrisa.

Está igual de seductor que siempre.

—Sinceramente, yo no.

Su rostro dibuja una cara seria. Pero no le iba a mentir. Solo he dicho la verdad.

—Bueno... Siento que pienses así. Yo solo quería estar un rato contigo.

El camarero viene con nuestra comida. Sirve primero mi tartar, que huele muy bien, y después le sirve a Hugo su *pizza*.

Cojo el tenedor y pruebo un bocado. El salmón está exquisito.

—Quería pedirte disculpas una vez más.

—No necesitas pedirme disculpas. No necesito escucharlas —contesto. No quiero que se me indigeste la comida—. He aceptado a comer por educación —prosigo.

—No me digas eso. Me gustaría que dijese, más bien, que tenías ganas de verme o estar un rato conmigo a solas.

—¿Qué pretendes? —pregunto sin pelos en la lengua.

—No pretendo nada. Solo tenía ganas de estar a solas contigo y poder charlar sin que nadie nos moleste.

—¿Y de qué quieres que hablemos? Lo que teníamos que decirnos ya lo hicimos en su momento.

—Yo quiero estar contigo —dice mientras me agarra la mano que tengo libre.

—¿Cómo puedes decirme eso? —Retiro la mano que me ha agarrado—. Después de todo lo que me has hecho... —Me quedo callada.

—Ya te expliqué por activa y por pasiva el porqué de la situación.

—Pero seguro que sigues con ella. ¿O me equivoco?

Hugo baja la mirada.

—El que calla otorga —replico.

—Es que... —Hace una pausa para coger aire—. Yo te quiero a ti.

Me mira con esa mirada penetrante y tan seductora que por un segundo olvido todo lo malo que

he vivido con él.

—Me has engañado durante más de un año y ahora piensas que con un simple te quiero se soluciona todo, y no es así. Deberías haber sido sincero conmigo desde el primer día. —Estoy furiosa, tanto que me dan ganas de levantarme e irme.

—No te vayas —suplica agarrándome del brazo—. No tocaremos más ese tema si tú no quieres.

Asiento con la cabeza y sigo comiendo desganada.

—¿Qué tal en tu trabajo?

—Bien. Muy contenta. —No voy a entrar en detalles.

—¿Has conocido a alguien? —Quiere saber.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Es curiosidad. Seguro que has conocido a alguien —insiste.

—Si he conocido a alguien o no, es algo que no tiene que importarte. Pertenece a mi vida privada y tú hace mucho que saliste de ella.

—Por favor, no me trates así.

—Te trato como te mereces. No te hagas la víctima.

Odio que quiera hacerse la víctima conmigo. Después de todo lo que me ha hecho, aún quiere saber si he conocido a alguien o intentar dar pena.

—Bueno, ¿qué tal está el tartar? —cambia de tema.

—Delicioso. ¿Y tu *pizza*?

—Exquisita.

Terminamos de comer y el camarero viene y recoge los platos.

—¿Quieren algo de postre o café?

—No, gracias —contesto.

—Un café solo para mí, por favor —contesta Hugo.

El camarero se aleja con los platos sucios y da órdenes a otro camarero que está detrás de la barra para que prepare el café de Hugo.

—¿En serio no quieres un café? —pregunta Hugo.

—No, gracias. Solo quiero volver al tanatorio y estar con mi familia.

Hugo se toma el café en un par de sorbos. Paga la cuenta y salimos del restaurante en dirección al *parking*.

Llegamos al tanatorio y yo me bajo del coche nada más aparcar.

—Espérame —dice.

No le hago caso y sigo andando.

Hugo me agarra del brazo y tira de mí hacia él haciendo que quedemos muy cerca uno del otro, casi tanto que puedo escuchar los latidos de su corazón.

Su respiración aumenta y su mirada se oscurece. Mi cuerpo se estremece advirtiéndome de sus intenciones.

Quiero salir corriendo, pero, no sé por qué, mis pies no se mueven de donde están.

Mi cerebro ha dejado de pensar. Los latidos de mi corazón se han disparado y mi respiración es entrecortada.

Hugo se acerca a mí peligrosamente y me besa en los labios apresuradamente. Sus besos no han cambiado. Son los mismos de siempre. A mi mente llegan todos los recuerdos vividos. El tiempo se ha detenido y parece que llevamos mucho tiempo aquí.

Vuelvo en mí, me separo de él y salgo corriendo. Entro en la sala del tanatorio todavía con la respiración jadeante. Todos se vuelven y me miran.

Entro y me siento en uno de los sofás que hay libres. Intento obviar las miradas que me siguen. Hugo llega detrás de mí y también disimula. Lo miro de reojo enfadada.

A mi mente llega Raúl. Es como si le hubiese sido infiel con ese beso que Hugo me robó. Mis sentimientos encontrados vuelven a florecer. No. En este momento, no. Ahora solo puedo pensar en este momento. En mi abuelo, que está ahí, con sus ojos cerrados. Y ya no los volveré a abrir.

El tiempo no avanza. Todos estamos agotados por la situación. Mi abuela no ha dejado de llorar desde ayer. Mi madre es algo más fuerte, pero por dentro está igual que ella. Mi hermana está sentada junto con su novio y mi hermano entra y sale cada poco de la sala.

Acaban de llegar mis amigas. Me levanto corriendo y las abrazo una por una. Mi hermana viene y hace lo mismo. Nos dan sus condolencias y se sientan con nosotras.

Empiezan a preguntar sobre mi vida en Sídney. Las silencio enseguida. Hugo se ha dado cuenta de algo porque tiene los ojos como platos y me escruta con la mirada.

—¿Estáis locas? —les digo susurrando—. ¿No veis que está ahí Hugo? —digo haciendo señas con las cejas.

—Perdón —se disculpan.

Salimos a hablar. Me hacen un montón de preguntas y las respondo una a una como buenamente puedo. Parecen periodistas en busca de la noticia del día. Tengo que admitir que son un poco cotillas. Me han hecho miles de preguntas acerca de mi mano. Alicia está muy interesada en saber sobre mi vida amorosa. Ella habla sobre los planes de boda.

—Ya tengo la fecha de la boda —dice.

—¿Cuándo? —pregunto.

—El 25 de agosto.

—Carlos me ha pedido matrimonio hace unos días —informa Amelia.

Carla es la eterna soltera. Es muy selectiva con los chicos. Nunca le hemos conocido a ningún novio, y Marta, por más que busca y sale a la caza cada fin de semana, no hay ninguno que le llene el ojo.

Y yo, en fin, simplemente no tengo suerte.

—Todavía tengo que hablarlo con Carlos, pero quizás podríamos casarnos una semana después para que Daniela pueda estar en las dos bodas y no tenga que hacer dos viajes.

Todas asentimos con la cabeza en señal de conformidad.

—¿Tienes algún enamorado en Sídney? —me pregunta Marta.

—No —miento, aunque no es muy habitual que les mienta a mis amigas, pero sé que se van a poner a gritar y a llamar la atención y no es ni el momento ni el lugar.

—Bueno, yo he visto en tu perfil de Facebook que estás etiquetada en unas fotos bailando con un chico muy guapo. —Alicia está muy al día con las redes sociales.

Intento disimular como puedo.

—Bueno, es solo el profesor de baile. Aunque en aquel momento no lo conocía. Simplemente me invitó a bailar —aclaro.

Mi madre viene para avisarnos de que ya han venido los empleados de la funeraria para trasladar a mi abuelo a la iglesia.

Entramos de nuevo en la sala y veo por última vez el rostro de mi abuelo. Las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos. Carla, Alicia y Marta me abrazan para consolarme. A mi hermana la abraza Carlos.

Vamos hacia el *parking*.

—¿Quieres venir conmigo? —me pregunta Hugo.

Niego con la cabeza y camino hacia el coche de mis padres. Mis amigas van en el coche de Marta.

—Nos vemos en la iglesia —les digo.

Vamos detrás del coche fúnebre. Sin duda, el momento más triste que he vivido hasta ahora. Nadie dice ni una palabra. El silencio se hace eco y la radio del coche está apagada.

El sacerdote nos espera en la puerta y saluda a mis padres y a mi abuela. Entramos en la iglesia detrás del féretro.

Nos sentamos en los primeros bancos de la iglesia. Miro hacia atrás. Alicia, Marta y Carla están sentadas bastante atrás. Me hacen un pequeño gesto de saludo y yo les respondo de la misma manera.

Hugo se sienta a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto desconcertada.

—Solo quiero estar contigo en estos duros momentos —responde.

Intenta cogerme la mano, pero la aparto de inmediato.

Nos ponemos en pie y el sacerdote empieza con los rituales propios de este sacramento. No es algo que me agrade. No soporto las palabras del cura de que Dios lo llamó para subir al cielo.

Pongo mala cara.

Miro de reojo a Hugo que ha intentado en varias ocasiones cogerme de la mano o pasar su brazo por detrás de mi cintura.

Mi madre nos mira con una sonrisa. A ella le encantaría vernos juntos porque no sabe cuál fue el motivo de nuestra separación. Para ella somos la pareja perfecta.

Nos damos la paz y Hugo me da la mano y me abraza.

—Quiero volver —me susurra.

—No es momento para hablar de esto —respondo.

Me da un beso en la mejilla y nos separamos.

El sacerdote da por terminada la misa y salimos rumbo al cementerio.

Mi abuela se derrumba en el cementerio cuando ve cómo meten el ataúd en ese agujero. Mis lágrimas caen a borbotones. No puedo evitar llorar desconsoladamente, mientras Carla me abraza y me dice palabras de consuelo.

Hugo está a mi lado derecho. De vez en cuando me acaricia la espalda, pero eso, en vez de ayudarme, me incomoda.

Me acerco a mi abuela y la abrazo. Es un abrazo de consuelo, aunque sé que nada la puede consolar en este momento. Va a pasar mucho tiempo hasta que se acostumbre a la soledad de no tener a mi abuelo.

Arranco una flor del centro de flores que le hemos puesto. Le doy un beso y la lanzo al nicho.

—Adiós, abuelo. No sabes cuánto te voy a echar de menos.

Mi padre me abraza y me aparta para que los trabajadores puedan colocar la lápida. No me puedo creer que la primera vez que vengo a España desde que me fui sea para esto. Me veía viniendo en febrero, a celebrar mi cumpleaños, pero está claro que la vida es caprichosa y no siempre es como queremos.

Mientras nuestros amigos y algunos familiares lejanos se van del cementerio, mi tío, mi tía y mis primos, así como mi abuela, mis padres y mis hermanos, seguimos mirando la lápida de mi abuelo. Inmóviles. Sin mediar palabra.

Empieza a llover y uno a uno se van alejando. Yo me quedo bajo la lluvia. El pelo se empapa de lluvia, pero no me importa.

Quiero estar sola para despedirme de mi abuelo. Mi referente. Él ha sido siempre mi ejemplo a seguir. Y ahora no está. Nos ha dejado.

—Hija, vamos. Si te quedas aquí, te vas a enfermar.

—Déjame. Necesito estar sola. Por favor.

—Como quieras. Te esperamos en el coche.

—No hace falta. Yo voy después a casa.

Mi padre intenta por todos los medios que me vaya con él, que me mueva del sitio en donde estoy anclada. No lo consigue.

Estoy sola. Empieza a oscurecer y la lluvia ha empezado a ser más intensa. Alguien con un paraguas me resguarda del tremendo aguacero.

Hugo está aquí. Insiste en estar conmigo.

—Vete. Quiero estar sola.

—Estás empapada. Te vas a resfriar. Ven conmigo. —Me agarra de la cintura y me acompaña hasta la salida del cementerio—. Ven. Te llevo —insiste.

Acepto.

Hugo me lleva por una ruta que no es la de casa de mis padres.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa —responde con cierta tranquilidad.

—¿A dónde? —pregunto con un tono más elevado.

—Quiero que veas con tus propios ojos que ya soy libre.

Hugo mete el coche en el *parking* de su edificio y subimos en el ascensor hasta la cuarta planta, donde vive. Es la primera vez que estoy aquí. Solo había visto donde vive por fuera. No sabía ni cuál era la planta.

Entramos.

Es un apartamento. Me hace un *tour* para que lo vea todo, incluso abre los armarios para que vea que no hay otra ropa que no sea la de él en el interior.

En el cuarto de baño solo hay un cepillo de dientes y no hay productos femeninos.

Me siento en el sofá y, mientras espero que Hugo me traiga una toalla para secarme el pelo, saco el móvil del bolso y lo enciendo. Tengo mensajes pendientes de Raúl.

«Hola, preciosa. Espero que el día no sea demasiado largo. Te echo de menos y tengo ganas de que llegues. Me hubiera gustado estar contigo. Te quiero».

«Hola, mi príncipe. Se está haciendo más largo de lo que esperaba. Yo también te echo de menos. Te quiero».

Hugo viene con una toalla y una taza de café con leche. Intenta mirar lo que estoy haciendo en mi teléfono, pero yo soy más rápida y apago la pantalla y devuelvo el móvil al bolso.

Se sienta a mi lado y se acerca a mí. Empieza a besarme el cuello, me acaricia por encima de la blusa y empieza a desabrochar uno a uno los botones. Sus labios recorren los míos.

«¡No! —me grita mi yo interior— ¿Qué haces? Piensa en Raúl». Detengo de inmediato la acción de Hugo.

—Llévame a casa, por favor —digo mientras me abrocho los botones de la blusa.

—Tengo ganas de ti. —Sus palabras recorren mi cuerpo y me hacen estremecer.

—Me voy. —Me levanto y Hugo, sintiéndose culpable, accede a llevarme sin volver a mencionar ni una palabra.

En el coche hay un silencio molesto, así que enciendo la radio y busco una emisora que tenga música variada.

Hugo se aleja en su coche mientras yo entro rápido en el portal. Me siento en las escaleras. Pienso en lo que ha estado a punto de pasar. Me siento muy culpable. Las dudas me invaden.

¿Cómo puede ser que me haya prestado a esto? ¿Cómo puede ser que no haya sido capaz de decir que no antes de que me besara?

Entro en casa. Todos están sentados en el salón, excepto mi madre que está en la cocina preparando la cena. Saludo y voy a la cocina. Necesito un abrazo de mi madre.

Mi madre me ve y la expresión de su cara se endulza y me abraza fuertemente.

—Hija, estás empapada. Ve a ducharte. Te vas a resfriar.

Hago lo que dice. Ella siempre tiene razón.

Estoy en la ducha. El agua me cae por el pelo, la cara, la espalda... Intento no atormentarme por lo que ha sucedido en casa de Hugo. Niego con la cabeza. No ha pasado nada. He sabido decir que no. Al llegar a Sídney se lo tengo que contar a Raúl y desahogarme. Espero que lo entienda y no me deje.

Me ha dicho que me quería. Sí. Voy a pensar solo en eso.

En la cena solo se habla de la herencia que ha dejado mi abuelo. Mi abuela nos comenta que él ha dispuesto de un dinero para los nietos. Me sorprende porque no sabía nada. Tampoco sé la cantidad, ni me importa. Nunca he sido avariciosa con ese tema.

Mi trabajo lo hago por amor, no por lo que gano. Aunque me viene bien.

Mi madre nos comenta que mañana tenemos que ir al notario para que revele lo que mi abuelo ha dispuesto para nosotros.

—¿Cuándo te vas? —pregunta mi madre.

—Todavía no lo sé. Al terminar de cenar tenía pensado mirar vuelos. Cuando vine solo compre de ida —explico.

—Quédate —suplica mi hermano.

—Me gustaría quedarme contigo, enano. Pero tengo que volver. Si estudias, te pago en verano el viaje para que vengas a verme.

Mi hermano se pone muy feliz y me da un fuerte abrazo.

Estoy en la habitación. Enciendo el portátil y busco vuelos para esta semana.

El jueves sale uno a las dos y veinticinco de la tarde de Barajas. Lo compro.

Informo a mis padres, que todavía están en el salón, del día y la hora en que me iré.

—Nosotros te llevaremos —comunica mi madre.

—Lo sé, mamá.

Les doy un beso y me voy a la cama.

Mi hermano está en la cama, viendo la televisión. Mañana no irá al colegio porque tenemos que ir al notario; además, está muy triste.

Mi abuela se ha ido a la cama pronto. Estaba muy cansada. Para ella ha sido muy duro la marcha de mi abuelo.

Me duermo con la frustración de lo que ha pasado en el apartamento de Hugo, de su súplica de que volvamos y de cómo se lo voy a decir a Raúl.

Si me lo hubiera pedido hace cuatro semanas...

Jueves, 30 de noviembre de 2017

Hoy es el día de las despedidas. Hoy tengo que volver a Sidney. Tengo que hablar con Raúl y explicarle lo que pasó con Hugo. No he podido dormir pensando en ese momento.

El martes por la mañana he ido con mis padres, mis hermanos, mis tíos, mis primos y mi abuela a la lectura del testamento. Mi abuelo nos ha dejado boquiabiertos incluso después de su fallecimiento por su extraordinaria generosidad.

A mi madre y a mi tío les ha dejado cincuenta mil euros y una vivienda para cada uno.

Mi abuela seguirá viviendo en la casa que será de mi madre y también disfruta del dinero que tenían en una cuenta conjunta, aunque creo que mi abuela se quedará a vivir con mi madre.

A mis dos primos, mis hermanos y a mí nos ha dejado veinte mil euros a cada uno. Eso es algo que no nos esperábamos.

Mi padre se va a encargar de invertir bien nuestro dinero en su banco para obtener ganancias a medio y largo plazo. Ahora no lo necesito y prefiero invertirlo.

Mi hermano quería comprarse una moto, pero como es menor de edad no puede y serán mis padres quienes se encargarán de salvaguardar su dinero.

Por la tarde estuve disfrutando de un buen café hecho por mi madre, hablando con ella y con mi hermana, sentadas en la cocina, como en los viejos tiempos.

Mi hermana y yo pasamos la mañana juntas, de compras. Después hemos comido con mis padres y mi hermano en un restaurante cerca del trabajo de mi padre.

Por la noche, Amelia y yo cenamos con Carla, Marta y Alicia. Nos hemos hecho fotos, nos hemos reído e incluso llorado con algunos recuerdos.

Estos días me han hecho pensar en quedarme y disfrutar haciendo lo que me gusta con mi familia y mis amigos, pero echo de menos a Raúl y tengo ganas de verlo, abrazarlo y besarlo.

Tengo miedo de volver y de que mi adonis se haya olvidado de mí. No me ha enviado ningún mensaje desde el lunes. ¿Será que ya encontró a otra mejor que yo? ¿Será que intuye lo que yo he hecho aquí? Eso es imposible.

«Daniela, deja de pensar en tonterías», me riñe mi subconsciente. Será mejor que solamente piense en volver y después veremos lo que hay al llegar.

Estoy terminando de hacer mi maleta. Guardo el portátil en la funda y reviso bien cada rincón de la habitación y del baño para no olvidarme de nada.

—Daniela, ¿te preparo algo para comer? —dice mi madre desde la puerta de la habitación.

—No, mamá. Gracias. Comeré algo en el aeropuerto. Todavía es temprano —respondo.

El reloj marca las doce y cuatro minutos de la tarde.

Mi padre va a salir temprano del banco para llevarme al aeropuerto. Dijo que llegaría sobre la una. Me siento en el sofá. Mi hermano está jugando a la PlayStation. No ha ido al instituto en todos estos días por el entierro de mi abuelo y por mí. Quería estar conmigo. Miro cómo juega y le ayudo en las misiones.

Mi madre está nerviosa, lo sé, porque no para de limpiar sobre limpio. Mi abuela está sentada en el otro sofá criticando los juegos agresivos a los que juega mi hermano y dándome consejos. Para ella todavía soy una niña y me trata como tal.

Aunque me crispa un poco, también me consuela. Ella lo hace desde el cariño que me tiene. También lo hace todavía con mi hermana y hasta con mi madre.

Mientras asiento con la cabeza para que mi abuela piense que estoy escuchando lo que me dice, saco mi móvil del bolsillo y le envío un mensaje a Raúl para que me recoja en el aeropuerto.

«Buenos tardes, mi príncipe. Digo buenos tardes porque aquí son las doce y media de la tarde. Mi vuelo sale hoy de Madrid a las dos y veinticinco. Llego a Sídney mañana a las diez y media de la noche. Besos».

En Sídney son las diez y media de la noche. Tardo algo más de diez minutos en obtener una respuesta.

«Buenas noches, preciosa. Acabo de terminar la clase. No ha sido lo mismo sin ti. Te estaré esperando en el aeropuerto con ganas de besarte y abrazarte. ¿Cómo estás?».

«Un poco mejor».

«Aquí estaré yo para consolarte. Te quiero».

Y otra vez me ha escrito «te quiero». Me encanta leerlo. Se me ponen ojitos de colegiala y una sonrisa tonta invade mi cara.

«Yo también te quiero».

Vamos camino del aeropuerto. Mi abuela se ha quedado en casa, llorando. Mi hermano me ha dado un abrazo y se ha quedado a acompañar a mi abuela para que no se quedase sola. De mi hermana y de su novio me despedí ayer, al igual que de mis amigas.

Desde el lunes no volví a ver a Hugo, mejor así. Tenía miedo de acabar flaqueando y sucumbir al pecado al que me estaba arrastrando. Me he dado cuenta de que soy débil.

Echo un último vistazo a la ciudad que me vio nacer y mi padre se adentra en el *parking* del aeropuerto. Hay pocas plazas libres y le cuesta encontrar una.

Finalmente, y después de dar varios rodeos, aparca.

Entramos en la terminal T4. Hay mucha gente. Tengo una hora para pasar el control de pasaportes y encontrar la puerta de embarque.

—Daniela, te vamos a echar mucho de menos. —Mi madre llora sin consuelo.

—Yo también os voy a echar muchísimo de menos.

—Que tengas un buen viaje, hija —dice mi padre.

—Os aviso cuando aterrice en Dubái.

—Sí, Daniela. Mantennos informados en todo momento. Por cierto, come algo. No has probado bocado desde ayer. —Mi madre, como siempre, tan protectora.

—Sí, mamá. Compraré algo dentro. Tengo que pasar el control de pasaportes.

—Sí, Dani. Tu puerta es la S41 —dice mi padre señalando la pantalla de información.

Saco el pasaporte del bolso y la tarjeta de embarque y lo guardo en el bolsillo de mi pantalón. Mi padre me da la maleta y me despido de ellos con un abrazo infinito.

—Cuídate, Daniela —insiste mi madre.

—Sí, mamá. Lo haré.

Pongo mi bolso y mi chaqueta en una de las bandejas y la maleta en otra, y las deposito en la cinta para que las revisen en la máquina de rayos X.

Paso por el detector de metales, voy al otro lado de la cinta y recojo mis pertenencias. Pensé que tardaría más en hacer este trámite porque hay bastante gente, pero tienen a muchos trabajadores y todo muy bien organizado.

Todavía puedo ver a mi madre a lo lejos saludándome con una mano y secándose las lágrimas con un pañuelo que sostiene con la otra.

Mi padre la rodea con el brazo alrededor de su cintura y se despide de mí con la mano que tiene libre.

Les echo un beso, les digo adiós con la mano y me alejo hacia la zona de información de vuelos.

Repaso una vez más la pantalla de información y entro en el pasillo que indica las puertas de embarque desde la S20 hasta la S45. Mi puerta es la S41.

Hace pocos días estaba como ahora, sentada delante de una puerta de embarque, comiendo y pensando. Hoy hago lo mismo, pero con una diferencia, hay una persona menos en la familia. Me voy con una gran pena.

Como el sándwich que he comprado en una de las tiendas. Miro las fotos que nos hicimos mis amigas, mi hermana y yo ayer por la noche. Carla las ha subido a Facebook y me ha etiquetado en todas.

Termino el sándwich y aprovecho que estoy en la cola de la puerta de embarque para enviar un mensaje a Darel.

«Buenas tardes. Estoy en el aeropuerto, en Madrid. Llegaré mañana por la noche a Sídney. El lunes me puedo reincorporar al trabajo. Espero que no haya sido un problema mi marcha repentina. Un saludo».

Su respuesta no se hace esperar.

«Buenas noches. Estaba a punto de irme a dormir. Nos hemos añañado muy bien. Te esperamos el lunes. Un saludo».

«Gracias. Otro saludo».

Entro en el avión y me siento al lado de la ventanilla, en el asiento que tengo asignado. Las azafatas dan las instrucciones mientras los pilotos comprueban los motores y, al terminar la demostración, se sientan y se preparan para el despegue.

Envío los últimos mensajes antes de poner el teléfono en modo avión y recibo los mensajes de mi familia y mis amigas de inmediato.

No recibo respuesta de Luca ni de Carol ni de Raúl. En Sídney es medianoche y estarán ya durmiendo.

El avión se estabiliza en el aire. Ha sido un despegue un poco complicado por culpa del viento.

Las azafatas empiezan a desfilar con los carritos ofreciendo bebidas y comidas de todo tipo. Tienen una gran variedad.

—¿Desean algo? —pregunta la azafata.

—Un café con leche, por favor —contesto.

—Un café para mí —dice el joven que está sentado a mi lado.

La azafata prepara los cafés con mucha habilidad y nos los entrega. Lo dejo encima de la bandeja. Saco la tarjeta de dentro de la cartera y lo pago.

Por delante todavía me esperan seis horas de vuelo. Estoy cansada y los ojos se me cierran. Coloco el abrigo en la ventanilla y apoyo la cabeza en él.

Me sumerjo en un profundo y relajante sueño.

Me despierto sobresaltada con una turbulencia. Miro por la ventanilla, es de noche. El chico de al lado me sujeta el portátil porque casi se me cae con uno de los golpes de la turbulencia.

—Gracias —digo agradecida.

—No hay de qué —responde.

—¿Qué pasa? —pregunto todavía frotándome los ojos.

—Estamos pasando una zona de turbulencias —me explica.

La azafata se acerca a mí y me pide amablemente que apague el portátil y que cierre la bandeja. El indicador del cinturón de seguridad está encendido.

Hago lo que me dice la amable azafata y coloco el portátil dentro de su funda, debajo del asiento delantero.

Miro el reloj. Las ocho de la noche en España. En Dubái son tres horas más.

Las turbulencias no cesan. Las luces de la cabina se apagan y hay gente que grita. Yo me agarro al reposabrazos y cierro los ojos.

—Tranquila, es normal en esta zona. —El chico que se sienta a mi lado intenta calmarme.

Por mi mente pasan imágenes de mi vida, de mi familia, del entierro de mi abuelo, de Hugo y de Raúl, sobre todo de él. Quiero que esta pesadilla pase ya. Quiero verlo.

El avión cae en picado durante unos segundos y los gritos de la gente se agudizan, pero yo simplemente estoy muda. Soy incapaz de emitir ni un sonido. Cierro los ojos con más fuerza y siento la mano de mi compañero de asiento acariciando la mía.

Me relaja la tranquilidad que emite.

El piloto habla a través de los altavoces. Dice que la situación está controlada y desactiva el indicador del cinturón de seguridad. Abro los ojos lentamente.

—¿Estás bien? —me dice el chico de al lado mirándome con desconcierto.

Asiento con la cabeza todavía aturdida.

Todas las personas del avión, incluidas las azafatas, suspiran de alivio. Y no es para menos. Me he llevado el susto de mi vida. Pensé que nunca volvería a ver a la gente que quiero.

Falta una hora para aterrizar. Le pido a la azafata una tila para calmar los nervios.

Suspiro.

Viernes, 1 de diciembre de 2017

El avión toca tierra. Las caras de todos lo que estamos a bordo es de alivio. Algunos suspiran aliviados y, en cuanto el avión para, empezamos a aplaudir.

Llegamos con media hora de retraso.

Es casi la una de la madrugada. Tengo una hora para pasar el control de pasaportes para entrar en el aeropuerto y volverlo a hacer para ir a la próxima puerta de embarque con destino a Sídney.

A pesar de haber dormido algunas horas, estoy cansada. El agotamiento por no saber lo que iba a pasar me ha dejado muy exhausta. Espero que el próximo vuelo sea más tranquilo.

La zona del control de pasaportes está casi vacía. Muestro mi pasaporte al policía y paso hacia la terminal.

El chico que estaba a mi lado en el avión está detrás de mí.

—Me llamo Steve —dice mientras me extiende la mano.

—Yo me llamo Daniela —respondo.

—¿A dónde vas ahora? —me pregunta.

—A Sídney —informo—. Solo tengo cuarenta minutos. ¿Y tú?

—Yo me quedo aquí. Tengo que visitar otro hotel en Dubái. Estaré tres días y luego iré a Japón.

—Gracias por darme ánimos en el avión. Fue un momento un poco tenso y no estoy acostumbrada.

—No hay de qué. Ya me di cuenta. —El chico se ríe. Pasamos el control de pasaportes y me despido de él mientras echo a correr para no perder el siguiente avión.

Me dirijo a la puerta B15. Corro. Están a punto de cerrarla. Me pongo a la cola, intentando restablecer mi respiración normal y subo al avión.

Envío una nota de voz en el grupo familia de WhatsApp y otro al grupo que tengo con mis amigas. Omito el problema de las turbulencias. Lo contaré cuando ya esté en casa. No quiero que se pongan nerviosos sabiendo que tengo que volver a volar ahora.

Tengo mensajes sin leer de Carol y de Raúl. El de Carol es un mensaje de voz. Lo escucho con los auriculares.

«—Hola, Dani. Te estamos esperando con los brazos abiertos. Te voy a buscar al aeropuerto. Un beso».

Por detrás se oía a Luca emocionado por mi llegada.

«—Hola, Carol. Estoy haciendo escala en Dubái. En unas catorce horas estoy en Sídney. No hace falta que me vayas a buscar. Me recoge Raúl. Un beso para vosotros también».

Abro el mensaje de Raúl.

«Hola, preciosa. Espero ansioso tu llegada. Estoy contando las horas. Voy a trabajar. Te quiero».

El mensaje de Raúl me lo ha enviado a las siete y media de la mañana.

«Hola, mi príncipe. Estoy en el segundo avión. Nos vemos en catorce horas. Yo también te quiero».

Pongo de nuevo el teléfono en modo avión y me acomodo en el asiento. Van a ser muchas horas y necesito estar lo más cómoda posible. He comprado algo para picar. Lo llevo en el bolso y tengo más películas en el portátil.

Pasan de las dos de la mañana y el avión todavía no ha despegado. Nos avisan de que tienen que hacer antes unas comprobaciones. El miedo se apodera de mí.

Quiero llegar sana y salva a Sídney.

Son las dos y media y por enésima vez vuelvo a escuchar las instrucciones de las azafatas. Otra vez vuelvo a vivir un despegue. Esta vez más tranquilo. Y otra vez el carrito de las comidas y bebidas vuelve a pasar por delante de mí.

Pido un café con leche mientras enciendo de nuevo mi portátil y conecto los auriculares.

La azafata me sirve lo que he pedido en una bandeja. Como el asiento de mi derecha está libre, coloco ahí la bandeja que me ha dado la azafata con el café.

El café me sienta bien. Está caliente y lo bebo a pequeños sorbos mientras me río para mis adentros con mi serie favorita.

A mi pensamiento llega otra vez la imagen de Hugo y yo en su casa. Besándonos y él desabrochándose la blusa. No sé todavía cómo se lo voy a decir a Raúl. No quiero que afecte a la relación que estamos empezando a consolidar.

Resoplo.

Es algo que necesito resolver y pasar página. Con un poco de suerte no volveré a ver a Hugo. O eso creo. Cuanto más lejos esté del hospital donde trabaja, mejor.

Intentaré evitarlo cuando vuelva a Madrid.

Me remuevo en el asiento una y otra vez con la intención de buscar la mayor comodidad para descansar, pero no lo consigo. Me levanto y voy al cuarto de baño varias veces y, de paso, estiro las piernas.

Han pasado cuatro horas desde el despegue. Vuelvo a mi asiento, cierro el portátil y me acomodo con la chaqueta en la ventanilla como almohada para dormir.

Tengo que comprarme una almohada anatómica que se coloca en el cuello. Mucha gente la usa y se ve cómoda.

Cuanto más tiempo duerma, más rápido pasarán las horas y más cerca estaré de mi adonis. Tengo ganas de verlo. Me imagino cómo será ese reencuentro. Y me duermo pensando en él.

Quedan tres horas y media para aterrizar y ya he visto todas las películas que tengo en el portátil y también las series. Conecto los auriculares al móvil y escucho música.

El vuelo se me está haciendo eterno. Ni durmiendo pasan las horas. Llamo a la azafata y le pido otro café con leche. He cogido un poco de frío porque el aire acondicionado de los aviones siempre está muy fuerte.

Ed Sheeran y su *Perfect* me envuelve con su hermosa letra. Una a una, van pasando las canciones de mi lista. Romeo Santos, Pablo Alborán, Fito y Fitipaldís, Luis Fonsi o Maluma, entre otros, me acompañan en este viaje con sus canciones, algunas más románticas y otras, más sensuales.

Disfruto de cada una de ellas. Mi yo interior tiene un micrófono y las está tarareando.

Las azafatas desfilan por el pasillo con la cena. Con el cambio de horario deben de ser poco más de las ocho de la tarde en Sídney. Pido pasta y una Coca-Cola.

El servicio de comidas es francamente bueno. La comida, a pesar de ser precocinada, tiene buen sabor.

Lentamente, la hora de llegada se acerca y estoy impaciente por bajarme de este avión y correr a los brazos de Raúl. Espero que siga igual de guapo.

Por fin, el piloto anuncia que aterrizaremos en veinte minutos. Pensé que nunca llegaría este momento. Me preparo para el aterrizaje. Me pongo el cinturón de seguridad y cierro la bandeja.

Los nervios afloran bajo mi piel. Se va acercando el momento de ver a mi adonis y de sacar valor para contarle lo sucedido. Solo pienso en eso. Mi mente no es capaz de pensar en otra cosa.

El avión toca tierra suavemente y se detiene delante de la terminal. Tardamos un rato hasta que las puertas del avión se abren y bajo despacio las escaleras hasta la pista de aterrizaje.

Camino hasta el control de pasaportes. Otra vez las largas colas. Otra vez el formulario declarando que no llevo nada extraño. Ya tengo ganas de pasar este trámite.

Camino, agotada, hasta la entrada. ¡Ahí está! Raúl tiene un ramo de flores en la mano. Supongo que para mí, aunque no quiero llevarme una desilusión. ¿Eh? A su lado están Carol, y Luca, como siempre, llamando la atención. Da saltos de alegría y la gente que está a su alrededor lo observa riendo.

Mi plan de contarle a Raúl lo que sucedió en España tendrá que esperar.

Corro hacia ellos. Luca viene hacia mí y me da un fuerte abrazo. Carol y Raúl llegan detrás. Tengo que separar a Luca de mí si quiero saludar a los demás.

Carol me da un beso en la mejilla. Raúl me mira fijamente. Siento que el tiempo se ha detenido y que solo estamos nosotros en el aeropuerto.

Me da las flores. Con una enternecedora sonrisa. No puedo contener las lágrimas. Son demasiadas sensaciones juntas.

Raúl aparta las flores y me da un beso en los labios, dulce y apasionado. Podría estar así toda la vida.

Nuestros labios se separan.

—Te he echado mucho de menos —dice mientras me seca las lágrimas de las mejillas.

—Yo también a ti. Me has hecho mucha falta.

—¿Y yo qué? —se queja Luca.

—A ti también —respondo dándole un beso en la mejilla—. Todos me habéis hecho mucha falta.

Nos dirigimos al *parking*. Raúl ha traído su coche.

—Me habéis engañado —refunfuño.

Luca y Carol se ríen.

—Ha sido idea de Luca. Pensó que sería buena idea que nos vieses a todos juntos —explica Carol.

—Eso es verdad. Tenía muchas ganas de veros.

—¿Qué tal todo en España? —Raúl pasa su brazo por detrás de mi cintura.

—Más o menos. Lo de mi abuelo fue muy triste. Cuando llegué dijo mi nombre.

Carol y Luca me miran con cariño.

—Debió de ser muy duro —dice Carol.

Asiento con la cabeza.

Luca va en el asiento del copiloto. Carol y yo vamos sentadas detrás. Hablan de las clases de baile de esta semana. Solo espero que las arpías no hayan aprovechado el momento para ligar con mi estrenado novio.

Carol me cuenta todo acerca de la semana que ha tenido de trabajo. Por lo que me dice, ha estado muy ocupada con muchos juicios.

—¿Cómo está tu familia? —pregunta.

—Todos bien. El novio de mi hermana le ha pedido matrimonio y ella ha dicho que sí. Si todo va bien, se casan a finales de agosto. Mi abuela está ahora viviendo con mis padres y mi hermano para no estar sola. Está destrozada.

—Te entiendo bien. Yo pasé por lo mismo hace un par de años.

—Mi abuelo me ha dejado en herencia veinte mil euros —digo restándole importancia.

Luca se da la vuelta y me mira con los ojos como platos. Carol se ha quedado boquiabierta y Raúl me mira a través del espejo retrovisor central.

—¿Y qué vas a hacer con el dinero? —pregunta Luca.

—Mi padre es director en un banco y él se encargará de invertirlo bien. De momento, con lo que gano en la clínica es suficiente.

—Yo viajaría, me compraría un coche o... —Luca ha empezado a divagar.

Nos reímos.

Son las once y media, y Raúl aparca frente a la casa de Carol.

—Nosotros vamos entrando —dice Carol guiñándome un ojo.

—Ya te llevamos nosotros tus cosas a tu habitación. —Luca tiene una sonrisa de oreja a oreja.

Lo han hecho para dejarnos solos a Raúl y a mí.

—Bueno. La princesa ha llegado sana y salva a su casa.

—Gracias. Se me hizo eterno el viaje.

—A mí los días también se me hicieron muy largos. —Raúl me abraza.

Nos fundimos en otro dulce y apasionado beso. Me viene a la mente el lamentable momento con Hugo y, sin darme cuenta, aparto a mi adonis de un empujón.

—¿Qué te pasa? —pregunta, extrañado.

—Lo siento. No lo he hecho a propósito. Ha sido inconscientemente.

—Tranquila, cariño.

Raúl me acaricia la mejilla con la mano y me mira con desconcierto. Yo sonrío intentando disimular.

—Mañana te vengo a buscar y podemos pasar el fin de semana tranquilos en mi casa. Quiero consentirte.

—No sé. Tengo que pensarlo.

Sola dos días con mi adonis. En su casa.

—No me digas que no. Tengo ganas de tenerte solo para mí.

Sus palabras hacen que se me estremezca todo el cuerpo y mi mente empieza a divagar.

—Mañana te daré una respuesta.

Me acompaña hasta la puerta de la casa y se despide de mí con un beso en la frente.

—Por favor, no me digas que no —me susurra al oído.

La temperatura de mi cuerpo sube cuatro o cinco grados de repente.

—Buenas noches —me despido entrando en casa.

Observo a Raúl desde la ventana de la cocina. Sigue igual de guapo e igual de *sexy* que siempre. Lo miro con ojitos mientras se monta en el coche. Me dice un último adiós con la mano. Respondo de la misma manera. Y se pierde en la oscuridad.

Luca y Carol están en el salón esperando a que les cuente con detalle todos y cada uno de mis días en Madrid.

—No tengo ganas de hablar. Tengo mucho sueño.

No dicen nada, simplemente, me siguen con la mirada.

Entro en la habitación. Luca ha traído todas mis cosas. Busco el móvil en el bolso. Todavía lo tengo en modo avión. Lo desactivo.

Entran más de diez mensajes.

«Buenas noches, princesa. Dormiré pensando que me digas que sí».

El mensaje de Raúl hace que me remueva sentada en la cama. No he estado con nadie desde lo de Hugo y me da miedo dar ese paso.

«Buenas noches, mi príncipe. Lo consultaré con la almohada».

Abro los mensajes pendientes del grupo familiar. Tengo un mensaje de voz de mi madre.

«—Hija, estamos nerviosos esperando tu llegada. Esperamos que hayas tenido un buen viaje. Te queremos y te echamos de menos».

Mi madre, tan entrañable como siempre.

«Hola, familia. He llegado bien. Estoy ya en casa. El primer vuelo ha sido un poco difícil, pero de Dubái a Sídney ha ido todo muy bien. Os quiero».

«Hermanita, me alegro de que hayas llegado bien. ¿Qué ha pasado en el primer vuelo?».

«Estaba durmiendo y me desperté por culpa de unas turbulencias. Luego el avión cayó en picado durante varios segundos y el aterrizaje fue bastante brusco. Pero afortunadamente no ha pasado nada grave».

Espero que no se pongan en plan alarmistas. Mi padre escribe casi de inmediato.

«Bueno, hija. Lo peor ya ha pasado. Ahora, descansa, que abí ya es muy tarde. Un beso».

Mi padre siempre tan formal.

«Eso sí. Ahora solo quiero descansar. Os quiero».

Mis amigas me han escrito todo tipo de mensajes y fotos. Les escribo para decirles que he llegado bien y que voy a descansar.

Bostezo. Lo que he dormido en el avión no me ha servido de nada. Me pongo el pijama que tengo debajo de la almohada. Voy al cuarto de baño a lavarme los dientes y vuelvo a la habitación. Me meto en la cama e intento dormir.

Me remuevo pensando en todas y cada una de las cosas que me han pasado esta semana. Lo último, la proposición de Raúl para pasar el fin de semana juntos, en su casa.

Me río sola, en la oscuridad de la habitación, como una niña pequeña. Estoy emocionada y nerviosa al mismo tiempo.

Sábado, 2 de diciembre de 2017

Abro los ojos. El sol entra por la ventana, como siempre, sin pedir permiso. Echaba de menos esto, el sol, el olor del mar, mi cama... No tengo ganas de levantarme. Casi no he dormido nada pensando en la proposición indecente de Raúl.

Hoy tengo que darle una respuesta. No sé si estoy preparada para dar ese paso. Dos días con mi adonis. Los dos solos. Me estremezco solo con pensar en todo lo que podríamos hacer en su casa.

Hoy se cumple un mes desde que llegué aquí. No me hubiera imaginado todo lo que estaría por pasar.

En un mes he empezado un nuevo trabajo. He pasado un momento desagradable con Charlie. Me he ganado una enemiga, Emma. He tenido que vivir el peor momento de mi vida, el fallecimiento de mi abuelo. Y parece que por fin he pasado página con Hugo.

Bueno, para pasar página de verdad, tengo que ser sincera con Raúl y contarle el momento tan incómodo que viví con Hugo en su casa. Todavía le doy vueltas a la cabeza. No sé cómo he sido tan tonta y dejarme embaucar por sus encantos.

Hoy es el día. Le voy a decir a Raúl que sí. Espero que después de que le cuente lo que ha sucedido en España, no cambie de idea y me saque de su vida para siempre.

Busco el móvil. Está en la mesita, al lado de la cama. El reloj marca las diez y veintitrés de la mañana y tengo un mensaje de Raúl.

«Buenos días, preciosa. Espero que hayas dormido bien. También espero ansioso tu respuesta».

El mensaje me lo ha enviado hace más de una hora. Ha madrugado. ¿Será que estaba esperando mi respuesta? Todavía no acabo de creer que un chico como Raúl madrugue esperando la respuesta de una chica como yo.

Con solo chasquear los dedos podría tener a la chica que él quisiera.

Luca llama a la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunta mientras abre y mete la cabeza con cautela.

—Sí. Pasa.

Se sienta en la cama. No sé lo que quiere. La expresión de su cara es extraña. Una mezcla entre divertida y enigmática.

—¿Qué tal has dormido?

—Ya eres el segundo que me lo pregunta hoy.

—¿Sí?

Asiento con la cabeza.

—¿Y?

—Pues no muy bien —contesto levantando las cejas.

—¿Perché?

—Tengo una preocupación que no me deja dormir.

—¿Es por tu abuelo? ¿O por la propuesta de Raúl?

¿Eh? Me sorprende por su pregunta. ¿Cómo sabe lo de la propuesta? Cuando entré a casa anoche no le dije nada. Le pregunto directamente.

—*Buono...* Es que... —titubea—. Raúl me pidió consejo acerca de si debería o no pedirte pasar el fin de semana con él.

—Ah. —Me ha dejado sin palabras.

—¿Y qué le vas a decir?

Suspiro.

—Pues, después de mucho pensarlo, he decidido decir que sí.

Luca no da crédito a lo que le acabo de decir y aplaude de alegría.

—¿Y eso es lo que te preocupaba?

Inspiro muy hondo y cuento hasta tres. ¡Ahí va!

—Pues... Cuando mi abuelo estaba en el hospital, vi a Hugo. Aquel del que te hablé.

Luca asiente con la cabeza y yo prosigo.

—No sé cómo, pero acabé en su casa después del entierro de mi abuelo. Yo estaba mal, estaba muy triste por la pérdida.

—¿Y? —pregunta Luca intrigado—. ¿Te acostaste con él?

—¡No! —exclamo.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

Vuelvo a coger aire.

—Me besó y yo me dejé, y él empezó a desabrocharme la blusa. Pero supe parar a tiempo.

Luca me pasa el brazo por encima de los hombros.

—Tranquila, Dani. Piensa que has sido muy fuerte. Has sabido luchar contra tus sentimientos.

—Sí, pero...

—Pero nada. No le des más vueltas.

—Tengo que decírselo a Raúl y eso es lo que me da miedo.

Una lágrima cae por mi mejilla.

—Seguro que lo va a entender. Tú sé sincera. Eso es lo más importante.

Luca me abraza con fuerza y sus palabras hacen que me sienta más segura.

—Bueno, voy a enviarle un mensaje a Raúl para concretar la hora y darme una ducha.

Luca me deja sola y cojo el móvil. Abro la conversación de WhatsApp de Raúl. Contesto al mensaje que me envió.

«Buenos días. He dormido poco. Después de consultarlo con la almohada, mi respuesta es sí».

Su respuesta no se hace esperar.

«¿He leído bien? ¿Me has dicho que sí? No sabes lo feliz que me haces. Espero que no hayas dormido poco por mi culpa».

Si tú supieras... Espero que no cambie de opinión cuando le explique lo sucedido.

«No. Ha sido por el viaje. Hablamos después. Estaré lista en dos horas».

«Abí estaré. Te quiero».

«Yo también te quiero».

Me levanto de la cama, voy al armario y preparo una pequeña mochila con ropa. También saco del armario unos *leggings*, una camiseta, unas bragas y un sujetador, y voy a la ducha.

El agua cae templada por la cabeza y por el cuerpo. Echo champú en la mano y me froto el pelo desde la raíz hasta las puntas.

Me aclaro el pelo. Cojo la esponja, le echo gel y me froto todo el cuerpo.

Termino y me visto. Como no tengo ganas de secarme y alisarme el pelo con las planchas, cojo el bote de la espuma que está encima del armario del baño. Echo una buena cantidad de espuma en la mano y la reparto por todo el pelo, y le doy forma mi melena con los dedos.

Estoy lista y ansiosa al igual que nerviosa porque llegue Raúl. Todavía faltan diez minutos.

Doy vueltas por la habitación. Pienso en cómo le puedo contar a mi adonis lo que pasó. Se lo puedo decir de camino a su casa o cuando estemos comiendo, no sé.

Me rasco la cabeza.

La última vez que estuve a solas con un hombre fue con Hugo, aunque nunca en su casa. O en la playa o cuando íbamos a alguna casa rural. Con Raúl estaré en su casa, en su territorio.

Me da un poco de miedo.

Cada vez que pienso en todas las excusas que me dio Hugo para no ir a su casa, me hierve la sangre. Me molesta que me haya tomado por tonta. Inevitablemente, tengo miedo de que me pase lo mismo.

«¡Todo por tu culpa!», le grita mi yo interior a ese cabrón.

Voy hacia la cocina. Luca y Carol están preparando *pizza* para comer. Me sonríen de manera maliciosa. Intuyo que Luca se ha ido de la lengua y le ha contado a Carol la propuesta que me hizo Raúl y mi respuesta.

—Luca, eres un cotilla —le riño, pero con una sonrisa.

Él sabe que no me importa que le cuenta a Carol estas cosas. Es más, me gusta que entre los tres haya esta confianza.

—¿A qué hora quedaste con Raúl? —me pregunta Carol.

—En cinco minutos —contesto con una amplia sonrisa.

Veo llegar a Raúl por la ventana de la cocina y voy corriendo hacia la puerta. La abro antes de que le dé tiempo a llamar al timbre.

—¡Hola! —exclamo emocionada.

—Hola, preciosa. ¿Cómo sabías que llegaba?

—Te vi por la ventana de la cocina. —Suelto una sonrisa.

Lo hago pasar para que salude a Carol y a Luca. Entra y me da un beso casto en los labios.

—Mmm... ¡Qué bien huele! —dice Raúl mientras los saluda.

—¿Queréis comer con nosotros? —pregunta Luca.

Raúl me mira.

—¿Quieres? —me pregunta.

—Por mí, no hay inconveniente.

Luca coge un mantel de uno de los cajones de la cocina y lo coloca en la mesa del comedor. Carol lleva los platos, y Raúl y yo ayudamos con los vasos y los cubiertos.

Tocan el timbre.

—¿Esperabais a alguien? —pregunto extrañada.

Carol sale corriendo hacia la puerta. Miro a Luca, que tiene una sonrisa picaresca.

—Tú sabes quién es —le digo.

Luca asiente con la cabeza, pero no me dice nada. Carol viene hacia la mesa con David. A mí ya me lo presentó la vez que comimos juntos en el restaurante. Se lo presenta a Raúl y se estrechan la mano firmemente.

Las *pizzas* están deliciosas, tienen un sabor extraordinario. Parece que estén hechas por profesionales.

—Están muy ricas —digo.

—Gracias —responden Carol y Luca al unísono.

—Bueno, casi todo lo ha hecho Luca, yo solo le he ayudado —aclara Carol con humildad.

—Eso no es así. Lo hemos hecho los dos —reclama Luca.

—Bueno, no nos vamos a pelear aquí por quién hizo más o menos. La verdad es que están mejor que en cualquier pizzería. —Raúl pone orden.

¿Qué tal por Madrid? —me pregunta David. Carol le habrá dicho que estuve allí.

Más o menos. El viaje no ha sido por placer, sino por causa de fuerza mayor.

Lo siento mucho.

Gracias, David.

Bueno, no voy a dejar que te deprimas más. —Raúl pasa el brazo por detrás de mi espalda y me abraza.

Terminamos de comer y Carol trae la cafetera llena de café, cuatro tazas, cucharillas, azúcar y leche caliente en una jarra.

Cada uno cogemos una taza y nos preparamos el café como más nos gusta.

Terminamos de tomar el café y entre los cuatro recogemos todos los cacharros de la mesa. Se va acercando la hora de estar a solas con mi adonis y de enfrentar ese miedo que me recorre todo el cuerpo.

Nos despedimos de Carol y de Luca. Cojo la mochila con la ropa y el bolso y salimos.

Raúl ha venido andando porque vive cerca y vamos dando un paseo agarrados de la mano como dos enamorados. Hace calor. Las calles están vacías. La mayoría de la gente está en la playa o se han ido de fin de semana.

—¿Qué turno tienes la próxima semana? —me pregunta Raúl.

—Trabajo en turno de mañana y también me toca trabajar el fin de semana.

—Eso quiere decir que no vas a tener tiempo para mí. —Raúl pone cara de pena.

Me río a carcajadas.

—¿De qué te ríes? —pregunta, ofendido.

—De la cara que has puesto —contesto.

Raúl abre la puerta de su casa y se hace a un lado para que pase primero.

Observo la casa con detenimiento. El salón es grande, con dos sofás. Uno de tres plazas y otro de dos. También hay una mesa de comedor para seis comensales.

Al fondo hay un pasillo. Nos adentramos. Hay cuatro puertas, una de ellas con una puerta con la parte superior con un cristal translúcido.

A la izquierda hay dos puertas. Una es la de una habitación muy bien decorada y la otra es un cuarto de baño completo con bañera de por lo menos un metro y medio de largo.

La puerta con cristal translúcido que hay a la derecha es la de la cocina. Es grande. Los muebles son de color negro con la encimera blanca y los electrodomésticos de acero. También tiene una mesa con cuatro sillas en color blanco.

Raúl abre la última puerta, la del fondo del pasillo.

—Esta es mi habitación.

—Ah.

—¿Qué te parece mi habitación? —Raúl está frente a mí y me tiene abrazada por la cintura.

—Es muy acogedora. He visto que la otra habitación está bien decorada. No parece una

habitación vacía, como para invitados.

—Es la de mi hermana.

—¿Elizabeth vive contigo? —pregunto desconcertada.

—Sí, pero este fin de semana no va a estar. Nos ha dejado toda la casa para nosotros solos. —Raúl me guiña un ojo con malicia.

La habitación de Raúl es grande. Tiene una cama que creo que es más grande que la mía, flanqueada por dos mesitas a cada lado. El armario es empotrado con dos puertas correderas y también hay un escritorio con un ordenador de sobremesa y una silla de oficina.

A la izquierda hay otra puerta. Es otro cuarto de baño, más pequeño que el que hay en el pasillo. Tiene un váter, el lavamanos y una ducha con mampara.

—¿Qué te parece mi casa? —pregunta con nerviosismo.

—Mmm... Fatal —miento.

—¿Cómo?

Estoy tan seria que se lo ha creído, pero no aguanto más y empiezo a reír carcajadas.

—¡Qué mala eres conmigo! —exclama.

Me río tanto que me empieza a doler la barriga.

—Es muy bonita y me ha sorprendido que esté tan limpia.

—¿Por qué? —pregunta levantando los hombros.

—Normalmente un hombre solo no tiene la casa tan limpia. Pero ya descubrí por qué está tan limpia —me río.

—Cuando vivía solo mi casa siempre estaba limpia. —Me echa la lengua.

Volvemos al salón.

—¿Te apetece ir a la playa o prefieres hacer otra cosa? Podemos ir al cine —propone.

—Estoy muy cansada, prefiero que nos quedemos aquí. Si no te molesta.

Raúl me mira con dulzura y me pasa el brazo por encima de los hombros mientras vamos hacia el sofá.

—¿Cómo me va a molestar? Todo lo contrario. Podemos ver una película y después pedir comida para cenar.

Me gusta el plan, la verdad. Entre la semana que he tenido, el viaje y que no he dormido nada anoche, estoy agotada.

—Ponte cómoda —dice.

Raúl se ha puesto un pantalón corto y una camiseta y anda descalzo.

Voy a la habitación, saco de la mochila un vestido negro con mangas cortas y escote en pico y con bolsillos.

Me quito la camiseta, los *leggings* y me descalzo. Cojo el vestido y me lo pongo.

Voy de nuevo al salón donde está Raúl con un bol de palomitas y una película preparada en el DVD.

—¿Te gustan las películas de acción? —pregunta.

—Sí, mucho —respondo sentándome a su lado.

La película que ha elegido es *A todo gas*. La vi unas mil veces, más o menos, pero no me aburro de ella. Además, Paul Walker sale guapísimo en todas.

—Las tengo todas. Podemos hacer una maratón y verlas todas entre hoy y mañana.

Asiento con la cabeza conforme con la idea.

Termina la primera película y hacemos una pausa para ir al baño. Raúl prepara unos nachos con salsa de queso y los pone en la mesita del salón.

Terminamos de ver la tercera película y Raúl sugiere ordenar algo a domicilio para cenar. Son las nueve de la noche. Mi adonis está guapísimo de perfil. Está llamando por teléfono, creo que a un restaurante que se llama Coco Cubano. La luz de las farolas que entra por la ventana del salón le hace un semblante enigmático y muy atractivo.

La cena llega cuarenta y cinco minutos después. Raúl pone en la mesa lo que ha pedido. Es una degustación de varios platos típicos cubanos.

—Espero que te guste —dice.

—Seguro que sí.

Pruebo uno a uno todos y cada uno de los diferentes platos. Está exquisito, sobre todo el rollo de jamón con piña. La mezcla de lo dulce con lo salado lo hace delicioso. Se parece a la *pizza* hawaiana.

Llevamos los restos a la cocina. De la comida no ha quedado ni la prueba. Estoy llena. He cenado más de lo que estoy acostumbrada.

—¿Te apetece un cóctel? —me pregunta Raúl sacando la coctelera de uno de los muebles de la cocina.

—Sí, por favor.

Raúl parece un experto haciendo cócteles. Bate la coctelera con total seguridad. Lo miro embobada. No me equivoqué al llamarlo adonis. Cuanto más lo miro, más guapo me parece.

El daiquiri tiene un sabor dulce. Nos tomamos un par de ellos y Raúl prepara más. Hablamos de trabajo, de la infancia, del pasado y del futuro.

—Yo he tenido una relación seria durante cuatro años, pero me dejó por otro, hace ya más de un año y, desde entonces, solo he tenido relaciones esporádicas.

—Pues yo estuve con un médico del hospital donde trabajan mi madre y mi hermana como enfermeras.

—¿Y qué pasó?

—Me engañó —digo todavía con rabia—. Nada más ni nada menos que durante quince largos meses. Es aquel que te conté que tenía novia. Pero desde agosto que lo dejé no lo he vuelto a ver —miento descaradamente.

Todavía no estoy preparada para contarle nada. Todo va muy bien entre nosotros y no quiero que se vaya a estropear por nada en el mundo.

Me quedo callada y dejo que Raúl siga hablando.

—Yo tengo un hermano y dos hermanas menores que yo.

—¿Qué edad tienes? —pregunto con curiosidad.

No creo que tenga más de treinta, pero nunca se sabe. Hay gente que se conserva muy bien.

—El pasado 6 de septiembre cumplí veintisiete. Mi hermano tiene veintidós. Mis hermanas, Elizabeth tiene veinte y la pequeña catorce, que es la única que nació aquí.

—Yo tengo una hermana mayor de veintiséis años y un hermano pequeño que tiene dieciséis. Yo el catorce de febrero cumpliré veinticinco.

—¡Qué coincidencia! Has nacido el Día de San Valentín.

—Sí —digo con cara de resignación.

—¿No te gusta ese día?

—La verdad es que no. Cada vez que escribo la fecha de mi cumpleaños en algún formulario me lo dicen.

Raúl me acaricia la mejilla y me sonrío con dulzura.

—¿Ponemos la siguiente película?

—Sí.

El adonis saca el CD de la caja y lo mete en el DVD. Seguimos bebiendo daiquiris y viendo la película.

Coloco mi cabeza en el pecho de Raúl y él pasa su brazo por detrás de mi espalda.

Nos acurrucamos y nos tapamos con una pequeña manta.

Termina la película. Me he quedado dormida. Al final el cansancio ha sido más fuerte que yo.

—Si quieres, podemos ir a dormir.

—¿Juntos?

¿Eso lo he dicho en voz alta? Creo que he metido la pata hasta el fondo. Raúl me mira y no sé qué significa la expresión de su cara.

—Claro —contesta riendo.

Menos mal, se lo ha tomado a broma.

Suspiro.

Caminamos por el pasillo hacia la habitación y los nervios empiezan a aflorar desde mis adentros. Raúl abre la puerta y se hace a un lado para que pase yo primero.

Saco el neceser de mi mochila y voy directa al cuarto de baño. Saco toallitas desmaquillantes, el cepillo de dientes y la crema de noche.

Primero me desmaquillo con las toallitas. Después me lavo los dientes, uno a uno. Por último, destapo el bote de crema, cojo un poco de crema con los dedos y la extiendo por toda la cara y por el cuello con suaves movimientos circulares.

Hago tiempo en el baño. Estoy nerviosa por lo que pueda pasar en cuanto salga. No sé por qué. No tengo quince años. No es la primera vez que estoy a solas con un hombre. Pero Raúl impone mucho. Esa cara, ese cuerpo...

Me tiene totalmente hipnotizada.

Raúl llama a la puerta.

—¿Se puede? —pregunta.

—Sí. Pasa.

Raúl me da un beso en la frente, coge su cepillo de dientes y se los lava.

Me da vergüenza que me vea con la crema en la cara. Termino y vuelvo a la habitación.

Miro la cama. No sé en qué lado debo colocarme.

Siento las manos de Raúl en mis hombros. Está detrás de mí.

—¿Qué miras?

—No sé dónde debo dormir.

—Donde tú quieras. Si no quieres dormir aquí, puedes dormir en la otra habitación.

—No me refiero a eso. Me refiero si en el lado derecho o en el izquierdo —aclaro.

—Ah. Donde tú quieras, princesa. Métete en la cama sin miedo, no te voy a comer.

Esa frase me recuerda a la noche que cenamos en la playa. Ese día me dijo lo mismo cuando Luca se iba a ir.

Le hago caso y me meto en el lado izquierdo, bajo las sábanas.

Raúl se mete en la cama y apaga la luz. Se acurruca junto a mí. Yo estoy de espaldas a él y siento su cuerpo pegado al mío.

Me abraza.

—Duerme, princesa. Yo velaré tu sueño. —Me da un beso en la mejilla.

Esas son las últimas palabras que oigo y que guardo en mi mente. Me quedo dormida profundamente pensando en sus besos y sus caricias.

Domingo, 3 de diciembre de 2017

¿Dónde estoy? Me siento en la cama y miro hacia todos los lados. Por un instante no sé dónde me encuentro. Esta no es mi cama. Me ha pasado lo mismo cuando me desperté por primera vez en mi habitación en casa de Carol.

Raúl no está, pero puedo escuchar ruidos en la cocina. Huele a tostadas y a café.

He dormido bien.

Mi adonis entra a la habitación. Trae una bandeja en las manos y la pone encima de mis piernas. Hay cuatro tostadas, dos vasos de zumo, mantequilla, mermelada, dos tazas de café con leche y dos cuchillos para untar las tostadas.

Lo miro impresionada. Nunca nadie me había traído el desayuno a la cama. Ni siquiera el que decía que tanto me quería. Alejo ese pensamiento de mi mente. El cabrón no tiene cabida ni en mi vida ni en mis pensamientos.

—Buenos días, princesa.

Raúl se acerca a mí y me da un dulce beso en los labios.

—Buenos días —sonríó.

—¿Te gusta el desayuno o prefieres otra cosa?

—Está perfecto —contesto mientras le doy un sorbo al zumo—. ¿Es natural el zumo? —pregunto señalando el vaso.

—Sí. Con estas manos —responde levantando las manos.

Raúl se sienta a mi lado. Coge el cuchillo y la mantequilla. Unta la tostada con la mantequilla y luego con la mermelada de fresa.

—Abre la boca —ordena.

Hago lo que me dice y me acerca la tostada para que le dé un bocado.

Me da el resto de la tostada y él se prepara otra.

Desayunamos tranquilamente entre risas. Me siento como si estuviera aquí desde siempre. Sin duda, es Raúl el que hace que me sienta así. Con él se me olvidan los problemas.

Termino la última tostada y bebo el último sorbo de café. Mi adonis se levanta de la cama y coge la bandeja para llevarla a la cocina.

—¿Quieres algo más? —pregunta desde la puerta de la habitación.

—No, gracias. Normalmente solo desayuno un café —explico.

—Pues tienes que desayunar más —me regaña mientras sale de la habitación y se aleja.

Raúl vuelve y se sienta de nuevo a mi lado. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Su mirada es muy seductora y creo que quiere algo más. Lo deseo tanto como él.

Se acerca a mí hasta que puedo sentir su respiración. Se abalanza sobre mí y me besa en los labios. Con su brusca acción ha hecho que tuviera que acostarme en la cama.

Se ha puesto encima de mí.

Sus manos recorren todo mi cuerpo. Sus besos son cada vez más intensos, están llenos de deseo. Sus manos bajan hasta donde termina mi vestido y lo sube lentamente, hasta que me lo saca.

Estoy casi desnuda frente a este adonis. Pensé que este momento nunca llegaría.

Deja de besarme y empieza a hacer un *tour* de besos por mi cuerpo. Primero, por mis pechos; después, mi barriga, hasta que llega al elástico de mis bragas y, con un suave movimiento que hace

que me estremezca, me las va quitando. Primero, una pierna y, después, la otra.

Lo miro sin parpadear. Esto parece un dulce sueño sacado de alguna película romántica de Hollywood.

Cesa su acción torturadora de besos y se sienta en la cama para quitarse la camiseta. La temperatura de mi cuerpo sube como la espuma y los latidos de mi corazón se ha acelerado al punto que los puedo sentir en mi cabeza. Ese cuerpo...

Se quita los calzoncillos con extremada habilidad y deja al descubierto toda su anatomía caribeña. Es mejor de lo que había soñado. No puedo dejar de mirarlo. Creo que nunca había visto algo de ese tamaño en mi vida.

Emprende otra vez su torturador recorrido de besos por mi cuerpo. Me retuerzo en la cama. Lo deseo cada vez más.

Llega a mis partes más profundas y empieza a besarlas. No puedo más. Deseo que me haga el amor ahora.

Con las piernas tiro de él hacia mí y empiezo a besarlo por el cuello. Gime de placer. Me pongo yo encima y le hago lo mismo. Recorro con mis labios su torso desnudo hasta que llego a su miembro erecto. Le paso los labios y la lengua. Miro de reojo a Raúl, que me está mirando boquiabierto.

Tira de mí hacia arriba y se pone encima. Con su miembro busca mi vagina y me penetra dulcemente. Estoy en una nube.

Lo abrazo y me dejo llevar por su rítmico movimiento.

Con una rápida sacudida soy yo la que ahora está encima de él, cabalgando. Desde arriba lo puedo observar mejor. Siento su miembro que llega muy dentro de mí. Es placentero.

No puedo más y exploto en un orgasmo como jamás había tenido. Gimo de placer y Raúl gime casi al mismo tiempo que yo.

Me da un beso en la frente y se acuesta a mi lado todavía intentando recuperar la respiración. Estoy agotada.

Nos miramos y sonreímos.

—¿Te ha gustado?

Asiento con la cabeza porque no soy capaz de articular ni una palabra en este momento.

Me abraza y me da un beso en los labios y nos quedamos profundamente dormidos.

Me despierto. Raúl todavía está durmiendo. Lo miro durante unos segundos. Es guapo hasta durmiendo.

No sé qué hora es, así que me levanto muy despacio para no despertar al guapo que está en la cama y busco el móvil.

Necesito ducharme. Voy al cuarto de baño. Mientras el agua recorre mi cuerpo, pienso en que sus besos has hecho lo mismo hace casi dos horas.

Me estremezco.

Siento las manos de alguien acariciando mi cuerpo y me asusto por un segundo.

Raúl ha entrado sin preguntar y sin hacer ruido, y se ha metido en la ducha.

—Me has asustado —le regaño.

—¿Quien más iba a ser? Solo estamos tú y yo.

Eso es verdad.

—Lo sé, pero estabas tan dormido que no contaba con que fueras a allanar la ducha mientras la uso yo.

—Bueno, técnicamente no la estoy allanando porque es mi ducha.

Y otra vez tiene razón.

Empieza a besarme como lo hizo antes. Siento su miembro erecto contra mi barriga. Me coge en brazos y me penetra. Tengo la espalda pegada a los fríos azulejos, pero no me importa.

Vuelve otra vez ese rítmico movimiento. Gimo de placer. Las embestidas son fuertes y hace que tenga ganas de llegar al orgasmo enseguida.

Poco después, el orgasmo llega y me abandono en sus brazos.

Raúl me sujeta con una mano para que no me caiga porque me tiemblan las piernas, y con la que tiene libre me frota el cuerpo con la esponja. Cuando termina le hago lo mismo.

Termino de peinarme y salgo del baño con una toalla alrededor del cuerpo. Raúl ya ha hecho la cama y ha recogido la habitación.

—Podemos ir a la playa y luego comer en el Bondi —sugiere.

—Me parece buena idea.

Raúl busca un bañador en el armario y se lo pone. Busco un bikini y ropa limpia en la mochila y me siento en la cama para vestirme.

La playa está abarrotada. Hay gente por todas partes. Me quedo embobada viendo a la gente que hace surf. Yo no sería capaz de mantener el equilibrio encima de eso ni de broma.

Raúl viene con unos refrescos que ha ido a comprar. Llama la atención de todas las chicas que hay en la playa. Estoy sintiendo celos. No me gusta cómo lo desnudan con la mirada. Frunzo el ceño.

Estoy tumbada boca abajo. Raúl me desabrocha el sujetador del bikini, coge la crema solar de mi mochila, se echa un poco en las manos y me la unta por la espalda con un suave masaje.

Lentamente, sus manos llegan al fondo de mi espalda. Se echa más crema en las manos y sigue con su suave masaje por mis glúteos y después baja por mis piernas. Es muy sensual.

—¿Te gusta? —pregunta susurrándome al oído.

Su pregunta hace que un escalofrío recorra mi cuerpo.

—Mucho —contesto.

—Date la vuelta y te echo crema por delante también.

Eso suena muy tentador.

Raúl me abrocha el bikini y me doy la vuelta como me ha ordenado. Aunque para mí no es una orden, es una sugerente idea.

Vuelve a la acción con su habilidad para los masajes y me frota la parte superior de los pechos, la barriga y las piernas.

Finaliza con su sensual fricción y saco mi ingenio para hacer lo mismo con él. Le masajeo la espalda, los hombros, los brazos y las piernas. Se da la vuelta y aprovecho para masajearle lentamente el pecho.

Disfruto del momento.

—Podemos ir a comer ahora si quieres.

—Sí. Tengo hambre —contesto.

El calor que hace empieza a ser insoportable.

Recogemos las toallas del suelo y las guardamos en las mochilas. Vamos directos hacia Bondi Pavilion, agarrados de las manos ante las caras de envidia de muchas mujeres, que nos miran de reojo.

Encontramos una mesa libre en la terraza del The Bucket List. Tenemos el mar enfrente. Raúl retira una de las sillas y yo me siento en ella. Él se sienta a mi lado.

Las sombrillas están desplegadas y estamos a la sombra. Los nebulizadores que hay en la parte superior de la sombrilla dispersan vapor de agua fría cada poco tiempo.

Un joven y apuesto camarero se acerca a nuestra mesa.

—Buenas tardes. Voy a ser su camarero. Aquí les traigo la carta del menú.

Nos entrega una carta a cada uno.

—¿Qué van a querer para beber?

—Para mí una Coca-Cola. Gracias —respondo.

—Pues para mí otra. Gracias.

El camarero se retira a buscar nuestras bebidas y echamos un vistazo al menú. Hay carnes, pescados, ensaladas y gran variedad de entrantes.

—¿Qué te apetece comer? —pregunta Raúl.

Pienso durante unos segundos mientras reviso por última vez la carta.

—Me apetece pescado.

—Pues el salmón aquí está exquisito —sugiere.

—Salmón, entonces. ¿Y tú qué vas a pedir?

—Yo hoy voy a pedir medio de pollo a la parrilla.

Raúl me pasa la mano por la mejilla y me retira un mechón de pelo que tengo delante de la cara.

El joven camarero regresa con la bebida. Coloca en la mesa las dos latas de Coca-Cola y dos vasos de tubo con dos piezas de hielo.

—¿Ya han elegido qué es lo que van a comer?

—Sí. Para mí, medio de pollo a la parrilla, y para mi novia, salmón. Gracias —dice Raúl mientras le entrega las cartas.

¿Ha dicho novia? Qué bien suena eso de sus labios. Mi yo interior baila salsa con una gran sonrisa. Repaso mentalmente una y otra vez esa maravillosa palabra: ¡novia!, ¡novia!, ¡novia! Ahora letra a letra: n-o-v-i-a.

Suspiro.

—¿Estás bien?

Raúl hace que vuelva de donde estaba con esa pregunta.

—Sí. Estaba pensando.

—¿En qué? Si se puede saber.

—En el trabajo —miento, otra vez.

—Ah.

Desde que vivo aquí he mentido más que en toda mi vida. Pienso también en que debería contarle a Raúl lo que pasó en España.

Lo miro.

Tengo miedo. Miedo de que no quiera saber nada más de mí. No, todavía no estoy preparada para decírselo. No quiero estropear este día, está saliendo todo a la perfección.

El camarero llega con la comida. Huele exquisito. El salmón viene presentado en un plato blanco rectangular y viene acompañado con fideos de arroz, aguacate, pepino, zanahoria, soja y sésamo. Todo mezclado como si fuese una ensalada.

El medio pollo a la parrilla que ha pedido Raúl viene servido en un plato blanco redondo y grande. De acompañamiento trae una ensalada de lechuga, papaya verde, tomates cherry y jalapeños, todo condimentado con un aderezo de coco.

Cojo un trozo de salmón con el tenedor y me lo meto en la boca. Lo saboreo lentamente para apreciar los distintos sabores. Está condimentado con sal y especias.

Raúl coge un trozo de pollo con su tenedor y lo acerca a mi boca.

—Prueba esto —dice.

Abro la boca y Raúl introduce el trozo de pollo. Lo saboreo. Sabe muy bien. El sabor a barbacoa me recuerda a aquellos veranos en el pueblo. Mi padre, con un mandil en el que se podía leer «El cocinillas», frente a la parrilla, y yo, en la hamaca, columpiándome.

Le doy a probar a mi adonis un trozo de salmón. Es muy erótico ver cómo mastica el trozo que le he dado a probar.

Es un hombre muy *sexy*.

—¿Vas a querer postre? —pregunto.

—Si te soy sincero, no me acuerdo de lo que hay.

Me río.

—¿De qué te ríes? —pregunta levantando una de sus cejas.

—Que yo tampoco me acuerdo.

Nos miramos y nos reímos a carcajadas.

El camarero llega pocos minutos después y, tras preguntar si puede retirar los platos e informarnos de los postres que tienen, recoge todo de la mesa.

—Yo quiero una copa de helado con chocolate y vainilla, por favor —informo al joven camarero

—Para mí lo mismo. Gracias —dice Raúl.

El camarero se retira con los platos sucios y regresa unos minutos después con nuestros helados.

El helado está frío y me refresca el cuerpo. Me encanta el chocolate. No hay nada mejor. Bueno, el adonis es como un gran chocolate.

No puedo dejar de mirarlo.

—Al terminar el helado podemos ir a mi casa, nos duchamos y nos cambiamos de ropa, que después tengo una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿Para mí? —me sorprendo.

—Sí. Venga, vamos.

Raúl me coge de la mano, tira de mí con suavidad y me ayuda a levantarme de la silla.

Estamos dando la vuelta a una pequeña rotonda desde la que se ve el puente del puerto de Sídney y la Ópera House. Todavía no la había visto de cerca. No había tenido la oportunidad de visitar este hermoso edificio. ¡Es impresionante!

—Espero poder visitar la Ópera pronto.

Raúl carraspea y logro ver de reojo una leve sonrisa en sus labios. No entiendo bien el porqué. Frunzo el ceño. Entramos en un *parking* subterráneo y aparcamos en una de las plazas libres. Salimos agarrados de la mano y nos dirigimos al emblemático edificio.

—Espero que te guste la sorpresa —dice enseñándome las entradas.

Salto de alegría y le doy un beso en la mejilla.

—Muchas gracias. Me hace mucha ilusión. Lo tenía en mi lista de tareas pendientes.

—Pues creo que esta tarea ya la vas a poder tachar. —Me pasa el brazo por encima de los hombros.

—¡Guau! Es inmenso.

La gran cristalera de la entrada es espectacular y las formas ovaladas la hacen única. Me quedo boquiabierto admirando esta gran obra de la arquitectura.

—Ya lo verás por dentro —me susurra Raúl.

Mientras hacemos la cola para entrar, saco el teléfono del bolso para ponerlo en silencio y veo que tengo un mensaje sin leer.

Es de Charlie.

«Hola. No sé nada de ti. ¿Ya estás aquí o todavía en España? Por favor, cuando leas esto, contéstame. Un saludo».

Ya le contestaré mañana. No quiero que nada empañe este momento y esta felicidad que siento.

—Buenas tardes —dice la guía turística—. Síganme por aquí.

Accedemos a la entrada del edificio. No puedo dejar de admirar tanta belleza.

—La Ópera de Sídney es una fabulosa construcción ubicada en la ciudad del mismo nombre. Su construcción fue diseñada bajo la inspiración del arte abstracto y se trata de una enorme edificación dedicada a la realización de eventos de ópera, de teatro, piano, sinfonías, entre otras obras de carácter artístico. La obra fue inaugurada el día 20 de octubre del año 1973 por la reina Isabel II, y en dicha ceremonia se lanzaron espectaculares fuegos artificiales mientras se ejecutaba la novena sinfonía de Beethoven.

Camino detrás de la guía con el resto de turistas haciendo miles de fotos. Solo pienso en traer a mi familia para que puedan ver esta preciosidad.

—¿Te gusta? —me pregunta Raúl.

Asiento con la cabeza mientras escucho atentamente las explicaciones de la joven guía.

—La Casa de la Ópera de Sídney contiene cinco teatros, cinco estudios de ensayos, dos salas principales, cuatro restaurantes, seis bares y numerosas tiendas de recuerdos. Por aquí, por favor.

Entramos en la sala de conciertos. Tiene 2679 asientos. Me siento en uno y admiro cada detalle de la sala. Hay un gran órgano que, según la guía, es el órgano mecánico más grande del mundo, con unos 10 000 tubos. Del techo cuelgan unas especies de anillos. Cambiamos a la siguiente sala y entramos en el Teatro de Ópera, que tiene 1547 asientos. Es el espacio principal de la compañía Ópera de Australia y también es utilizado por la Compañía Australiana de Ballet. Vemos el resto de las salas y terminamos el *tour*. Volvería a verlo todo. Ha sido fascinante y se me ha hecho muy corto.

—Todavía hay otra sorpresa.

—¿Más? —pregunto impresionada.

Bajamos las inmensas escaleras y nos dirigimos hacia el Ópera Bar y nos sentamos en una mesa que tiene un letrero donde está escrito «Reservada. Señor Raúl Rodríguez». Las vistas al mar y al puente son increíbles. Cae la noche y se ilumina la fachada de la Ópera House. Los colores van variando lentamente. Esto parece un sueño. Hay mucha gente haciéndose fotos. El camarero nos trae el menú degustación que viene incluido con la entrada al edificio. Contiene mariscos y ensaladas en pequeñas proporciones.

—¿Sabes una cosa?

—Dime.

Raúl mira de manera diferente. Y por un momento pienso que quizás ya no quiere saber nada más de mí.

No, no, no. Tengo que empezar a ser más positiva y ser más segura de mí misma. ¿Por qué iba a querer cambiar de opinión? Yo estoy bien con él y creo que él también está bien conmigo.

—No quiero que termine este día.

Raúl me abraza con fuerza y me da un beso apasionado en los labios. Yo le correspondo de la misma manera.

—¿Sabes una cosa? —pregunto. Todavía abrazada a este monumento.

Me mira.

—Yo tampoco quiero que termine este día. Está siendo perfecto —digo.

Raúl sonrío.

—¿Qué te gustaría visitar para la próxima vez? —pregunta.

—Me encantaría ver canguros y koalas.

—Hay un sitio perfecto para eso, Isla Canguro.

—¿Isla Canguro? ¿Dónde queda?

—Es un poco lejos, cerca de Adelaida. Hay que ir en avión porque en coche son unas dieciocho horas —me explica—. Podemos ir cuando quieras.

—Tengo que mirar la agenda del trabajo, pero quizás un fin de semana. Hay algunos en los que termino un viernes a las dos de la tarde y no tengo que volver hasta el lunes por la tarde.

Me encanta hacer planes. Esto va viento en popa.

Nos hacemos varias fotos con el puente y la Ópera al fondo, sonriendo, felices, como si no hubiese un mañana. Está siendo un día perfecto. El mejor en mucho tiempo.

Subimos en el BMW de mi perfecto novio y salimos del *parking* a toda velocidad.

—¿Estás enfadado? —espeto.

—No. ¿Por qué? —responde.

—Estás muy callado y me asusta.

—Estoy algo triste —contesta.

—¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Ya se termina el día y ha sido perfecto, por lo menos para mí —explica con la mano en el pecho.

—Para mí también ha sido perfecto. —Pongo mi mano sobre la suya que está en la palanca de marchas.

Raúl aparca y yo salgo del coche antes de que le dé tiempo a abrirme la puerta.

Me acompaña hasta la entrada.

—Te voy a echar de menos —dice acariciándome la mejilla.

—Y yo a ti. —No aguanto más y le beso.

No quiero que este beso termine. Raúl me agarra de la cintura y tira de mí hacia él hasta quedar pegados.

Siento los latidos de su corazón acelerándose.

Me separo del escultural adonis con dificultad.

—Buenas noches, príncipe. —Paso la mano por su pelo rizado.

—Buenas noches, mi princesa.

Me da un dulce beso en la frente y se aleja.

Luca y Carol están en sus habitaciones, pero Luca sale al oír la puerta.

—¿Qué tal te ha ido? —Luca es muy curioso.

—Bien —digo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo diría más que bien. Estás radiante.

—¿Qué habéis hecho? Cuéntame todo con pelos y señales.

Entramos en mi habitación y nos sentamos en la cama.

—Pues ayer estuvimos en su casa viendo películas. Pidió comida cubana para cenar.

—¿No os habéis acostado? —Luca me interrumpe.

—No seas impaciente —le regaño—. El sábado no. El domingo me trajo el desayuno a la cama y después pasó lo que pasó.

Luca se emociona. Parece que haya sido él el que ha pasado un fin de semana con el adonis.

—¿Y qué tal es en la cama?

—No te lo imaginas. Es mejor de lo que jamás me hubiera imaginado. Ha superado cualquier

expectativa. Ahora entiendo eso que dicen de que, si pruebas un cubano, lo demás es un cero a la izquierda.

—Me alegro mucho por ti, Dani. —Luca me abraza y me da un beso.

—Fuimos también a la playa. Comimos en uno de los restaurantes del Bondi. Luego fuimos a la Ópera House, todavía no lo había visto. Y terminamos cenando en el Ópera Bar.

—Me da envidia todo lo que me dices.

Sé que Luca lo dice con todo el cariño que me tiene.

—Bueno, ahora necesito descansar.

—Sí, yo también voy a dormir. Mañana tengo que presentar un proyecto.

—Que descanses.

—*Buona notte, signorina.* —Luca me da un beso en la mejilla y sale de mi habitación.

Me pongo el pijama. Voy al cuarto de baño, me lavo los dientes y me desmaquillo.

Suspiro pensando en el magnífico fin de semana que he tenido el privilegio de disfrutar con el monumento. No se me va a olvidar en toda mi vida. No voy a olvidar sus besos, sus caricias y su forma de hacerme el amor.

Me meto en la cama. Vacía. Podría haber dormido con él, pero sigo pensando que no era buena idea. Mejor ir poco a poco. Al final no le dije nada de lo que pasó con Hugo. No encontré el momento. Ni tuve el valor para hacerlo.

Martes, 5 de diciembre de 2017

Ayer fue un día raro. Volver al trabajo fue como volver a empezar de nuevo. He sentido la misma sensación que cuando llegué hace más de un mes.

Darel está cada vez más cariñoso conmigo. Busca cualquier excusa para tocarme. Empieza a incomodarme su actitud.

Rose me ha hecho mil preguntas acerca del viaje, me ha preguntado por la familia y hasta por el funeral. Me ha dejado la cabeza dando vueltas.

Jack se ha distanciado un poco de nosotras, lo he notado distinto. Rose dice que ya estaba así la semana pasada. Lo he notado muy distinto.

Le he preguntado, pero no me ha querido contar nada.

Kayla es la misma mujer amable y atenta de siempre. Es una persona muy simpática, educada y muy trabajadora.

El trabajo ha sido duro. Tuve muchos pacientes. Muchos vinieron para ponerles las vacunas a sus mascotas. Solo he tenido que operar a un perro de urgencia porque traía un cristal incrustado e infectado en una de sus patas. Pero, por suerte, solo ha sido un susto.

No vi a Raúl ayer. Estoy ansiosa porque llegue esta noche para poder disfrutar con él de una noche de baile.

Hoy voy caminando al trabajo acompañada por Romeo Santos en mis oídos. Hace un día estupendo. El sol brilla con fuerza y siempre huele a mar.

Tengo ganas de que mi familia venga a visitarme, pero para eso primero necesito estar independizada, y un piso de dos habitaciones aquí cuesta entre 2000 y 2700 dólares al mes.

Ahora Darel me ha subido el sueldo y me lo puedo permitir, pero quiero ahorrar primero. También puedo disponer del dinero que me dejó mi abuelo, pero mi padre lo ha invertido y no lo quiero gastar.

Todos los días le doy gracias a mi abuelo por esa muestra de cariño que nos ha dado a todos.

Siempre ha sido así.

Llego al trabajo puntual. Saludo a Kayla, que ya está en su puesto de trabajo, tecleando en su ordenador, y subo a la cocina para buscar un café. Preparo también otro para Kayla y bajo con las dos tazas.

—Toma. —Dejo la taza del café de Kayla encima del mostrador.

—Gracias —dice sorprendida.

No se lo esperaba.

—¿Tengo muchas consultas hoy? —pregunto.

—Hoy va a ser un día tranquilo —responde.

—Eso espero.

Kayla me da la hoja con las citas que tengo hoy y voy a mi consulta. Dejo el café y la hoja encima del escritorio, y voy a mi taquilla a dejar el bolso y la chaqueta; me visto con la bata del trabajo.

Cuando vuelvo a mi consulta, Darel me está esperando. ¿Qué querrá ahora? Siempre busca algún pretexto para acercarse a mí.

—Buenos días, Darel —digo mientras me abrocho los botones de la bata.

—Buenos días. Vengo para invitarte a comer hoy.

—Gracias. No sé, todavía es muy temprano para decidir. Luego más tarde te busco y te doy una respuesta.

Darel sale de la consulta con cara de pocos amigos. Ayer me hizo la misma invitación y tuve que buscar una excusa. A ver qué me invento hoy para que no parezca que no quiero quedar con él.

Quizás acepte su invitación y así le tengo contento. No quiero que busque cualquier motivo para no renovarme el contrato.

Rose está conmigo. Ya es habitual. Me encanta que sea mi auxiliar. Con ella, las horas se me pasan volando. Siempre tiene historias nuevas para contar.

Estamos en la cocina tomando un café.

—¿Sabes una cosa? —digo.

—¿Qué?

Rose está intrigada.

—Darel me ha vuelto a invitar a comer y no sé qué hacer. Ayer ya me inventé una excusa, pero hoy no sé qué decir.

Rose piensa una respuesta durante unos segundos.

—Pues dile que tienes cita en el médico.

—Es que tengo miedo de que, por rechazar sus invitaciones, no me renueve el contrato.

—Puedes quedar con él hoy y así ya te deja tranquila durante un tiempo.

—Podrías venir tú conmigo. Es que últimamente busca cualquier momento para arrimarse a mí. No quiero que se confunda conmigo.

—No, no, no. Yo no quiero tener problemas con Darel.

—Por favor —suplico.

—Bueno, porque eres tú.

Rose me da un abrazo.

Jack llega. Se le ve muy desmejorado. Le doy un pequeño codazo a Rose en el costal y le hago señas con los ojos para que se fije en él.

Rose me mira y levanta los hombros.

—¿Estás bien? —me atrevo a preguntar.

Ayer no me quiso contar nada, pero quizás hoy cambie de opinión.

Jack respira profundamente y se sienta en el sofá entre Rose y yo.

—Bueno, mi mujer me ha dejado. Se ha ido de casa.

¿Eh? ¿Cómo? No doy crédito a lo que acaban de escuchar mis oídos. Me recuesto en el sofá y miro a Rose, que acaba de hacer lo mismo que yo, como si tuviésemos telepatía. Mientras yo levanto una ceja, Rose ha puesto cara de sorpresa.

—¿Pero qué te ha dicho? —pregunta Rose.

—Nada. Me ha dejado una carta en el buzón. No me coge el teléfono y sus padres no me quieren decir dónde está.

—Quizás esté con otro.

Rose no tiene pelos en la lengua.

—Yo creo que sí, pero no puedo asegurarlo.

Le paso la mano por la espalda y la muevo en círculos para consolarlo.

—Tranquilo. Dale unos días. Ya verás cómo se pone en contacto contigo.

—Dani, ¿te acuerdas de aquel día que estaba raro?

—Sí —digo asintiendo con la cabeza.

—Pues fue porque la relación con mi mujer estaba mal y lo pagué con vosotras. Lo siento mucho.

—Está todo olvidado —contesto, y le doy un abrazo para consolarle.

Terminamos el café y volvemos a nuestras consultas. Todavía me queda poner tres vacunas a dos perros y un gato, cortarle las uñas a dos siameses y la revisión de la herida del perro de ayer.

Darel vuelve a mi consulta con claros signos de buscar una respuesta.

—Sí, iré contigo a comer.

—Perfecto, voy haciendo la reserva.

¡Mierda! Si hace la reserva no voy a poder llevar a Rose conmigo. ¿Y ahora qué hago? Bueno, voy a ir a comer. Voy a mantener las distancias y controlar la situación.

Darel sale de la consulta llamando por teléfono y automáticamente entra Rose.

—¿Y? —pregunta sentándose encima del escritorio.

—Ha hecho una reserva para dos. Me temo que no vas a poder venir conmigo.

—Bueno, tú tranquila. Todo va a ir bien. Voy a tener el teléfono conmigo todo el tiempo por si necesitas escapar. Solo tienes que enviarme un mensaje y yo te llamo como si fuera algo importante y así ya tienes excusa para salir corriendo.

—Buena idea.

Rose es experta en ideas recurrentes.

Darel está en la entrada esperándome mientras yo dejo la bata en la taquilla y cojo mi chaqueta y mi bolso.

Bajamos las escaleras y Darel ha tenido el atrevimiento de poner su mano en mi cintura. Emma sube y nos ve juntos. Nos mira con recelo. No me gusta esa mirada. Sé que después de esto llegarán las represalias.

Caminamos hacia el coche, subimos y Darel pone en el GPS la dirección del restaurante.

—Te voy a llevar a comer a un restaurante español.

—Ah. No sabía que hubiese restaurantes españoles aquí.

—Sí, hay unos cuantos.

Darel conduce con mucha habilidad ante el denso tráfico. El centro de Sídney está lleno de coches y de gente.

Aparca dentro de uno de los múltiples aparcamientos que hay en el centro y salimos caminando rumbo al restaurante. Otra vez, Darel pone su brazo alrededor de mi cintura.

El Alegrías Spanish Tapas está a rebosar. Ahora entiendo por qué había que reservar.

—¿Está así todos los días? —pregunto.

Darel asiente con la cabeza.

El lugar es muy acogedor. Las mesas son de madera de nogal y las sillas están tapizadas en cuero negro. El suelo es de tarima flotante en color claro y el techo de madera en color oscuro que le da un toque rústico.

Hay una media planta con escaleras y suelo de madera. Las mesas y sillas son iguales que en el piso de abajo.

Las ventanas tienen unas cortinas que van desde el techo al suelo, con una cortina de esquina a esquina de color blanco y otras dos cortinas a los lados más pequeñas de color rojo.

Las lámparas son colgantes, con cinco bombillas en forma de vela en cada una.

Darel, cuando hizo la reserva, ya ordenó también el menú.

—Espero que no te importe. Es un menú cerrado y así podemos degustar todos los platos.

—Por mí, no hay ningún problema. Está bien.

El camarero viene con el rioja gran reserva que Darel ha pedido. Descorcha la botella y vierte un poco de vino en cada copa.

Lo probamos. Tiene un sabor exquisito.

Los entremeses traen jamón serrano, queso manchego, chorizo de Salamanca, aceitunas y paté servido con pan rústico y aceite de oliva virgen extra.

Disfruto de los sabores de mi tierra. Darel está encantado. Le encanta el jamón serrano.

—¿Estás contenta en el trabajo?

—Sí. Me he adaptado muy bien. Me alegro de tener a Rose como mi auxiliar —contesto omitiendo a la desagradable de Emma.

—Sí, Rose es muy eficiente.

El camarero trae los entrantes. Patatas bravas, calamares a la andaluza, chorizo a la sidra y champiñones al ajillo, servidos en platos de barro.

Pincho unos pocos calamares con el tenedor y los dejo en mi plato. Los corto con el cuchillo y me llevo un trozo a la boca. ¡Está riquísimo! Echaba de menos estos sabores.

Los chorizos a la sidra están espectaculares. Nunca los había probado de esta manera.

—Los chorizos están sublimes —dice Darel.

—Es la primera vez que los pruebo de esta manera. Mi padre los hace con vino blanco.

—Me encanta venir a comer a este sitio, y con una chica tan guapa, todavía más.

Darel pone su mano encima de la mía. La aparto disimuladamente.

—Toda la comida me recuerda a mi país.

Darel pide otra botella de vino.

—Yo no voy a poder beber más, que luego no sé ni lo que hago.

—Tranquila, mujer. Yo conduzco.

El camarero retira los platos de barro y vuelve con bol de ensalada y una paella.

—Estoy llena. No puedo comer más —informo.

—Tienes que probar la paella.

Darel me sirve un poco de paella. Tiene pollo, cerdo desmenuzado, chorizo y verduras. Está majestuosa. La mezcla de todos los ingredientes hace que esté extraordinaria. Además, el arroz está en su punto.

La ensalada está hecha de lechuga con nueces caramelizadas, tomates semisecos, pasas infusionadas con vino dulce y queso manchego. Una mezcla de sabores un tanto peculiar.

—Está todo excelente. —Le doy la enhorabuena al camarero.

La comida está siendo bastante agradable. De momento, Darel, aparte del piropo y del momento de la mano, está siendo muy educado. Pensé que sería peor.

El vino se me ha subido un poco a la cabeza y siento calor en las mejillas.

Me suena el móvil.

—Perdón, voy a contestar.

Darel asiente con la cabeza. Saco el móvil del bolso y salgo del restaurante a contestar la llamada.
Es Raúl.

—Buenas tarde, princesa. ¿Cómo te ha ido la mañana?

—Buenas tardes. La mañana ha sido muy tranquila. ¿Y tú?

—Bien, los niños son lo de siempre. Ya tengo ganas de que llegue la noche para verte.

—Yo también.

—¿Dónde estás? Se oye mucho ruido.

No sé si deba decirle la verdad o no. Pienso durante unos segundos.

—¿Estás ahí? —pregunta Raúl.

—Eh, sí, perdón. Estoy con mi jefe, que me invitó a comer.

Raúl se queda callado.

—¿Por qué no me has avisado?

—Pues... No sé. Surgió así. Iba a venir Rose, pero no pudo —miento.

Ya lo sabía desde hace más de tres horas y Rose no ha venido, no porque no pudiera, sino porque yo le dije que no.

—Me podías haber avisado y te hubiera acompañado.

El tono de voz de Raúl se ha endurecido y parece enfadado.

—Lo siento, tienes razón. Terminó enseguida y voy para casa.

—¿Dónde estás? Te puedo ir a buscar.

—No, tranquilo. Ya me lleva Darel.

—Bueno, como tú quieras.

—Nos vemos después. Te quiero. —Espero que no esté muy enfadado.

—Yo también te quiero, preciosa.

Cuelgo el teléfono y vuelvo a la mesa. El postre ha llegado. Churros con *fondue* de chocolate.

Me deleito con el dulce chocolate y saboreo cada trozo que como.

—¿Quién te ha llamado? —pregunta Darel.

—Era mi novio.

Automáticamente, la expresión de sonrisa de Darel se transforma en una gran cara seria. Lo ignoro y sigo disfrutando del delicioso postre.

—¿Nos podemos ir ya? Quiero descansar.

—Yo te llevo, no te preocupes. ¿Qué haces esta noche? —pregunta.

—Esta noche tengo clases de baile.

Espero que no quiera apuntarse.

—Pues podemos quedar una noche de estas para cenar.

—Eres muy amable, Darel, pero tengo novio y no quiero incomodarlo.

—No tiene nada que ver. Podemos cenar como jefe y empleada.

—Gracias, pero me lo tengo que pensar.

Darel aparca delante de mi casa.

—Gracias por la comida.

Me acerco para darle un beso en la mejilla, pero Darel se vuelve y le doy el beso en los labios.

Salgo del coche corriendo y entro en casa casi sin aliento.

¿Por qué ha hecho eso Darel? No ha estado bien. La cabeza me da vueltas por el vino. Me acuesto en la cama y pienso. Se me viene a la mente la imagen del beso. Si se lo digo a Raúl, se va a poner hecho una furia. Es capaz de buscar a Darel para agredirlo y no quiero perder mi trabajo.

Mañana iré a trabajar y haré como si no hubiera pasado nada. Aunque quizás sería mejor decirle a Darel que mantuviera las distancias conmigo. No lo sé. Tengo que pensar y hablar con alguien.

Luca no está y ahora es cuando más lo necesito.

Me acuesto en la cama y repaso mentalmente todo lo que he vivido en el último mes. No he empezado con buen pie la relación con Raúl. No he sido cien por cien sincera. Le he ocultado cosas que, al final, pueden traer consecuencias.

Luca me ha enviado un mensaje para quedar directamente en la entrada del Bondi Pavilion a las nueve y así poder hablar antes de la clase.

Salgo de casa temprano. Llamo a Luca y le propongo comprar unos kebabs para cenar. Luca acepta y voy directa al mismo restaurante al que fuimos con Raúl la primera vez que nos invitó a cenar.

El señor que hay detrás del mostrador me atiende muy amablemente y enseguida me da el pedido en una bolsa y me regala dos latas de Coca-Cola.

Luca está sentado en uno de los bancos frente a la entrada del Bondi.

—Buenas noches, guapo —le doy un beso en la mejilla y me siento a su lado.

Le doy la bolsa de nuestra cena.

—¡Qué bien huele!

Desenvuelvo el kebab y le doy un mordisco. Su sabor me recuerda a aquella noche en la playa y el primer beso que me dio Raúl. Son muy buenos recuerdos.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunta Luca.

—Bien. Me ha invitado a comer mi jefe.

—Yo pensé que estabas con Raúl.

—Es que Darel me invitó a comer ayer y le puse una excusa; hoy lo ha vuelto a hacer y ya no sabía qué excusa darle —explico.

—Ten cuidado con aceptar invitaciones. Tu jefe se puede confundir.

Levanto una ceja.

—Creo que ya está un poco confundido, pero tampoco quiero quedar mal con él.

—Y, cambiando de tema, ¿al final hablaste con Raúl del beso que te has dado con Hugo?

—No he sido capaz.

Inspiro hondo.

—Cuánto más tardes en decírselo, peor va a ser.

—Lo sé, lo es. —Me remuevo—. No sé cómo decirle que acabé en casa de mi exnovio y que casi acabamos haciendo el amor.

—Pues así, como me lo has dicho a mí. Con algo más de tacto.

—Además, se ha enfadado cuando supo que estaba comiendo con mi jefe.

Luca le da un último bocado a su kebab.

—¿Quién soy?

Raúl me ha tapado los ojos, pero esa voz y ese olor son inconfundibles.

—Eres tú. —Le aparto las manos y me vuelvo.

Se acerca a mí y me da un beso en los labios.

—Entro a preparar la clase.

Las arpías que estaban sentadas en el banco de al lado se levantan y entran corriendo detrás de él.

Luca y yo terminamos de cenar y de beber y tiramos los envoltorios a la basura.

Entramos en la clase.

Me acerco a Raúl para darle un beso antes de empezar, pero me tuerce la cara. ¿Cómo ha podido cambiar tanto en diez minutos?

—¿Qué te pasa? —pregunto.

No me contesta, solo se limita a preparar la música. No sé qué habré hecho ahora. Todo estaba bien hace un momento.

Me alejo y me coloco al lado de Luca.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

—No sé. Le he ido a dar un beso y se ha apartado. Le pregunté si pasaba algo y no me ha contestado.

—¡Qué raro! —exclama.

La clase empieza. Es todo igual de frío que el primer día. Raúl se limita a darnos instrucciones para calentar los músculos. Después, nos colocamos en parejas y empezamos a bailar los pasos que ya nos sabemos.

Hoy Raúl no pide cambio de pareja, así que no tengo oportunidad de pedirle siquiera una explicación. Está bailando con una de las arpías. A ella se le ve muy feliz. Está en su salsa, nunca mejor dicho.

Me mira y se ríe.

Me come la rabia por dentro. No puedo ver cómo esa tipa le está tocando y él tampoco hace nada para evitarlo. Reprimo las lágrimas. Luca se da cuenta y me vuelve para que no los vea.

Estoy desconcertada con la actitud de Raúl.

—Ya verás como todo se arregla —me susurra Luca.

Bailo sin ganas, aunque Luca hace todo lo que está en sus manos para levantarme el ánimo, sin éxito.

Raúl nos da las últimas instrucciones antes de terminar la clase. Recoge sus cosas y sale diciendo un simple adiós. Normalmente es el último en salir. Es todo muy raro.

Las arpías salen detrás, me miran y se ríen a carcajadas. Me temo que tienen algo que ver en lo que está pasando entre Raúl y yo. «¿Puede haber gente tan mala en el mundo?», le pregunto a mi yo interior, que me dice que sí con la cabeza. O simplemente será porque he ido a comer con mi jefe. La cabeza me va a estallar.

Camino agarrada del brazo de Luca. Estoy desolada. Raúl no me ha dado ninguna explicación acerca de su actitud. A veces pienso que el amor no está hecho para mí.

Me meto en cama y llamo a Raúl por teléfono. No me contesta. Le envío un mensaje. Está en línea. Tengo la esperanza de que por lo menos me conteste al mensaje. Lo ha visto, lo sé porque el doble visto se ha puesto azul. Deja de estar en línea y aumenta mi preocupación.

Me duermo pensando en él y en las carcajadas de las arpías de la clase de baile. Estoy casi segura de que ellas han tenido algo que ver.

Viernes, 8 de diciembre de 2017

La semana ha sido muy larga y agotadora. Ayer tuve revisión en el hospital y, después de haberme hecho una radiografía, me han dicho que todavía debo tener el dedo inmovilizado dos semanas más. Hoy va a ser una jornada todavía más larga. Aparte de trabajar en el turno de mañana, tengo que volver por la noche para hacer la guardia de fin de semana con Jack.

Estaré encerrada en la clínica hasta el lunes por la mañana. Me da pereza, pero también me va a ayudar a desconectar un poco de la vida real.

Raúl sigue sin hablarme. No me contesta a las llamadas ni a los mensajes. Estoy muy frustrada. Necesito que me diga por qué está así conmigo. Ayer en la clase de bachata fue muy frío conmigo.

Su indiferencia me está haciendo daño.

Luca ha intentado hablar con él y sonsacarle algo de información, pero ha sido imposible. Se ha encerrado en sí mismo y no hay manera de que diga nada.

Hoy el trabajo está siendo muy pesado. Además, está Emma, que le ha cambiado el turno a Henry otra vez.

Debo tener mucho cuidado porque con esta bruja nunca se sabe lo que puede pasar. Es capaz de envenenarme o algo peor. Y después de verme salir el otro día con Darel de la clínica, puede cometer alguna locura en mi contra.

Hoy Darel está siendo muy respetuoso conmigo, no ha intentado acercarse ni tocarme. Quizás el hecho de decirle que tengo o, mejor dicho, tenía novio, le ha hecho entrar en razón. También puede ser que la presencia de Emma frene un poco sus intenciones conmigo.

En el fondo creo que Darel conoce bien a Emma y sabe hasta dónde es capaz de llegar.

Es la hora del descanso. ¡Por fin! Ya estaba necesitando un buen café. Subo a la cocina. Emma está preparándose un café. Le digo hola, pero, como es habitual, ella no me contesta.

Espero que termine sentada en el sofá mirando mi teléfono. Tengo un mensaje nuevo.

«Hola. ¿Cómo estás? Hace tiempo que no nos vemos y me gustaría invitarte a comer o a cenar. Un saludo».

El mensaje de Charlie es muy sincero. Creo que es hora de pasar página con lo que sucedió entre los dos y empezar de cero.

«Me parece muy buena idea, pero habrá que dejarlo para la próxima semana. Estoy trabajando ahora y este fin de semana tengo guardia y no descanso hasta el miércoles. Otro saludo para ti también».

«¡Perfecto! Cuando tú quieras. Yo estaré esperando tu llamada».

Emma se va y yo me preparo el café que tanto estaba necesitando. Como siempre, cojo una taza de la estantería, caliento la leche en el microondas y le añado el café y el azúcar.

Vuelvo a sentarme en el sofá y pienso en Raúl mientras remuevo el café.

Rose y Jack llegan poco tiempo después y se disponen a hacer lo mismo que hice yo hace un momento.

Se sientan conmigo en el sofá.

—Emma ha estado aquí hace un momento y ni me ha saludado —digo.

—Pues sí que le ha dado fuerte contigo a Emma —contesta Rose entre risas.

—No me gusta la forma en la que me mira.

—No le hagas caso —añade Jack.

Le doy un sorbo al café y lo escupo de inmediato ante la incrédula mirada de Jack y Rose.

—¿Qué te pasa? —pregunta Rose sin salir de su asombro.

—No toméis el café. Lo que había en el azucarero no era azúcar, sino sal —advierdo.

Rose, aún con mi advertencia, toma una pequeña cucharada de café y lo prueba.

—¡Es cierto! —exclama.

Me queda claro que la maldad de Emma no tiene límites. Debió de cambiar el azúcar por la sal cuando estaba distraída con el teléfono. Abro todas las puertas de los armarios de la cocina y encuentro un azucarero igual al que contenía la sal.

—Esta vez lo va a saber Darel.

—Voy contigo —dice Rose.

—No hace falta, Rose. Yo puedo sola. Vuelvo enseguida.

Cojo los dos azucareros y bajo directa al despacho de Darel. Entro sin llamar. Darel está hablando por teléfono y me hace señas para que me siente.

—¿Algún problema, Daniela?

Darel cuelga el teléfono, se recuesta en su silla y se cruza de brazos para escucharme.

—¡Mira! —exclamo—. Son dos azucareros exactamente iguales, ¿verdad?

Darel asiente con la cabeza.

—En uno hay azúcar y en otro, sal —continúo.

Le doy a Darel los dos azucareros y él comprueba su interior.

—Ha sido Emma —dice con total seguridad—. No es la primera vez que lo hace.

—Y no es la primera vez que intenta hacer algo en contra mía.

Darel frunce el cejo. No entiende lo que le acabo de decir.

—¿Qué quieres decir?

Apoya los codos en la mesa.

—Primero fue la discusión que tuvimos el día que compartimos a Rose y, antes de irme a España, cambió mis vacunas por lejía y casi se la inyecto a uno de los perros.

Darel se queda boquiabierto.

—Ahora mismo voy a hablar con ella. Una cosa es cambiar azúcar por sal o una simple discusión, y otra cosa muy seria es sabotear las vacunas.

Resopla.

—Yo no sé si voy a poder seguir trabajando en estas condiciones. Me encanta este trabajo, pero no quiero tener más problemas con Emma.

—No te preocupes. Sube y disfruta de tu tiempo libre, que voy a poner orden en esta clínica.

Kayla sube para avisarnos de que Darel ha convocado una reunión urgente en su despacho. Rose, Jack y yo nos miramos, sabemos perfectamente el motivo de esa reunión: el cambio del azucarero.

—Se avecina tormenta.

Rose siempre tan creativa.

—Bueno, vamos al matadero —añade Jack.

Estamos todos en el despacho de Darel. Él está sentado en su silla y los demás permanecemos de pie. Yo estoy apoyada en una de las paredes.

—Buenas tardes. Os he llamado porque últimamente ha habido algunos roces entre algunos

compañeros y en mi clínica quiero que todos nos llevemos bien, que seamos un equipo. Voy a hacer una pregunta y espero que el o la culpable dé la cara. Aquí tengo dos azucareros idénticos. Bien. ¿Quién ha tenido la absurda idea de traer uno de los azucareros con sal?

Nadie contesta. Nos miramos unos a otros. Yo estoy casi segura de que fue Emma. La miro. Está mirando al suelo.

—Ya veo que no ha sido nadie. No soy tonto y sé bien quien fue. Solo quiero que la persona que ha sido sea capaz de asumir su culpa. También sé que alguien ha cambiado las vacunas de la consulta de Daniela por lejía. Sé que fue la misma persona las dos veces. Os voy a dar una advertencia: al mínimo problema, os echo a todos.

Kayla y Sarah protestan por la medida drástica de Darel. Están enfadadas. Casi todos estamos igual que ellas. Está claro que ellas no han sido porque están muy desconcertadas y no quieren perder su puesto de trabajo.

—Bueno, id a trabajar. Os iré llamando uno a uno para hablar en privado.

Estoy a punto de salir del despacho de Darel.

—Espera, Daniela. Cierra la puerta y siéntate, por favor.

Rose, Jack y Kayla se quedan mirándome.

—Pensé que Emma confesaría, pero no ha sido así. Hablaré más tarde con ella.

—Gracias, Darel, y lo siento si te causo muchos problemas. Si lo deseas, puedo dimitir y así evitamos problemas.

—De eso nada. Tú no tienes la culpa. Vuelve a tu trabajo tranquila.

Vuelvo a la consulta donde la cotilla de Rose y Jack me están esperando ansiosos por saber lo que he hablado con Darel a solas.

—¿Y? —Rose está sentada encima del escritorio.

—Darel me ha dicho que no me preocupe por el trabajo, que sabe que ha sido Emma y que más tarde hablará con ella. Le he dicho que, para evitar problemas, sería mejor renunciar al trabajo.

—¿Cómo? —Jack suelta un grito.

—Como lo has oído, pero Darel me ha dicho que no.

—Bueno, voy a mi consulta. Hay pacientes esperando.

Rose sale detrás de Jack y hace pasar a mi paciente y otro paciente a la consulta de Jack. Tengo ganas de salir y de llegar a casa para poder descansar.

Todavía queda una hora y parece que la aguja del minutero se ha detenido. Atiendo a todas las consultas que tengo para hoy y me relajo sentada en mi escritorio.

Termino de escribir en el ordenador algunos detalles de los pacientes.

Saco el móvil del bolsillo de la bata y busco la conversación de Raúl. Ha visto todos los mensajes que le envié todos estos días, porque el doble visto está azul, pero no me ha querido contestar.

Le envíé otro mensaje.

«Por favor, escíbeme. Dime por qué no me hablas. ¿Qué te he hecho? Te echo de menos y te quiero muchísimo».

Espero unos instantes con la esperanza de que se pongo en línea y lea mi mensaje. Nada. Debe de estar dando clases.

Rose me lleva a casa.

—¿Al final has entrado en la web que te envié para convalidar tu licencia de conducir y poder comprar coche?

—No. No he tenido tiempo. Quizás después de las Navidades.

—Me parece bien. No hay como tener coche propio y moverte por Sídney sin tener que depender de nadie.

—Tienes razón. En Madrid era más cómodo ir en metro que en coche. En el centro nunca hay dónde aparcar y siempre hay atascos.

Entro en casa. Pensé que no llegaría este momento. Me tiro en la cama y dejo el bolso y la chaqueta en el suelo. Estoy agotada. No tengo hambre. Entre el problema en el trabajo y el problema de Raúl, se me ha cerrado el estómago.

Me levanto de la cama y me voy a la ducha. Cuando el agua cae templada por mi cuerpo me ayuda a relajarme y a pensar.

Luca toca la puerta del baño.

—Entra —digo enrollándome en una toalla.

—¿Cómo te ha ido la mañana? ¿Has sabido algo de Raúl? —pregunta.

—Quitando un pequeño problema con la bruja piruja de Emma, que me ha cambiado el azúcar por la sal, todo bien. De Raúl no sé nada. No contesta a mis mensajes.

—*Mamma mia!* —Luca está con la boca abierta. Me mira incrédulo.

Asiento con la cabeza.

—Debes tener cuidado con esa compañera tuya —advierte.

—Estoy pensando en volver a España.

—¿Por qué?

—Porque estoy agobiada con tantos problemas y me siento sola.

Luca carraspea ofendido.

—¿Y yo? —pregunta.

—Sí, ya sé que puedo contar contigo. Pero entre las arpias de las clases de baile, la indiferencia sin sentido de Raúl y la bruja de Emma, no puedo más.

Tengo ganas de llorar, pero me contengo.

—Tienes que ser fuerte. A las arpias, ni caso. Lo de Raúl seguro que tiene solución. Y lo de la bruja de tu trabajo, ya verás cómo tu jefe la pone en su lugar. —Luca me consuela.

—Quizás tengas razón.

Suspiro.

—Bueno, ¿te parece que pida algo para comer?

—Sí, aunque no tengo mucha hambre.

Luca sale del baño y llama por teléfono. Yo salgo del baño. Voy a la habitación y me pongo una camiseta de tirantes finos y unos pantalones cortos.

Estamos sentados en el sofá, comiendo la *pizza* barbacoa que ha pedido Luca. Carol llega enfadada. Se sienta en el sofá individual y no hace más que renegar de los hombres.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunta Luca.

Carol lo mira.

—David no ha venido hoy a trabajar. Me ha dicho que ayer tuvo un contratiempo. Ya me sé yo cuál ha sido su contratiempo.

—Quizás sea verdad lo que te ha dicho.

—Está con una chica de su facultad.

—No pienses mal. Habla primero con él.

Yo me limito a escuchar la conversación entre Luca y Carol mientras como la *piZZa*.

—Últimamente recibe muchos mensajes y se va al baño a hablar por teléfono. Yo no estoy para perder el tiempo con un niño.

—Haz lo que mejor te parezca, pero, si te equivocas, no vengas después llorando.

Carol se anima a comer y coge un trozo de *piZZa*.

—Bueno, chicos. Yo me voy a acostar un poco, que tengo que volver a la clínica a las nueve de la noche.

—Que descanses —dice Luca.

—Descansa, que después te llevo yo al trabajo.

Carol siempre tan amable conmigo.

Me levanto del sofá y me voy a la habitación. Miro el móvil de nuevo. Sigo sin noticias de mi adonis. Estoy cada vez más preocupada. Nuestra relación ha pasado de ser apasionada a ser fría.

Me despierta un mensaje del móvil. Lo cojo de la mesita y lo miro rápidamente con la esperanza de que sea de Raúl.

«Hola, hija. ¿Cómo estás? Tengo ganas de verte. Un beso».

«Hola, mamá. Estoy bien, con mucho trabajo. Este fin de semana tengo guardia y no descanso hasta el miércoles. ¿Cómo estáis vosotros? Un beso».

«Todos bien. Tu hermano está estresado con los exámenes. Tu hermana ya planeando su boda. Tu abuela está bien y tu padre, como siempre».

«Me alegro. A mi hermano dale suerte para los exámenes. A mi abuela dale un beso muy grande. A mi hermana dile que esté tranquila, que todavía le queda mucho tiempo, y para ti y papá, un beso y un abrazo muy grande».

«Un beso y un abrazo muy grande para ti de todos nosotros».

Me levanto todavía aturdida por el sueño que tengo. Me da pereza tener que volver a trabajar esta noche. Me gustaría salir a tomar unas copas y olvidarme por un momento de esta semana nefasta.

¿Por qué no me escribe Raúl? ¿Qué habré hecho mal? Él ha usado la palabra «novia» cuando comimos juntos el pasado domingo. Todo iba bien, incluso el martes cuando me vio estaba cariñoso. ¿Qué habrá pasado dentro del aula para que cambiara de opinión? Voy a tener que armarme de valor y enfrentar a las arpías.

Ellas han tenido algo que ver. Cada vez estoy más segura de esa teoría. El martes entraron detrás de Raúl y en la clase estaban muy raras, más de lo habitual, y salieron riéndose a carcajadas.

Yo no tengo la culpa de que Raúl me haya elegido a mí antes que elegir a alguna de ellas. Yo no tengo la culpa, no busqué gustarle, él se acercó. Se acercó incluso antes de yo saberlo. La noche del The Cuban Place yo no era consciente.

Tengo que seguir adelante, pero no sin antes solucionar este problema. Tengo que enfrentar tanto a las arpías como a Raúl, aunque sea en la próxima clase, delante de todos los alumnos. No me importa.

Recuerdo el pasado fin de semana con lágrimas en los ojos. No me parece justo que de la noche a la mañana se haya terminado lo que empezaba a ser una relación estable y formal. No lo acepto.

Luca ha salido porque ha ido a la playa con Víctor, y Carol sigue en el sofá acostada y con el mando de la televisión en la mano, cambiando de canal.

—Hola —digo.

—Hola —contesta Carol con voz quebrante.

Por lo que veo sigue en un estado entre deprimida y enfadada.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien, Daniela. Gracias.

—Bueno, voy a hacer un café.

Voy a la cocina y preparo en una bandeja, dos tazas, dos cucharillas, el azucarero, una pequeña jarra con leche fría y la cafetera.

Llevo todo con mucho cuidado y lo dejo encima de la mesa pequeña del salón delante del sofá donde está Carol.

—Huele bien —dice.

—¿Quieres? —pregunto.

Antes de que responda, ya he echado café y leche en la taza. Carol levanta la cabeza y me mira.

—¿Cuántas cucharadas quieres?

—Dos, gracias —contesta.

Se sienta y tomamos juntas el café.

—Las cosas con David no van bien —confiesa.

—Ya me lo había parecido, pero no quería molestarte.

—Creo que está con otra chica.

—Si quieres un consejo, deberías hablar con él antes de tomar ninguna decisión.

Asiente con la cabeza y da otro sorbo a su café.

—Hoy hago yo la cena —dice.

—¿Y qué vas a preparar? —Siento curiosidad.

—Una ensalada y pollo a la plancha. ¿Qué te parece?

—Me parece genial. Yo te ayudo.

Nos levantamos del sofá y llevamos la bandeja a la cocina. Yo friego las tazas mientras Carol saca todo lo necesario para preparar nuestra cena.

—Luca no va a venir —dice Carol mirando un mensaje en el móvil—. Estaremos tú y yo. Después te llevo al trabajo como te dije.

—Me gustaría no tener que trabajar para poder quedarme contigo y hacerte compañía.

—No te preocupes. Quizás Luca tenga razón y, antes de juzgar a David, deba hablar con él. Lo voy a llamar después, cuando te deje en la clínica.

—Me parece genial. Tú que eres abogada, mejor que nadie sabrás que todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—Eso es cierto.

Cenamos sentadas en la mesa de la cocina. Degusto el pollo a la plancha que ha preparado Carol. Lo ha sazonado con unas salsas que no conozco y le dan un toque exquisito.

La ensalada la ha aliñado con salsa griega.

Carol me deja frente a la clínica. Cojo la chaqueta, el bolso y la mochila con mis enseres personales. Me despido de Carol y salgo del coche. Jack viene caminando por la acera, espero por él y subimos juntos.

—Buenas noches, Daniela.

—Buenas noches, Jack.

Beth está preparándose para salir al igual que el resto de los compañeros.

Jack y yo esperamos en la entrada a que salgan todos y cerramos la puerta.

—¿Un café? —sugiere Jack.

Asiento con la cabeza.

Estamos sentados en el sofá de la cocina tomando tranquilamente el café. La verdad es que estar así no está nada mal. No hay el ajetreo de las consultas ni compañeras molestas.

No dejo de pensar en Raúl. Miro el móvil cada poco. Aún tengo la esperanza de que quiera hablar conmigo, de que me dé una explicación de por qué ha decidido alejarse de mí.

—¿En qué piensas?

Jack está delante de mí haciendo señas con la mano. No lo había visto.

—Perdón. Estaba pensando en un problema que he tenido.

—¿Emma? —pregunta.

Niego con la cabeza. No quiero hablar del tema.

—¿Has sabido algo de tu mujer? —cambio de tema.

—No. Espero que reflexione y vuelva a casa o por lo menos me dé una explicación de por qué se ha ido.

Al final Jack y yo no somos tan diferentes. Tenemos un problema bastante parecido. Su mujer se ha ido sin dar explicación y Raúl se ha alejado de mí, también sin explicación alguna.

En observación tenemos una pastora a la que Darel le practicó una cesárea ayer de urgencia y quedó muy débil. La reviso. Está dormida. Miro la ficha. Henry le ha suministrado la última dosis de acepromacina hace dos horas. A las dos de la madrugada le toca la siguiente dosis.

Añado una alarma en mi móvil.

Espero que tengamos una buena noche. Estoy agotada de tanto pensar y he dormido poco estos días.

«Tenemos que hablar».

El mensaje de Raúl alimenta mi esperanza, pero las palabras que ha usado y lo escueto que es, me da miedo.

«Estoy trabajando».

Tampoco quiero que piense que estoy desesperada, aunque, a juzgar por los mensajes anteriores que le he enviado, eso es, seguramente, lo que estará pensando.

«Lo sé. ¿Cuándo podríamos vernos?».

Quiere verme y mi yo interior salta de alegría. «No te hagas ilusiones», le digo. Quizás solo quiera verme para hacer efectiva la ruptura. Bueno, voy a intentar ser positiva.

«Salgo el lunes por la mañana, pero tengo que volver por la tarde. Lo mejor será vernos después de la clase del martes».

«Perfecto».

Le envío un mensaje a Carol y le doy la noticia. Ella se alegra por mí. A Luca se lo diré mañana, hoy está muy ocupado con su novio y no le quiero estropear la noche.

—¿Esa sonrisa? —pregunta Jack.

—Un mensaje que he recibido.

—Espero tener yo pronto noticias de mi mujer —dice desconsolado.

—Seguro que sí.

Le doy un abrazo a Jack. En este momento es lo que más necesita.

—Voy a preparar más café.

Me levanto y saco otras tazas del armario.

—Voy a buscar la cama plegable y así nos ponemos cómodos y podemos ver alguna película. He traído palomitas.

Me quedo dormida en la cama plegable mientras escucho de fondo la película que ha puesto Jack. Pienso en los mensajes de Raúl y tengo la duda de si quiere hablar para arreglar lo nuestro. Espero que me dé una explicación o que me diga el motivo de la indiferencia que he sufrido por su parte estos días.

Suspiro.

Me da terror pensar que pueda ser para terminar definitivamente conmigo. No quiero.

Espero que sea la primera opción.

Domingo, 10 de diciembre de 2017

Ayer el día fue tranquilo. No hubo ninguna urgencia. Jack y yo nos pasamos todo el día hablando de nuestros problemas y consolándonos mutuamente.

Hemos pedido comida japonesa para comer, a la que he invitado yo, y Jack pidió comida italiana para cenar y ha invitado él.

Rose ha venido por la tarde, no tenía nada que hacer y trajo unos pasteles de chocolate que acompañamos con un té. Nos hemos reído mucho con ella y con sus historias en el supermercado.

Hoy hemos madrugado porque llegó un mastín con una picadura de serpiente y lo hemos salvado por los pelos, aunque lo hemos dejado en observación hasta mañana para descartar cualquier daño en el organismo.

—Menos mal que el mastín ha llegado a tiempo —digo.

—Si hubiesen llegado diez minutos más tarde, ahora el animal no estaría aquí —aclara Jack.

Tiene razón.

—¿Vienes a desayunar? Yo tengo hambre.

—Yo también tengo hambre —contesta.

Nos sentamos a desayunar los cereales de chocolate que ha traído Jack. Yo he traído ColaCao. Jack nunca lo ha probado y quiero que sepa las cosas típicas que tenemos en España.

Jack ha quedado encantado con el ColaCao. Lo he comprado en Internet. He pagado ocho dólares por solo 400 gramos, no es barato, pero de vez en cuando me apetece tener cosas de mi país y el ColaCao es uno de ellos. Me encanta.

Una llamada al timbre interrumpe nuestro delicioso y tranquilo momento. Dejamos el desayuno a medias y bajamos de inmediato.

Hay un hombre en la puerta. En brazos trae un yorkshire. Jack se apresura a abrir la puerta. Yo acompaño al hombre y al perro a la primera consulta mientras Jack cierra la puerta.

El perro está convulsionando.

Intento mantener el cuello del perro lo más extendido posible, agarrando su cabeza para que pueda respirar.

Jack toma los datos del can y del dueño en el ordenador.

—¿Es la primera vez que le ocurre? —pregunta Jack.

—Sí.

—¿Ha venido a esta clínica en alguna otra ocasión?

—No, es la primera vez. Nos hemos mudado a este barrio hace solo dos meses.

Jack termina de cumplimentar todos los datos del animal y saca fenobarbital del armario de las medicinas. Se lo inyecta.

—Lo vamos a dejar en observación veinticuatro horas para evitar que le vuelva a suceder. También le vamos a hacer varias pruebas para descartar que sea una infección.

—Lo que sea necesario —contesta el hombre con gran preocupación.

Jack chequea en la cartilla de vacunación que el can tenga todas las vacunas en regla.

—Veo aquí que tiene todas las vacunas al día.

—Sí, yo siempre lo he vacunado cuando me han dicho. Está también desparasitado —añade el hombre.

—Pues no se preocupe. Puede irse tranquilo, que aquí lo cuidaremos bien. Si hay cualquier novedad, nosotros le llamamos.

—Muchas gracias.

El hombre le da un beso al perro y nos da la mano. Acompaño al hombre hasta la puerta y vuelvo para ayudar a Jack con las pruebas.

Le hacemos una analítica y la llevo a analizar. Busco los resultados de la analítica, mientras que Jack le toma la temperatura al perro.

—Le ha subido la fiebre. ¿Cómo han salido las analíticas?

—Míralo tú mismo —contesto.

Jack observa con detenimiento los resultados.

—Menos mal que el hombre ha traído a tiempo al animal. Tiene piroplasmosis. Voy a llamar para informar.

Le suministramos la medicación necesaria al yorkshire y lo subimos a observación.

—El desayuno se ha quedado frío —digo.

Bebo la leche y lavo la taza.

Llaman a la puerta, otra vez. Y de nuevo, volvemos a bajar corriendo a la entrada.

Una chica con un perro mestizo está en la puerta. Tiene una mordedura de otro perro en la pata derecha trasera. El mestizo ya es paciente de esta clínica.

La chica no deja de mirar a Jack, creo que le gusta.

Entro en el historial y redacto la lesión por la que ha venido hoy y el tratamiento a tratar.

Jack limpia la zona de la mordedura y la desinfecta. Saco la máquina para rasurar, aguja e hilo y le ayudo a curar la herida. No es demasiado profunda, pero le hemos tenido que dar cuatro puntos de sutura.

La chica se va muy agradecida por nuestro trabajo. Al animal le hemos tenido que poner un collar isabelino para que no se lama la herida.

Subimos a la cocina, Jack calienta su taza en el microondas y se toma la leche con ColaCao, que estaba más que frío.

—A esa chica del perro mestizo creo que le gustas.

Jack se pone colorado.

—¿Tú crees?

Asiento con la cabeza.

—Creo que deberías darte una oportunidad. No puedes estar pensando en tu mujer todo el tiempo. Si se ha ido, tienes que intentar rehacer tu vida.

—¿Y si aparece de nuevo? —pregunta.

—Si vuelve, le dices que quieres el divorcio y pasas página.

Jack se pone triste y cambio de tema.

—Ya llevamos dos urgencias casi seguidas.

—Sí. Ayer nada y hoy dos en menos de dos horas —contesta.

—Espero que la tarde sea más tranquila, que hasta el miércoles no descanso.

Suspiro.

—Es cierto. A mí me toca descansar mañana y el martes, y a ti el miércoles y el jueves —explica.

—¡Sí! —exclamo.

—Si quieres, te puedo cambiar el turno de descanso —sugiere.

—Gracias, pero no. Prefiero acostumbrarme a los diferentes descansos. No es justo que tú no descanses cuando te toca.

—Tranquila. Estoy acostumbrado.

—Gracias de nuevo.

Los animales en observación están tranquilos gracias a la sedación que los mantiene relajados. Jack hace el informe de las horas a las que se les suministra la medicación para los compañeros que vengan mañana. La mañana ha pasado rápido con las urgencias que hemos tenido.

—Voy a pedir *fish and chips*, que es muy típico aquí para comer. Invito yo, que me toca. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien. Ya tengo hambre —contesto.

Mientras Jack llama por teléfono, aprovecho para revisar que haya de todo en los armarios de las cuatro consultas y del quirófano. Repongo gasas, vendas y desinfectantes. Vuelvo a la sala donde están los animales, siguen igual.

Echo un vistazo a mi teléfono móvil, que tiene la luz azul parpadeando, avisándome de que tengo mensajes pendientes.

Tengo un mensaje de Charlie.

«Hola, Daniela. Sé que estás trabajando ahora. Te propongo recogerte mañana por la mañana y llevarte a casa. Seguro que estarás cansada y me gustaría aprovechar ese momento para hablar y verte. Un beso».

«Hola. Efectivamente estoy de guardia. Gracias por el ofrecimiento, pero ya me lleva mi compañero Jack a casa mañana».

Miento, Jack y yo no hemos hablado de llevarme mañana a casa. Pienso que por el momento será mejor evadirme de Charlie. Tengo miedo de que solo sea un pretexto para abusar de mí como lo intentó la última vez que estuvimos juntos.

«Me gustaría verte».

«Tengo dos días libre: el miércoles y el jueves. Nos podemos ver uno de esos dos días. ¿Qué te parece?».

«Vale, perfecto. Te llamo el miércoles».

«Vale».

Vuelvo a meter el móvil en el bolsillo de la bata. Llaman al timbre. Esta vez es el repartidor, que llega con la comida.

—Espero que te guste. No sé si eso es típico en España.

—No, es más típico en Inglaterra. En España somos más de tortilla de patatas.

—He pedido el pescado típico de aquí, no sé si lo conoces. Se llama Barramundi. Es un poco más caro, pero merece la pena.

—Sí, lo conozco. Lo hizo una vez Carol, la dueña de la casa donde vivo, al horno. Estaba buenísimo.

Comemos el delicioso pescado sentados en el sofá de la cocina viendo un programa de humor en la televisión.

Cojo las patatas con la mano, una a una, y las mojo en ketchup.

—Voy a tener que ir al gimnasio. Con tanta comida me voy a poner gorda como una foca.

—Tú te verías guapa de cualquier modo.

—Eres un mentiroso —reirimino.

Preparo unos cafés y nos los tomamos recostados en el sofá, viendo la película que acaba de empezar.

Llaman al timbre, otra vez. Y otra vez nos toca bajar las escaleras corriendo. En una de esas me voy a tropezar y me voy a caer. No es la primera vez que tropiezo y me caigo en unas escaleras. Ya me pasó varias veces en la casa del pueblo de mis abuelos maternos.

En la mesa de la consulta tenemos a un perro con claros signos de envenenamiento.

—Le vamos a inducir el vómito —informo.

Todos los intentos porque el perro vomite son fallidos.

—Vamos a introducirle una sonda.

Para ello, primero anestesiemos al animal. Jack trae un tubo endotraqueal y yo se lo introduzco con mucho cuidado ante la atenta mirada de Jack y del dueño del perro. Acto seguido, introduzco la sonda gástrica.

Jack coloca unas almohadas en la parte inferior del animal para que la cabeza le quede más baja que el resto del cuerpo y así facilitar la salida del líquido del estómago.

Introduzco solución salina por la sonda y lo recupero, varias veces hasta que el líquido procedente del estómago muestra presencia tóxica.

—Bueno, creo que esto ya está —digo con satisfacción.

—Enhorabuena, Daniela. —Jack me pasa la mano por la espalda.

—Muchas gracias.

El dueño del perro está más tranquilo.

—No hay de qué. Es nuestro trabajo —respondo.

No hay nada mejor en el mundo como que reconozcan tu trabajo. Ayudar a los animales es mi vocación y creo que no podría hacer otra cosa en la vida.

—Vamos a esperar un poco a que se despierte de la anestesia y se podrán ir a casa.

El dueño asiente.

Aprovecho y le hago varias preguntas para saber cómo se ha podido envenenar el can y dejarlo escrito en su historial. Veo que es paciente habitual de Emma.

Después de una hora despedimos al hombre y a su perro desde la entrada y volvemos a la cocina. Jack prepara más café. La película que estábamos viendo ya terminó y están emitiendo *Bajo Cero*, una película con la que lloro cada vez que la veo.

Carol me llama por teléfono.

—Buenas tarde, Dani ¿Cómo estás?

—Bien, ahora descansando un poco.

—¿Muchas urgencias?

—Ayer ninguna, estuvimos como en casa. Hoy ya hemos tenido unas cuantas.

Qué raro que Carol me llame estando en el trabajo. Creo que es la primera vez que lo hace. ¿Qué querrá?

—¿Cómo estás tú? ¿Todo bien en casa?

—Sí.

Esa respuesta tan escueta me hace sospechar.

—¿En serio?

Intento sonsacarle información.

—Bueno... Pues... Alguien vino preguntando por ti esta mañana.

—¿Quién? ¿Raúl?

—No, Raúl no ha sido.

—¿Entonces? —Me estoy empezando a preocupar.

—No sé, lo ha atendido Luca. No quería decirte nada para no preocuparte. Te lo iba a decir mañana. No le digas que te lo he dicho —explica.

—¿Le viste la cara?

—No. Yo estaba en la cocina y solo los escuché hablar.

Me voy poniendo cada vez más nerviosa. Puede ser que Emma esté intentando averiguar dónde vivo; o quizás las arpías. Al menos, sé que no ha sido Charlie, porque Carol lo reconocería enseguida.

—¿De qué hablaron?

—Bueno, yo creo que eso es mejor que lo hables mañana con Luca.

Supongo que me dice eso porque no quiere seguir hablando del tema. Quizás tenga miedo de meter la pata.

—Vale, Carol. Nos vemos mañana. Un beso.

Carol cuelga el teléfono y yo me quedo con una mala sensación en el cuerpo. No creo que ese hombre que preguntó por mí venga con buenas intenciones. Esta noche no creo que pueda dormir.

Dudo si llamar o no a Luca y que me aclare estas dudas que me comen por dentro. No puedo. Carol me ha dicho que me ha contado lo del hombre misterioso sin que lo supiera él. No la puedo traicionar de esta manera.

Tendré que esperar hasta mañana para saberlo. Creo que las horas se van a hacer eternas.

—¿Te pasa algo?

Jack se ha dado cuenta de mi preocupación. Será porque no puedo dejar de dar vueltas por la cocina de un lado a otro.

—Me llamó Carol y me ha dicho que alguien fue a la casa preguntando por mí.

—¿Cuál es el problema?

—Carol me ha dicho que es un desconocido. Que no sabe quién preguntó por mí. Tengo miedo de que Emma esté intentando averiguar dónde vivo.

Me escucho hablando y no me creo lo que estoy diciendo. Esto no es una película de misterio ni de asesinatos. Esta es la vida real.

Jack se ríe.

—Puede ser que te haya cambiado el azúcar por la sal o lo de las vacunas, pero no creo que haya contratado un matón, la verdad.

Lo que Jack dice tiene mucho sentido.

—Tienes razón.

Otro paciente llega y, durante el tiempo que nos tomamos en atender a la gata que está de parto, se me olvida la llamada que recibí de Carol. La pobre felina está teniendo un parto difícil. Le hacemos una ecografía para ver que todo está bien.

Entro en su historial para ver qué tal ha ido el embarazo durante este tiempo.

Todo ha ido bien.

No dilata y Jack decide inducirle el parto. Le ponemos una vía en la pata y esperamos a que la medicación suministrada haga efecto.

Poco a poco van naciendo los gatitos. Es una maravilla ayudar a nacer a un ser vivo, en este caso a tres. Unas lágrimas de emoción salen de mis ojos sin pedir permiso.

Jack y yo salimos del quirófano y dejamos a los dueños de la gata a solas. La quieren como si fuera de su propia familia. Creo que, si todo el mundo fuese así, no habría animales abandonados. Me enfurezco cada vez que veo noticias de maltratos y abandonos.

Revisamos que tanto la gata como sus cachorros estén bien de salud y les damos el alta para que se vayan a descansar. Han sido unos momentos complicados.

—Buen trabajo, Daniela. —Jack me felicita.

—Gracias. Todo es gracias a ti, que eres un buen maestro.

—Tú sí que eres una gran alumna.

Jack hace que se me enrojecen las mejillas.

Subo a la sala de observación y reviso a los animales. Les suministro la medicación que necesitan y lo dejo escrito en sus historiales. Me da pena verlos encerrados en las jaulas, pero es por su bien.

—¿Otro café? —pregunta Jack.

—Sí, gracias.

Mientras él prepara café, yo le envío un mensaje a Luca.

«Hola, Luca. ¿Qué tal?».

Contesta minutos más tarde.

«Bene. ¿Y tú? ¿Cómo va esa guardia?».

«Ayer mejor que hoy. ¿Qué tal con tu novio? ¿Cómo ha ido la cena?».

Intento que no piense que le escribo por quien ha ido a preguntar por mí.

«Molto bene. Me ha llevado a cenar y después a bailar».

«Me alegro mucho por ti».

«Mañana por la mañana no tengo clases. Si quieres, me levanto temprano y desayunamos juntos».

Supongo que la sugerencia de Luca tiene algo que ver con el hombre misterioso.

«Vale. Me parece bien».

«Un beso Dani. Nos vemos en unas horas».

«Besos».

Quedan poco más de 10 horas para terminar la guardia. Tomo el café que ha preparado Jack.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunto—. ¿Quieres probar comida española? —añado.

—Sí. Nunca la he probado.

—Voy a llamar a un restaurante donde fui a comer el otro día con Darel.

—¿He oído bien? ¿Con Darel? —Jack me mira con los ojos como platos.

—Me lo pidió dos días seguidos. El primer día me inventé una excusa, pero al día siguiente ya no supe qué inventarme y acepté su invitación.

—¿Y qué tal?

—Pues mejor de lo que pensaba. Ha sido muy amable y respetuoso conmigo. Espero que no se entere Emma. Puede poner el grito en el cielo.

—¿Cómo? —Jack suelta un grito.

Asiento con la cabeza con preocupación.

—¿Ahora entiendes por qué pensé que el hombre que vino a mi casa viniese de parte de ella?

—Sí, ahora lo entiendo. Ten mucho cuidado. Yo creo que necesita atención psiquiátrica.

—Voy a llamar al restaurante.

Me levanto del sofá y saco el móvil del bolsillo. Tengo un mensaje pendiente de leer.

«Hola, Daniela. Podemos comer juntos el miércoles. Si te va bien».

El mensaje tan formal de Raúl no me gusta nada. Antes me llamaba «princesa» o «preciosa» y se despedía con un «te quiero».

«Me parece bien. ¿Dónde quedamos?».

«¿Te parece si te recojo en tu casa sobre la una y media?».

«Sí, estaré lista a esa hora».

Llamo al restaurante y pido la cena. Me dicen que tardarán entre treinta y cuarenta y cinco minutos en llegar.

Llaman a la puerta. No es la cena. Es otro paciente.

—Vaya día de urgencias llevamos hoy —digo.

Jack me mira y levanta las cejas.

Atendemos la picadura de serpiente del dálмата. Por suerte, los dueños del perro lograron sacar una foto a la víbora. Jack es un experto en reptiles y ha reconocido enseguida cuál es el antídoto que necesitaba el animal.

Cuando estamos despidiendo a los dueños en la entrada de la clínica llega el repartidor con la comida. Es español. Hablamos un poco ante la mirada de Jack que no nos entiende.

Pago al repartidor y subo a la cocina, preparo la mesa con la cubertería necesaria para cenar. Jack se ha quedado abajo para cubrir en el historial del dálмата la urgencia de hoy.

Para cenar he pedido una tabla de entremeses variados. Lo preparo todo en la mesa.

Cuando Jack llega se sorprende.

—Espero que te guste.

—Seguro que sí —responde con una gran sonrisa.

Jack prueba el jamón ibérico.

—¡Está delicioso! —exclama.

—Es un manjar.

También he pedido una pequeña paella para dos.

—Esto en el Mediterráneo es lo más conocido.

Le sirvo dos cucharadas. Lo prueba.

—¡Paella! La había visto, pero no la había probado nunca —explica.

—Espero que no sea la última.

—De eso puedes estar segura. Me has convencido.

—¿De qué? —pregunto extrañada.

—De que mis próximas vacaciones tendré que ir a España.

—Te va a encantar.

—Seguro que sí, pero me tienes que prometer una cosa.

Jack tiene una sonrisa maliciosa.

—¿Qué cosa? —pregunto frunciendo el ceño.

—Que tú seas mi guía.

Jack extiende el brazo y me ofrece un apretón de manos para cerrar nuestro acuerdo.

—Acepto.

Terminamos de cenar. Tengo el estómago lleno. Me recuesto en el sofá. Estoy cansada.

—Voy a traer la cama plegable para que descanses.

—Gracias.

Jack viene y abre la cama, y le pone las sábanas y el edredón.

Me acuesto en la cama. Le doy vueltas a la cabeza de quién será el hombre misterioso. Espero que mañana Luca me aclare quién es o cómo es. Quizás le haya dejado un número de teléfono para poder llamarlo. ¿Quién será? ¿Qué querrá?

Mi yo interior está pensativa, sentada en una silla. «A lo mejor, Emma sí que tiene algo que ver», me dice. Asiento con la cabeza.

—Esperemos que esta noche sea tranquila —dice Jack.

Me saca de mi oscuro pensamiento.

—Sí, eso espero. Estoy muy cansada.

—Voy a poner una película. Espero que no te moleste.

—No, para nada. La televisión no me molesta para dormir.

Echo un último vistazo a mi móvil y a los mensajes. ¡Ay, Raúl! Estás metido en mi pensamiento y en mi corazón. No sabes el daño que me estás haciendo con tu indiferencia y con tus insulsos mensajes.

Me sumerjo en un profundo y agonizante sueño en el que todo lo que he vivido esta semana se mezcla en mi pensamiento en forma de diapositivas.

Lunes, 11 de diciembre de 2017

Jack me despierta.

—Están llamando al timbre.

Me froto los ojos con las manos y parpadeo más de la cuenta intentando despertarme.

Bostezo.

—Venga, perezosa.

Jack baja a abrir. Yo me lavo la cara en el fregadero de la cocina y bajo.

Miro el reloj.

La una y cuarenta y dos de la madrugada.

El perro tiene una fractura interna en la pata trasera derecha. Lo llevamos a la sala de rayos X y le hacemos varias radiografías en diferentes posiciones.

Le hemos tenido que poner un bozal porque del dolor intentó mordernos un par de veces.

Las radiografías dejan claro que hay una fractura muy oblicua de tibia.

—Mire, según y como está la fractura, tenemos que operar de urgencia —dice Jack al dueño del animal mientras le muestra las radiografías.

—Voy a preparar el quirófano.

Salgo de la consulta y preparo todo el instrumental quirúrgico que vamos a necesitar durante la operación.

Jack y el dueño del animal entran en el quirófano con el perro. Acompaño al dueño a la sala de espera y vuelvo al quirófano.

—¿Has revisado el historial del perro? ¿Alguna alergia o problema con anestesia anteriormente? —pregunto.

Jack niega con la cabeza mientras se enfunda la bata estéril, el gorro y los guantes.

Primero, le coloco la mascarilla en el hocico para que se quede relajado y, después de rasurar la pata delantera derecha, le coloco una vía y le suministro lentamente anestesia general.

Durante la cirugía, después de reducir la fractura, utilizamos dos tornillos de compresión entre los dos fragmentos para aportar más estabilidad y rigidez al sistema de fijación. Después, aplicamos una placa de bloqueo para tornillos de 2.4-2.7 mm para fijar el hueso. Esta placa nos ayuda en este caso, ya que, en la zona más cercana a la línea de fractura, Jack utiliza tornillos más finos para no dañar el hueso, y en las zonas más separadas de la fractura, tornillos más robustos.

El resultado ha sido muy satisfactorio. Ha pasado una hora y media desde que empezamos a operar. Estoy sudando. Necesito una ducha.

Salgo del quirófano y voy hacia la sala de espera. El señor se levanta inmediatamente del sofá.

—¿Todo bien? —pregunta el hombre nervioso.

—Sí, afortunadamente todo ha salido muy bien. Hemos tenido que colocarle una placa a lo largo de la tibia y sujetarlo con unos tornillos para asegurar que el hueso suelde bien.

—Gracias, doctora.

—No hay nada que agradecer. Lo hemos hecho con mucho gusto. Vamos a dejar al perro en observación y el martes por la mañana puede venir a buscarlo.

—Lo que haga falta —contesta el hombre.

—Mañana ya le explicarán qué cuidados va a necesitar hasta que tenga que venir a revisión.

Después de despedir al hombre y de llevar al perro a la sala de observación, Jack se tira en el sofá.

—No tengo sueño. Voy a prepararme un café —dice.

—Pues yo me voy a dar una ducha, la necesito urgentemente.

—¿Vas a querer un café?

Jack se ha levantado del sofá y está en la cocina preparando una cafetera.

—Sí, gracias. No tardo nada.

Bajo las escaleras y voy a mi taquilla donde tengo la mochila. La cojo y subo de nuevo las escaleras y voy a la ducha.

Miro el reloj que hay en la pared. Las agujas me avisan de que son más de las cuatro de la madrugada.

—Voy a intentar dormir un rato —digo acostada en la cama plegable.

—Yo también —contesta Jack.

El timbre nos despierta de un sobresalto. Tengo el sonido de ese timbre metido en la cabeza. Estoy empezando a odiarlo. Los compañeros de la mañana están en la puerta.

Jack y yo recogemos la cama plegable y las mantas, y las guardamos. Echamos un último vistazo a los animales ingresados y dejamos por escrito en sus historiales la hora de la revisión.

—Te llevo a casa —dice Jack.

—Te lo agradezco. Estoy extenuada.

—Sí, este fin de semana ha sido agotador. Lo que no hemos trabajado el sábado, lo trabajamos el domingo.

—Sí.

Resoplo.

Jack aparca delante de mi casa.

—Descansa.

—Lo intentaré.

—¿Quieres que trabaje yo hoy? —pregunta.

—No, gracias. Yo puedo.

Bajo del coche. Me despido de Jack con la mano y entro en casa. Huele bien, a tostadas y café.

—Buenos días.

Luca está en la cocina y tiene un megadesayuno en la encimera. Hay de todo. Tostadas, mantequilla, mermelada, café, zumo de naranja, beicon, huevos revueltos y fruta.

—Te has esmerado con el desayuno.

—Sí —contesta con una amplia sonrisa.

—¿Carol ya se ha ido?

—No. Está en la habitación terminando de vestirse.

Me siento en el taburete y empiezo a desayunar. Luca se sienta frente a mí. Carol sale de la habitación y se prepara rápidamente una tostada.

Va vestida con un traje de falda de tubo y chaqueta en color negro, y una camisa blanca. Lleva puestos unos zapatos negros de tacón bajo. Se ha hecho una coleta que la hace más alta y más delgada. Siempre está radiante.

—¿No te sientas con nosotros a desayunar? —pregunto.

—No puedo, tengo mucha prisa. Tengo un juicio a las nueve y he quedado con mi cliente en la oficina a las ocho para ultimar algunos detalles.

—Que tengas un buen día.

—Eso espero —contesta desde la puerta de la entrada.

Siento a Luca nervioso, como si intentara decirme algo y no se atreviese. Intuyo lo que está pensando, porque Carol me lo ha contado todo ayer, pero tengo que disimular porque no quiero parecer una metepatas.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí... Bueno... —tartamudea.

Frunzo el ceño y Luca deja de comer y entrelaza los dedos, nervioso.

—Bueno... Es que tengo algo que decirte.

Lo miro disimulando que ya sé de lo que se trata.

—Dime.

—Pues ayer por la tarde vino un hombre a buscarte.

—¿Un hombre? ¿Charlie?

—No, Charlie no. Un hombre moreno, alto y muy guapo.

—¿Raúl? —pregunto emocionada.

—Si fuese Raúl te lo hubiese dicho. No, no lo conozco.

Me rasco la cabeza y apoyo el codo en la mesa y la mano en mi barbilla.

—Pues... No sé quién puede ser.

—Nunca lo había visto antes. Dijo que volvería hoy y me ha preguntado dónde trabajas.

—¿Se lo has dicho? —pregunto alterada.

—No, claro que no.

—Eso descarta a Emma como sospechosa —digo.

—¿Emma? ¿La loca de tu trabajo? ¿Qué tiene que ver ella en esto?

Luca se remueve en la silla sin entender por qué he nombrado a la bruja piruja del trabajo.

—El otro día, cuando fui a comer con Darel, ella nos vio salir juntos y, dado el historial que tiene, pensé que podría haber sido ella la que envió a alguien para saber dónde vivo —explico.

—Ah.

—Pero si te ha preguntado donde trabajo, ella no puede ser.

Le doy vueltas al asunto y descarto a todos los sospechosos de mi lista mientras me meto en la cama. Necesito dormir y descansar. Y, sobre todo, dejar de pensar por unas horas en el hombre que me ha venido a buscar.

Pongo una alarma en el móvil para las 12:45. Me dice que sonará dentro de cuatro horas y cincuenta minutos.

La alarma me avisa de que tengo que levantarme. Te odio. No tengo ganas de levantarme. Me estoy empezando a arrepentir de no haber aceptado la oferta de Jack; de haber sido así estaría todo el día en la cama.

Me apresuro a darme una ducha rápida, vestirme e ir a la cocina a prepararme un sándwich.

El autobús número 379 pasa a las 13:24 por la parada O'Brien Street.

Voy sentada en los asientos finales del autobús escuchando a Pablo Alborán y su *No vaya a ser*. Qué razón tienen sus letras. Hacen que me sienta identificada en muchas ocasiones.

No puedo dejar de pensar en lo que me han dicho Carol y Luca. Siento miedo de que alguien pueda estar siguiéndome para hacerme daño, aunque no sé bien por qué. Hasta el momento no le he hecho daño a nadie, aunque sí que me he ganado alguna que otra enemiga sin buscarlo.

Son las 13:45 cuando entro por la puerta de la clínica. Kayla es lo primero que veo, siempre con una sonrisa que ilumina toda la recepción.

La saludo y voy directa a mi taquilla. Dejo el bolso y me pongo la bata. Meto el teléfono en el bolsillo derecho.

Subo a la cocina donde están Darel, Henry y Sarah tomando café y charlando de lo que han hecho el fin de semana. Al verme dejan de hablar y me preguntan cómo nos ha ido la guardia.

Les comento todos los pormenores que hemos tenido. Por un momento no se creen las urgencias que hemos tenido ayer, piensan que les estoy gastando una broma. «¡Ojalá hubiera sido una broma!», protesta mi yo interior.

Rose llega con la hoja de las consultas programadas de hoy.

—Hoy vamos a tener un día relajado —dice enseñándome la hoja.

—Menos mal. Ayer tuvimos un día espantoso y casi no he dormido.

—Sabes que hay consultas que puedo atender yo sin inconveniente, por si en algún momento te sientes muy cansada.

—Gracias, Rose. Tú siempre tan amable.

Bajamos las escaleras y entramos en la consulta. El primer paciente ya está en la sala de espera. Rose lo hace pasar.

Es una consulta fácil. Solo le tengo que poner una vacuna a un gato. Rose me pasa la inyección y se la suministro sin problema. Lo dejo escrito tanto en la cartilla de vacunación del siamés como en el historial.

Entre consulta y consulta, Rose me cuenta lo que ha hecho ayer.

—Fui a la playa con una amiga y comimos en el Pavilion.

—¡Qué envidia! —exclamo bromeando.

—¿Tan malo ha sido el día de ayer?

—No te lo puedes imaginar. La convulsión de un yorkshire, que era la primera vez que venía, y tuvimos que hacerle un historial. Lo dejamos en observación hasta esta mañana. Tenía piroplasmosis. Luego llegó otro perro con una mordedura de otro perro. Y todavía no habíamos terminado de desayunar. Más tarde llegó otro envenenado. Tuvimos que sondarle porque le intentamos inducir el vómito, sin éxito. También vino una gata a punto de parir, tuvimos que inducirle el parto. Y, por si fuera poco, llegó un dálmata con una picadura de serpiente. Por suerte, los dueños le pudieron sacar una foto, y Jack, que no sabía que era un experto en reptiles, la reconoció enseguida y le inyectó el antídoto.

—Pues sí que habéis tenido un día bastante aparatoso.

—Espera, que ahí no termina.

—¿Eh? —Rose levanta una ceja.

—De madrugada tuvimos que intervenir a otro perro por una fractura cerrada y oblicua en la tibia. Supongo que seguirá en observación. Le dijimos al dueño que viniera mañana a buscarlo.

Rose se queda boquiabierta y yo asiento con la cabeza a la vez que levanto las cejas.

La tarde pasa lenta. Estoy muy cansada. Rose me hace la mitad del trabajo. Eso me ayuda y por fin puedo subir a la cocina y prepararme un café solo bien cargado. Los pacientes se han dado cuenta de mi cansancio y eso no da buena imagen.

El móvil vibra un par de veces. Lo saco del bolsillo de la bata y miro qué novedades me ofrece, ya sin la esperanza de que mi adonis me escriba para decirme que me quiere.

«Hola, Dani. Ha venido ese hombre extraño otra vez por aquí. Ha abierto Carol la puerta y le ha preguntado a ella si le podía dar la dirección de tu trabajo».

El mensaje de Luca me inquieta. También tengo un mensaje de Carol.

«Ciao, bella. Ha vuelto el mismo hombre de ayer».

Primero, le voy a contestar a Luca, y después a Carol.

«Hola, Luca. Espero que Carol no le haya dicho nada. No sé si está contigo ahora o no, porque ella me acaba de enviar un mensaje también diciéndome lo mismo que tú».

«Carol salió justo después de que ese hombre saliera y yo estoy en casa».

«Empiezo a tener miedo».

«Yo creo que es alguien que tiene ganas de verte. No me ha parecido un psicópata ni un violador».

«Pero estoy intranquila igualmente».

«Te entiendo. Bueno, no te entretengo más. Te veo después. Un beso. Ciao».

Me despido de Luca y abro la conversación de Carol.

«Hola, guapa. Luca me ha escrito casi al mismo tiempo que tú para contarme lo mismo».

«Ah. Bueno, pues ya te habrá contado que me preguntó dónde trabajas. Por supuesto, le he dicho que no podía darle esa información. Me pareció un hombre preocupado por encontrarte».

«Como le he dicho a Luca, siento miedo».

«¿Quieres que te vaya a buscar?».

«Gracias. Rose me lleva. No te preocupes».

«Bueno, Dani. Voy a entrar en una reunión de urgencia en el bufete. Hablamos por la noche».

«Besos».

Bebo el café de un sorbo y preparo otro bien cargado para llevar a la consulta y un café con leche para Rose. Por ayudarme, no ha podido descansar en toda la tarde.

Sorprendo gratamente a Rose cuando le acerco la taza de café que le he preparado. Ella se lo merece por buena compañera y, sobre todo, buena persona.

—Gracias. —Me da un abrazo.

—No se merecen. Tú te mereces esta taza y muchas cosas más.

Rose no puede dejar de sonreír.

—Y a ti, ¿qué te pasa? Estás preocupada por algo.

Me siento en la silla del escritorio.

—Un extraño fue ayer y hoy a mi casa preguntando por mí y no sé quién es.

—Seguro que es alguien sin importancia. —Rose intenta suavizar la situación.

—Quizás.

Suspiro.

—Ya verás como sí.

—¿Sabes? Pensé que Emma había enviado alguien a mi casa para saber dónde vivo, pero cuando el hombre misterioso preguntó la dirección del trabajo, la descarté al momento.

Rose me mira perpleja.

—Emma es un poco rara, pero no la veo capaz de llegar a eso, la verdad.

—Aun así, tengo miedo.

—Tranquila. Yo te llevo a casa y espero a que entres para cerciorarme de que nadie te está esperando.

—Gracias.

Extiendo la mano y aprieto la suya fuertemente. Ahora más que nunca necesito saber quiénes son mis amigos de verdad y quiénes no. Y, a pesar de conocer poco a Rose, sé que es una de esas personas que lo dan todo por los demás.

Miro el reloj. Faltan dos horas para terminar esta larga jornada laboral. Es agobiante. Quiero llegar ya a mi casa y relajarme en el sofá mientras ceno algo ligero y poder dejar de pensar en cosas absurdas.

Creo que me estoy empezando a volver un tanto paranoica.

Rose le corta las uñas a un gato y yo, mientras tanto, escribo en los historiales de los pacientes anteriores el motivo de la consulta de hoy y la solución de la misma.

—Son casi las nueve —dice Rose.

—Por fin —contesto suspirando.

—Yo te llevo a casa, como te prometí.

—Gracias, Rose.

Apago el ordenador, cierro la consulta y llevo las tazas a la cocina; las friego y las guardo en el armario.

Bajo y cojo de mi taquilla mi bolso y dejo la bata.

Nos despedimos de los compañeros y bajamos las escaleras.

—¡Daniela!

Escucho mi nombre. Miro hacia todos los lados con el miedo a que ese hombre misterioso haya descubierto dónde trabajo.

¡Es Charlie! Se acerca caminando por la acera.

—Hola, Charlie. ¿Qué haces aquí?

—No he podido esperar hasta el miércoles.

—Ya veo, pero yo ahora me voy a casa.

—Te llevo yo.

—Gracias. Me lleva mi amiga Rose.

—Por favor —suplica.

Miro a Rose. Ella asienta con la cabeza.

—Bueno, vale —acepto.

Me despido de Rose y desde lejos me hace señas para que la llame al llegar a casa. Le digo que sí con los labios.

—Gracias por aceptar. Tenía muchas ganas de verte.

—De nada. Creo que lo conveniente era esperar un tiempo después de lo que pasó.

—Sí, tienes razón.

Caminamos hacia su coche. Yo estoy en alerta por si intenta propasarse como la última vez, aunque lo veo muy cambiado.

—Sube, por favor.

Charlie abre la puerta del coche para que entre.

—Gracias.

Me siento y me abrocho el cinturón. Charlie rodea el coche por delante y entra.

—¿Te puedo invitar a cenar?

—No, quizás otro día. Tengo ganas de llegar a mi casa.

—Por favor —insiste—. Tenemos mucho de qué hablar.

—Solo quiero llegar a mi casa. Otro día, mejor.

Charlie cambia la expresión de su cara.

—Bueno, no insistiré más. No quiero que te enfades conmigo de nuevo.

Parece que lo ha entendido.

—Bien.

A estas horas nunca hay demasiado tráfico, lo que ayuda a que el paseo en coche sea breve.

—Bueno, ya hemos llegado —anuncia.

—Gracias, pero no hacía falta. Mi amiga vive cerca de aquí.

—Gracias a ti por no salir corriendo y dejar que te haya traído a casa.

En el fondo siento pena por Charlie. Siempre se ha portado bien conmigo a excepción de aquel día. Creo que se merece una segunda oportunidad.

Charlie se baja del coche y camina hacia mi lado y me abre la puerta.

—Por cierto, ¿cómo te ha ido en España?

—No demasiado bien. Ir para enterrar a alguien no es agradable.

—Te entiendo.

—Bueno, te llamo el miércoles y concretamos una cita, pero como amigos.

—Sí, sí. No quiero volver a perderte. He tenido que ir al psicólogo.

—¿Por qué? —pregunto sorprendida.

—Te voy a ser sincero.

Nos sentamos en el bordillo de la puerta. Miro al cielo. La luna está menguando y solo se ve la mitad. Se parece a mi relación con Raúl. Siento que está menguando y que algún día solo quedará la sombra de lo poco que hemos vivido juntos.

—Me enamoré de ti desde el mismo instante que te conocí —confiesa.

—No sé qué decir.

—No digas nada. Entiendo que fue una locura, pero no he podido dormir desde el día que intenté propasarme contigo. En mi entorno se dieron cuenta de que algo no iba bien y me sugirieron que fuera a un psicólogo. Desde entonces comprendí que no se puede forzar las cosas. Que si algo está por pasar, pasará.

—Me alegro de que lo hayas entendido.

—Me puse muy celoso del chico que bailó contigo en The Cuban Place.

Otro que se acuerda de lo que pasó esa noche, menos yo.

—Soy la única que no se acuerda de ese momento.

—¿En serio?

—Te lo prometo. No sé cómo te puedes celar de alguien del que ni yo misma me acuerdo.

Omito el dato de que es mi profesor de baile con el que he tenido un tórrido romance que se frustró por algo que todavía desconozco.

—Porque soy un tonto. Ahora lo entendí.

—Bueno, tranquilo. Ahora ya estás en manos de expertos y eso te va a ayudar.

—Nunca me había pasado esto. Pero vi esos ojos azules a través del espejo retrovisor y me obsesioné.

—Bueno. Vamos a dejar ese tema. Ahora me voy a ir a descansar. He dormido poco más de cuatro horas.

—Vale.

Me despido de él con un beso en la mejilla. Me levanto, cojo las llaves del bolso y entro en casa.

Verlo en ese estado me ha partido el corazón. Se le veía derrotado. Mal arreglado y con el pelo despeinado. Nada que ver a cuando lo conocí en el aeropuerto.

Saco el móvil y le envío un mensaje a Rose, tal y como le prometí.

«Rose, he llegado bien. Nos vemos mañana».

«Vale. Que descanses».

Carol y Luca están acostados en el sofá.

—Buenas noches —digo.

—Buenas noches, Dani. ¿Has cenado? —pregunta Carol.

—No, y no tengo hambre.

—Hice *cannelloni*. Están en el horno —dice Luca.

—Gracias, pero no tengo hambre.

Carol se levanta del sofá y viene hacia mí.

—¿Estás bien?

—Pues no. Estoy preocupada.

Luca viene hacia nosotras y nos sentamos en la barra de la cocina. Carol prepara café.

—¿Estás preocupada por el hombre que ha venido? —pregunta Luca.

—Sí. Tengo un mal presentimiento.

—Tranquila, Dani. Ya verás como no es nada importante.

Llaman a la puerta.

—Ya voy yo.

Me levanto del taburete y voy hacia la entrada. Quizás a Charlie se le ha olvidado decirme algo o yo me haya olvidado algo en su coche.

Abro la puerta cabizbaja. Alzo la mirada y ahí está él. Mi respiración se ha acelerado y mi corazón va a mil.

Me quedo petrificada y con la boca abierta. No puedo dar crédito a lo que están viendo mis ojos. No soy capaz de parpadear y de articular una palabra.

Esto debe de ser un espejismo o una pesadilla por la falta de sueño. No... puede... ser. Mi yo interior está de pie con los ojos como platos y la boca, que le llega a los pies, refleja perfectamente mi estado.

Está aquí. En mi puerta. En mi casa. En mi vida.